

LATINOAMERICA HOY

Tomás G. Allaz

LA IGLESIA CONTRA LA PARED

¿HAMBRE O
REVOLUCION?



LA IGLESIA CONTRA LA PARED

Tomás G. Allaz

JESUS SILVA HERZOG"

137.C3 A54



10156



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

TOMAS G. ALLAZ

¿HAMBRE O REVOLUCION?

**LA IGLESIA
contra la pared**



**E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.**

Colección: Latinoamérica Hoy

Primera edición en español, 1971

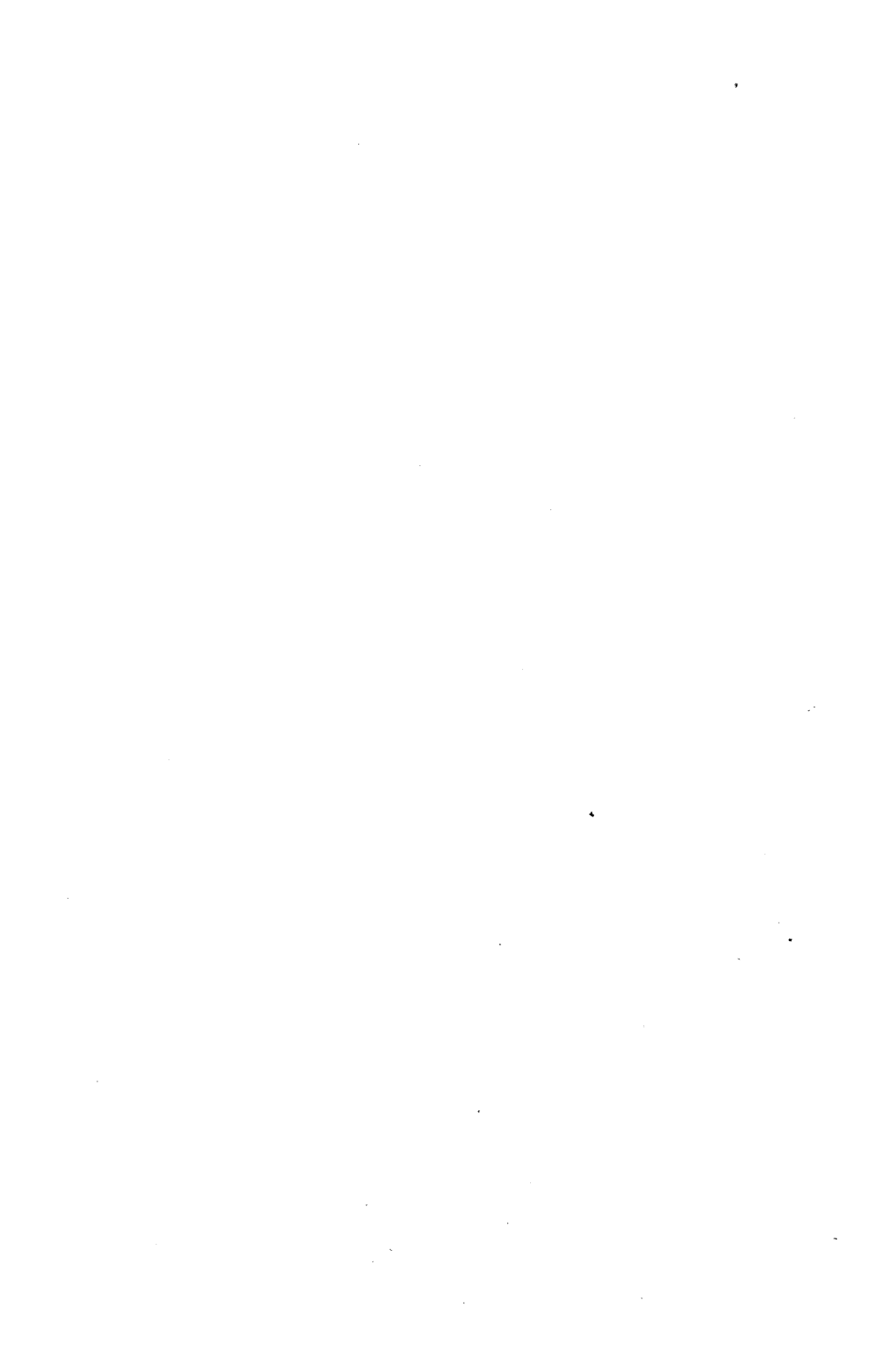
Derechos reservados conforme a la ley

**© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771
Despachos 402-403
México 12, D. F.**

**Impreso y hecho en México
*Printed and made in Mexico***

Í N D I C E

<i>Presentación</i>	7
I. DEL PAPA JUAN A CAMILO TORRES	9
II. EL CRISTO DE CAMILO TORRES	21
1. Cristianos revolucionarios	21
2. "Lo que vivimos ya no se expresa en la estructura actual de la Iglesia"	24
3. "¡Libertad a Cardonnel!"	27
4. El nuevo 1789	30
5. El rugido del "Cardenal Rojo"	32
6. No hubo "Noche del 4 de agosto"	34
7. La rebelión de los sacerdotes	39
8. Hacia el fin del mandarinato	46
9. Rebelión contra el absurdo, no contra la Iglesia	52
10. "En la Iglesia, «institución» rima con «prostitución»"	56
11. Un nuevo Pearl Harbor	62
12. La fe sólo tiene sentido si es temporal	68
13. De la "Europa Vaticana" al frente revolucionario	73
14. Jesús era subversivo	78
15. San J. F. Kennedy...	87
16. ¿Romanticismo revolucionario?	97
17. El paso del Rubicón	107
18. ¿Socialistas por cristianos o cristianos por socialistas?	118
19. Una opción ineludible	123
20. "¡Tu libertad no es la nuestra!"	132
21. ¿Qué significa la libertad en un mundo que tiene hambre?	140
22. Albert...	146
23. La carencia más inexcusable	152
24. <i>Apartheid</i>	156
25. Soy libre en la medida en que soy humano	166
26. "¡No se bañan!"	174
27. Nuestros señores los olvidados	180
28. <i>Black like me</i>	188
29. Matanza de inocentes	200
30. Estado de urgencia	215
31. Materialismo	230



PRESENTACIÓN

No es la primera vez que la EDITORIAL NUESTRO TIEMPO recoge textos en que se ventilan asuntos que, a primera vista, parecerán ser del interés exclusivo de autores y lectores cristianos. Lo ha hecho con el convencimiento de que en ellos se repudia "esa forma específicamente cristiana de dogmatismo, que consiste en confundir el mensaje cristiano con las formas culturales o institucionales que el cristiano puede haber adoptado en diferentes períodos de su historia"; y no sólo eso, sino que en ellos ha encontrado más de unos cuantos puntos de contacto entre personas que desde diferentes trincheras defienden cabalmente al hombre. Esto, lejos de apartarnos del propósito que dio vida a NUESTRO TIEMPO, ha reafirmado su rumbo, enriqueciéndolo en la medida en que haya contribuido a borrar barreras, esclarecer posiciones y ante todo a sumar voluntades en la labor común de hacer progresar a nuestra sociedad.

El tema de este libro, como el de otros títulos que lo precedieron, revela la importancia del esfuerzo que hacen los cristianos progresistas por imprimir a su Iglesia y a sus millones de adeptos el carácter humanista del cristianismo primitivo, y así poder aportar su valioso contingente a la lucha por superar la miseria y el hambre de las mayorías. No ha sido, sin embargo, sino en este trabajo, y en mucho mayor grado que en los otros, que se advierte una definida y abierta solidaridad del cristiano frente a las tareas revolucionarias; lo cual bien podría corresponder, por una parte, al apoyo que el propio proceso revolucionario le ha prestado y, por la otra, a la natural evolución que en sus expresiones más avanzadas y consecuentes ha experimentado.

Tomás Gerardo Allaz, etnólogo de profesión, devoto de las causas populares, destacado intelectual, trabajador incansable y cristiano por vocación, tenía que ser uno entre los primeros que dieran el "grito de independencia" de nuestros días, a la manera de los Hidalgos y Matamoros de aquella otra etapa histórica. De cuna y

formación francesas, “quemó sus naves” hace años y se “sepultó”, con el más puro espíritu cristiano, en las masas campesinas, en los barrios proletarios, en las ciudades perdidas y en todo ese mundo de miseria que en la América Latina constituye el común denominador de los más. Ahí encontró no sólo “vicios y degradación”, promiscuidad y hambre, violencia y delitos; ahí encontró también nobleza, dignidad, hospitalidad, generosidad y un vago, pero no menos cierto, anhelo de liberación, y en no pocos casos la decisión inquebrantable de luchar por mejorar esas difíciles condiciones. Ahí sigue y seguirá con “su gente”; solamente ha salido para lanzar este documentado alegato que seguramente sacudirá las conciencias de cristianos, explotadores, poseedores, explotados, ricos y pobres.

No sería de aceptarse un llamado de esta naturaleza que no tuviera como antecedente un examen objetivo y “sin tapujos” de las condiciones internas y de las circunstancias que vive la Iglesia de nuestros días. En dicho examen se encuentra el germen, haciendo acto de presencia en diversas etapas históricas, que más tarde rompería el muro y se abriría paso al exterior entre tradiciones y prejuicios, al cobrar el impulso que le dan los apasionados por la verdad y la justicia, acompañados en este subcontinente por los Camilos ávidos de entregar lo mejor de ellos mismos, y asimismo exigentes de congruencia entre tantos y tantos que en el cristianismo escudan las más opuestas tendencias a la comunión con nuestros semejantes.

La EDITORIAL NUESTRO TIEMPO siente honda satisfacción al poner en manos de sus lectores este libro, y no puede menos que consignar el entusiasmo que su publicación había despertado en uno de sus más ilustres fundadores, el recientemente desaparecido doctor Guillermo Montaña.

*A la memoria de
un precursor:
fray Alberto de Ezcurdia,
dominico,
catedrático
de la Universidad
Nacional Autónoma
de México*

I

DEL PAPA JUAN A CAMILO TORRES

“MILLONES de creyentes ansían profundos cambios sociales que les libren de la miseria y de las guerras, de la agresión capitalista e imperialista. Esos millones de creyentes son, en potencia, aliados de las fuerzas progresistas del mundo. Del camino que ellos sigan depende el porvenir inmediato de los países en que constituyen la gran mayoría de la población. Países esos entre los que se cuentan las repúblicas de América Latina...”

Esta conclusión de un ensayo titulado *El Concilio Vaticano II y la Iglesia católica en América Latina*,* de José Grigulévich (miembro prominente de la Academia de Ciencias de la URSS y especialista soviético en asuntos latinoamericanos), adquiere cada día mayor actualidad.

Es un hecho que la Iglesia sigue representando en América Latina una tremenda fuerza de presión. Interesa a todos saber si el peso del catolicismo latinoamericano se inclinará en favor del desarrollo y la liberación de las masas desheredadas o se pondrá al servicio del imperialismo y la opresión. Eso dependerá esencialmente de la medida en que la Iglesia continental salga del inmovilis-

* José Grigulévich: *El Concilio Vaticano II y la Iglesia católica en América Latina*, versión castellana en *Problemas de actualidad*, “Recopilación de ensayos de autores soviéticos”. Cuaderno 7 de 1968: “Religión en el siglo xx”.

mo para proyectarse a su vez, con su originalidad y conforme a los problemas, afanes y cauces autóctonos, en la perspectiva del movimiento renovador suscitado por élites cristianas europeas del norte de los Alpes y Pirineos e impulsado por el papa Juan y el Concilio Vaticano II.

Tal es la razón por la que la presente obra empieza contemplando en su dimensión universal la vena reformadora del cristianismo actual, su génesis, su dinamismo interno y su conversión progresiva en una poderosa ola revolucionaria que abarca tanto el campo politicosocial como el propiamente eclesiástico.

De un modo muy esquemático, se pueden discernir tres grandes momentos o etapas en tal marcha hacia adelante:

1. Etapa *eufórica* y un tanto infantil. Los fieles de vanguardia se extasían ante el estilo evangélico de Juan XXIII, las aperturas conciliares y la eclosión del *aggiornamento* (la "puesta al día").

2. Etapa algo adolescente de *exuberancia* y *frustración*. Muchos cristianos, esencialmente entre los jóvenes, estimulados por el visto bueno del Concilio hacia tantas mutaciones antes anatematizadas, quieren que tal conversión se traduzca en hechos y abarque toda la vida de la Iglesia. Sus anhelos e intentos tropiezan entonces contra las rutinas, frenazos y obstrucciones. Muchos miembros de la jerarquía dan a los reformadores sinceros y entusiastas la impresión de permanecer aferrados a un papel esterilizador, como de "padres castrantes", con la consiguiente defraudación y explosión de desconcierto e inconformidad. Erupción de la cólera. Años iracundos de 1968 y 1969.

3. Etapa del *realismo adulto*, del compromiso dinámico, de las decisiones creadoras y los pasos irreversibles. El reformismo queda atrás. Mucho más allá del simple *aggiornamento* e incluso muy por encima de la Iglesia oficial las instituciones jurídicas y los debates internos, los cristianos concientes contemplan el mundo mismo en su totalidad, con sus carencias y sus enfrentamientos, los retos e imperativos ineludibles del acontecer, el destino de la humanidad. Saben lo que quieren y adónde van. No retroceden ante los empeños y riesgos extremos. Ya no aspiran a un "cristianismo social", ni tampoco a un "cristianismo revolucionario". No sueñan en unirse entre sí dentro de una especie de nuevo *ghetto* que contrapondría un clericalismo de izquierda al tradicional cleri-

calismo de derecha. Simplemente y sin ostentación se incorporan al combate por la justicia tal y como lo hallen con garantías de seriedad y eficacia en las organizaciones militantes ya existentes.

La América Latina del Che Guevara y Camilo Torres obsesiona a cuantos hijos de la Iglesia han alcanzado tal grado de madurez. Desconociendo al Cristo del arzobispo de Burgos o del primado de México, se entregan al Cristo del mártir colombiano: Cristo del Evangelio que reta a los pudientes, las oligarquías y las clases dirigentes, civiles y eclesiásticas. Cristo subversivo. Cristo solidario de la humanidad explotada, portavoz del mundo de los hambrientos. Cristo árbitro entre dos universos enfrentados en el fondo mismo de cada uno de nosotros tanto como en las contiendas públicas, las lides políticas o las trincheras de las guerrillas y las huestes represivas: universo de los oprimidos y universo de los opresores.

En su viva secuencia, esos tres momentos constituyen la trama de este libro, como tres actos de un gran drama histórico.

En 1966 la intelectualidad mexicana, alérgica en su inmensa mayoría a las cosas eclesiásticas, se hallaba fascinada por la figura del papa Roncalli e interesada por ciertos logros de los promotores del *aggiornamento*. La Universidad Nacional Autónoma de México pidió al autor, colaborador de su departamento de Difusión Cultural, presentar la personalidad de Juan XXIII y la obra del Vaticano II en la *Revista de la Universidad de México* y por las ondas de *Radio Universidad de México*.

Así fue como, ante universitarios y radioescuchas, comenzamos por evocar la fisonomía del papa bueno y su proyección en la Iglesia y el mundo de hoy y mañana. Luego caracterizamos los diversos aspectos del debate conciliar y analizamos sus aportaciones, detallando al mismo tiempo las raíces y fuentes, los antecedentes y los resortes, los alcances y las oportunidades del movimiento renovador, aunque sin encubrir las insuficiencias y los fracasos.

Ulteriormente nos dedicamos a una especie de estudio panorámico de los textos del Vaticano II, agrupándolos por temas. La serie de conferencias radiales consagradas a esta visión de conjunto en forma de antología fue interrumpida por una larga exploración etnológica en América Central y, luego, los acontecimientos la dejaron trunca.

En efecto, el año 1968 y la "Revolución de Mayo" en Francia,

el movimiento estudiantil en México (julio-octubre), el tumultuoso *Katholikentag* de Essen (congreso bienal de los católicos alemanes, septiembre), la Conferencia Mundial de Iglesias de Upsala (julio), el Congreso eucarístico de Bogotá y la Conferencia general del episcopado latinoamericano de Medellín con el correspondiente viaje papal (agosto-septiembre), así como la dilación y la mala voluntad cada vez más patente en la aplicación de las decisiones conciliares, el escaso celo de gran parte de la jerarquía por el *aggiornamento*, el endurecimiento de Pablo VI y la mayoría de los obispos, la consiguiente inconformidad de los renovadores, la importancia creciente de la protesta y la impugnación dentro de la Iglesia, y otras coyunturas más restaron actualidad a los documentos del Vaticano II. Aquel proyecto de presentación global y de valoración de los textos conciliares nos pareció menos apropiado que estigmatizar la ceguera de los adoradores del *statu quo* y hacer resaltar la proyección concreta y las virtualidades explosivas de los adelantos del Vaticano II. Con esta doble preocupación dictamos una serie de conferencias tituladas "El Concilio traicionado" y publicamos el ensayo "Concilio y cisma" (*Revista de la Universidad de México*, junio de 1969). Dejábamos presentir lo que iba a suceder pronto, el dramatismo de lo que podríamos llamar *el fin del Posconcilio*. Muchos eran efectivamente en la Iglesia los que empezaban a dar por rebasado el tiempo del Vaticano II y miraban hacia el despuntar de una nueva era. ¿Un Preconcilio Vaticano III? Más bien una prerrevolución. La línea divisoria entre ambas épocas corresponde a los meses que corren desde el Mayo parisiense hasta el desconcertante viaje de Pablo VI a la patria de Camilo Torres (agosto de 1968).

Después de tal cruce histórico, el ensayo "El Cristo de Camilo Torres" se presenta como un intento de síntesis. Esboza la trayectoria de la toma de conciencia doctrinal y pragmática que, a partir de la convocación del Concilio por Juan XXIII, llevó progresivamente a tantas élites cristianas hacia la impugnación de las propias estructuras de la Iglesia, al mismo tiempo que hacia la lucha política en favor de los proletarios, en el campo socialista y el frente revolucionario. Comprobamos que cuanto más se radicaliza dentro de la Iglesia la impugnación de los patrones arcaicos y los cuadros paralizantes, tanto más se acentúa en la sociedad la voluntad de los cristianos de acabar con el capitalismo y colaborar en la edificación socialista. Por reciprocidad, cuando los cristianos pasan, en la vida política, de las quimeras reformistas al firme compro-

miso revolucionario, paralelamente y en igual medida su opción respecto a la renovación de la Iglesia propugna cambios más a fondo.

Tal proceso resulta absolutamente lógico. La renovación cristiana obedece esencialmente a una exigencia de mayor apego al Evangelio. Tomado al pie de la letra, el Evangelio implica, en forma prioritaria, la solidaridad total con los oprimidos. Ésta, como lo repite el autor hasta el cansancio, postula a su vez una Iglesia humilde y servidora de los humildes y una sociedad calientemente dedicada a la promoción de las masas despojadas.

La presente obra el autor la concibió y bosquejó en su mayoría en circunstancias muy precarias: a la intemperie o en la semi-oscuridad de los jacales, sin escritorio, sin mesa, sin biblioteca, con sólo una mochila atestada de fichas documentales y recortes de periódicos. Fue durante una larga gira antropológica a través de una de las zonas olvidadas de este México al que tanto quiere y admira. De rancho en rancho, ni por un instante pudo abandonar la presencia obsesiva no sólo de los que son el móvil, el centro y el eje del ensayo, la multitud de los desamparados, sino también de quienes yacen por ellos en las cárceles de la represión políticomilitar a lo largo y ancho de este continente.

Más que como un tratado, este libro se presenta como un diario de a bordo. Cada capítulo brotó bajo la presión de los acontecimientos mundiales o la sugestión de las circunstancias locales y al calor vivo de los contactos humanos del momento.

No se espere encontrar en estas páginas el menor eufemismo: el hambre y la deshumanización de las multitudes no se curan con palabras bonitas. Sólo una visión realista de las cosas permitirá arrostrar soluciones: *“un problema bien planteado ya está medio resuelto”*.

No contento con preconizar en forma rotunda la vía socialista, es decir, la primacía del hombre sobre el dinero y el lucro, el autor se dedica a desmistificar ciertas libertades tabúes a las que apela nuestra sociedad burguesa para argumentar contra un cambio de sistema. No le aturde la “estalinización”, la “militarización” o el “totalitarismo” tal como tanto se les reprocha a los países del Este o a Cuba. Le acosa más la suerte inhumana de las mayorías que la reivindicación de ciertas libertades acaparadas por una clase en detrimento de las masas. Libertades que

hoy por hoy no son más que lujo y privilegio exclusivo de unos pocos. Sabe cuán ilusorios resultan en la mayor parte del continente los derechos "democráticos", las seudofranquicias "sindicales", la libertad de reunión, la de expresión, prensa, correspondencia, conversación telefónica.

El más antiguo recuerdo personal de este escritor alcanza a la primera guerra mundial: aquella desbordada explosión de júbilo colectivo, con luces, fogatas y campanas a vuelo por el armisticio del 11 de noviembre de 1918. Poco más de veinte años después vivió, si bien como civil, los tormentos y pesadillas de la segunda guerra mundial y la ocupación. Entre 1943 y 1945 participó en los servicios de información y enlace de la *Francia Libre* y conoció de cerca los diversos rostros del conflicto. Por lo tanto no olvida hasta qué punto en ciertas circunstancias los mismos estados democráticos tienen que reducir las libertades públicas y el ejercicio de los derechos humanos más elementales. Asimismo recuerda a qué grado de abnegación, tensión y superación puede elevarse el genio inventivo y planeador del hombre en el curso de una lucha destructora. ¿Por qué la liberación de las masas no justificaría apremios, sacrificios y hazañas equivalentes?

No vamos a esperar, por supuesto, que semejante enfoque sea tomado en consideración por quienes conceden más importancia a su opulencia y sus prerrogativas propias que a la desnudez ajena. Hay hombres tan acostumbrados a explotar, explotar y aplastar a los demás, que finalmente se persuaden de que gran parte de sus semejantes nacieron con vocación de esclavos. Defienden *la* libertad, *la* propiedad, *la* dignidad humana como realidades trascendentales, pero en verdad sólo les interesan en cuanto disfrutaban de ellas como atributos suyos.

A nadie que ponga los derechos humanos por encima del egoísmo de los hartos le extrañará la poca indulgencia de este libro para con los opresores, especialmente los de este continente, de esta América Latina a la que pertenecemos por el alma, el sentimiento, el destino personal y cuantos lazos de convivencia, afecto y admiración nos vinculan con sus intelectuales por una parte y, por otra, con sus clases desheredadas, tan nobles como postradas.

Sabemos de antemano que las minorías favorecidas, confundiendo sistemáticamente la defensa de sus privilegios con el interés

nacional, nos acusarán como a tantos otros de “denigrar” a estos países. Si denigrar significa abogar por las mayorías en contra de la voracidad y la ceguera de los pudientes, entonces sí somos denigradores y lo seguiremos siendo. Bástenos contar con la aquiescencia expresa o tácita de millares de universitarios, escritores, periodistas, artistas, sindicalistas y otros muchos espíritus lúcidos, todos ellos autóctonos. Son ellos quienes nos empujan a proclamar verdades peligrosas y liberadoras que su situación respectiva no les permite siempre formular públicamente.

Sin familia, sin *representatividad* social y sin cálculos ni ambiciones personales, el autor no tiene “*nada que ganar ni nada que perder*”. No compromete a ninguna institución ni grupo; todos los riesgos comienzan y acaban en su propia firma. De ahí que se sienta en el grave deber de no andarse con rodeos. Le incumbe expresar sin ambages lo que tantos otros quisieran poder también pregonar por exigencia de su conciencia.

Asumimos como escritor nuestro cometido de intérprete de nuestros amos, los subproletarios, con tanto mayor entereza cuanto que, por nuestra condición de extranjero, el honor nos impone declinar toda acción y declaración que tenga directa o indirectamente implicaciones o resonancias en la política local o nacional.

A este propósito recalcaremos que nuestros planteamientos en lo tocante a la sociedad se fundamentan en una perspectiva antropológica y ética. Existen evidentemente sus correspondencias en el campo de las alternativas cívicas. Pero no olvidamos ni por un instante que las opciones propiamente políticas se determinan en conformidad con las situaciones concretas y particulares, diversas y cambiantes. Atañe a cada ciudadano elegir, entre las posibilidades que se le presentan, aquellas que le parezcan más en consonancia con los fines éticos que persigue.

Especialmente en el caso de México, todos los que conocen al autor saben con qué escrupulosidad y rigor se prohibió constantemente a sí mismo no sólo cualquier interferencia en la praxis pública, sino hasta la menor toma de posición teórica relativa a los asuntos políticos del país que le brinda hospitalidad.

Al plantear los problemas del subproletariado, principalmente al contacto de la realidad mexicana y bajo la égida de una editorial nacional, citamos con toda naturalidad hechos vividos lo-

calmente por nosotros. Las estadísticas con las que alegamos no las fuimos a sacar de expedientes archivados, sino que las elegimos de preferencia entre las que fueron lanzadas a los cuatro vientos por personajes oficiales de cuyo patriotismo nadie dudará. Si la situación que revelan tantos datos resulta desconsoladora, ya subrayamos bastante que se trata de un mal que trasciende todas las fronteras y pone en tela de juicio, ante todo, un sistema socioeconómico de escala mundial.

No se encontrará en estas páginas ni una palabra o alusión que pueda interpretarse como incriminación a un país o un régimen político particular, a no ser cierto imperialismo que se desenmascaró a sí mismo en Bahía de Cochinos y Santo Domingo entre otros muchos lugares, y ciertas dictaduras que ya se autodesprestigiaron mundialmente por sus prácticas terroristas y su sangrienta arbitrariedad.

Si escribiésemos en nuestra Europa nativa, para lectores europeos, claro está que nuestro diagnóstico resultaría todavía mucho más negativo, pues los estados del Viejo Mundo son actualmente los que más contribuyen a dorar el blasón inhumano del capitalismo.

La radio-televisión italiana realizó en 1970 una valerosa serie documental titulada "América Latina: para comprender un continente". La primera parte concluye con la siguiente constancia:

"¿Qué significa América Latina para nosotros, países desarrollados? No una carga en nuestra marcha hacia adelante o un estorbo para nuestro desarrollo; ni un familiar pobre a quien tendríamos que ayudar. Es una base sobre la que edificamos nuestro progreso y nuestro bienestar.*"

"América Latina nos proporciona:

- 20% de nuestro consumo de estaño, algodón, manganeso y cacao;
- 30% de nuestro consumo de carne;
- 33% de nuestro consumo de petróleo;
- 34% de nuestro consumo de antimonio;
- 40% de nuestro consumo de plata;
- 47% de nuestro consumo de azúcar;

* En la presente obra todos los subrayados son nuestros, salvo que una mención explícita los atribuya al autor citado.

50% de nuestro consumo de cobre;
64% de nuestro consumo de café;
79% de nuestro consumo de plátanos...

Hecho típico: los tres primeros países latinoamericanos que pensaron proyectar en sus pantallas tan áspera visión de su realidad han sido Cuba, Chile y Perú. Justamente los tres menos comprometidos a ocultar su verdadero estado de cosas que a cambiarlo: por eso no temen escudriñar sus carencias. Los que no quieren detenerse en los síntomas del mal son quienes rechazan de antemano la terapéutica radical que los mismos síntomas impondrían.

Cada vez que en México u otra parte de este continente introducimos a un europeo dentro de una *ciudad perdida*, presentamos idénticas reacciones. No “¡Qué atrasados están los latinoamericanos!”, sino al contrario: “¡Qué delincuentes somos nosotros los «desarrollados»! Nuestra riqueza se acumula a costa de esta gente desnuda. Somos verdaderos acaparadores. Es nuestra la responsabilidad de tamaña miseria. Aun el inicuo reparto de los bienes en este continente nos pone en el banquillo, pues descansa sobre los principios mismos que rigen nuestra sociedad y garantizan nuestro bienestar. Aquí es donde nuestro sistema socioeconómico occidental revela su verdadero rostro. ¿Quién soñaría todavía en defenderlo ante una visión tan descorazonadora?”

Nuestra severidad cae especialmente sobre la Iglesia en general y sobre el catolicismo latinoamericano. Nada más normal. Siendo un integrante incondicional y de cuerpo entero de la Iglesia, nos pareció que nos incumbía por lo mismo participar en su autocrítica. Viviendo en el área católica más importante numéricamente y más subdesarrollada en lo espiritual, sentimos en conciencia el deber de hablar con claridad e intrepidez, cueste lo que cueste.

A los cristianos les será siempre muy difícil, especialmente en este hemisferio, demostrar la sinceridad de su en todo caso tardía conversión a la justicia social y la autenticidad de su interés por los desheredados. Únicamente lo lograrán quienes dan pruebas inequívocas de su repudio a los crímenes del pasado y las defi-

ciencias del presente. ¿O serán puros infundios las invectivas de un Henri Lefebvre?:*

“Habéis servido a los emperadores romanos, a los señores feudales, a los monarcas absolutos, a los burgueses triunfantes. Estábais siempre (no sin algunas maniobras hábilmente reticentes para marcar vuestra independencia y vuestra superioridad) *del lado del más fuerte*, y todavía más fuertes que él, dándoos la apariencia de defender a los débiles. Y ¿tomaríais ahora en vuestras manos la causa del hombre, es decir de los oprimidos de ayer, los más fuertes de mañana? No, la astucia es demasiado grosera y el bocado demasiado grande. Por primera vez el poderoso estómago de la Santa Iglesia, que todo lo ha digerido hasra ahora, quizá no sea bastante robusto, y ella lo sabe. Y tiembla. Y juega el doble juego, el triple juego. Pero eso se ve y se sabe.”

Adviértase que cuando estigmatizamos a la Iglesia continental no olvidamos la responsabilidad de la Iglesia universal y de las iglesias locales algo desarrolladas.

Según datos oficiales,** el número de católicos era de quinientos veintiséis millones al principiar 1970. Según cifras entregadas a las agencias informativas internacionales por la CECLA (Comisión Especial de Coordinación Latinoamericana), el número de latinoamericanos ascendía a doscientos ochenta y cuatro millones en diciembre de 1970. Aunque sean muchas las zonas de este continente donde el conjunto de comunidades evangélicas cuente con más fieles asiduos que la Iglesia católica, las mismas comunidades no ocultan que la casi totalidad de sus adeptos son de origen católico. Lo que quiere decir que casi la mitad de los bautizados católicos del globo son latinoamericanos.

En tales condiciones, ¿qué cristiano de ambos hemisferios no resulta reo por lo menos de pasividad e indiferencia frente a la situación en la que vegeta la Iglesia del Nuevo Mundo? Por lo tanto cada crítica dirigida hacia esta “Iglesia en estado de pecado

* Henri Lefebvre: *Critique de la vie quotidienne*, Ed. Grasset, París, 1947.

** *L'Attività della Santa Sede nel 1970*, Imprenta políglota del Vaticano, enero de 1971.

mortal”* expresa por parte del escritor más un sentimiento de propia vergüenza y una forma de autoinculpación que una piedra lanzada a la cara de los autóctonos. ¿No fue precisamente la solidaridad con la Iglesia universal, y más directamente la latinoamericana, la más desheredada, el motivo que llevó a este escritor a abandonar un día el hexágono galo y renunciar a la cultura francesa para identificarse en todo y por todo con el alma latinoamericana? Aunque esté conciente de sus límites respecto de una civilización heredera, a la vez, de prodigiosas culturas antiguas y de la España del *Siglo de Oro*, le resulta cada día más difícil hablar de la población de este continente sin expresarse en primera persona del plural.

Justamente por identificarse con las mayorías desvalidas de este Nuevo Mundo el autor se preocupó mucho de evadir toda subjetividad. Tal escrúpulo le indujo a dar constantemente la palabra a otros escritores, atiborrando así su obra de textos entrecuillados y atrincherándose a cada paso tras de reacciones ajenas. Como se trataba al mismo tiempo de explorar las vías que la actualidad abre o cierra, los requisitos de una información objetiva y puesta al día impusieron frecuentes referencias a los sucesos diarios y a su eco en la prensa.

Desposado con América Latina “para las duras y las maduras”, en virtud de los imperativos mismos de la conciencia cristiana francesa, el autor no ha sabido esconder el cordón umbilical que mantiene su alma en contacto con su cultura matriz. No se lo reprocharán quienes sepan discernir hasta qué punto su fascinación por la nobleza indígena y mestiza domina en él la voz de la sangre y el sentido de sus raíces intelectuales y espirituales francesas. Se lo reprocharán todavía menos quienes hayan empezado a existir a causa de él en la estimación de algunos mal enterados.

Los olvidados, la multitud de los *marginados*: su destino llena todas las páginas de este libro porque ocupan la mente toda de un escritor que, en defensa de ellos, se presenta a la vez como testigo, abogado y fiscal, si bien nunca como juez.

Un testimonio perturbador.

* Véase Henri Fesquet: *Une Eglise en état de péché mortel*, Ed. Grasset, París, 1968.

Un alegato apasionado.

Una requisitoria tanto más inexorable cuanto que no va dirigida en contra de personas, sino en contra de un sistema que corrompe el alma de sus beneficiarios y destruye millones de vidas humanas.

Un llamamiento angustiado, que compromete a cuantos ejercen responsabilidades.

Un grito de socorro lanzado en nombre de quienes no tienen cara ni voz.

Una punzante interpelación.

Su alcance no se deberá menos a su estridencia que a su rigor dialéctico.

¡Ojalá consiga intranquilizar a algunas conciencias demasiado satisfechas!

II

EL CRISTO DE CAMILO TORRES

1. CRISTIANOS REVOLUCIONARIOS

DURANTE mucho tiempo, los cristianos en su gran mayoría se identificaron con el poder establecido en los estados tradicionalistas y con las fuerzas reaccionarias en los estados progresistas.

Todavía hoy existen países en que los feligreses, debidamente aleccionados por clérigos, se alistan en partidos políticos que se autotitulan "conservadores católicos". Para las generaciones precedentes, la asociación de estos dos vocablos sonaba más a pleonasma que a incongruencia.

Frente a la evolución de la sociedad, la Iglesia intervenía a menudo como freno, rara vez como estímulo.

Los espíritus lúcidos que se empeñaban en vivir el Evangelio con todas sus implicaciones sociales, cara al mundo en gestación y rumbo al porvenir, se veían despiadadamente vituperados, calumniados, perseguidos por sus correligionarios. Los creyentes que salían en defensa de las masas desposeídas debían resignarse a ser tachados por las almas piadosas de renegados y energúmenos.

Hoy vemos surgir e imponerse a la atención mundial un tipo de cristiano absolutamente opuesto al precedente: el cristiano revolucionario, entrañablemente comprometido con las aspiraciones del pueblo, totalmente entregado a la lucha contra los opresores, resuelto a acabar con el sistema político y económicosocial vigente.

Lo más sorprendente es que muchos, tanto creyentes como no creyentes, lejos de escandalizarse por semejante militancia, la consideran realmente consecuente con la fe y el Evangelio, cual prenda de autenticidad cristiana.

Al mismo tiempo, en las trincheras de las fuerzas armadas rebeldes se yergue ahora la figura del *sacerdote guerrillero* y todos los bien enterados no pueden menos de reconocer que no se trata de aventureros, sino de religiosos ejemplares, movidos únicamente por el afán de servir a Cristo, identificados como él con la causa de los olvidados. Hombres con un pasado sacerdotal intachable, logros apostólicos irrefutables, antecedentes de abnegación e irradiación evangélica poco comunes.

Todavía representan casos particulares, pero la resonancia y aceptación que, al fijar su derrotero, encontraron por parte de muchos cristianos y no cristianos permite prever que tendrán émulos.

“Ha llegado el momento de optar entre el Cristo de Camilo Torres y el del arzobispo de Burgos”. Esta frase, lanzada durante los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia, es decir, menos de treinta meses después de la inmólación del sacerdote colombiano incorporado al Ejército de Liberación Nacional, circula ahora como *slogan* en varios ambientes cristianos de los dos hemisferios. Nada resulta más significativo.

¿Cómo ha podido la antigua institución romana llegar al extremo de que sacerdotes fervientes, intensa y alegremente dedicados a su ministerio sagrado, no tengan empacho en abandonar el altar por la acción revolucionaria, blandiendo la ametralladora con “estas manos santas y venerables” destinadas por la unción del crisma a alzar el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios?

El caso se vuelve tanto más paradójico cuanto que crece el número de quienes lo saludan como prodigio de heroísmo y santidad.

Sin insistir demasiado en el hecho aún excepcional de la lucha armada, podemos y debemos preguntarnos respecto al poderoso estallido revolucionario dentro de las filas de la Iglesia. ¿Cómo explicar una insurrección tan brutal de muchos cristianos no sólo contra las estructuras sociales opresivas, sino también contra las propias estructuras eclesiásticas, incluso las intocables?

En el momento mismo en que el Concilio parecía haber dado amplia satisfacción a las aspiraciones renovadoras, el espíritu de rebelión se apodera de clérigos y militantes cristianos en todos los niveles.

Aun entre los que intentan evitar toda ruptura, son muchos los inconformes radicales cuya rebelión alcanza el punto límite,

con el riesgo de pasar imperceptiblemente de la impugnación *dentro* de la Iglesia al repudio de la Iglesia misma.

Lo más notable, lo inaudito, es la impotencia actual de la autoridad romana para sofocar, refrenar o encauzar los brotes de insubordinación. Ya no sirven las reprensiones y condenas. Ya no es posible detener el proceso revolucionario interno.

No cabe extrañarse de que los cristianos rebeldes dentro de la sociedad y los cristianos rebeldes dentro de la Iglesia resulten ordinariamente ser los mismos hombres. Conviene observar, sin embargo, que la toma de conciencia que les lleva a sacudir las estructuras inicuas y denunciar los abusos de poder no comenzó en el campo religioso, sino en el campo político-social. Por supuesto, era inconcebible que tal conversión tuviera su origen en el seno mismo de la Iglesia. Ninguna institución resulta más reacia a cualquier manifestación de inconformidad.

Cierto que casi todos los movimientos regeneradores a través de la historia del cristianismo brotaron de la base, pero esta vez había que llegar en la Iglesia católica a poner en tela de juicio nada menos que la jerarquía misma en su forma exterior tradicional, los principios de "gobierno", la concepción de la autoridad, los privilegios más consagrados, los marcos mismos en que se encuadraba toda la vida cristiana. Resultaba inimaginable que el alto mando eclesiástico renunciase espontáneamente a sus prerrogativas y a sus hábitos autocráticos. Tampoco cabía esperar que la iniciativa de un cambio de tanta trascendencia viniera de los cristianos sin grados ni títulos, o de clérigos subalternos. En la cumbre se tenía buen cuidado de anatematizar toda protesta contra la manera de ejercer la autoridad, como si se tratara de una insurrección contra la autoridad en sí, toda crítica del modo de articular y regir la institución romana como si fuese un rechazo de la Iglesia misma. De tal forma que la más leve expresión de inconformidad en este campo y hasta el mínimo intento de plantear el problema equivalía a los ojos de todos a una verdadera apostasía.

Nos encontrábamos aparentemente en un callejón sin salida.

Dos circunstancias abrieron las vías al cambio revolucionario que parecía fuera de alcance. De una parte la presión de los movimientos de rebeldía en la sociedad y su reflujo sobre las estructuras eclesiásticas. De otra parte lo que casi puede llamarse un "milagro": el milagro Juan xxiii.

2. "LO QUE VIVIMOS YA NO SE EXPRESA EN LA ESTRUCTURA ACTUAL DE LA IGLESIA"

EN todos los países, los cristianos que luchan en pro de los derechos humanos, la democratización, la justicia social se encuentran pronto en una falsa situación frente a sus compañeros no creyentes. Constantemente éstos les objetan de contradicción entre su militancia y lo que pasa en la Iglesia.

—¿Cómo podemos creer en vuestra sinceridad, les dicen, si vosotros aceptáis en la sociedad eclesiástica lo que pretendéis abolir en la sociedad civil? ¿Dónde existe menos libertad de expresión, menos reparto de responsabilidades, menos participación de cada uno en las decisiones que lo afectan, menos respeto de las personas (especialmente tratándose de acusados o sospechosos); dónde hay menos posibilidad de una opinión pública que en la Iglesia romana? ¿Dónde hay más absolutismo, más arbitrariedad? ¿Existe tiranía tan tremenda como la que se ejerce en nombre de Dios sobre las conciencias mismas, sin control, sin apelación, sin ningún elemento moderador? ¿Hay dictador, hay sátrapa, hay cacique tan déspota como ciertos obispos italianos, españoles o latinoamericanos? ¿Hay organización civil tan obsoleta y aplastante como la eclesiástica? ¿Es posible creer en vuestra voluntad de cambio en política si aguantáis sin protesta en el campo religioso una institución esclerótica, si os doblegáis en silencio ante un sistema totalitario, con su aparato enajenante, su paralizante disciplina y su autoridad inhumana?

Un golpe decisivo en este sentido se dio durante la "Revolución de Mayo" en Francia.

Rara vez tal número de cristianos se habían integrado tan resuelta e inequívocamente a un movimiento revolucionario como en este caso. Ya se había notado su presencia dinámica antes, cuando los pródromos, en Nanterre.

Pues bien, el movimiento que así conmovió a Francia entera y repercutió en todo el mundo se llevó adelante bajo el lema de PARTICIPACIÓN. Participación de los estudiantes en las estructuras y ordenaciones universitarias que les conciernen. Participación de los obreros en la gestión de las fábricas. Participación de todos los interesados en todos los niveles: empresarial, municipal, regional, nacional. Participación, inclusive, de los mozalbetes y las juvenzuelas en la orientación de su escuela. Participación, palabra

mágica lanzada a todos los vientos, hasta en los campos más imprevisibles.

¿Y en la Iglesia? Tenía por fuerza que surgir la cuestión. E irrumpió en forma abrupta e ineludible. Las repercusiones internas de la gran convulsión nacional afectaron profundamente a las instituciones eclesiásticas del país, las órdenes religiosas, los seminarios, los movimientos de laicos cristianos. Provocaron duras conmociones, cuyas consecuencias no se limitaron a la Iglesia de Francia, ni se agotarán pronto.

Además, en el curso de los acontecimientos, varios grupos de jóvenes llevaron la protesta directamente hasta el interior de lugares sagrados. Para dar una idea de sus reivindicaciones citamos algunos lemas de un volante distribuido en la iglesia Saint-Séverin de París el domingo de Pentecostés, 2 de junio de 1968:

“Lo que vivimos ya no se expresa en las estructuras actuales de la Iglesia”.

“Afirmamos el derecho de todo cristiano a participar en el poder de decisión dentro de su comunidad.”

“Rechazamos la escandalosa separación entre el culto y la política, entre la somnolencia litúrgica y la acción revolucionaria.”

“Es preciso derribar la casta sacerdotal. Ella misma lo desea. Basta de mandarines.”

En lo referente a este último punto, no hay duda de que la “Revolución de Mayo” fue el elemento que hizo madurar la rebelión de los sacerdotes y le permitió desarrollarse en forma *orgánica*.

No es la primera vez que el mundo profano impone a la Iglesia sus problemas y sus aspiraciones. Ni hay en ello nada de anormal, sino al contrario, en la medida misma en que la Iglesia está en el mundo y es para el mundo.

Precisamente uno de los efectos más patentes de la evolución actual es la retractación de cierto dualismo tradicional que veía de un lado al mundo como el diablo y de otro a la Iglesia como un *ghetto* sagrado.

No es cristiano de verdad quien pretende alcanzar a Cristo sin incorporarse francamente a la gran caravana humana, viviendo gustoso su solidaridad irrestricta con ella en las buenas y en las malas.

La intervención de Dios hecho carne en la tierra de los hombres, en la trama de la historia, trabajador en medio de los trabajadores, pobre en medio de los más pobres, vilipendiado en-

medio de los oprimidos, tiene como consecuencia lógica e imperiosa el precipitar al cristiano en los abismos de la aventura humana, asociándolo a todos los trances y los estremecimientos de las masas humilladas.

En todo caso, no se puede evocar el peso de los acontecimientos exteriores sobre la vida cristiana y su contribución a una toma de conciencia revolucionaria sin reservar un lugar especial a la América Latina. Este continente tiene hoy un papel despertador en los ambientes occidentales, especialmente tratándose de las iglesias progresistas de Europa, al norte de los Alpes y los Pirineos.

Diversos factores concurren a sensibilizar a Alemania, Bélgica, Holanda y Francia hacia las realidades de aquí.

Primero, la seducción extraordinaria que ejercen estos pueblos sobre quienes conviven con ellos y sobre aquellos que descubren ahora su fineza humana, su cultura, su arte, sus tradiciones, mediante la radio, el cine, la televisión, las revistas, la literatura, las exposiciones y los intercambios personales. Los grandes éxitos de librería de varias novelas latinoamericanas estos últimos años en Europa tienen el doble efecto de revelar e intensificar la irradiación de esta región hacia afuera.

Luego, se trata del único continente nominalmente cristiano en su casi totalidad, y a la vez la parte del orbe en que la religión resulta más degenerada e inconsistente, las instituciones eclesásticas más obsoletas y ligadas al poder y al dinero, la jerarquía en su mayoría más indiferente a la suerte de las masas desheredadas. Tal hecho constituye para todos los miembros de la Iglesia Universal un grave reto.

Además, entre todos los países subdesarrollados, son éstos los que exhiben en forma más escandalosa la opulencia deslumbrante frente a la degradante miseria de las mayorías: contraste que hace más patente para todos la iniquidad del sistema económico-social que lo permite y propicia. Por una parte unos pocos acaparadores viven en la superabundancia a costa de la multitud postergada, y por otra los países ricos aumentan su poder a cuenta de los subdesarrollados.

Intervienen también como poderosos acicates frente a este cuadro las figuras casi carismáticas de un Fidel Castro, un Che Guevara, un Camilo Torres, cuyos nombres, retratos y temas predilectos cobraron tanta importancia en el desarrollo de la "Revolución de Mayo" y otros movimientos rebeldes.

3. "¡LIBERTAD A CARDONNEL!"

ALGUNAS semanas antes de los acontecimientos del Mayo parisiense, una predicación cuaresmal en la capital francesa atraía a una gran multitud, especialmente de jóvenes. El orador, dominico como Lacordaire, no hablaba en el púlpito de la catedral que éste ilustró, sino en la sala de la Mutualité, lugar habitual de grandes asambleas políticas. Tema de sus ponencias: "Evangélio y Revolución". Su nombre: Jean Cardonnel, él mismo gran admirador de Camilo Torres. América Latina desempeñó un papel explosivo en su vida sacerdotal.

Puesto que este continente es incapaz de suministrar su propio clero, la jerarquía solicita la colaboración masiva de fuera. Como otros sacerdotes europeos que respondieron a tal llamada, Cardonnel consideró que no iba a mecer la somnolencia de la Iglesia local y que no le era lícito callar como ella la voz de la justicia frente a la postración de las masas explotadas. Desautorizado pronto por el episcopado, tuvo que regresar a Europa. Pero entretanto América Latina le había marcado para siempre, radicalizándolo, comprometiéndole con la lucha revolucionaria mundial.

El 22 de marzo de 1968, el padre Cardonnel proclamaba la urgencia para Francia de una huelga general y de una "revolución cultural": "*una huelga general que paralice los mecanismos de muerte de una sociedad fundada sobre el provecho: he aquí, no vacilo en afirmarlo, la Cuaresma que gusta a Dios, he aquí la gran liturgia contemporánea.*"

Y esto dicho precisamente el día en que allá, en Nanterre, una manifestación en favor de Vietnam, con la inevitable contramanifestación derechista y la represión policiaca, iba a constituir el *detonador* de la explosión (al punto que uno de los principales grupos instigadores de la insurrección se llamaría *Movimiento del 22 de marzo*).

Algunos meses después, el *Nouvel Observateur*, importante revista de extrema izquierda, publicaba una larga entrevista con él, cuyo eco trascendió mucho más allá de Francia. Citemos algunos extractos:¹

¹ Yvon le Vaillant: "L'invité du *Nouvel Observateur*". *Nouvel Observateur*, París, 4 de noviembre de 1968.

“Compruebo que en la hora actual se hace cada vez más patente para los jóvenes la contradicción entre la fe tomada en serio y encarnada finalmente en un proyecto político con dimensiones universalistas, y la fe falsamente llamada «tradicional», ritualista.

“Personalmente creo que el arranque, el mar de fondo del Concilio Vaticano II (no aisladamente, sino *en confrontación con los acontecimientos del mundo*) va a acusar este divorcio. . .

“Usted sabe que el gran reproche que se hace a los revolucionarios cristianos latinoamericanos, como a los españoles, es el de *temporalizar* la fe. Pues bien, eso expresa precisamente lo que percibo: la fe sólo tiene sentido si es temporal. . .

“Considero —ya lo había dicho durante la Cuaresma— que las iglesias han de desaparecer para que nazca la humanidad, pues la palabra «Iglesia» quiere decir: los hombres superan sus privilegios y constituyen un solo pueblo.”

No pasó mucho tiempo sin que el rayo fulminara al fogoso dominico. Se le prohibieron las intervenciones públicas, orales o escritas, a no ser en revistas teológicas especializadas, es decir, fuera del alcance de la opinión pública. Buen religioso, el padre Cardonnel calló, tanto más cuanto que la conminación le venía por una vía oblicua, haciéndole temer consecuencias para la misma Orden dominicana.

En efecto, oficialmente, quien le hacía callar era el provincial de los dominicos del sur de Francia, conocido como un precursor de la apertura conciliar. Nuevamente una censura venía a descargarse por sucios rodeos. Cuando una vieja cizañera, un laico de extrema derecha, un obispo retrógrado o un nuncio receloso quieren ahogar una voz renovadora y se trata de un religioso, ocurre casi siempre lo mismo. Se lleva el caso a Roma en forma unilateral, con gran estrépito y protestas de escándalo. Roma manda entonces que el superior general ordene al provincial condenar al interesado a hundirse en el silencio. En virtud de tales procedimientos, un superior se ve obligado a tomar ante la opinión pública la responsabilidad de una condena que le ha sido impuesta desde arriba.

Pero esta vez la “Revolución de Mayo” había abierto un surco nuevo dentro de la propia Iglesia y ya las cosas no podían quedar

así. El lema “¡Libertad a Cardonnel!” empezó a aparecer en varios muros de Francia y del extranjero, y a resonar en diversas asambleas públicas, incluso en los templos. Lo mismo que durante la guerra de Argelia el “¡Liberad a Ben Bela!”, o bien, durante la “Revolución de Mayo”, el “¡Libertad a los presos políticos!”, el “¡Liberad a Cardonnel!” hacía imperativo para los hombres de Iglesia el apremio de los derechos humanos en contra de toda arbitrariedad.

Ante la reivindicación de la opinión pública, la censura contra Cardonnel pronto fue derogada mediante una satisfacción de prestigio para la autoridad: la firma, ante el cardenal Lefebvre, presidente de la Asamblea episcopal francesa, de una profesión de fe que no le costaba nada al interesado, pues su fidelidad a la Iglesia no era menos patente que su convicción revolucionaria.

Evocamos este episodio porque revela hasta qué punto, desde la “Revolución de Mayo”, guste o no a Roma, la Iglesia europea está en la plaza pública. La calle hace irrupción dentro de ella.

Ahora Cardonnel es uno de los principales animadores de la protesta de los sacerdotes, uno de los profetas de las asambleas internacionales de sacerdotes impugnadores.

“*El Espíritu de Dios ha sido siempre un perturbador*”, recalcó, al subir al púlpito más preclaro y tradicional, el predicador del primer cuaresmario posterior a la “Revolución de Mayo”. A ésta consagró en efecto el padre jesuita Thomas, el 23 de febrero de 1969 y en Nuestra Señora de París, su conferencia inaugural de la Cuaresma.

Durante los acontecimientos mismos, el cardenal de París (que no vaciló en presenciar personalmente, vestido de simple cura, algunas asambleas de la Sorbona ocupada por los estudiantes) exclamaba:² “Hemos visto expresarse aspiraciones profundamente humanas. Hemos percibido llamadas auténticamente evangélicas.”

El Consejo permanente del Episcopado francés declaraba por su parte³ que “más allá de la explosión repentina de las protestas, estamos ante un movimiento de fondo de una considerable amplitud. Incita a construir *una sociedad nueva*, en que las relaciones humanas se establezcan en forma totalmente distinta... Situaciones de injusticia han violentado hasta nuestros días a

² Cardenal Marty: “Homilía de Pentecostés”, 2 de junio de 1968.

³ “Declaración de los cardenales y obispos del Consejo permanente” (consejo ejecutivo del Episcopado francés), 20 de junio de 1968.

demasiados hombres o grupos humanos, *privándoles de auténtica libertad.*"

Y el arzobispo de Toulouse subrayaba⁴ "las justas aspiraciones que han revelado las sublevaciones... ¿Cómo no recalcar, en efecto, a pesar de excesos dolorosos y deplorables, todos los valores evangélicos implicados? Lo que está en juego hoy es *la sociedad misma*. Las estructuras heredadas del pasado ya no se adaptan a los tiempos presentes. Todos lo reconocen."

Es evidente que la jerarquía no podía censurar así las estructuras anacrónicas sin darse cuenta de que no hay institución más entorpecida por su pasado que la propia Iglesia.

Con todo, semejantes tomas de posición hubieran sido inconcebibles si nada menos que todo un papa no hubiese puesto en tela de juicio previamente a la Iglesia misma en sus aspectos anticuados, si Juan xxiii no hubiera abierto las vías revolucionarias, desencadenando "*el arranque, el mar de fondo del Concilio*", según la expresión de Cardonnel.

4. EL NUEVO 1789

EL Concilio Vaticano I fue interrumpido en 1870 por la guerra franco-prusiana, después de aprobar el dogma de la infalibilidad papal. Apenas elegido, Pío XI tuvo en 1922 intención de reanudarlo, pero renunció ante la oposición de muchos preladados, que le hicieron temer las peores catástrofes. Entre otros, el ilustre cardenal francés Billot, gran teólogo, miembro de la Curia romana, dirigió un informe al Papa para disuadirlo. Vaticinaba que los modernistas iban a "*aprovechar tales Estados Generales para hacer la revolución, el nuevo 1789*, objeto de sus sueños y de sus esperanzas."

No quisiéramos dar un alcance desmesurado al paralelismo "*Estados Generales de 1789 — Revolución Francesa*" "*Concilio Vaticano II — Revolución en la Iglesia*", pero lo menos que podemos decir es que el cardenal Billot no se equivocaba del todo.

Cuando un conjunto orgánico está comprimido bajo una pre-

⁴ Monseñor Guyot: "Mensaje de Pentecostés", 2 de junio de 1963.

sión excesiva, la primera válvula de escape que se abre puede provocar un estallido de dimensiones imprevisibles.

¿Quién fue más conciente de ello que el propio Juan xxiii, según lo atestiguan varios confidentes suyos? Sin embargo abrió el Concilio. Es decir que él, *papa*, puso fin a la autocracia papal, acabó prácticamente, dentro de la Iglesia, con la monarquía absoluta que se encarnaba entonces en su persona, *cerró así la era del Antiguo Régimen* y suscitó la *impugnación general* de las instituciones y los procedimientos eclesiásticos.

Un paso tan decisivo en la cumbre tenía que repercutir efectivamente de arriba abajo en todos los escalones en que se ejerce la autoridad. Abría el camino a reacciones en cadena a veces imposibles de controlar.

El Concilio en sí no quitaba nada de las prerrogativas papales, como tampoco la apertura de los Estados Generales maniató el poder regio. Pero la convocación del Vaticano II, imponiendo un debate y una autocrítica en el más alto nivel y manifestando una voluntad de renovación cabal de la Iglesia, ponía en movimiento al conjunto del cuerpo eclesial. Las secuelas habían de ser incalculables y tan difíciles de detener como el proceso que llevó a los Estados Generales, órgano puramente consultivo, a transformarse primero en Constituyente, con sucesivas etapas hacia la Legislativa, la Convención y el Terror.

La prueba de que Juan xxiii tuvo en cuenta de antemano el sinfín de consecuencias que traería consigo el paso de la autocracia a la colegialidad la tuvimos desde el principio del Concilio, cuando dio la razón sistemáticamente y a toda costa a los que reivindicaban la libertad de debate en contra de quienes apelaban al respeto de la soberanía papal.

A los que intenten restar importancia al carácter revolucionario (de hecho, si no de derecho) de la apelación al Episcopado universal en sus circunstancias concretas, bastará con que les recordemos lo sucedido en la primera congregación general de la magna asamblea —sin olvidar que nadie conocía de antemano y valoraba mejor que el papa mismo, ex nuncio en París, los adelantos, las aspiraciones y los ímpetus de la Iglesia de Francia.

5. EL RUGIDO DEL "CARDENAL ROJO"

EL 13 de octubre de 1962, en San Pedro del Vaticano, el episcopado mundial abordaba su gran tarea. Reunión inicial en apariencia puramente protocolaria. Se trataba de designar a los miembros de las diversas comisiones a las cuales correspondería realizar lo esencial de la obra conciliar: la redacción de los textos sometidos a la deliberación y su enmienda ulterior.

La Curia romana y la Secretaría del Concilio habían establecido una lista de nombres y cada vocal la tenía impresa. El voto sería una simple formalidad. No quedaba lugar para ninguna sorpresa. Todo estaba previsto como en un guión cinematográfico. Se esperaba una manifestación del orden, la disciplina y la unanimidad triunfantes en la Iglesia romana. A tal punto que los organismos vaticanos, tan rigurosos en materia de secreto conciliar, habían invitado excepcionalmente a la televisión. Se ofrecía así a la opinión mundial un espectáculo de gala.

Efectivamente, los televidentes y la opinión universal no quedaron defraudados, pues en realidad, sin quererlo, ni mucho menos, se les ofreció un estupendo *suspense*.

Apenas el secretario general del Concilio, monseñor Felici, anuncia que se va a proceder al voto y que la lista de los candidatos está en manos de cada uno de los electores, retumba brutalmente bajo la augusta cúpula de Miguel Ángel un poderoso rugido. Todas las miradas se dirigen hacia el mismo punto, intentando discernir quién es el autor de una escabrosa interrupción.

Se trata del cardenal Liénart, obispo de Lille. Desde los años 30, su apertura pastoral y social le había merecido el mote de "cardenal rojo", si bien fue el primer purpurado a quien hemos visto a veces, hace ya más de treinta años, sin sus atributos de color escarlata, vestido como cualquier particular de condición modesta.

El anciano prelado está en pie. Toma la palabra con autoridad, en nombre del episcopado francés. Su voz perentoria declara que un voto cuyos resultados van a determinar toda la orientación del Concilio requiere un tiempo de reflexión y la posibilidad de opción. Pide un plazo: que se pueda deliberar y elegir entre todo el episcopado mundial las personalidades más preparadas para la obra específica de cada comisión.

Mientras Liénart se sienta, bajo estruendosos aplausos, se levanta el cardenal Frings. Hablando no sólo por cuenta propia, sino

también en nombre del cardenal Döpfner, alemán como él, y del cardenal austriaco König, expresa una adhesión sin reserva a la propuesta del episcopado francés. Nuevos aplausos.

Entretanto las cámaras de la televisión no sólo se proyectaban sobre el escenario que acabamos de evocar, sino que captaban las reacciones inmediatas de varios personajes. Todos los televidentes pudieron contemplar la satisfacción de muchos obispos, la perplejidad de otros, la admiración de los observadores no católicos, el estupor de monseñor Felici, la consternación de ciertos prelados conservadores, el desconcierto y la irritación gesticulante del cardenal Ottaviani.

Por supuesto, no faltan los que quisieran inducirnos a considerar este suceso como simple incidente de sesión, una peripecia sin importancia ni consecuencias. Todos los concilios provocaron a no dudarlo manifestaciones de inconformidad, tomas de posición tempestuosas y fricciones. Pero por primera vez un concilio se celebraba después de la proclamación de la infalibilidad pontificia y un siglo de exaltación del absolutismo papal, de creciente centralización y burocratización.

Para todas las personas seriamente enteradas de la vida y las estructuras de la Iglesia quedó claro que el 13 de octubre de 1962 el episcopado mundial había hecho su revolución; que ese día la dirección exclusiva de la Iglesia universal había escapado a la Curia romana y el poder de decisión en el cuerpo eclesial se había difundido desde el centro hacia la periferia.

¡Cuántos obispos confiesan: “Hasta la intervención de Liénart, no esperábamos del Concilio cambios capitales. Al ver a este obispo ajeno a la Curia erguirse en San Pedro sin que se hubiese abierto un debate y exigir que se considerara como nulo el proceso electoral cuidadosamente arreglado para asegurar el control absoluto del Concilio por los organismos romanos; cuando oímos al episcopado mundial reivindicando con sus aplausos el derecho irrestricto de elegir sus portavoces en las comisiones, es decir, la posibilidad de conservar, él mismo, la responsabilidad permanente de la labor conciliar, nos dimos cuenta de repente de que estábamos viviendo una verdadera revolución y que se abría para la Iglesia un porvenir lleno de sorpresas”!

Queda claro que ninguna revolución se consuma en un día, pero sí pueden señalarse ciertos días que, por sí solos, deciden de una revolución y excluyen de una vez toda vuelta atrás. Así, para

la Iglesia, el 25 de enero de 1959 (anuncio del Concilio). Así el 13 de octubre de 1962.

6. NO HUBO "NOCHE DEL 4 DE AGOSTO"

EN la Iglesia, el absolutismo no es exclusivo del papa. No constituye un elemento adventicio dentro del aparato eclesiástico. La concepción de la autoridad vigente en la cumbre impera por igual en todo el cuerpo eclesial y se refleja en cualquier nivel.

Absolutismo papal en la Iglesia universal.

Absolutismo episcopal en la diócesis.

Absolutismo del cura en su parroquia.

Absolutismo de los dirigentes laicos en sus asociaciones.

Desde el momento en que Juan xxiii excavó la tumba de la autocracia pontificia era inevitable que tarde o temprano se impusiese un reajuste en todos los planos.

Aquí, sin embargo, reparamos inmediatamente en una anomalía catastrófica a la cual se debe imputar el caos que presenciarnos.

El absolutismo papal cedió por voluntad de un papa y la presión del episcopado mundial harto de los desbordamientos del despotismo romano. Pero los obispos del Vaticano II no consiguieron en su mayoría aplicarse el corolario que les dictaban la lógica y la honradez. No se resolvieron a abdicar a su propio absolutismo. Al contrario, son muchos los prelados que no quieren recordar más que uno de los logros del Vaticano II: la reivindicación del poder episcopal. Lo entienden además esencialmente como la libertad de no llevar a la práctica las normas de la Iglesia universal, especialmente las decisiones conciliares, y el derecho de imponer a todos sus "súbditos" los impulsos de su real gana, a modo de verdaderos caciques. Tal es el caso de la gran mayoría de los obispos de América Latina;⁵ postura que, por fuerza, aca-

⁵ Por supuesto, hay notables excepciones. Pero, para poner de manifiesto que se trata precisamente de excepciones, bastará con citar, en México, a Don Sergio Méndez Arceo. Es bien sabido, por ejemplo, que el cardenal Garibi prohibió al clero tapatío ir a Cuernavaca, so pena de privación del ejercicio de su sacerdocio; y no faltan, sobre los muros y en el asfalto de las carreteras de Jalisco y el Bajío, las inscripciones: "Muera Méndez Arceo". Desde el Concilio se lleva a cabo en toda la república una campaña feroz en nombre de la ortodoxia contra el obispo de Morelos. Con

rra situaciones sumamente paradójicas. Y así es como, en el continente, *al nivel del episcopado*, algunos de los pocos avances sustanciales⁶ desde el Vaticano II sólo se consiguieron bajo la presión o merced a la intervención directa de los nuncios, es decir... del poder central, de Roma...⁷

En este continente hay sacerdotes y laicos de vanguardia que preferirían tener que defenderse ante el Santo Oficio o la Curia romana que ante un obispo local o una curia diocesana. Sucede que envidian a Lemerrier e Illich por la relativa consideración que se les tributó en Roma (sí, ¡pese a todo lo que se sabe!...), cuando comparan su propia suerte con la de estos dos precursores.

La caída de la Bastilla, la ciudadela del absolutismo monárquico, el 14 de julio de 1789, fue seguida, a tres semanas de distancia, por la "Noche del 4 de agosto" en que la nobleza y el alto clero abdicaron voluntariamente de sus privilegios. Empero los obispos del Vaticano II no supieron o no quisieron celebrar

firmas canónicas y prelaticias se publican horrores en la prensa nacional para obstruir el afán renovador de una gran figura conciliar. A cada paso hacia adelante de la Iglesia de Cuernavaca corresponde un endurecimiento de las iglesias de México, Puebla u otras. El tradicional desenfado de los obispos latinoamericanos hacia las normas de la Iglesia universal favorece el inmovilismo y el conservadurismo de los más empedernidos mantenedores del *statu quo*. Todos los que han vivido en Roma conocen esta respuesta de Pío XI a una persona que le presentaba con insistencia indiscreta una solicitud inaceptable arguyendo que otros ya habían obtenido una concesión semejante: "No me lo pida. Eso rebasa mi poder. Aun el Papa debe obedecer una ley inderogable... Pero... si lo pide a cualquier obispo latinoamericano, se lo concederá".

⁶ No tomamos en cuenta los cambios *ceremoniales* puramente exteriores: inversión de los altares y las demás modificaciones mobiliarias, textos sagrados atrozmente traducidos en "castellano", exhibiciones seudolitérgicas y otras superficialidades sin trascendencia, que sólo sirven para perpetuar el ritualismo y las tendencias fetichistas de estas poblaciones sin madurez religiosa. Quienes quieren demorar las transformaciones revolucionarias que urgen pueden recurrir a tales "*minirreformas*" como coartadas, pero no engañan a nadie.

⁷ Por eso el problema del cambio del estatuto de los nuncios, que se plantea en las iglesias desarrolladas, adultas, no es tan apremiante en América Latina. ¿Qué sería de la Iglesia de la Cuba revolucionaria sin la magnífica actitud de monseñor Zacchi? Piénsese también en la actuación del nuncio en Santo Domingo durante la invasión yanqui. El ejemplo español, citado a menudo, no viene al caso, pues si es cierto que *actualmente* el representante de Roma hace presión sobre el episcopado para que se desprenda de todo compromiso con el régimen, Roma no desmintió nunca, que sepamos, la declaración del arzobispo de Madrid según la cual había aceptado cargos políticos en el Estado franquista *por voluntad de Pablo VI*.

su propia "Noche del 4 de agosto". No supieron o no quisieron renunciar a su señorío, su pompa y sus títulos. En todo lo que les tocaba e implicaba algún desprendimiento o siquiera un compromiso de su parte no supieron o no quisieron poner fin al Antiguo Régimen, dejar atrás los derroteros feudales.

La obra del Vaticano I quedó trunca por haber exaltado la primacía papal sin aclarar las responsabilidades episcopales frente a Roma. El Vaticano II, sin tener la disculpa de una interrupción por motivos de guerra, falló desastrosamente al acentuar el derecho episcopal sin definir las responsabilidades de todo el cuerpo eclesial, sacerdotes y laicos, frente a los obispos.

Por esta grave omisión, el episcopado mundial ha merecido que se le imputen de antemano las consecuencias. En efecto, las responsabilidades que los obispos no les reconocieron por las buenas, sus súbditos iban a conquistarlas entre explosiones de protesta e insubordinación.

Cabe aplicar al episcopado lo que el arzobispo de París proclamaba frente al poder gaulista durante la "Revolución de Mayo":⁸

"Dios no es conservador... Dios está en pro de la justicia... Por no haberse realizado a tiempo, ciertas reformas se imponen brutalmente."

Viene también al caso lo que declaró en Roma el cardenal francés Garrone, prefecto de la Congregación de la Enseñanza Cristiana, durante los mismos acontecimientos:⁹

"Suceda lo que suceda, la responsabilidad final debe incumbir a quienes se había pedido introducir cambios justificados y no hicieron nada."

El Vaticano II, en sus debates sobre el ministerio y la vida de los sacerdotes, fue de lo más lamentable, al punto de que hasta la última sesión no hubo ninguna seguridad de que la magna asamblea lograría sacar a luz un texto cualquiera al respecto.

Además, inconsecuencia suma, el Concilio abrogó la ley sacrosanta de la inamovilidad de los párrocos, pero no quiso votar una norma que acabara con el carácter vitalicio de la función episcopal. Sin embargo, nada anquilosa tanto la vida de la Iglesia como la gerontocracia. No ponerle límite equivalía con toda certeza a cerrar el paso al *aggiornamento*. Lo confesó, el 27 de

⁸ Mons. Marty: *Carta a todos los párrocos de París*, 22 de mayo de 1968.

⁹ Card. Garrone: Conferencia de prensa, Roma, 27 de junio de 1968.

agosto de 1968, el propio cardenal Landázuri, arzobispo de Lima, mientras presidía en Medellín la segunda Asamblea general del Episcopado latinoamericano: "El problema de los prelados ancianos que no se han penetrado como conviene de las innovaciones del Concilio constituye un verdadero obstáculo en el camino de la renovación."

En el Simposio europeo de obispos que se celebró en Coira (Suiza) en julio de 1969, sobre el tema "El sacerdote en el mundo y en la Iglesia de hoy" (mientras los sacerdotes impugnadores celebraban en la misma ciudad un "Simposio europeo de sacerdotes"), el cardenal Suenens, primado de Bélgica, hizo esfuerzos desesperados a fin de que no se eludieran las interrogantes que la actualidad inmediata planteaba ante la opinión pública. He aquí los términos textuales en que exteriorizó más tarde su desengaño:¹⁰

"El mundo entero tenía los ojos clavados sobre esta centena de obispos congregados para estudiar el problema del sacerdote de hoy. ¡Como que los periodistas eran dos veces más numerosos que los obispos! Pues bien, hemos logrado la hazaña de escamotear —o casi— los problemas del sacerdote de hoy tal como estaban planteados de hecho."

En el segundo Sínodo episcopal (Roma, octubre de 1969), celebrado en tanto que la impugnación alcanzaba su clímax y se expresaba ante la televisión, la radio y la prensa del mundo en una asamblea internacional de clérigos reunidos en las proximidades del Vaticano, los presidentes de todos los episcopados del orbe se separaron sin haberse podido poner de acuerdo sobre un mensaje para los sacerdotes.

Si comparamos este silencio con las conquistas inauditas, inesperadas, que consiguieron frente al papa y la Curia en materia de colegialidad episcopal, comprobaremos todavía más que durante el Concilio su maestría y unanimidad en defensa del derecho propio y su carencia radical en defensa del derecho ajeno.

La mayoría de los obispos congregados en Roma, igual que en Coira, adoptaron una actitud negativa respecto a los sacerdotes impugnadores. Usaron argucias jurídicas para rehusar un diá-

¹⁰ "Une interview du primat de Belgique", *Le Monde*, París, 12 de mayo de 1970.

logo franco y abierto. Vieron provocación y agresión donde sólo había voluntad de plantear claramente problemas apremiantes. Algunos prelados manifestaron públicamente su exasperación ante una situación sin precedente que excedía su posibilidad de entendimiento. En general y aparte algunas preclaras excepciones, no se les vio a la altura de las circunstancias, ni se encontró en ellos la nota de magnanimidad que se podía esperar de sucesores de los apóstoles, la palabra que ennoblece el debate y permite una convergencia.

Muchos periodistas que cubrían el evento tuvieron la impresión de presenciar la reunión de un cuerpo del Antiguo Régimen, un conjunto feudal de otro tiempo u otro planeta, hombres rebasados por los acontecimientos, como desterrados que *"nada han aprendido y nada han olvidado"*, igual que los emigrados de la Revolución Francesa.

Los observadores que tenían en mente ciertos precedentes históricos contemplaron con pavor esta incapacidad de comprender, aceptar, asumir, encauzar la revolución ya iniciada. ¡Cuántos recordaron la reacción del papado y el episcopado frente a Lutero o la impermeabilidad del alto clero hacia las nuevas ideas en vísperas de 1789!

Para explicar el malestar de muchos al terminar el Sínodo, el dominico François Biot escribía desde Roma:¹¹

"Eso se debe al lenguaje y las formas de civilización en las que piensan y viven la mayoría de los miembros de la jerarquía. Ya no son el lenguaje y las formas de civilización de nuestro mundo.

"Pese a sus deseos, la Iglesia en su conjunto, especialmente en sus estructuras jerárquicas, no se ha reconciliado realmente con el mundo moderno... Su discurso se expresa todavía en tal forma que el mundo sigue su marcha alegremente sin ella y la mira con la indiferencia que nos inspira una dama anciana, simpática en sí, pero cuyo carácter inofensivo aparece ya perfectamente manifiesto."

¹¹ *Témoignage Chrétien*, París, 30 de octubre de 1969,

7. LA REBELIÓN DE LOS SACERDOTES

LA inconformidad del clero "de la base" se expresó esporádicamente por todas partes después del Concilio. No se trata de un fenómeno francés ni mucho menos, si bien el caso de los *sacerdotes obreros* de los años 50 figura entre sus antecedentes. Fue más bien en Holanda donde la protesta se llevó adelante con más pujanza. Pero la patria de Descartes, lo mismo que en otras circunstancias históricas, intervino a la vez como caja de resonancia y como trampolín. Al definir claramente, *en relación con las exigencias del testimonio evangélico*, los temas y los objetivos de la impugnación, aseguró a ésta un carácter orgánico y una proyección universal.

Se llegó a semejante etapa de movimiento estructurado e internacional gracias a la "Revolución de Mayo". En efecto, como ya lo señalamos, no hay campo en el que los acontecimientos de la primavera parisiense de 1968 hayan dejado huellas más profundas. La historia de la Iglesia gala contemporánea se habrá de contemplar en dos vertientes: *antes* de la "Revolución de Mayo", y *después*.

Cuando las elecciones del 30 de junio acabaron con el proceso insurreccional y desencadenaron la gran evasión de las vacaciones estivales, comenzó en el clero la gestación decisiva.

Cada año en Francia se espera la "Cita de octubre" como un momento difícil, con conflictos laborales y agitación en los partidos. Después de la larga tregua de las playas y las montañas vuelven a imponerse con seriedad los imperativos económicos y políticos. Ese año de 1968 el mes de octubre fue, al contrario, relativamente apacible, ...excepto en el campo religioso. La "Cita de octubre" resultó no una "cita social", como solía ser, sino una cita eclesíástica.

Desde mediados del mes circulaba entre el clero un texto que, firmado inicialmente por 120 sacerdotes, fue transmitido con fecha del 3 de noviembre al episcopado francés en vísperas de su anual asamblea plenaria. Este texto tiene valor de documento histórico y lo vamos a evocar más detalladamente. Pero antes debemos acogernos a ciertos antecedentes.

El 24 de mayo, en medio de la insurrección, un centenar de sacerdotes de París y sus suburbios, algunos muy conocidos, firmaron una declaración colectiva. Iniciativa insólita. Fue imitada

después en varios casos similares, incluso en México durante el movimiento estudiantil. Hasta entonces era costumbre que sólo la alta jerarquía, y no simples sacerdotes, tomara públicamente posición con ocasión de acontecimientos graves.

Citamos parte de este texto, porque expresa en forma muy significativa la inspiración original de los sacerdotes impugnadores de Francia:

“Solidarios de la población de nuestros barrios y *aceptando ser puestos en tela de juicio por ella*, estimamos, nosotros sacerdotes, que en la hora en que un soplo nuevo corre sobre nuestro país no podemos callar. La protesta va contra una concepción paternalista y autoritaria de la política, la economía y la Universidad. Sabemos que *la Iglesia no escapa a esta crítica. Impugnamos hoy en todos los campos el modo habitual de pensar y decidir desde arriba...*

“No podemos ser los sacerdotes de un pueblo sin *compartir realmente sus esperanzas, sus fracasos, su sed de justicia, su deseo de libertad y responsabilidad.*

“No podemos ya oír un lenguaje cauteloso para con unos y para con otros, que permite a todos arreglárselas y justificarse.

“Por eso, ante la crisis presente, y cualesquiera que sean las salidas provisionales que se encuentren, declaramos sin ambigüedad que queremos mostrarnos *plenamente solidarios de la protesta* contra un mundo en que el hombre es sacrificado por el lucro y el dinero dentro de un sistema capitalista. *Esta protesta no se limita a pedir algunas reformas tranquilizantes...*”

Los firmantes subrayan: “*Será imposible encontrar soluciones que no sean políticas.*” Añaden: “reconocemos que en este campo nuestro modo de vivir nos ha impedido a menudo apreciar la realidad.”

Al fin de septiembre, un *Forum* de 200 sacerdotes de Lyon hizo mucho ruido al cuestionar el estatuto sacerdotal mismo en su forma tradicional y adoptar la moción siguiente:

“En el contexto actual, la misión de la Iglesia nos invita a la búsqueda de vías nuevas para servir a los hombres de hoy.

“En la medida en que estamos preparados, *nos compro-*

metemos a participar más estrechamente en la vida común de los hombres de nuestro tiempo (vida profesional, *habitat*, actividades socioculturales, vida política, etc...).

“De todos modos y cualquiera que sea nuestro ministerio, nos declaramos *solidarios de este propósito*.”

“Queremos que tal decisión sea compartida en equipo (sacerdotes y laicos) y que constituya una contribución a la evangelización y *por prioridad a la evangelización de los más pobres*.”

“Estamos concientes de que esta solidaridad nos invita a buscar una limitación progresiva de nuestras tareas ceremoniales.”

El documento de los 120 se sitúa en las mismas perspectivas. Entra en materia de un modo abrupto:

“¿Sacerdotes de quién? ¿Sacerdotes para quién? ¿Sacerdotes cómo?”

“Estos interrogantes nos los planteamos nosotros mismos y nos los plantean otros sin cesar. Revelan con evidencia numerosas contradicciones entre lo que decimos según la fe y en nombre del Evangelio por una parte, y lo que estamos obligados a hacer y vivir como miembros del clero por otra parte... .

“Nuestro estatuto de clérigos nos lleva a callejones sin salida... .

“Queremos contribuir con nuestro sacerdocio a asegurar la PRESENCIA EN EL MUNDO¹² de la Iglesia de hoy y mañana. En otras palabras, queremos encarar y superar la crisis presente, que ya no cabe enmascarar con reformitas sucesivas. Pensamos que nos incumbe diseñar nuevas figuras del sacerdocio, reintegrándolo a la condición humana... .

“EL TRABAJO ASALARIADO,¹² sin ser la condición exclusiva para realizar este proyecto, nos parece sin embargo la forma privilegiada entre las demás. Es también la forma más objetada como la más opuesta al estatuto antiguo.”

La carta expresa la voluntad de dar “un primer paso hacia nuevas formas de sacerdocio en la Iglesia”, y de “desvincularse

¹² Las mayúsculas y los subrayados son del texto mismo.

de la condición de «funcionarios del culto» pagados por el culto», y, al comprobar que “en el estado actual de las cosas las condiciones del diálogo no se realizan en la Iglesia”, notifican:

“Pensamos que ha llegado el tiempo de HABLAR CON CIERTOS ACTOS¹² que hemos de explicar. ¿No será el modo más eficaz de vivir fieles a Cristo y al Evangelio?”

“Por eso les participamos la *decisión*¹² tomada por algunos entre nosotros... de hacerse trabajadores corrientes. Este paso a la condición de asalariados lo hacen de acuerdo y con el apoyo de muchos otros. Lo hacen como cualquier hombre, de un modo natural, sin autorización exterior.

“ESTE ACTO¹² pretende ser primero una decisión propia de hombres *responsables*.¹² Por lo tanto, en la sociedad actual que explota y atropella a la gran mayoría de los trabajadores, esta decisión conduce a la participación en el movimiento por la liberación y el reconocimiento de la dignidad de todos y cada uno.

“ESTE ACTO¹² no tiene nada de original. Otros antes de nosotros lo han llevado a cabo en las mismas condiciones de libertad. Sin embargo, lo que nos parece capital y nuevo es *el aspecto colectivo*¹² que resueltamente le damos.”

Además el texto anunciaba la constitución de un organismo permanente al que se dio el nombre de *Echanges et dialogue* (Intercambios y diálogo).

En una entrevista con el cronista religioso del *Figaro*,¹³ uno de los firmantes precisó: “nos hicimos sacerdotes para anunciar la buena nueva de Jesucristo. Por eso, tuvimos que entrar en un sistema que aceptamos a causa de Él, porque estábamos dispuestos a todo por Él. Pero el sistema entorpece nuestra misión. Más bien oculta a Jesucristo ante los ojos de los hombres.”

Otro firmante explicó al mismo periodista y teólogo: “Si actuamos es porque no podemos ya ser comprendidos por las vías normales. Las cuestiones planteadas quedan en dilaciones...” “Ahora bien, vemos a sacerdotes que se desaniman, sacerdotes que se van. Otros se quedan, pero dificultados en su solidaridad

¹³ René Laurentin: “Les structures cléricales remises en cause” (Las estructuras clericales en tela de juicio), *Figaro*, París, 13 de noviembre de 1968.

con los pobres, apocados en su integridad humana; otros se esconden (tipo *Iglesia subterránea*), para tomar localmente las iniciativas no autorizadas que les parecen necesarias. No aceptamos tal hipocresía. Ésta es la razón del diálogo que se ha entablado.”

¿“Diálogo”? El documento se nos muestra más bien como una intimación. Argumenta con los hechos consumados.

Sin embargo el episcopado francés, instruido por los acontecimientos recientes, supo valorar inmediatamente la extrema gravedad de la situación y, a despecho de las reglas, los usos y las susceptibilidades, percibió la conveniencia de evitar todo lo que pudiera aumentar la tensión.

El arzobispo de París escribió en seguida una carta personal a cada uno de los firmantes capitalinos y, al abrir en Lourdes, el 14 de noviembre de 1968, la Asamblea plenaria del episcopado francés, pronunció estas palabras, que equivalían a una autocrítica:

“La misión del sacerdote necesita ser precisada... La autoridad y la obediencia crean problemas. Hemos de buscar los modos más auténticos en el ejercicio de nuestra pastoral episcopal. Debemos igualmente buscar *un diálogo verdadero*, más humilde y más sólido, entre obispos y sacerdotes, tanto en el plan personal como en el plan colectivo...”

Los obispos decidieron asumir en toda su amplitud y complejidad el problema planteado. Organizaron una consulta nacional sobre el estatuto sacerdotal, abierta a clérigos y laicos.

Esta humilde y realista actitud pudo conjurar el peligro de ruptura y cisma, pero no logró impedir que el movimiento *Echanges et dialogue* se desarrollara, se extendiera al través del país, convocara sesiones regionales y nacionales con centenares de participantes, entrara en contacto con grupos extranjeros similares y promoviera con ellos los encuentros internacionales de Coira (julio de 1969) paralelamente al Simposio europeo de obispos, Roma (octubre de 1969), durante el segundo Sínodo episcopal, y Amsterdam (fines de septiembre-principios de octubre de 1970). La prensa mundial les dio entonces sobrada publicidad, más por sensacionalismo morboso que por haberse percatado del verdadero alcance del problema.

Los impugnadores de diversos países se pusieron de acuerdo para adoptar el nombre de “sacerdotes solidarios”. La solidaridad resulta ser, en efecto, su principal característica: solidaridad con el mundo en que les corresponde anunciar a Cristo, y solidaridad con quienes en este mundo luchan por la justicia.

Sólo estaban algunas decenas en la Ciudad Eterna en octubre de 1969, pero representaban uniones y movimientos de toda índole: *Septuagint*, que contaba entonces en Holanda con cerca de 1 300 sacerdotes; *Echanges et dialogue* (cerca de 900) y los grupos *Concertation* en Francia; 14 grupos de Alemania Federal (cerca de 800); siete grupos belgas de habla francesa; cerca de 300 sacerdotes flamencos; cerca de 250 austriacos; unos 200 catalanes y una cincuentena de vascos. España se había preparado especialmente para la junta de Roma: el mes precedente se habían reunido en Valencia 150 sacerdotes y laicos, todos delegados de grupos diseminados a través de la mayoría de las diócesis. También en este campo se manifiesta el impresionante arranque de los cristianos "de la base" en la península desde el Concilio. Italia misma estaba representada por algunos milaneses, piemonteses, ligures y toscanos. De este hemisferio sólo hubo "observadores" en Roma.¹⁴

¹⁴ En América Latina es muy estrecho el margen de acción para los impugnadores. Se les impone pronto la opción: callar y doblegarse, o bien irse. Así "se quedan los buenos", como lo proclamó sin recato alguno a su paso por la capital mexicana, el 24 de abril de 1969, el cardenal Mario Casariego, arzobispo de Guatemala: "¡Que los malos sacerdotes, los de la nueva ola, se vayan, y se queden los buenos!" *Nosotros*, los fariseos, somos *los buenos*, y aunque se acaben la Iglesia y el mundo no renunciaremos a nuestra sagrada rutina. Sagrada . . . ¡y provechosa! A consecuencia de la imposibilidad de un diálogo franco entre la gran mayoría de los obispos latinoamericanos de un lado, los sacerdotes y laicos de otro, este continente aparecerá cada vez más como la región de las posiciones extremas. Sus elementos avanzados, desesperando de encontrar audiencia por parte de la jerarquía, se ven obligados en conciencia a hablar con actos y hechos consumados. Con todo, y contrariamente a la afirmación del prelado guatemalteco, quienes renuncian al ejercicio del sacerdocio y quienes abandonan seminarios y noviciados resultan ser en su mayoría, como se sabe, los de mayor valor humano y de más entrega a su vocación. La propia Conferencia general del episcopado latinoamericano de Medellín lo reconoció (aunque el inciso "a veces y en parte" vino al último momento a bastardear lo que el texto pretendía recalcar: ejemplo típico del estilo "negro-blanco" o "no-sí-no" propio del mundo clerical): "Nos dirigimos además a los queridos cooperadores que están padeciendo las angustias de muy variadas crisis, *después de años vividos en la fidelidad y la abnegación*. Sabemos que esta situación es fruto, a veces y en parte, de *sinceridad y autenticidad*." Cabe señalar que apenas una semana antes que el cardenal de Guatemala pasó también por México el prelado vaticano monseñor Gremillion, secretario de la Comisión pontificia "Justicia y Paz", promotor del fondo *Populorum progressio* (y anteriormente promotor del organismo católico de protección y ayuda a los trabajadores mexicanos emigrados a

Como se ve, en lo esencial, *el mapa de la protesta sacerdotal actual corresponde al mapa de la protesta episcopal en el Vaticano II*. Los países que han impulsado al Concilio hacia adelante son los mismos en que se impugna con más intransigencia el estatuto tradicional del sacerdote y, en general, todas las estructuras eclesiásticas.

Eso indica que está operando una poderosa presión del siglo actual. La Iglesia arrostra hoy una nueva etapa de su inserción en el mundo. Su jerarquía no puede esquivar semejante reto de la época. Lo tiene que encarar con realismo y ecuanimidad sin límites. Al mar de fondo de la historia no se le conjura con censuras y vituperios. Sólo cabe renovar los diques que lo encauzarán donde no origine estragos.

Al través de los tiempos, los responsables que sólo veían una agitación superficial allá donde estaba germinando una verdadera revolución lo pagaron muy caro en lo sucesivo. En vano se intentaría hoy sojuzgar a los impugnadores. Se trata de plantear con madurez y serenidad los problemas que los llevaron a la protesta, para resolverlos con la participación de todos los interesados.

No se cierra el paso a una revolución con sólo negar su inminencia o su efectividad.

los Estados Unidos). En una conferencia de prensa, el 18 de abril de 1969, el dignatario declaró que la deserción de los sacerdotes en América Latina se debe a que no se acató el Concilio y no se adaptó el ministerio sacerdotal al mundo de hoy y a las realidades humanas. — Añadiremos por último que en otras partes del mundo, no menos “católicas” y con un episcopado no menos receloso hacia el *aggiornamento*, ocurre la misma deserción de sacerdotes generosos y relevantes. Tenemos por ejemplo, en el Viejo Mundo, el caso conocido del padre Felicidade Alvès, ex profesor del Seminario Mayor de Lisboa, ex párroco de la zona más distinguida de la capital lusitana, miembro de la Comisión nacional de Auxilio a los presos políticos, él mismo ex preso político. Sus tomas de posición contra la miseria, la opresión y el colonialismo, sus protestas contra la sujeción del episcopado portugués al poder civil, así como su presencia en París durante la “Revolución de Mayo”, le merecieron los más duros anatemas. Sin embargo, su obispo, al fulminar contra él la excomunión en agosto de 1970, no pudo menos de reconocer que ha sido “*un miembro del clero entregado y prestigiado*”.

8. HACIA EL FIN DEL MANDARINATO

UNA de las principales reivindicaciones de los "sacerdotes solidarios" es la "desclerización", la supresión de la "casta sacerdotal", la desaparición de la noción misma de "estado clerical": que ya no haya "funcionarios del culto", "empleados eclesiásticos de tiempo completo", "profesionales de lo sagrado", presbíteros de carrera. El clero como estratificación social y la "burocratización" del ministerio sacerdotal no corresponden al Nuevo Testamento ni al espíritu de los primeros siglos cristianos. No corresponden tampoco a la misión de la Iglesia en el mundo actual. Repugnan a la mentalidad y la sensibilidad de los hombres de hoy:

El primero que se atrevió en el mundo católico a plantear el problema con toda su crudeza ante la opinión pública fue Ivan Illich.¹⁵ Lanzó en este sentido unas "bombas" (la palabra es de él mismo) que provocaron remolinos en todo este hemisferio y alcanzaron una resonancia inmensa en Europa, en Francia especialmente. Pero, por pertenecer al clero norteamericano y vivir en América Latina, Illich se situó en el contexto que le era familiar de una Iglesia replegada sobre sí misma, sin irradiación cultural, casi exclusivamente dedicada a la enseñanza burguesa de una parte, y de otra al "culto"; lo cual significa, en la mayoría de estos países, venta (¡nada barata!...) de sacramentos, funerales, celebraciones de quince años y otras exhibiciones con más alarde llamativo que contenido espiritual: la *General Motors eclesiástica*, con sus éxitos publicitarios. Todo ello ofrece una visión del papel sacerdotal muy distinta de la europea, por ejemplo, máxime la de los países conciliares. En consecuencia podría más fácilmente dar lugar a malentendidos.

Si en el presente ensayo tomamos en consideración especialmente la protesta de los sacerdotes franceses, no creemos que sea porque nos está obnubilando la patriotería, sino porque diversas causas contribuyen a conferir al caso galo un valor de esclarecimiento, de ilustración al nivel de la Iglesia universal, que facilita nuestro análisis.

La protesta de los afiliados a *Echanges et Dialogue* viene a

¹⁵ Ivan Illich: "The Vanishing Clergyman", en *The Critic*, Chicago, Illinois, Vol. 25 (6), junio-julio de 1967. Versión castellana publicada en *Siempre!*, México, 12 de julio de 1967.

ser como la culminación de una larga toma de conciencia; se apoya en una experiencia histórica particularmente sugerente.

El anticlericalismo inveterado, el volterianismo, un laicismo quisquilloso y, en los albores del presente siglo, la ruptura del concordato con Roma, la separación de la Iglesia y el Estado, la expulsión de todas las comunidades religiosas, sensibilizaron al extremo y para siempre a la mayoría de los franceses respecto de la distinción entre poder temporal y vida cristiana. No transigen cuando se trata de propugnar la autonomía de las realidades terrestres, sobre todo las políticas, frente a los planteamientos religiosos. Los fieles mismos permanecen en general alérgicos a toda intervención de la Iglesia y el clero *como tales* en la vida pública. Al mismo tiempo la sola idea de una religión de *ghetto*, formando un bando aparte, una categoría selecta, les pone los pelos de punta. Fue un francés (Gabriel Marcel) quien escribió: "cuando decimos «*nosotros los católicos*», ya dejamos de ser católicos."¹⁶

A los propios sacerdotes y obispos, la pobreza que les impuso saludablemente la ruptura del Concordato, con la consiguiente supresión de la ayuda estatal, de una parte, y por otra la vida

¹⁶ Rodeada de países en que prosperan los partidos políticos con denominaciones "cristianas", Francia no los tolera para ella y nadie olvida la quiebra ejemplar del Movimiento Republicano Popular (*MRP*), emparentado con la Democracia "Cristiana". El 8 de mayo de 1945, Día de la Victoria, De Gaulle, personalmente cristiano de convicción y de práctica, fue el único jefe de Estado occidental que se abstuvo de mencionar a Dios al celebrar con un mensaje a la nación el fin de la guerra en Europa. Sin embargo, algunos meses después, en su viaje oficial a Moscú, preguntaría en seguida a Stalin dónde podría asistir a misa el día siguiente. . . Fue bajo presión de la delegación francesa como la Confederación Internacional de los Sindicatos Cristianos abandonó este último epíteto en su xiv Congreso (Luxemburgo, octubre de 1968) y adoptó el nombre de Confederación Mundial del Trabajo (*CMT*), al mismo tiempo que nuevos estatutos. — El caso de las escuelas católicas es una cuestión aparte. Los obispos franceses, siempre sospechosos de galicanismo ante el Vaticano, tenían que hacer alarde de "ultramontanismo", de sujeción a todos los deseos del papa y la Curia romana. En Roma, el "dogma" de la necesidad de la escuela confesional se enarbola casi tan alto como la divinidad de Cristo. Representa por lo tanto una victoria de la colegialidad episcopal y la descentralización el que los obispos franceses hubiesen podido al fin liberarse de un tabú clerical que había envenenado el ambiente nacional durante más de un siglo. (Entre la escuela pública y la privada "la opción, si se efectúa según la conciencia, es legítima y razonable", y la escuela pública "tiene derecho a la estima de los católicos y sus pastores", declaró la Asamblea episcopal anual de Lourdes en noviembre de 1969.)

promiscua de las trincheras durante dos guerras mundiales, como también el *maquis*, a veces la cárcel, los campos de concentración y la deportación masiva en Alemania les pusieron, de grado o por fuerza, a salvo de lo que Michel Carrouge llamó el “complejo brahmánico”; les quitó toda gana de considerarse como una casta de mandarines, un cuerpo constituido, una “clase dirigente”, una estructura del orden establecido.

Por el contrario, la convivencia con hombres de toda extracción y opinión, el participar con ellos en las tareas más humildes y triviales bajo las balas y las bombas, el enfrentar en común la proximidad de la muerte, la herida grave, el cautiverio, la tortura, infundieron en el clero francés la obsesión de la solidaridad con todos, por encima de cualquier frontera social o confesional, la preocupación incesante de no desvincularse nunca del pueblo, especialmente de sus capas más oprimidas.

Cuando los sacerdotes de *Echanges et dialogue* repiten: “no queremos ser notabilidades” (los *notables* del Antiguo Régimen), expresan una reacción general y constante del clero francés.¹⁷

Pero hay mucho más.

Los millares de sacerdotes franceses que compartieron durante años en el frente y los campos las condiciones de vida de sus conciudadanos se encontraron expuestos a *un verdadero reto* por parte de su conciencia y de la opinión pública.

La lealtad hacia la laicidad requerida por la ley, y también el respeto por los que no compartían sus convicciones, les obligaban a prescindir de los actos públicos de culto, restringir las actitudes religiosas exteriores, excluir toda forma de proselitismo. Pero, al mismo tiempo, la fidelidad a su fe y a su sacerdocio, tanto como la mirada de sus compañeros fija día y noche sobre ellos, les comprometía a no sacrificar las exigencias de su vocación de tes-

¹⁷ El actual secretario de Estado del Vaticano, cardenal Villot, impresionó mucho a los romanos que le veían durante el Concilio recorrer en autobús (parado en el pasillo las más de las veces) los kilómetros que separaban su domicilio de San Pedro, pese a la obligación impuesta a los “príncipes de la Iglesia” de usar exclusivamente coche con chofer. Pocos imaginan fuera de la península a qué punto los habitantes de la capital italiana están hartos de exhibiciones clericales. El aparato protocolar es tan tiránico que el propio papa Juan nunca se atrevió a salir solo de su “palacio”, aunque lo anhelaba tanto, a imitación de Cristo. Siendo nuncio en París, estaba vigilado por agentes del Vaticano para que, entre otras cosas, no infringiera la prohibición de andar a pie por la ciudad.

tigos de Cristo. Ante este desafío de cada instante tuvieron que aprender a expresar su testimonio evangélico, no con palabras y ritos, ni con gestos o actos peculiares, sino sencillamente por medio de sus comportamientos más ordinarios, por la calidad personal, la densidad humana, el estilo con el cual se esforzaban en cumplir las mismas actividades que todos sus compañeros.

Semejante experiencia, con las reacciones de los que los rodeaban, hizo percibir a muchos lo artificial y caduco de una concepción del ministerio que da importancia al hábito, a las ceremonias, a la segregación del clérigo. Les “vacunó” contra un cierto colonialismo o imperialismo religioso, un espíritu de “conquista”, de cruzada, una propensión a confundir apostolado con publicidad, propaganda y reclutamiento. *El proselitismo es la prostitución del verdadero testimonio cristiano.*

Poco a poco se impuso así la concepción *existencial* del ministerio: un *mínisterio* que cuenta por lo que *ES* el sacerdote mismo y lo que *VALE*, no por su agitación, su capacidad de seducción, su aptitud “enganchadora”.

“Profeta de lo cotidiano”,¹⁸ el cristiano es “sal de la tierra” y “levadura” del mundo en la medida en que, lejos de aislarse, singularizarse o fomentar exhibiciones piadosas y campañas publicitarias, se integra totalmente en la masa hasta hacerse absolutamente inadvertido. La presencia de la sal y la levadura no se nota en el alimento, sino sólo cuando sobra o cuando falta. La sal y la levadura proyectadas en la masa no tienen otro objeto que el bien del todo al cual están ordenadas por entero y en el cual se sumen sin reserva. Así el cristiano auténtico se incorpora cabalmente a la sociedad sin otro designio que el desarrollo de ésta y de cada uno de sus miembros.

Se comprende que, después de haberse despertado a tales horizontes, tan evangélicos, muchos sacerdotes no se sintieran a gusto y quedarán desconcertados, como desterrados, cuando, terminada la guerra, tuvieron que reintegrarse al mandarinato, con la sotana, la casa presbiteral, las “obras” piadosas y todas las servidumbres del ritualismo y el formalismo rutinario. Comprendieron hasta qué punto el cuadro clerical es una estructura residual perteneciente a un mundo rebasado, un órgano testigo de otra época.

¹⁸ “Los cristianos deben ser los profetas de lo cotidiano”, proclamó uno de los enunciados finales del Congreso nacional de la Enseñanza religiosa, París, abril de 1968.

Especialmente la experiencia de la última guerra fue tan reveladora para el clero francés, que varios sacerdotes desearon perpetuarla a toda costa. Así se explica la trayectoria de los "sacerdotes obreros" de los años 40 y 50, y así se comprende también el interés excepcional que su tentativa suscitó en Francia y en el mundo entero. Claro que al principio les fue difícil hacer entender en su derredor, especialmente a la feligresía, que su adhesión a la vida obrera era franca, íntegra, *sin segunda intención*. No iban a las fábricas para dar buenas palabras y buenos ejemplos, ni mucho menos para "convertir a los obreros", sino para vivir lealmente con ellos el humanismo del trabajo, la dignidad de los humildes, la nobleza de la labor común, la solidaridad en la pobreza y la lucha; dispuestos a recibir de sus compañeros más de lo que podían ofrecerles.

La desautorización romana, en 1954, por temor a la novedad y por razones políticas,¹⁹ constituyó uno de estos errores que pesan en forma irreparable sobre el destino de una colectividad.

Una grave tentación acecha a los rectores de una institución tan antigua como la Iglesia católica —"paciente por eterna", según el dicho tradicional—, y es la de creer que el tiempo trabaja siempre en favor de ella, que las ocasiones perdidas siguen siendo recuperables un día, que los atrasos pueden compensarse. Hay frenazos que llevan ineluctablemente al abismo.

Gracias en particular a monseñor Marty (actual cardenal arzobispo de París), el Concilio admitió en principio para los sacerdotes el ejercicio de un oficio y la participación en la condición obrera.²⁰

El camino de las fábricas se abrió de nuevo ante el clero. Pero fue precisamente entonces, después de que tras de casi tres años de tanteos Roma y el episcopado francés tomaban nuevas provi-

¹⁹ Presión sobre el Vaticano por parte de los Estados Unidos: algunos "sacerdotes obreros" habían presenciado con sus compañeros de trabajo un desfile de protesta contra la permanencia de los militares americanos en Francia. Presión por parte del gobierno francés (en especial el ministro Georges Bidault, del MRP, la "Democracia cristiana" disfrazada), que no perdonó a los "sacerdotes obreros" su solidaridad abierta con las poderosas huelgas del verano de 1953, mientras él estaba ocupado a la sazón en destituir innoblemente al sultán de Marruecos.

²⁰ En el *Decreto sobre el ministerio y la vida de los sacerdotes*, 8, par. 1; también en la *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, 31, 2; en forma implícita: *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo*, 43,2; *Decreto sobre el apostolado laico*, 1,2.

dencias favorables a la experiencia en mayor escala, cuando estalló la protesta y retumbó la decisión colectiva de ir al trabajo sin permiso previo de la jerarquía.

Una vez más se comprueba que las concesiones tardías no dan satisfacción a los interesados, sino que les incitan a abrir nuevas brechas, sin preocuparse por una autorización que de todos modos no se les rehusará . . . dentro de algunos años.

Es así como se deteriora y se mina poco a poco el principio mismo de la autoridad. Pero, ¿a quién culpar? Ya lo decía la sabiduría antigua: *Qualis dominus, talis et servus*. A tal amo, tal siervo. Y recordemos el *Cantar de Mio Cid*:

*Dios, ¡qué buen vasallo,
si oviese buen señore!*

Hay en la sublevación del clero "de la base" algo muy digno de señalarse. Hace lo mismo que hizo Juan XXIII al poner en tela de juicio el modo de ejercer su *propia* autoridad: *cosa que no hizo el episcopado mundial*, incapaz de una autocritica lúcida y constructiva.

Los principales iniciadores del movimiento son sacerdotes asociados evangélicamente a las pesadillas de los laicos más pobres, libres de la pompa, el aparato, los distintivos y las componendas que estorban, encadenan e incomunican a tantos obispos, desvinculándoles de los problemas y las aspiraciones ajenas.

Estos sacerdotes no reivindican tanto *su derecho* cuanto el derecho del pueblo cristiano frente al clero. Se imponen un examen exhaustivo de su modo de vivir, de la forma de concebir y ejercer su ministerio, de sus relaciones con los fieles y con el mundo en general. Protestan contra sí mismos tanto como contra la jerarquía. No defienden ni postulan prerrogativas. Impugnan sus *propios* privilegios y su existencia misma como clero, como cuerpo social constituido. Tienen siempre ante la vista *la masa*, cristiana o no, en especial los sectores más desheredados, material y espiritualmente, para contribuir a su promoción.

Por eso, si quisiéramos hacer un grueso paralelismo con precedentes de la historia profana, diríamos que no se trata de nuevos Sieyés que, frente a la Curia romana y el episcopado mundial, militarían por la emancipación del bajo clero y la feligresía, sino de otros Camilo Torres que exigen la desaparición, junto al An-

tigo Régimen, de cualquier categoría privilegiada, *empezando por el clero mismo* en el sentido sociológico de la palabra.

1789 promovió a la burguesía; 1917 abrió el camino a las masas proletarias. ¿No necesitaríamos en la Iglesia, después del *nuevo 1789*, un *nuevo 1917*, una revolución profunda, radical, en todos los planos?

9. REBELIÓN CONTRA EL ABSURDO, NO CONTRA LA IGLESIA

“El Concilio —dijo el cardenal Suenens—²¹ ha sido un sol que bruscamente ha hecho fundir los glaciares, con el resultado de que los torrentes se han despeñado por las vertientes de las montañas.”

El espectáculo encanta a quienes estaban esperando desde hace tiempo semejante deshielo. Pero son muchos los que se espantan ante los desbordamientos de la presente turbación en la Iglesia.

Un campesino como Juan XXIII no temía tener que afrontar las tempestades. Pero nada había preparado a un Montini para arrostrar las borrascas de la historia. Perteneciente a una pequeña burguesía intelectualizante de provincias (bastante tradicionalista para poder permitirse ciertas veleidades reformistas, y lo suficientemente abierta para no tener que esconder su horror ante las posiciones revolucionarias), realizó a la perfección una vocación de hombre de despacho y de diplomacia,²² hasta la ruptura con Pío XII que le llevó de improviso a dedicarse a los cargos pastorales, tan poco afines con su natural encogido.

El rápido ascenso del estado llano a la cumbre le ensimismó al extremo. Sus discursos y documentos papales se refieren constantemente con hartó énfasis a su eminente responsabilidad: “Nosotros sobre quien un misterioso designio de la Providencia

²¹ *Informations Catholiques Internationales*, París, 15 de mayo de 1969.

²² La hagiografía dedicada a canonizar al papa mientras “reina” dio mucha importancia a una anécdota narrada por un religioso jesuita, testigo presencial que vivía aún cuando fue elegido Pablo VI: un diálogo entre el párroco de la familia Montini y los niños, con vistas a su porvenir. No imitaremos a la prensa piadosa y zalamera que sacó de tal hecho sin trascendencia una profecía del destino pontifical del chiquillo, pero quizá podemos ver en él un rasgo psicológico significativo. —¿Y tú, Batista, qué serás? —Diplomático. —¿Sabes lo que quiere decir diplomático? —Alguien que vive en el Vaticano.

divina ha establecido en esta hora difícil la solicitud de todas las iglesias”, “cargado con las llaves supremas entregadas a Pedro por Cristo”, “Nuestra elevación al solio romano”, “Nuestro ministerio pontificio”, “la Providencia nos ha reservado el privilegio de ser el primer pontífice...”, etc., etc.

Hasta en el camino del Calvario, durante su viaje a Tierra Santa, se exhibió con la púrpura imperial (la que Cristo en la parábola evangélica reservó al tipo de hombre presentado precisamente por él como merecedor de la condenación eterna: el traje del rico ostentoso), el distintivo del poder políticomilitar conquistado con las legiones, el manto que los verdugos impusieron irrisoriamente al Nazareno durante su Pasión.²³

²³ Ese primer viaje del papa fuera de Italia provocó ansias en muchos. Pablo vi quería que su ida a Jerusalem, Belén y Nazaret tuviese un sentido ecuménico y, salvo en la Iglesia ortodoxa, acostumbra ella también al fausto, la gira fue contraproducente y suscitó protestas, dolorosas unas y vehementes otras. “En cierto modo”, escribió en el editorial del principal semanario protestante francés, *Réforme* (París, 11 de enero de 1964), el pastor Albert Finet, “este acontecimiento nos echa en cara la más detestable y falsa imagen de la Iglesia de Jesucristo... Embajadores, ministros, presidentes, reyes vienen a saludar a uno de ellos, aunque él diga lo contrario. Y sin duda este homenaje convencional no inquietará el espíritu de ninguno de ellos ni alertará su entendimiento al recordar la escena que tuvo lugar en un pretorio: Jesús ante Pilato... Y en las pantallas del mundo entero, como en todos los periódicos, se cometerá la sinrazón y la traición de glorificar este acontecimiento mundano y mundial...” El padre Gauthier, “sacerdote obrero” francés que vivía y trabajaba entonces en medio de los pobres de Nazaret (hoy comparte en un campo de refugiados palestinos la tragedia del pueblo expoliado), el hombre evangélico que había sugerido al papa la idea de una peregrinación a Tierra Santa, escribió consternado (*Témoignage Chrétien*, París, 23 de enero de 1964): “Las iglesias... ¿cuándo comprenderán que para volver a encontrar la unidad entre ellas deben, en su Cuerpo y sobre todo en sus Cabezas, hacerse conformes con el Niño del pesebre, el Trabajador de Nazaret, el Mesías de los pobres de Jerusalem? En sus miembros necesitados y laboriosos, Jesús espera otra peregrinación. Pablo vi y Atenágoras han intercambiado regalos. ¿Será un anciano Pablo vi o un joven Juan xxiv, un anciano Atenágoras o un joven Crisóstomo quienes se ofrezcan a sí mismos al Niño pobre, a Cristo Trabajador? «¡Ve, vende tus bienes, dáselos a los pobres!»” Por su parte el pastor Roland de Pury, pensador y escritor de renombre, preguntó en *l'Illustré protestant* (febrero de 1964): “Querido padre Gauthier, ¿comprende nuestra angustia?... este viaje de tres días en DC8... corre el peligro de comprometer los resultados inesperados del Concilio... ¡Déjennos olvidar todo este asunto y volver a hallar en el silencio el Evangelio de Nuestro Señor, si queda la posibilidad de librarlo de este farrago y que nos encontremos a su escucha con Pablo

Con la edad, ciertos indicios de falta de dominio de sí mismo (llantos, irritabilidad, excesos verbales) provocan inquietud en sus allegados. Él, que se preciaba de hombre de diálogo, marginó sucesivamente a sus mejores amigos y consejeros, a los que le respetaban bastante para atreverse a expresar en su presencia ideas diferentes a las suyas. Sus mentores actuales, un cardenal Daniélou, un cardenal Journet por ejemplo, son, como él, "*progresistas de los años 30*", que se empeñan en navegar contra la corriente.

La vida, toda vida, es brote, erupción, con arranques, fenómenos insólitos, crisis de crecimiento, desarrollos imprevisibles. Querer imponer un alto a un impulso renovador, un "¡hasta aquí, no más!", es negar su aspecto vital. En eso estriba la suerte desesperada de los esfuerzos de Pablo VI y parte del episcopado. Imposible detener la vida, a menos de sacrificar el organismo vivo.

Sucede al papa y a muchos prelados lo que a tantos gobernantes frente a la juventud que reclama libertad, democracia y justicia social: consideran más el camino ya recorrido en tal sentido que las etapas que quedan por abordar.

Otra vez nos viene a la mente una imagen muy feliz del cardenal Suenens. Comparaba el Sínodo episcopal de 1969 a "*un elevador que se encontrara en el tercer piso mientras se le espera en el décimo: si se lo mira desde abajo, está alto; si se lo mira desde arriba, está bajo.*"

Lo más deplorable de la tendencia a frenar a toda costa un movimiento de época es que, finalmente, suscita la desesperación de los interesados y acaba por provocar los excesos y las desviaciones mismas que se pretendía evitar.

Fue un prelado italiano, monseñor Gaddi, obispo de Bérgamo y amigo personal del papa, quien lanzó ante la conferencia episcopal peninsular de 1970²⁴ la grave advertencia siguiente: "*La tragedia no es el grito, sino lo que podría suceder si no se quiere escucharlo o si se lo pasa por alto.*"

Gracias a Juan XXIII, gracias al movimiento preconiliar, conciliar y posconciliar, gracias a una intelectualidad cristiana de

Montini, el obispo de Roma, nuestro hermano... *Quisiera que esta peregrinación no hubiese existido nunca. Quisiera que volviese a iniciarse en forma muy distinta.*" Nada manifiesta tanto la falta de sensibilidad evangélica y de sentido ecuménico de muchos ambientes católicos como la sorpresa, el desconcierto e incluso el escándalo que provocaron semejantes reacciones.

²⁴ Conferencia episcopal italiana, Roma, 6-11 de abril de 1970.

nivel universal, a la irradiación evangélica y la lucidez de muchos militantes de todas las capas sociales, a la presencia cada vez más numerosa de discípulos de Cristo en las filas de la revolución mundial, sucede algo casi sin precedente en la historia del cristianismo: una rebelión radical y estrepitosa de muchos clérigos y laicos que, sin embargo, se obstinan en quedar dentro de la comunidad de los creyentes y no admiten que se ponga en duda su lealtad filial a la Iglesia.

Es justamente en virtud de su apego indefectible a la Iglesia y la solidaridad que ella implica "en las duras y en las maduras" que su impugnación se expresa en forma tan radical. No impugnan a una institución ajena: se identifican con ella. Su misma adhesión contribuye a ganarle a la Iglesia el respeto en su derredor. Hombres adultos y responsables, tienen conciencia del compromiso que implica semejante adhesión. Las lacras de la Iglesia las consideran como suyas hasta que no lo intenten todo por extirparlas.

La rebelión que presenciamos no toca ni a la creencia en Dios, ni a la fe en Cristo y en su Iglesia, ni a la primacía del papa en sí, ni a la jerarquía como tal.

Los impugnadores de hoy rechazan lo que perpetúa en la Iglesia un pasado que nada tiene que ver con Cristo y su mensaje. las caducas formas exteriores, el esterilizante aparato jurídico. Atacan el sistema eclesiástico como herencia de las vicisitudes históricas, el derecho romano, los patrones imperiales, los mitos constantinianos. Protestan contra las inscrustaciones de los tiempos. Piden que las necesidades del presente, los retos de los acontecimientos actuales cuenten más que los cuadros anacrónicos, los ritos folclóricos, los usos arcaicos, las convenciones sociales de otros siglos. Ponen en tela de juicio los marcos que paralizan las iniciativas y traumatizan a los humildes, las estructuras que contrarían el testimonio evangélico y el flujo de la vida interior.

Son cristianos inconformes porque son cristianos consecuentes que no se atienen a las declaraciones de intención, sino que postulan comportamientos coherentes.

Tan atentos a lo espiritual y lo trascendente como los que más, combaten precisamente en la Iglesia lo accidental que puede ahogar lo esencial.

Lejos de menoscabar los requisitos de la fe, su rebelión trasluce una exigencia imperiosa de entrega efectiva, de sinceridad, de entereza, de *autenticidad*. Quieren que la religión del espíritu

se adelante al culto de la letra. No buscan la facilidad, sino el rigor lógico y la audacia en el modo de concordar la actuación cotidiana con los imperativos del Evangelio.

Pablo VI mismo, pronunciando el 1º de junio de 1970 ante el primado de España, 34 obispos y 600 sacerdotes de la península uno de sus más severos discursos sobre la crisis actual reconoció, sin embargo, que la "intranquilidad" dentro del clero se origina en "*aspiraciones nobles y legítimas.*"

En verdad, se trata de una rebelión que desafía los esquemas clásicos.

"Una rebelión contra el absurdo y no una rebelión contra la Iglesia misma", precisaba, después de la asamblea de los "sacerdotes solidarios" de Roma, uno de ellos, el padre Marco Oraison, ilustre médico y sicólogo, escritor de fama mundial, en un artículo titulado "Unos sacerdotes se rebelan contra el absurdo".²⁵ Añadía: "La primera impugnación ya se ha manifestado en otro nivel, en la primera asamblea plenaria del Vaticano II. *Lo que pasa corresponde directamente a la dinámica profunda del Concilio.*"

10. "EN LA IGLESIA, INSTITUCIÓN RIMA CON PROSTITUCIÓN"

RESULTA un hecho patente el firme empeño de gran parte de los cristianos rebeldes en no desvincularse de la Iglesia misma. Tal hecho se impone como una premisa irrecusable a cuantos intenten emitir un juicio sobre la confusión hoy imperante en el mundo eclesiástico.

Abundan las tomas de posición en este sentido.

En su primera declaración, los sacerdotes de *Echanges et dialogue* habían tomado la precaución de recalcar: "Quede bien claro que no rechazamos de ningún modo la sucesión apostólica ni la dependencia que ella implica. Sólo ponemos en tela de juicio las formas tomadas por la sucesión apostólica y sus dependencias. Y eso nos cuidamos en hacerlo dentro de la Iglesia." "Dentro" está subrayado en el texto mismo.

²⁵ Marc Oraison: "Des prêtres se révoltent contre l'absurde", *Témoignage Chrétien*, París, 6 de noviembre de 1969.

En su libro titulado *Mayo 1968, la calle dentro de la Iglesia*,²⁶ el padre Robert Davezies, uno de los animadores de *Echanges et dialogue*, miembro del Secretariado de la *Asamblea europea de sacerdotes* (fue delegado por ella en la sesión anual de la *Federación nacional de grupos de sacerdotes* de los Estados Unidos, San Diego, California, 8-12 de marzo de 1970), observaba que, gracias al Mayo 68, ha nacido un nuevo tipo de hombre cristiano, muy distinto de los innumerables que antes abandonaban silenciosamente la Iglesia, por decepción o indiferencia: un hombre “*revolucionario que se niega a tomar el camino del destierro y se propone combatir a la Iglesia desde dentro.*”

Nadie puso las cosas tan en claro como el cardenal Suenens:²⁷

“La impugnación es ante todo una llamada angustiada a desprendernos de todo lo que, en nuestras estructuras y en nosotros no corresponde a la simplicidad, la libertad, la fraternidad cristiana...” Los impugnadores “*hacen, dentro de la Iglesia, el proceso del juridicismo, no del derecho; del autoritarismo, no de la autoridad; del legalismo, no de la ley; de la esclerosis, no del orden; de la uniformidad, no de la unidad... No se pone en tela de juicio la autoridad del papa entre los hijos fieles de la Iglesia, sino el sistema que lo tiene prisionero... El primado de Pedro no es demasiado amado para dejarlo vilipendiar por un sistema que le causa tanto daño ante los ojos del mundo.*”

En el mismo sentido puntualizaba el cardenal Alfrink, primado de Holanda:²⁸

“La primacía del papa no se discute en ninguna forma; sólo se trata del modo con que esta primacía se ejerce.”

Al no querer comprender que los inconformes no discuten a la Iglesia en sí, sino un sistema eclesástico que es producto de otros tiempos; al reprobar *en nombre de la Iglesia misma* a los que protestan, se acabará por provocar, entre los rebeldes de dentro, y a pesar suyo, una desafección y un distanciamiento.²⁹

Sin embargo ellos manifiestan a menudo una visión del mis-

²⁶ Robert Davezies: *Mai 1968, la rue dans l'Eglise*, Ed. de l'Epi, Paris, 1968.

²⁷ *Informations Catholiques Internationales*, París, 15 de mayo de 1969.

²⁸ En una homilía pronunciada el 22 de junio de 1969 ante el representante de la Santa Sede en los Países Bajos.

²⁹ No se olvide que Lutero también quería renovar a la Iglesia desde dentro. La imposibilidad de atenerse ulteriormente a este propósito no derivó de él solo.

terio de la Iglesia mucho más conforme a la pura doctrina cristiana que quienes les anatematizan.

Citemos una vez más al arzobispo de Bruselas:

“Creo que el problema fundamental que nos divide, conscientemente o no, es un *problema teológico*, una *visión inicial diferente de la Iglesia.*”

Los mismos prelados y teólogos que acusan a los rebeldes de reducir a la Iglesia a una institución profana, confundir el Concilio o el Sínodo con un parlamento, querer sustituir la jerarquía por una democracia electoral, considerar el *aggiornamento* al modo de una revolución política (todo lo cual no corresponde en ninguna forma al verdadero sentido de la inconformidad actual), se empeñan ellos mismos en propugnar y amparar como esencial y fundamental en la Iglesia precisamente lo más accidental, lo más superficial. Dan la impresión de identificar la Iglesia con *el sistema eclesiástico* en sus aspectos exteriores, precarios y discutibles. *No parecen distinguir la catedral de los andamios que la ocultan a la vista.*

Los jóvenes rebeldes de Mayo de 1968 que lanzaban el *slogan*: “*En la Iglesia, «institución» rima con «prostitución»*” quizá se referían informalmente a una concepción más genuina, más honda, más auténtica (no vacilamos en decir, incluso, *más teológica*) de la realidad mística contenido en la palabra “Iglesia” que la de tantos príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos propensos a tacharlos de heréticos, cismáticos o apóstatas.

Lo institucional que les parecía prostitución de la obra de Cristo era lo que se les imponía a la vista: palacios eclesiásticos insolentes, templos vistosos cargados de riquezas materiales sin sentido profundo, atributos del poder temporal de otra era, oropeles inverosímiles; boato pueril, títulos grotescos, ciertas ferias piadosas y pompas vanidosas; la jerga hermética de los predicadores y documentos jerárquicos; burocracia, rutina, gazmoñería; las escuelas “cristianas”, los sindicatos “cristianos”, los partidos “cristianos” con sus componendas políticas; el visto bueno al *escapismo* frente a los apremios de la sociedad y de la época, la solidaridad tácita con el capitalismo y el desorden establecido.

Pero bastaba ver a los mismos jóvenes orar en común, abrir sus almas a un sacerdote atento a sus problemas, evocar el papel de Juan xxiii o las intervenciones de tal obispo en favor de los oprimidos, por ejemplo, para darse cuenta de que hay cierta

forma de estructuración que no les repugna, justamente la que no repugna al Evangelio.

Es por vivir en afinidad con ellos por lo que Cardonnel proclamaba en Coira: "lo fundamental no es la reconversión del sacerdocio ministerial. Es una reconversión de la Iglesia, el desmoronamiento del aparato (*Pappareil*)... Que muera la Iglesia como colonia de Dios en la tierra."

De todos modos, y cualesquiera que sean las reacciones de la cumbre, una nueva Iglesia está retoñando poco a poco ante nosotros, con innumerables células adventicias que proliferan en forma incoercible: las multiformes "comunidades de base", los grupos "espontáneos", "marginales", "informales" estructuras a escala humana que brotan en todas partes lejos del ciego agolpamiento, del imperio del dinero y de los ejes del poder; o con la "Iglesia subterránea", la "Iglesia paralela", las "parroquias flotantes", que surgen más especialmente allí donde el sistema eclesiástico tradicional sigue desanimando los intentos renovadores o queda paralizado por un aparato burocrático.

Como lo escribía el prestigioso cronista de los acontecimientos religiosos Henri Fesquet,³⁰ "la salvación de la Iglesia ha de esperarse solamente *de abajo*, de una suma de experiencias vividas en diversos horizontes."

Por ahora, la característica común de semejantes experiencias de vuelta a una auténtica vida evangélica es la desconfianza hacia la autoridad "administrativa" de la jerarquía y, a la vez, la voluntad inquebrantable de ubicarse *dentro* de la Iglesia universal, aunque prescindiendo de sus estructuras tal como se presentan en sus formas actuales.

El dominico norteamericano Matthew Fox, en una conferencia sobre la "Iglesia subterránea", dictada en París,³¹ citaba la declaración reiterada de un laico de Nueva York dedicado a la promoción de los indigentes: "*Considero que estoy en el centro de la Iglesia, mientras muchos obispos y cardenales quedan al margen.*"

El mismo informador señalaba cómo los adeptos de la "Iglesia subterránea" en los Estados Unidos están todos muy comprometidos en la lucha contra el racismo y muy reacios hacia las ri-

³⁰ *Le Monde*, París, 12 de diciembre de 1968.

³¹ Ante la Asociación de los informadores religiosos, 15 de mayo de 1969.

quezas de la Iglesia y hacia su silencio en el campo social. Notaba que las "parroquias flotantes" son tanto más florecientes cuanto más autoritarios son los obispos locales. Estimaba que *ya existe un "cisma espiritual"* entre los que miran hacia el porvenir y quienes se refugian en el pasado.

Es de prever que dentro de medio siglo la Iglesia no se parecerá a la de hoy. Vamos hacia una purificación, una "decantación", una espiritualización.

Tarde o temprano se extinguirá la casta sacerdotal como tal y se derrumbará el *sistema eclesiástico*, el "bando" cristiano, el *establishment*. Ya no retumbarán las campanas,³² ya no se eruirán orgullosamente las torres de los templos. Ya no habrá oficinas eclesiásticas de reclutamiento y cobro, ni empresas clericales de pompas matrimoniales y fúnebres. Los cristianos, con sacerdotes sin distinciones ni exaltaciones exteriores, celebrarán la Pascua del Señor en pequeñas comunidades, abiertas, fervientes, fraternas, células vivas del cuerpo social, las cuales, sin llamar en ninguna forma la atención pública, por su solo dinamismo espiritual, harán fermentar y levantar la masa humana en busca de su liberación.

Los cristianos necesitaron muy pocos años para pasar de las catacumbas a los palacios regios (las "basílicas"). Pero al ritmo del movimiento actual no necesitarán tampoco muchos años para recorrer el camino inverso.

La prevaricación de una parte de la jerarquía respecto a los compromisos contraídos en el Concilio, las dilaciones, los frenazos, los anatemas, mientras desprestigian a las autoridades que se valen de ellos, no desarman a los renovadores: al contrario, los enardecen ahorrándoles escrúpulos y vacilaciones.

Los que tienen realmente fe en Cristo y en sus promesas no temen por el futuro de su obra.

Se ve cada día mejor que la gran virtud de Juan xxiii, base de su optimismo frente a la revolución que él mismo iba a desencadenar, fue precisamente ésa: la *fe*, una fe poco común.

³² "Es inútil que el sacerdote toque las campanas; nadie le escucha. Ha de ser él quien oiga las sirenas de las fábricas, esos templos de la técnica, donde vive y se agita el mundo moderno." Esto lo escribía el propio monseñor Montini, prosecretario de Estado del Vaticano, en su prefacio para la obra *Notre Sacerdoce* (Ed. Fleurus, París, 1964), de monseñor Veuillot, al que él mismo, llegado a ser Pablo vi, iba a nombrar arzobispo de París y cardenal.

Resulta muy impresionante comprobar que a veces los no creyentes lo advierten mejor que los propios fieles. A tal punto que varios ateos explican la actitud contrastante de Paulo VI por su carencia de fe.

“He aprendido a mi propia costa lo difícil de ser papa y seguir siendo cristiano”, confiesa el ex papa Celestino V en la obra teatral de Ignacio Silone *La aventura de un pobre cristiano*. “¿Servirse del poder?”, opina también el pontífice arrepentido, “¿qué ilusión! *Es el poder quien se sirve de nosotros.*”

Desde luego, nada peor podía acaecerle a un papa que tener que asumir el cargo inmediatamente después de Juan XXIII. No se reemplaza fácilmente a un pastor como él. Su espíritu evangélico, el impulso de su realismo y su optimismo sin límites habían transformado en poco tiempo el ambiente de la Iglesia y despertado interés y simpatía fuera de ella. Cualquiera que fuera el sucesor, iba a serle difícil no decepcionar a muchos. Cuando murió Juan el Bueno, los observadores no dudaban que la sucesión plantearía problemas. Pero la personalidad misma del papa Montini contrastó con la de su predecesor todavía más de lo ya previsible.

“No he puesto nunca en tela de juicio las intenciones del papa actual”, escribía en agosto de 1970 el presbítero Hans Küng,³³ teólogo cuyas tomas de posición durante el Vaticano II dejaron huellas innegables en los documentos oficiales. “Pero estimo también que, cinco años después del Concilio, años caracterizados sobre todo por la pasividad y la reacción en la cumbre, hay que hablar más claramente. Nuestra Iglesia ha perdido demasiado crédito desde Juan XXIII. ¿Dónde están hoy la confianza, el arranque, el celo reformador que se habían apoderado de ella? ¿Por qué quejarse de los teólogos que señalan esta pérdida de crédito, de vida, de cohesión y de autoridad?...”

“¿Por qué empeñarse sin cesar en combates de retaguardia?... Aprovechamos muy mal las lecciones de nuestra propia historia. ¿Por qué empezar siempre reiterando hasta la saciedad afirmaciones que con toda seguridad serán abandonadas un día?”

“A nuestra Iglesia le hace falta a menudo no sólo el valor, sino también la confianza en el Espíritu Santo.”

³³ Hans Küng, profesor de teología en la universidad de Tubinga: “Lettre a Yves Congar”, en *La Croix*, París, 7 de agosto de 1970.

11. UN NUEVO PEARL HARBOR

CON ocasión del viaje asiático de Paulo VI, el dominico Biot apuntó:³⁴

“Paulo VI inicia el más largo viaje que haya realizado nunca. Las condiciones de este viaje ilustran bien la situación en la que se encuentra hoy el papado: manifiestan abiertamente cuán difícil le resulta todavía al papa ser papa.

“La dificultad no viene esencialmente del temperamento de Paulo VI, bien que este elemento pueda jugar un papel bastante importante...

“Gran parte de este viaje quedará abarrotado de recepciones oficiales...

“Dadas las condiciones en que se sitúa el viaje, es muy posible que la presencia del Papa y su intervención aparezcan como un apoyo a las autoridades actuales, tanto políticas como religiosas. Casi espontáneamente se verá esta gira como *una componenda del Papa en favor de la minoría rica que detenta el poder y como una afirmación de la riqueza de la Iglesia...*

“Quizá haya que mirar a este modesto peregrino como un símbolo bastante patético de la Iglesia en medio de los hombres de hoy... Quisiera confundir a los ricos y poderosos y exaltar a los pobres. Pero el lenguaje que habla y los oropeles que le adornan, pese a sus deseos (y por apasionados que éstos sean), crean una ambigüedad de la cual no logra desembarazarse...

“¡Ay de nosotros, si a despecho de nuestros deseos nuestra palabra no tiene para los que la oyen el significado liberador que le atribuimos! Pero, a no dudarlo, la condición necesaria para que esta palabra sea oída es que sigamos a Jesucristo tal y como estuvo ante Pilato: *los únicos encuentros de Jesús con las autoridades ocurrieron en la línea de la impugnación más radical...*”

³⁴ François Biot: “Les inconnues d’un périple de 5000 kilomètres ou comment il est difficile au pape d’être pape”, *Témoignage Chrétien*, París, 26 de noviembre de 1970.

Fue a todo un arzobispo italiano, prelado de la Curia romana, a quien oímos un día sincerarse así: “¡Lástima que Hitler no hubiese cumplido su propósito de arrasar el Vaticano a fines de la segunda guerra mundial! ¡Imagínese cuál sería en Roma misma y en todo el mundo el crédito de un papa que viviera como Cristo y como Pedro: humilde en medio del pueblo humilde, en un barrio cualquiera!”

Acordándonos, con el filósofo Paul Ricoeur, que “*el único poder de la Iglesia es la pobreza de su testimonio y el testimonio de su pobreza*”, y dirigiendo de nuevo los ojos hacia Asia, no contemplamos sin vergüenza la lección que nos brinda la pobreza del pueblo vietnamita enfrentado al imperio más opulento y más arrogante de la historia. Véase un reportaje de Marc Reboud sobre Vietnam del Norte:³⁵

“Al llegar a Hanoi resulta imposible que no nos impresione su pobreza. Pero se comprende muy pronto que *esta pobreza no constituye una debilidad*, sino que favorece más bien la eclosión de las más ricas cualidades humanas. He comprobado de mil modos diferentes cómo esta pobreza de medios materiales y la guerra han forzado a que la inteligencia, el ingenio, la paciencia y la voluntad se desarrollen al máximo y desempeñen un papel tan grande en cada individuo como en los cuadros y los dirigentes.”

Sin embargo a los “dignatarios” de la Iglesia con sus alhajas, cropeles, precedencias, atributos principescos, blasones,³⁶ tronos y turiferarios no se les ocurre creer en el poder de la pobreza. Al contrario, les resulta tremendamente difícil no considerarse todavía como monarcas o reyezuelos y depositarios de una verdadera soberanía. Se aferran a su aparato. Siguen reivindicando para sí criterios políticos o sociológicos tales como los de “go-

³⁵ Marc Reboud: “Une visite au Nord”, *Le Monde*, París, 8 de enero de 1969.

³⁶ El *Anuario Pontificio* publicado por el Vaticano en 1969 para el año 1970 suprimió los blasones de los “príncipes de la Iglesia”, aunque conservando (¡oh sempiternas medidas a medias!) el del papa. Como si se tratara de burlarse en forma llamativa de las decisiones romanas, el calendario eclesiástico oficial de la arquidiócesis de México para 1970 inauguró una lujosa carátula plagada de las complicadísimas armas (impresas a cinco colores) del arzobispo. Igual reto contra el Evangelio y contra Roma en la siguiente edición, la de 1971.

bierno", "administración", "prefectura", "mando", "jefatura", "dicasterios", "inmunidad", etc. Pese a que Cristo tuvo sumo cuidado de salir al paso de semejantes alteraciones del Evangelio, recalcando que dentro de su obra iban a ser *volcadas todas las jerarquías y las estructuras jurídicas vigentes* en la sociedad. Según su voluntad, cualquier ministerio sagrado coloca al que lo ejerce *a los pies de los demás*, no por encima de ellos.

Por supuesto, era imposible que el Concilio intentara rehabilitar tales conceptos sin producir gran revuelo. Fue el obispo Dwyer, de Reno (Nevada), quien reconoció que el concilio Vaticano II sorprendió y sacudió a la Iglesia norteamericana "*como cetro Pearl Harbor*".³⁷ ¡En cuantos países se podría notar otro tanto! ... Y nada se diga de la Iglesia latinoamericana que, con el clero formado en sus seminarios "conciliares" (del concilio de Trento), ya es bastante si logra ponerse al tanto del Vaticano... *Primero*.³⁸

³⁷ Cf. Michael Novak: *The open Church: Vaticano II, Act II*, Londres, 1964.

³⁸ Conste que no faltan en los diversos países de este continente sacerdotes y laicos cristianos dignos de la más franca admiración por su apertura de espíritu, su sentido evangélico, su afán renovador y su militancia social. Por desgracia en su gran mayoría se ven repudiados y como aplastados por el mando imperial de su Iglesia y por la masa cristalizada. El hecho es tan patente que resultaría superfluo ofrecer ejemplos. Quienquiera que sea sospechoso de veleidades innovadoras se encuentra día con día puesto en la picota por los círculos eclesiásticos y los medios de difusión. Sin miramientos, en nombre del orden establecido, se le entrega a la ignominia. El caso de México parece el más típico en este sentido. "*Lo único que nos decepcionó en México es la Iglesia católica. ¡Eso no es cristianismo!* Son, éstas, exclamaciones cotidianas de los visitantes más católicos. El día mismo de la matanza de Tlatelolco, el jesuita autóctono Manuel Esparza esbozaba en *Excelsior* una "Imagen de la Iglesia mexicana": "Esta imagen dista mucho de ser la que quería para la Iglesia Juan xxiii ... *La Jerarquía se presenta aún arrojada en boato*... Presentes nuestros obispos en Roma, han regresado sin traernos el Concilio Vaticano, pues éste no ha llegado a México aún, a no ser a las librerías de libros piadosos. Una Jerarquía, en su conjunto, más preocupada por lo negativo, porque las mujeres vayan a la iglesia cubiertas las cabezas, por la minifalda... El sacerdote mexicano es el producto necesario de nuestros deficientes seminarios... El pueblo creyente es un pueblo pasivo... Derroche innecesario de dinero en los bautizos y bodas, sacramentos que se han convertido en actos sociales y desfiles de modas... La Iglesia, en una mayoría ... sigue dedicándose a la clase privilegiada... *Una iglesia identificada con un sector minoritario y en beneficio de la gente económicamente favorecida*..." "Aquí, deploraba todavía cuatro meses más tarde

El cataclismo conciliar empezó justamente cuando la Asamblea rechazó el concepto de la Iglesia vista como un cuerpo sociológico, un sistema, un aparato, un *establishment* con intereses y privilegios propios, para volver a definirla como *un misterio*, una realidad trascendente que no se deja circunscribir exteriormente ni puede encerrarse en ninguna categoría jurídica. La Iglesia de Cristo es "comunión", confluencia de los hombres en una misma fe, esperanza y caridad; una *llamada* (tal es en efecto el sentido etimológico del vocablo original griego *Ekklesia*), una llamada dirigida por el Nazareno a todos los hombres para que, bajo la irradiación de su vida divina y en la proyección de su Evangelio, se pongan al servicio de la humanidad entera.

"Cataclismo": lo hubo realmente según toda la fuerza del término. Un fenomenal trastocamiento que con razón desconcertó a tantos.

Desde un milenio y medio, cristianos y no cristianos se habían acostumbrado a considerar a la Iglesia como un gigantesco imperio particularmente celoso de sus "poderes" y sus "derechos", con un gobierno "monárquico" (el "soberano pontífice"), una amplia gama de "autoridades" de tipo feudal (obispos, abades, etc.), cuerpos honorarios a modo de verdaderas oligarquías o aristocracias (cardenalato, prelaturas, canonicatos, etc.) y una enorme "administración" en manos de la casta clerical.

Y de repente, con el Vaticano II, este *establishment* colosal y tontacular renegaba de sí mismo, abdicaba de su preeminencia tradicional y renunciaba a sus medios de presión social, derogando así un estatuto más de dieciséis veces secular.

el mismo Esparza (*Excelsior*, 30 de enero de 1969), *todos debemos pensar y decir lo mismo. Cualquier sacerdote u obispo que salga de lo establecido es una amenaza contra la seguridad de la gran familia católica, es un desorientador intolerable.*" Por otra parte, ante el congreso mundial de la Confederación Internacional de los Sindicatos Cristianos de octubre de 1968, en Luxemburgo, un delegado mexicano presentaba nuestra situación en los siguientes términos: "*Hablar de cristianismo en México es hablar de contrarrevolución. Si somos un país de mayoría cristiana, hay que reconocer que la jerarquía se ha identificado con el poder y la riqueza.*" Por supuesto, eso no impide lo demás: la intemperancia verbal, el prurito burocrático, la plétora de congresos y asambleas, la proliferación de comités, comisiones y organizaciones tan llamativas como ficticias o ineficientes y la profusión de documentos solemnemente estériles, tras todo lo cual la Iglesia mexicana oficial encubre difícilmente su inconmensurable e inexpiable vacío interior.

Fue en efecto en 313, poco después de la terrible persecución de Diocleciano, cuando la herencia espiritual del Crucificado y de los mártires encontró en el trono imperial un inopinado apoyo político, un poderoso trampolín, al mismo tiempo que el collar de hierro de una servidumbre, dorada por cierto, pero también comprometedora y esterilizante.

En 310, no menos de siete emperadores se encontraban en competencia. Tres años después, Constantino victorioso brindó al mundo la visión grandiosa de un solo imperio y un solo emperador, en directo acuerdo con el Dios único y la única Iglesia.

El nuevo amo del orbe concedió prácticamente al cristianismo rango de religión oficial. Residencias imperiales se volvieron templos (las "basílicas") y todos los templos se concibieron desde entonces como palacios.

El César Augusto figuró como el Todopoderoso en la tierra y para los creyentes Dios se volvió Emperador del universo. La majestad de éste se proyectaba sobre aquél y viceversa.

A la Iglesia del Altísimo, Constantino le otorgó cargos, exenciones, dotaciones, dignidades y favores innumerables. Ella por su parte se ajustó a todos los patrones y marcos oficiales. Los caminos de las legiones, la circulación comercial y cultural, los límites territoriales y las estructuras administrativas encauzaron la evangelización y la proyectaron al través del orbe.

El Emperador, un tanto afeminado en su indumentaria y fascinado por el fausto de las cortes asiáticas, llevó al cabo con magnificencia y extrema minuciosidad la obra de fijación del protocolo ya iniciada por Diocleciano. Multiplicó los grados jerárquicos y los distintivos ostentosos. Los obispos fueron asimilados a los más altos dignatarios imperiales y se les atribuyeron idénticos honores e idéntica pompa.

Toda autoridad se distinguió exteriormente por una correspondiente suntuosidad, sin discriminación entre jerarquía civil y jerarquía eclesiástica. De tal modo que poco a poco la noción misma de autoridad eclesiástica fue inspirándose en el derecho romano imperial y en la práctica política. Cosa todavía más fácil de entender si se tiene en cuenta que altos funcionarios pasaron sin transición de jefaturas públicas al episcopado. Ahí tenemos el caso concreto de un Ambrosio, santo doctor de la Iglesia, el maestro de San Agustín. La voz popular lo hizo promover directamente desde su cargo de prefecto consular de las provincias de Liguria y Emilia, que gobernaba desde Milán, a la sede pri-

macial de esta metrópoli lombarda, sin otro requisito que la recepción inmediata de las diversas órdenes.

Con el tiempo el Imperio se derrumbaría, pero la Iglesia, ella, única superviviente del mundo antiguo, iba a representar el principal elemento constitutivo de la nueva sociedad nacida de las ruinas y de la barbarie. Así los esquemas feudales, además de los imperiales, marcaron profundamente las estructuras y las mentalidades eclesiásticas. Tan profundamente que, pese a los siglos, cismas, revoluciones y guerras mundiales quedó inmutable esta herencia de un pasado caduco. Aun destronados universalmente emperadores, reyes, príncipes y señores feudales de todo rango, las "autoridades" eclesiásticas siguieron imbuidas de sus prerrogativas sociales. Por más que los hubiesen querido olvidar, boato, etiqueta y títulos subsistían como antes, ofreciendo más que nunca frente al mundo la imagen de un poder activo y arrogante.

Como consecuencia inevitable, la difusión misma del Evangelio fue identificándose, en el concepto de muchos creyentes y no creyentes, con la perpetuación del *establishment* imperial y feudal de la Iglesia y el mantenimiento de los privilegios clericales.

Correspondería al concilio Vaticano II repudiar finalmente la aureola pseudo divina que parecía justificar a los ojos de los fieles la conservación del poderoso *sistema eclesiástico* calcado sobre patrones políticos y sociales rebasados desde siglos atrás.

Por desgracia, lo que el Concilio realizó en el orden de la toma de conciencia doctrinal, gracias a teólogos de altura, no pudo traducirlo en normas concretas debido a la ineptitud de los obispos, como ya lo subrayamos.

Las formas imperiales y feudales siguen vigentes en la práctica, sin que ahora les quede siquiera una mínima justificación ni en el nivel de los principios ni en el de las contingencias históricas. Desajuste fundamental, que bastaba para engendrar la confusión y el embrollo que saltan a la vista, causando frustración y desesperación entre las fuerzas vivas de la base, atizando las nostalgias de los tradicionalistas y despertando más susceptibilidad e intransigencia en los grados jerárquicos.

Se hacían así ineludibles las ciegas convulsiones que inhiben a la Iglesia actual y la repliegan sobre sí misma justamente en el momento en que proliferan en su propio seno los elementos ávidos de mirar más allá de los campanarios, para entregarse totalmente

al servicio de las masas humanas ansiosas de su liberación y promoción.

Las reflexiones de Henri Fesquet a raíz del Concilio³⁹ conservan todavía hoy su cabal actualidad:

“El Vaticano II ya se acabó. ¿Por qué habríamos de callar que *el pueblo cristiano está decepcionado* de que la Iglesia se haya limitado una vez más a gestos simbólicos, pero que el Vaticano y tantos obispados, arzobispados o nunciaturas sigan haciendo *alarde de un lujo anacrónico*?

“...La Iglesia ha contraído desde tanto tiempo costumbres imperiales y señoriales: conste que vacila en quitárselas de encima...”

“Los clérigos pasan su vida en dar consejos de desprendimiento, caridad y fraternidad a fieles que, en su mayoría, viven en condiciones materiales más difíciles que ellos mismos. ¿No sería lo mínimo *que empezaran por dar ejemplo*? Antes de predicar la moral a los demás, ¿no tendrían ellos que considerar como un estricto deber, máxime en los países subdesarrollados, el *renunciar a todo alarde de lujo* tanto en la vivienda y la comida como en el atuendo? Ahora bien, a veces *es precisamente en los países más pobres donde la Iglesia hace ostentación del confort más insolente.*”

12. LA FE SÓLO TIENE SENTIDO SI ES TEMPORAL

UN punto común entre los impugnadores de hoy, tanto sacerdotes como laicos, es su extrema *politización*. Reprochan por ello a la Iglesia su *ausentismo* respecto de los grandes problemas y debates actuales.

“Queremos,” notificaban los sacerdotes de *Echanges et dialogue* en su manifiesto inicial (3 de noviembre de 1968), “...tomar según los casos opciones y compromisos políticos, sindicales o de otra clase.”

Según parece a primera vista, nos encontramos ante una franca contradicción. En efecto, por una parte los inconformes protestan contra las colusiones de la Iglesia con bandos e intere-

³⁹ Henri Fesquet: *Rome s'est-elle convertie?*, Ed. Grasset, París, 1966.

ses temporales, la anhelan pura, sublime, libre de cualquier contaminación profana, y por otra parte exigen que se ligue a las luchas que enfrentan a los hombres entre sí.

Pero al mirar las cosas de cerca comprobamos que, en vez de topar aquí con una incompatibilidad, estamos midiendo la amplitud y la complejidad de las perspectivas evangélicas, con sus paradojas a veces desconcertantes.

En eso se trasluce el hondo dinamismo del presente movimiento renovador y su fecundidad: no concede nada al simplismo. Asume sin titubear las antinomias de la condición cristiana.

La Iglesia, según la voluntad de Cristo, no es DE este mundo. Pero está EN este mundo.

No es del mundo. No es una estructura terrenal. No tiene, pues, el derecho de favorecer una ideología temporal: no debe vincularse con un sistema político, ni proponer soluciones concretas a los problemas económicosociales.

Está, sin embargo, en el mundo. Está al servicio de los hombres. Esto sí implica exigencias prácticas. Le atañe reivindicar la dignidad humana, la dignidad de *todos los hombres*, especialmente, al igual que Cristo, la de los olvidados y los oprimidos. Lo cual no le permite permanecer neutral. Cueste lo que cueste, tiene que embarcarse en la tremenda aventura de la solidaridad. Entre la justicia y la injusticia, la paz y la agresión, la riqueza opresiva y la miseria infrahumana, no puede bajo ningún pretexto mantener pareja la balanza. Tiene que entrar de lleno en la lid con su peso moral, tanto más grande cuanto menos intervenga en nombre de un membrete, de un partido o de un sistema, y cuanto más libre se la vea de ataduras con el poder, el dinero y los grupos antagonicos.

Exenta de cualquier *opción política*, la Iglesia no queda dispensada de una *opción ética* fundamental e imperiosa. Por obligación evangélica, por postulado divino debe arriesgarlo todo en la lucha por la liberación del hombre y la transformación del mundo que aquélla implica. No por cuidar de evitar la parcialidad le es lícito hurtarse a los compromisos inherentes a su arraigamiento aquí abajo. Cuando el Concilio declara⁴⁰ que "la ley fundamental de la perfección humana y por tanto *de la trans-*

⁴⁰ Concilio Vaticano II: *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo*, 38, 1.

formación del mundo es el mandamiento del amor”, asigna implícitamente al amor evangélico un *papel revolucionario*.

Cuando se sublima indebidamente la caridad, se aminora su densidad humana, y entonces no corresponde al mensaje de Cristo. El “buen Samaritano” no se mantuvo neutral ante la víctima postrada. Se comprometió. Los que quedaron neutrales, suciamente neutrales, son —¡verdadera lección de realismo!— los dos clérigos: el sacerdote y el levita.

Cuando las víctimas se cuentan por millones, con descalabros de cuerpo y de alma, ¿puede la Iglesia abstenese de formular un diagnóstico preciso, puede dejar de llamar el mal por su nombre, que es CAPITALISMO?

Cuanto más se desprenda la Iglesia de toda componenda directa o indirecta con el sistema opresor, tanto más estará en condición de asumir plenamente su cometido terrestre. Será alma y conciencia de la humanidad en la medida en que se comprometa en favor de la liberación de las masas.

La evangelización es la manifestación de la presencia exigente, acuciante de Cristo en este tiempo, *en la historia que se está haciendo*, en el mundo en gestación, y se traduce en la promoción del hombre integral y de todos los hombres.

Eso requiere mucho más que la simple publicación de amonestaciones papales o episcopales, pensadas y redactadas en una torre de marfil y formuladas con suficiente ambigüedad para que todos queden satisfechos... o indiferentes: el yanqui y el vietnamita, el blanco y el hombre de color, el acaparador y el desheredado.

Pero, incluso si la Iglesia agotara todos los inconmensurables recursos a su alcance para sostener la causa de los explotados (sin por eso invadir el terreno político o el técnico), todavía no cumpliría con su papel.

Si no tiene, como comunidad espiritual, derecho a opciones políticas, le corresponde el deber de plantear ante la conciencia de sus miembros la obligación de que encaren ellos tales opciones en el nivel personal, cada uno en su lugar y en solidaridad con quienes luchan por la justicia en derredor suyo.

En efecto, cada día resulta más patente que no hay solución al problema de la miseria y la opresión que no sea primordialmente *política*.

La no-intervención de la Iglesia como tal en el campo político, en vez de justificar la no-intervención del cristiano, más

bien la hace culpable de traición al testimonio evangélico que cada discípulo de Cristo debe *proyectar en los diversos sectores de la trayectoria terrestre*. La militancia directa que la Iglesia no puede asumir sin atentar a la autonomía de la sociedad, sus fieles han de desempeñarla individualmente, con todos los requisitos respectivos y las implicaciones eventuales, pues en este caso uno sólo se compromete a sí mismo.

Ni el propio sacerdote queda exento de semejante exigencia de conciencia. También él es miembro de la sociedad y comparte los beneficios y los empeños de la colectividad.

No cabe, desde luego, una *instrumentalización* de la religión ni del sacerdocio⁴¹ en provecho de un poderío o de un bando cualquiera, como tampoco un contubernio entre grupos o estructuras políticas y funciones o fines supuestamente religiosos, la malsana "sacralización", que lleva consigo enajenaciones, usurpaciones y supercherías.⁴²

Sea de ello lo que fuere, el sacerdote, como hombre que es, debe vivir todos los aspectos de la solidaridad, todas las "dimensiones" de la convivencia humana, sin excluir la política.

El Evangelio promueve la condición eterna de un *hombre de*

⁴¹ El peligro no es puramente imaginario, especialmente en estos países. Las civilizaciones precolombinas mantuvieron durante millares de años el tabú de la persona y la cosa sagradas. Las circunstancias de la Conquista y el establecimiento de la Iglesia en el continente perpetuaron una concepción fetichista del sacerdote. Todo lo puede el "padrecito". A él se le perdona todo. ¿Qué agente de tránsito de México, por ateo o anticlerical que sea, se atreverá a imponer a un religioso una multa, aunque merecida? Sólo los capitalinos para quienes fuera de México todo es Cuauhtitlán ignoran con qué desfachatez ciertos párrocos de provincia siguen fulminando en el púlpito la amenaza del fuego eterno contra los que no voten por el Partido Acción Nacional, considerado como el único debidamente católico y conservador. ¡Ojalá los sacerdotes revolucionarios no sigan en eso los derroteros que tanto reprochan al clero de las regiones afectadas por la Democracia "Cristiana" u otros partidos con marbete religioso! Ni siquiera su obsesión por la defensa de los hambrientos podría legitimar la mínima ambigüedad. La honradez les impondrá, por el contrario, constantes precauciones y cautelas. Tendrán que recurrir a una prudencia sobrehumana. Tan fácilmente el pueblo inculto, sobre todo las mujeres, identificarán su opción política con su sacerdocio y la valorarán únicamente a través de la aureola del "padrecito".

⁴² Es de preveer que con la muerte de Francisco Franco, incluso en la Iglesia de España se acabará para siempre la era de las "santas" cruzadas... a menos que el *Opus Dei* logre asegurar el relevo en la forma larvada que le es propia.

carne, totalmente *inserto en la historia*, implantado en la tierra y arraigado en la sociedad. Por lo tanto, no se entiende esa condición eterna fuera de una plena integración a la masa humana, sin un ajuste a todas las facetas de la realidad circundante, sin una respuesta a todos los retos de la actualidad cotidiana.

La auténtica confrontación con lo trascendente, lejos de inducir al hombre a un menoscabo de su destino terrestre y a un "escapismo", lo incita a superarse en todos los campos de su actividad al servicio de la sociedad y sus semejantes: lo lleva a una *dignificación de lo humano*, que no a una evasión, una deserción o una abdicación de sus responsabilidades temporales. Como lo advertía Cardonnel,⁴³ *"la fe sólo tiene sentido si es temporal"*. Lo mismo expresaba el teólogo conciliar Chenu:⁴⁴ "El desdén hacia las esperas humanas conduciría de hecho a hacer de la Esperanza una mistificación."

Sería incongruente insistir tanto en estas verdades tan elementales si los cristianos de las generaciones precedentes no las hubiesen pasado alegremente por alto en la práctica diaria.

La propia Conferencia general del Episcopado latinoamericano de Medellín (agosto de 1968) no pudo dejar de confirmar esta laguna:

"El comportamiento religioso puede ser valorado a través del gran mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Sin olvidar otras dimensiones de ese amor, *podemos comprender lo lejos que aún estamos de este ideal* viendo la distancia que separa a nuestra sociedad del logro de un mínimo de justicia social. Esto se agrava al comprobar que *las clases que se consideran cristianas son las que tienen mayor responsabilidad en esta situación de injusticia*.

"Esto influye, a veces, para que los grupos más sensibilizados socialmente, tanto entre los universitarios como entre los obreros, pierdan la fe en la Iglesia. Su misma doctrina social, que en un momento los entusiasmó por sus planteamientos, los decepciona luego al comprobar la falta de cristianos comprometidos en su realización.

"Es *reducido* el número de los cristianos que compren-

⁴³ *Le Nouvel Observateur*, París, 4 de noviembre de 1968.

⁴⁴ "Père Chenu: Sans les espoirs humains, l'Espérance, c'est du bluff!", *Témoignage Chrétien*, París, 18 de diciembre de 1969.

den su cristianismo como una adhesión personal a Cristo y una participación en su Vida, que les lleve incluso a una *comprensión y actuación social de su fe.*"

La causa estriba justamente en una visión dualista, que establece una *dicotomía entre la fe y la vida real*, entre los ritos religiosos y los comportamientos efectivos.

Por no irradiar en todas las vertientes de la actuación personal, la fe acaba por extinguirse.

¿Cómo podría, sin burlar la fe, un cristiano, sacerdote o laico, participar en la eucaristía, unirse a la carne de Cristo que murió por la liberación de todos los hombres, sin comprometerse en cuerpo y alma a luchar en favor de los oprimidos justamente allí donde esta lucha puede alcanzar resultados decisivos: *el campo políticosocial?*

13. DE LA "EUROPA VATICANA" AL FRENTE REVOLUCIONARIO

No hay absolutismo más tremendo que el que apela a un Dios que es EL Absoluto, el Todopoderoso, el Rey de los reyes, el Emperador del universo. Por consiguiente, el absolutismo es una tentación inherente a la religión.⁴⁵ Especialmente si interviene en el seno de una Iglesia que se considera a sí misma como la única verdadera, la única divina, y con siglos de prepotencia tras de sí.

Así se explica el resurgimiento incesante y multiforme del catolicismo político, la larga trayectoria de ciertas quimeras eclesiásticas. Juan XXIII mismo evocaba la persistencia de incrustaciones imperiales, "constantinianas", en la Iglesia romana de hoy. El mito de la teocracia, de la "cristiandad" como sociedad temporal, del "Santo Imperio", nunca dejará de encandilar el espíritu de ciertos cristianos. Se concretó de nuevo en gran escala después de la segunda guerra mundial, con la "Europa vaticana" y los gobiernos de Democracia "Cristiana" en Italia, Alemania, Bélgica, Austria, etc., y el "Movimiento Republicano Popular" (MRP) en Francia. ¿Quién logrará sondear el poder mediatiza-

⁴⁵ "Teólogos, decía Claudel después de Joubert, *no dudáis nunca de vuestra fe, pero sí dudáis algunas veces de vuestras demostraciones.*"

dor de un designio como éste? ¡Cuán onerosa la cadena de las consecuencias: estancamiento del progreso social, ruptura con la Europa oriental y avasallamiento a los Estados Unidos, retraso de la construcción *realista y efectiva* de una auténtica federación europea, hundimiento de la gran esperanza socialista que tanto había alentado el heroísmo del *maquis* en los diversos países ocupados por Hitler, etc.!

Ya se acabó con esta siniestra maquinación clerical,⁴⁶ pero se comprende que muchos observadores teman que el compromiso político de los sacerdotes revolucionarios llegue a ser una sustitución de un poder clerical de derecha por otro poder clerical que, aunque de izquierda, no resultaría menos odioso, ni menos peligroso, para la misión de la Iglesia por una parte y para el desarrollo de una militancia política sana por otra.

Además, el caso sentará un precedente que los bandos opuestos sabrán aprovechar. Hay así el riesgo de provocar por contragolpe una nueva ola de catolicismo político conservador y, como los reaccionarios son herederos de una larga tradición "cesaropapista" y tienen menos escrúpulos en utilizar la religión como bandera, es de prever que frente a cada brote de "cristianos revolucionarios" se multiplicarán las huestes fascistas.

Cabe también augurar que los militantes cristianos de izquierda, mediante sus propias agrupaciones, contribuirán a dividir y debilitar el frente revolucionario. No puede olvidarse a qué punto la Democracia "Cristiana" sirve en este continente para distraer o frenar el impulso reivindicador de los inconformes.

Semejantes recelos corresponden a las lecciones del pasado, pero es ahora cuando estamos comprobando hasta qué punto se

⁴⁶ "Ya se acabó" ... en Europa sí, pero emigró a América Latina. Hasta en los pasillos del Vaticano se rumorea que la verdadera causa de la desgracia de Ivan Illich fue la voluntad de desprestigiarlo para el caso de que saliera a luz un expediente suyo sobre las componendas entre la Iglesia y la Democracia "Cristiana" en este continente. — Son muchos los que se preguntan aquí cuál podría ser la reacción de los católicos alemanes si supiesen lo que se hace a veces con sus limosnas. Se privan muy generosamente durante la Cuaresma y el Adviento y depositan harto dinero al pie de los altares para contribuir a la lucha contra el hambre (organización *Misereor*) y a la renovación conciliar (organización *Adveniat*) en América Latina. ¿Qué tal si se enteraran de que, por ejemplo, la distribución de los fondos está confiada exclusivamente en tal país al jefe de la Democracia "Cristiana", o sirve en tal otro para pagar el adiestramiento de los futuros dirigentes de la misma Democracia "Cristiana"?

abren para las filas cristianas nuevas etapas históricas con cambio profundo de las perspectivas.

Quiénes más se preocupan por evitar tales inconvenientes son los propios interesados, sacerdotes y laicos creyentes comprometidos en la lucha contra la opresión. También en eso dan un testimonio de su madurez religiosa y política.

Los cristianos revolucionarios no se juntan como tales en grupos formales. No tienen membrete. No fundan nada aparte de lo ya existente. No intervienen como colectividad. No forman partidos. No constituyen entidades especiales. Ya superaron desde hace tiempo el espíritu de *ghetto*. Consideran este punto tan importante que lo recalcan sin cesar a fin de que todos lo entiendan y no haya lugar a confusión.

Los cristianos revolucionarios no se presentan con una ideología política propia. No brindan una alternativa militante frente al marxismo. Ya dejaron atrás la famosa ilusión de una "tercera vía". Con toda naturalidad, dondequiera que estén, se unen al frente revolucionario local tal como éste se les ofrece.

A sabiendas de que ninguna promoción —tanto religiosa y moral como socioeconómica y política— de las mayoría desposeídas resulta concebible sin el derrumbe PREVIO del aplastante capitalismo y de todos sus instrumentos y dependencias, el creyente revolucionario consecuente consigo mismo se incorpora espontáneamente a la organización que se revela más capaz de asegurar la estrategia y la táctica propias para acabar con el sistema opresor.

"No queremos ser una cristalización «clerical» revolucionaria, ni tampoco un «partido»", proclamaba en nombre de los "sacerdotes solidarios" Marc Oraison, en el artículo ya citado.⁴⁷ Y declaraba: "Queremos deliberadamente ser un movimiento de toma de conciencia solidaria."

El ejemplo de Camilo Torres es sugestivo al respecto, porque refleja precisamente la transición de una línea a otra. En efecto, hubo un tiempo en que el mártir colombiano animaba una organización política promovida por él mismo, con denominación, estructuras y prensa propias. Pero llegó el momento en que pasó pura y sencillamente al frente revolucionario más comprometido, uniéndose al Ejército de Liberación Nacional. Además, puesto

⁴⁷ Marc Oraison: "Des prêtres se révoltent contre l'absurde", *Témoignage Chrétien*, París, 6 de noviembre de 1969.

que era conocido esencialmente como sacerdote, quiso prevenir todo malentendido y cualquier sospecha de clericalismo, de contubernio político-religioso, de abuso de su sacerdocio en favor de un bando: pidió y obtuvo la secularización.

Ahora, tras de él se enfilan muchos cristianos de este continente, universitarios en su mayoría, que se autoproclaman "creyentes revolucionarios". Resulta muy típico el nombre que adoptó una de las corrientes más importantes entre ellos: *Encuentros latinoamericanos Camilo Torres*. Encuentros: no se trata de una organización aparte. Así lo notifican los interesados: "*Una estrategia de lucha ya existe en América Latina: los creyentes no tienen, pues, ninguna razón de buscar otra.*"

En uno de sus escritos sobre América Latina, el teólogo y perito conciliar René Laurentin atestiguaba:⁴⁸

"Una doble evidencia tiende a imponerse aquí, de arriba abajo en la Iglesia: *no hay solución al problema cristiano de América Latina fuera de una solución del problema humano: económico, político, social y cultural*. Pero ya unas soluciones humanas se proponen vigorosamente fuera del cristianismo. Así se explica la atracción del marxismo. Atrae por su instrumento de análisis y su eficacia."

Lo importante, lo primordial para los cristianos es la fidelidad al Evangelio y al combate liberador que éste reclama. Si muchos de ellos dejaron la iniciativa de tal combate a los no cristianos, sólo les queda reconocer lealmente su original carencia. Ahora urge que se reúnan con quienes ya se comprometieron y están ya llevando adelante la causa del hombre.

"El Evangelio es una llamada a la libertad", escribió François Biot.⁴⁹ Eso se traduce —o debería traducirse— en un compromiso con el combate humano por la liberación de todos los que en una forma u otra están esclavizados. Donde el hombre está explotado por los poderosos, donde está encadenado, ahí el Evangelio está sin duda desfigurado. Es más, ocurre que los privilegiados de la riqueza en este mundo buscan en el cristianismo la confirmación de sus prerrogativas...

"Es muy cierto que la exigencia de libertad va hacia la destrucción de cualquier tipo de sociedad que garantiza el poder

⁴⁸ René Laurentin, *L'Amérique latine à l'heure de l'enfance*, Ed. du Seuil, París, 1969.

⁴⁹ En *Témoignage Chrétien*, París, 22 de enero de 1970.

de los ricos y los privilegiados y los protege contra el reparto. *No hay en el mundo de hoy combates por la liberación de los hombres ante los cuales pueda el cristiano, en conciencia, quedar indiferente o ajeno.*"

El mismo dominico reconoce, además, que "la participación, de un modo u otro, en tales luchas "políticas" por la liberación, pone en tela de juicio, so pena de incurrir en inautenticidad, todas las estructuras y todos los moldes que en el interior de la comunidad cristiana serían enajenantes."

Esa misma preocupación de evadir el riesgo de inautenticidad debería inspirar a los europeos interesados en la suerte de los países subdesarrollados y que expresan su solidaridad con los revolucionarios del Tercer Mundo. No son sinceros si no traducen su solidaridad en *una acción implacable dentro de su propia nación contra el enemigo común*. No pueden encomiar al Che Guevara o a Camilo Torres, simpatizar con las guerrillas latinoamericanas, aplaudir los movimientos de liberación, y seguir tolerando en su tierra el triunfo del capitalismo.

Lo subrayaba J.M. Albertini en un artículo de la revista *Économie et Humanisme*⁵⁰ dedicado al fracaso de la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Nueva Delhi, febrero de 1968), artículo redactado precisamente en vísperas de la "Revolución de Mayo":

"De hecho los pueblos ricos se niegan a ponerse en tela de juicio, y sus negativas actuales se explican por su voluntad de no tocar las estructuras económicas y sociales que aseguran su poder y su bienestar. Se han esfumado las ilusiones de la conferencia de Ginebra. Se hace ahora evidente que *la solidaridad mundial exige el trastocamiento de la economía de la sociedad de los países ricos*; ahora bien, eso es lo que los pueblos bien provistos no están dispuestos a aceptar. [...]

"Estamos llamados a un combate propiamente *político*. Urge comprender que el actuar en favor del desarrollo significa transformar nuestras economías y nuestras sociedades ricas.

"El tiempo apremia, pero el combate sigue siendo toda-

⁵⁰ J. M. Albertini: "La leçon d'un échec", *Economie et Humanisme*, mayo-junio de 1968.

vía posible. Estemos seguros de que *será en los países ricos donde se ganará o se perderá la batalla del desarrollo.*"

14. JESÚS ERA SUBVERSIVO

UNA de las numerosas revistas de propaganda norteamericana en el continente consagró su portada y varias páginas de su número de la primera quincena de mayo de 1970 al tema "El *aggiornamento* de la Iglesia".⁵¹

El editorial, titulado "La Iglesia desafiante", va dirigido contra "los jóvenes curas empeñados en ser profetas, mártires, ... y no en derrotar al demonio, como parecía antes su misión".

He aquí otros botones de muestra:

"La Iglesia no está mejor en la América Latina que en el resto del mundo, conmovida por su *aggiornamento*, que se volvió, poco a poco, una revolución demoledora, agitándose entre las trémulas manos del Pontífice que no la hubiera desatado y aún trata de contenerla. . .

"En toda la América Latina la situación hoy es de revuelta, menos en un solo punto, en el que los jóvenes sacerdotes y los obispos con opciones cardenalcias no quieren disentir del Pontífice: el control de la natalidad. . .

"Jamás en el mundo americano la voz del Papa había sido menos escuchada. Y la Iglesia monolítica se erosiona. . . Millares de viejos católicos miran con desvío las nuevas formas. . . Estaban acostumbrados a encontrar en los curas de la parroquia el «padre», es decir, el consejero, y en la Iglesia tradicional un refugio, un asilo contra la aspereza de la lucha exterior. Y ahora sólo se les recibe con editoriales marxistas, en vez de sermones, con amenazas de revuelta, en vez de sanciones eternas, con agitación indistinguible de la política común y corriente. Y Cristo no aparece por parte alguna, con su voz suave, sus parábolas, su perdón, su pa-

⁵¹ *Visión*, Panamá. — Citamos la traducción castellana de la edición mexicana (*Visión*, México, 8 de mayo de 1970), hecha con un soberano desprecio hacia el idioma y los lectores de América Latina a los que pretende adoctrinar.

ciencia, su amor, sino fulgurante, como en el único episodio de violencia de su evangélica biografía, ante los mercaderes del templo. La Biblia no se cita sino para amenazar, con las voces airadas de los profetas. . .”

Semejante acta de acusación podría convencer a muchas personas, pues no vacila en recurrir a insidias demagógicas, fingiendo salir en defensa de la pura tradición católica y apelando al Evangelio.

Con toda arbitrariedad, el publicista yanqui pretende limitar la intervención del profetismo al Antiguo Testamento y confinar a los portavoces de Cristo en la función de exorcistas. ¿Necesitamos precisar que los seres demoníacos a quienes debe arrojarse son aquellos que no consienten doblegarse ante el imperialismo y las oligarquías?

Pues bien, la rehabilitación oficial del papel profético en la Iglesia constituye justamente una de las mejores y más firmes adquisiciones de la renovación actual: vuelta a las fuentes, y no traición.

Al impertinente inquisidor que presume de perito en materia eclesiástica opondremos las autoridades más acreditadas de la Iglesia. Escuchemos primero a tres cumbres de la teología y consultemos luego unos recientes documentos jerárquicos.

Para el dominico Chenu, precursor del *aggiornamento* y lumbrera del Vaticano II, citado como autoridad doctrinal por la encíclica *Populorum progressio* y otros documentos pontificios, el hervor actual denota una nueva conciencia de la solidaridad que vincula a la Iglesia con la época. Hoy como antaño corresponde a la imprescindible misión profética el velar por la proyección del mensaje liberador de Cristo en el marco concreto de la historia presente.⁵²

“Nos engañaríamos mucho si, para tranquilizarnos o para alarmarnos, consideráramos estas efervescencias sólo como una fiebre maligna provocada por la coyuntura eclesial y cultural. Se trata de *una dimensión congénita* —es decir, vinculada a su misma génesis— del cristianismo, de la pers-

⁵² M. D. Chenu: “Les prophètes de l’Eglise contemporaine”, *Le Monde*, París, 18-19 de mayo de 1969. — Artículo consagrado al libro de J. Lestavel con el mismo título, Ed. de l’Epi, París, 1969.

pectiva judeocristiana. Esta dimensión va recobrando su sentido y su eficacia después de siglos de atrofia: la Iglesia está *dentro de la historia*⁵³ y, por trascendente que sea la palabra de Dios que la funda y la inspira, la Iglesia sigue siendo constitutivamente solidaria de la historia. *Recibe de la evolución del género humano los impactos evangélicos que determinan su misión.* En otros términos, está pendiente del dinamismo de un porvenir que da su significación al presente y recapitula el pasado: *los profetas son los testigos y los impulsores (meneurs) de este arraigamiento en el tiempo.* Son la presencia del porvenir y, por su protesta, impiden que mañana sea demasiado tarde.”

Ahora un artículo titulado “*Jesús era subversivo*”, del principal teólogo actual de habla hispánica, el canónigo malagueño González Ruiz, perito del Vaticano II, rememora la continuidad de la corriente profética desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días:⁵⁴

“He podido comprobar la profunda tragedia de la generación anterior a la mía cuando intentaba conciliar su fe cristiana con el espíritu revolucionario y, con todo, tenía que optar por la reacción y unirse a los enemigos del pueblo...”

“Engels, el clásico del marxismo que mejor trató los problemas religiosos, dice que desde su institucionalización en el siglo IV, con Constantino, en la Iglesia ha subsistido una corriente “apocalíptica” o profética que produce una historia cristiana conflictiva. Durante todos estos siglos la Iglesia institucionalizada no sólo oprimió la realidad histórica, sino que determinó el modo de narrar esta misma realidad: *la historia que poseemos es una historia tergiversada...*

“*Camilo Torres o Domingo Laín... no surgieron por generación espontánea. Hay unos antecedentes que lo explican todo: empezando por Bartolomé de Las Casas, Antonio Montesinos y los jesuitas de Paraguay, por referirnos sólo a América Latina...*

⁵³ El subrayado es del mismo Chenu.

⁵⁴ José María González Ruiz: “Jesús était subversif”, *Témoignage Chrétien*, París, 6 de agosto de 1970.

“Al hablar de profetismo en el seno de nuestra Iglesia cristiana reanudamos la antigua tradición del profetismo bíblico. *El profeta se presenta cuando menos se le espera*: hombres apacibles y aislados son llamados a intervenir en la vida pública, a dirigir reproches a los responsables políticos y violentas arengas a las masas. Lo característico del profetismo bíblico es la conjunción entre el mensaje religioso y unas normas políticas muy concretas. El profeta habla un lenguaje muy concreto. Señala con el dedo los defectos de sus contemporáneos y no le da miedo cometer la terrible imprudencia de *evidenciar ante el pueblo las ambigüedades de los dirigentes religiosos y políticos*.

“Así se explica la sentencia de muerte que Pilato pronunció conforme a la legalidad en contra de Jesús. Pilato tenía que salvaguardar la ley romana en esa región del Imperio. Según la expresión que utiliza San Lucas en el capítulo xxiii de su Evangelio, la actitud profética de Jesús era una actitud *diastrefonta*: la traducción literal es *sub-versiva*, palabra que resuena todavía hoy por hoy en nuestros oídos...

El dominico Congar, teólogo predilecto de monseñor Montini y de Paulo vi, esbozando un balance del Congreso de teólogos celebrado en Bruselas (septiembre de 1970), hace resaltar que la fe implica el empeño por la justicia:⁵⁵

“El Congreso ha dado una expresión poderosa ...al descubrimiento que cristianos y teólogos hacen actualmente de la *dimensión política* de su vida y sus responsabilidades. No sólo se trata de acercarse a lo que interesa al hombre de hoy y mañana... sino de reconocer una verdad y cumplir una obligación. El caso es que *nada de lo que existe públicamente, y desde luego ni siquiera la Iglesia ni tampoco la elaboración teológica, resulta políticamente neutral o inocente*. La obligación que se deriva del Evangelio y del servicio de la salvación es la de *comprometernos en pro del hombre y su liberación*, en pro del desarrollo, la justicia, la fraternidad y la paz, contra el racismo la opresión de

⁵⁵ Yves Congar: “Le Congrès des théologiens de Bruxelles. Esquisse d'un bilan”, *La Croix*, París, 2 de octubre de 1970.

los débiles, las discriminaciones sociales, la opresora violencia de los poderes inhumanos...

“Por temperamento y formación, yo sería más bien un conservador. Soy, por convicción y con todas las fibras de mi alma, un hombre de la Tradición (sobre la cual escribí tres libros). Pero *la Tradición es completamente distinta del conservadurismo y del inmovilismo... Es una marcha hacia adelante en la corriente de la historia*, es decir, hacia el porvenir, lo desconocido, lo no ocurrido aún.

“Según la Biblia, la verdad no procede sólo de los datos pasados, sino que se desprende también de lo venidero, de nuestro futuro destino dentro de la perspectiva del reino de Dios. Por lo tanto debemos ...abrirnos a las aportaciones y las demandas de nuestro tiempo. Es el Espíritu Santo quien, mediante un impulso incesante, lleva la obra de Cristo hacia adelante...”

Durante el mismo Congreso, Congar había suscitado emociones con la siguiente declaración:

“El Concilio ha sido una gran gracia, pero el posconcilio es otra cosa. Paulo VI aplica escrupulosamente el Vaticano II, pero el drama consiste en que *los problemas actuales se ubican más allá*. Una explosión cultural masiva y repentina provoca crisis por todas partes. En otro tiempo era la Iglesia quien modelaba el mundo occidental, aunque fuera indirectamente. Hoy se ha secularizado totalmente la cultura. Está dominada e inspirada por ateos. La joven generación se siente cómoda dentro de ella. La mía tiene que hacer un inmenso esfuerzo para comprender...”

“El Concilio ha sido algo maravilloso, pero demasiado corto en relación con los problemas planteados. El magisterio de la Iglesia, incluso el del Santo Padre, resulta demasiado corto.”

En la misma circunstancia, Congar exclamó: “*desde ahora necesitamos algo más que un aggiornamento.*”

Sobre la obligación que incumbe a los cristianos, sacerdotes y laicos, de salir de los recintos sagrados para unirse al combate actual por la justicia y la liberación, hay también varios documentos del papa y el episcopado. Aunque se expresen en forma más endeble, no resultan menos claros e imperativos.

“Debemos agudizar la conciencia del deber de solidaridad con los pobres a que la caridad nos lleva. Tal solidaridad ha de significar el *hacer nuestros sus problemas y sus luchas*, el saber hablar por ellos...”

“*Esto ha de concretarse en la denuncia de la injusticia y la opresión*, en la lucha contra la intolerable situación que soporta con frecuencia el pobre...”

Son consignas de la Conferencia del Episcopado latinoamericano de Medellín, a la cual el papa quiso conferir más autoridad y solemnidad con su presencia personal el día de la apertura, en agosto de 1968.

“La actividad misionera de la Iglesia no puede permanecer insensible ante las necesidades y aspiraciones de los pueblos del Tercer Mundo y ante los esfuerzos realizados por ellos para alcanzar un nivel superior de cultura y prosperidad. *La Iglesia no puede prescindir de los deberes de justicia y solidaridad humana*. Tal preocupación traerá consigo nuevas orientaciones.”

Quien sanciona así, con autoridad, la congruencia del nuevo rumbo es el cardenal Villot, secretario de Estado del Vaticano, en un documento expedido en nombre del papa.⁵⁶

Del mismo prelado, en carta dirigida igualmente en nombre del propio Paulo VI a los participantes de la LVII Semana Social de Francia, el 24 de junio de 1970:⁵⁷

“Pregúntense los cristianos de hoy si son fieles a las exigencias de su fe... Una atenta lectura de la Biblia muestra en efecto el lugar relevante que tienen en ella los pobres... *la insistencia clamorosa en los menos favorecidos*, pobres, viudas, huérfanos y extranjeros, es para los profetas un motivo rector. Al propio Mesías lo anuncian como el reivindicador de los derechos de los pobres y míseros. Y María, en su *Magnificat*, glorifica al Señor por haber “*colmado de*

⁵⁶ Cardenal Villot: Carta a la XI Semana de Estudios Misioneros organizada por la Universidad Católica de Milán, septiembre de 1970.

⁵⁷ Cardenal Villot: Carta a M. Alain Barrère, presidente de las Semanas Sociales de Francia, en ocasión de la Semana Social de Dijon (1-5 de julio de 1970).

bienes a los hambrientos y dejado a los ricos con las manos vacías".⁵⁸

"La acción multiforme de los cristianos a través de los siglos ha de cuadrar con esta tradición bíblica..."

Ya el Vaticano II había dejado un ejemplo particularmente sugestivo de abierta intervención en favor de los débiles y en contra de los poderosos. Al inaugurar el Concilio, Juan XXIII había declarado que la asamblea no pronunciaría ninguna condena. En definitiva la única excepción admitida por el episcopado mundial fue para proteger a las poblaciones inocentes e indefensas frente a los designios sanguinarios de los "grandes": condena de la guerra total y, en forma implícita, del uso de la bomba atómica. Si ésta no aparece directamente nombrada es porque el texto abarca cualquier tipo de destrucción ciega y masiva, en el presente y en el porvenir. Los propios términos usados hacen pensar en Hiroshima y Nagasaki. Y el hecho de que despertara oposición, sobre todo entre los prelados norteamericanos y satélites, es testimonio de que nadie alimentó dudas al respecto. Aún en las últimas horas del Concilio, un pequeño grupo de irreductibles, considerando con absoluta seriedad a los Estados Unidos acreedores de la libertad de los pueblos y supremos policías del orbe, lanzó una insidiosa ofensiva en favor de las armas nucleares (*arma científica* en la jerga eclesiástica supuestamente latina). Antes de las votaciones finales, los diez últimos belicistas a ultranza, el cardenal Spellman y sus colegas de Washington, Baltimore y Nueva Orleans, con el arzobispo primado de México, el obispo de Tlalnepantla y cuatro más, firmaron un volante insistiendo en que el episcopado mundial rechazara el capítulo sobre "La salvaguardia de la paz", y aun todo el documento que lo incluía, la *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo*, por contener "errores" tales como la categórica condena de la guerra total. Sin embargo, no había sido difícil a los peritos conciliares demostrar que, a lo largo de dos mil años de cristianismo, no se conoció teólogo alguno dispuesto a justificar acciones terroristas destructoras de ciudades enteras.

Situándose en la misma línea del compromiso cristiano frente a los problemas candentes de la época, Paulo VI, hablando ante

⁵⁸ Lucas, I, 53.

los 250 participantes del VII Congreso Tomista Internacional, instó a los plácidos teólogos a que dejaran de volar por encima de los problemas actuales, los retos del presente, y aterrizaran en el mundo de hoy.⁵⁹

“Quizá tenemos que hacer nuestro examen de conciencia... ¿No nos exponemos, en varias disciplinas teológicas y filológicas particulares, a que la sutileza del análisis y las argucias del vocabulario nos hagan descuidar la necesidad de la síntesis? ¿No tenemos también demasiados filósofos y teólogos confinados en su biblioteca, que se olvidan de reflexionar... sobre las cuestiones vitales... y que aparecen demasiado ajenos a los requerimientos de un hombre que recorre las inmensidades del espacio y baja hasta las honduras del subconciente?... ”

“Es de capital importancia e incluso de primordial necesidad que filósofos y teólogos se interesen en todas las manifestaciones de la vida de nuestro tiempo... ”

Lo que papa, teólogos y obispos expresan conforme a las exigencias de la doctrina misma y el ministerio, el pueblo creyente lo intuye a su vez por puro instinto cristiano. Vemos cómo las masas fieles esperan por todas partes de la Iglesia una intervención muy concreta en pro de la justicia.

Cuando, en vísperas del viaje papal a Asia, un semanario filipino⁶⁰ reprochó ásperamente a la Iglesia local su solidaridad con los ricos en perjuicio de los pobres, monseñor Pignedoli, secretario de la Congregación vaticana por la Evangelización de los Pueblos, uno de los prelados más vinculados a Paulo VI, le respondió en el principal diario católico italiano:⁶¹ no se puede pedir a la Iglesia “soluciones concretas que no reclaman de ella en otras partes”. Y lamentó el que “en cierto sentido, en las Filipinas pasa lo mismo que en América Latina: lo esperan todo de la Iglesia, hasta lo imposible”.

La ironía sardónica de los acontecimiento quiso que el mismísimo día de la publicación de este artículo —3 de noviembre

⁵⁹ Pablo VI: Alocución a los participantes del VII Congreso Tomista Internacional, Castel Gandolfo, 12 de septiembre de 1970.

⁶⁰ *The Government Report*, Manila, 7 de noviembre de 1970.

⁶¹ *Avenir*, Milán, 8 de noviembre de 1970.

de 1970— se viera en Italia, en Roma, en la propia plaza de San Pedro del Vaticano, a centenares de pobres sin vivienda gritando: “¡Casas!” “¡Casas!” y exhibiendo un cartelón que rezaba “*Queremos viviendas populares*” enfrente del papa, cuando éste se asomó a su ventana para la alocución dominical. Como Paulo VI no les hizo caso, lo abuchearon.

Si hay algo que los olvidados, los desamparados saben de la Biblia es que Cristo, así como todos los profetas del Antiguo Testamento antes que él, no permaneció neutral frente a la injusticia. La designó por su nombre y señaló directamente a quienes la perpetraban. Predicando en Galilea misma, el Nazareno aplicó públicamente a Herodes, gobernador del país, el epíteto nada halagador de “zorro”: “*Id a decir a este zorro...*”⁶²

Es Bossuet, predicador de la corte de Versalles en tiempos del Rey Sol, quien recalca en su panegírico de San Bernardo que el abad de Clairvaux “*trataba sin miramientos a príncipes, potentados, obispos, cardenales y papas.*”

Esta es la tradición constante de los profetas del Nuevo como del Antiguo Testamento. Frente al mundo del hambre, cara al imperialismo aplastador y a la explotación de las mayorías, hay más lugar que nunca para la función insustituible del profetismo. Su intrépido arbitraje se requiere hoy con una urgencia sin precedente.

La vaguedad y ambigüedad de las intervenciones del clero y la jerarquía, sus frases alambicadas y ademanes untuosos ya no convencen a nadie. ¿Quién no se da cuenta de que el oportunismo constituye el modo más corriente de renegar del Nazareno, de traicionar la misión de la Iglesia y de originar la anarquía dentro de la comunidad cristiana?

En la Asamblea internacional de *sacerdotes solidarios* de Amsterdam (fines de septiembre-principios de octubre de 1970) alguien citó la frase de Morvan Lebesque: “*Lo que me separa de los cristianos no es su Dios, sino su asombrosa facultad de adaptación.*”

Cabe recordar que en 1901-1902, frente al terrorismo creciente debido a la desesperación de las masas, Lenin escribió su obra titulada *¿Qué hacer?* para culpar de tal situación a “*la falta de lucidez e iniciativa de los dirigentes revolucionarios*”.

⁶² Lucas, XIII, 32.

¡Ojalá los dirigentes cristianos comprendan antes que sea demasiado tarde hasta qué punto sus titubeos, sus eufemismos o su falta de rigor en los principios y en la práctica precipitan a la Iglesia hacia la confusión y la agitación más estériles! Son ellos los responsables de la incoherencia e irracionalidad de ciertos movimientos surgidos de la base.

15. SAN J. F. KENNEDY...

La restauración de la vocación profética puede acarrear muchos problemas a la sociedad y a la Iglesia misma.

Por parte del clero despunta, como ya lo vimos, el peligro de un neoclericalismo.

Por supuesto, obispos y sacerdotes, al intervenir en los asuntos de la colectividad constituyen una amenaza para ella si tratan de acceder a una situación de poder y prestigio. Pero precisamente eso iría directamente contra el sentido mismo del profetismo. El profeta rehuye toda situación establecida y cualquier atadura con las estructuras existentes o por existir. Declina cuantas ventajas le ofrezca la sociedad, quedando así a salvo de componendas y transacciones. Sacrifica incluso su tranquilidad y su seguridad al enfrentarse con los poderosos en defensa de los oprimidos. La fuerza de su intervención reside justamente en su absoluta independencia exterior y su cabal libertad de espíritu. No le caben otras miras que la de sufrir y morir por los olvidados. Desprendido de todo, *no tiene nada que perder ni nada que temer*. Su único afán es hacer resonar la voz de la justicia donde menos se deja oír. El profeta, lejos de proveer intereses propios, individuales o de grupos, sabe que en realidad el carácter mismo de su misión sólo le permite almacenar oprobios y persecuciones.

No se olvide que el nuevo profetismo se manifiesta esencialmente entre quienes más se empeñan, en la práctica, por acabar con la casta sacerdotal, con el mandarinato, con la existencia de una "clase dirigente" eclesiástica. *Sólo existe un peligro de clericalismo donde existe un clero, en el sentido sociológico*, un cuerpo constituido. Pero ¿no son los nuevos profetas quienes más propugnan la total *desclerización*?

Por parte de los militantes laicos especialmente, se presenta otro riesgo: el de introducir los antagonismos sociales en la Iglesia misma.

Pero en la medida en que la Iglesia está *dentro de la historia que se hace* y refleja la humanidad tal como es, no puede hacer caso omiso de la lucha de clases ni evitar que repercuta hasta en su propio seno.

Conste que pueden surgir así problemas para la unidad de la Iglesia, sobre todo entre quienes se obstinan en confundir esta unidad con la uniformidad o la reducen al nivel de los hechos puramente sociológicos.

En el informe de la sesión nacional de la *Misión obrera francesa* de marzo de 1969 (la primera celebrada después de la "Revolución de Mayo"), se lee:

"La participación conciente de los cristianos en los combates de la clase obrera por su liberación y su promoción colectiva se amplía. Eso nunca deja de provocar tensiones en la Iglesia... *Tales tensiones son menos un peligro que una oportunidad* de hacer más auténtica la presencia de la Iglesia en el mundo."

Pocos días después, monseñor Maziers, arzobispo de Burdeos y presidente del consejo episcopal de la *Misión obrera*, en su informe ante el Consejo permanente del Episcopado francés (París, 12 de marzo de 1969), decía:

"El mundo obrero encuentra dificultad para hacer que la Iglesia entienda su voz, en la medida en que los medios cristianos están marcados por la cultura y la mentalidad de aquellos a quienes los trabajadores se enfrentan ordinariamente en el plano social y político... De hecho, la unidad de la Iglesia está pasando por una dura prueba."

No obstante, el mismo prelado declaró el día siguiente, ante los periodistas:

"La unidad de los cristianos no puede excluir las opciones temporales diferentes. Los caminos de esta unidad quedan por descubrir."

En este campo, como en los demás, el movimiento renovador actual impone una búsqueda compleja, una profundización que invalida todas las concepciones simplistas.

La unidad de la Iglesia no descansa en una base sociológica. No es el resultado de componendas. No se alcanza por una reducción de las tendencias divergentes a un mínimo común denominador. Sólo se concibe como una constante superación en la fe y en el impulso de todos hacia *El Único*, en quien Amor y Justicia se identifican de un modo absoluto.

La Iglesia, reuniendo en una misma comunidad a hombres que la lucha de clases levanta violentamente unos contra otros, no puede en ninguna forma realizar su unidad en el nivel mismo en que se imponen los enfrentamientos sociales y políticos. Los que se combaten por antagonismos de clase sólo lograrán unirse en el misterio de una convergencia hacia lo eterno e infinito, poniéndose unos y otros a la escucha del Maestro divino y bajo la moción del mismo Espíritu. Tal convergencia interior no disipará sus razones de lucha, sino que les incitará a elevarse hasta las causas mismas de los conflictos sociales. Por eso vemos cada día a más obreros y empresarios cristianos que, siguiendo en pugna abierta, coinciden sin embargo en un mismo repudio del capitalismo en el plano economicosocial y del imperialismo del dinero en el plan ético y político.

No hay en el mundo una comunidad más incompatible con la noción misma de neutralidad que la Iglesia de Cristo. No hay doctrina que desautorice más las medias tintas que la del Evangelio.

¿Qué lugar habrá para la neutralidad entre los oprimidos y los opresores, los responsables de la injusticia y sus víctimas?

En la mayoría de los casos, los cristianos y los clérigos que se autoproclaman neutrales y se niegan a tomar posición respecto de los problemas de la sociedad o engañan a los demás o se engañan a sí mismos. Como ya lo notaba hace medio siglo el filósofo Alain, negarse a toda opción política equivale en la práctica a optar por el conservadurismo y brindar un apoyo tácito al *establishment* con todas sus lacras.

Los cristianos "apolíticos" de Francia no escatimaron su adulación hacia Pétain, como los de España hacia Franco,⁶³ los de Portugal hacia Salazar, los de Italia hacia Mussolini o los de América Latina hacia el *gorila* en turno.

Fue con el apoyo entusiasta de los cristianos "apolíticos" como las oligarquías y la CIA pudieron derrocar a un Arbenz o un Goulart. Hasta un Helder Cámara figuraba entre tales piadosos neutrales.⁶⁴

⁶³ Todavía en ocasión del año nuevo de 1971, el arzobispo de Madrid le expresó por telegrama, "*como obispo y como español*", su "*gratitud, admiración y adhesión*" al Generalísimo...

⁶⁴ "*La hora de las reformas ha sonado. Nadie teme a los reformistas. A quienes se temía era a los comunistas. La revolución (el golpe de Estado militar) ha sido victoriosa. El comunismo ha sido vencido.*" Quien aclara

“La Iglesia ha ejercido siempre una influencia política y sigue ejerciéndola”, afirmó el teólogo alemán Metz en el Congreso de teólogos de Bruselas.⁶⁵ “No resulta políticamente inocente. Obispos y teólogos podrían fácilmente hacerse los «mandarines» de una Iglesia que, solapada bajo la neutralidad, perpetuara las inveteradas alianzas políticas, sin consideración por el sufrimiento y la opresión de los individuos.”

Entre tantos ejemplos de pseudo neutralidad, traeremos a colación un caso particularmente significativo: la desmesurada sublimación del clan Kennedy, especialmente de Jacqueline y John por parte del Vaticano, el mundo católico oficial y la prensa religiosa de los países occidentales.

No se olvide que, al canonizar en forma exagerada aun al hombre más digno de encomio, corremos el peligro de arrojar sombra sobre otros de igual trascendencia y mayores méritos, si bien no les asiste una propaganda tan dispendiosa y aturdidora. Ensalzar exageradamente a uno es menospreciar a todos los demás. No es por nada que prohíbe la Iglesia que se miente la santidad de quienquiera sin previo proceso informativo, largo y minucioso.

Dejaremos a un lado a la tan beatificada Jacqueline, pues todavía no ha pasado a la historia y por lo tanto le debemos un silencio de discreción.

Pero, en lo que toca al más rico y más publicitario de los presidentes estadounidenses, no podemos deplorar en demasía la falsa imagen que se pretende a toda costa incrustarnos en la mente como verdad revelada.

No nos proponemos en absoluto denigrar a un personaje público, sino desenmascarar un embuste y denunciar una mistificación que puede valerse de excesiva agua bendita y demasiado incienso archicatólico.

Al exaltar devotamente a San J. F. Kennedy como un ejemplo de “buen” colonialista, de capitalista “respetable”, de imperialista “moderado”, se pretende demostrar que puede existir un buen colonialismo, un capitalismo edificante y un imperialismo aceptable. Clérigos y laicos católicos, turiferarios del único pre-

maba con tan ditirámico *apoliticismo* la caída de Goulart y la instauración de la dictadura militar era el venerado arzobispo Helder Cámara, una semana después del *cuartelazo*, al presentarse a su nueva diócesis de Recife.

⁶⁵ Bruselas, 15 de septiembre de 1970. — El padre J. B. Metz es miembro del comité director de la revista internacional *Concilium*, que patrocinó el Congreso.

sidente de los Estados Unidos correligionario suyo, especialmente los de apariencia más "apolítica" entre ellos, contribuyeron a naturalizar este concepto en la opinión pública, con el asentimiento de muchas corrientes liberales. Hasta tal punto que el emitir la menor reserva respecto a semejante tabú suena a blasfemia, profanación sacrílega y abominación.

Ya que el carácter intachable de toda la actuación del piadoso hijo de la Iglesia en la Casa Blanca se nos presenta como artículo de fe, cualquier juicio sobre él se debe supeditar a este imperativo dogmático, cueste lo que cueste. En consecuencia, sus actividades menos justificables se achacan tranquilamente, según las circunstancias, a opciones irreversibles de su predecesor, a interferencias del Pentágono, a la mala voluntad o la incompetencia de la *FBI* y la *CIA*, como a sombrías maquinaciones de colaboradores o adversarios dentro y fuera de la administración. Buscando así en cada caso al villano del cuento o al chivo expiatorio, siempre se acaba encontrándolo y la infalibilidad del finado presidente queda a salvo. Con semejantes manejos de la historiografía, Hitler mismo resultaría poco menos que canonizable.

¿*Bahía de Cochinos*? ¿Acción de piratería e incalificable atentado a la soberanía de un pueblo? Indudablemente. Pero la culpa, como todos saben, no es del presidente responsable bajo cuya égida se perpetró el golpe, sino de Eisenhower, que lo había decidido y organizado todo de antemano.

Tal explicación encajaría perfectamente con ciertas apariencias si se olvidara *sobre qué programa se hizo elegir John Kennedy*.

Durante la campaña electoral, el vicepresidente Nixon, con el apoyo declarado de Eisenhower, prometió "defender" a toda costa las islas chinas de Quemoy y Matsu, pero declinó obstinadamente, pese a instancias e intimaciones sin número, cualquier compromiso agresivo respecto de Cuba, a no ser en lo tocante a Guantánamo, y sólo por el caso en que la soberanía norteamericana sobre esta base estuviera en peligro.

Fue el otro candidato, Kennedy, quien se entregó a una demagogia endemoniada contra el castrismo, a sabiendas de que tal actitud le convenía en aquel entonces a los ojos del electorado. Proclamó como uno de los objetivos de su política *el favorecer cualquier movimiento que pudiera surgir en contra del régimen cubano*.

Nixon expresó en forma tajante su inconformidad con esta posición agresiva y advirtió al pueblo norteamericano que sos-

tener a los adversarios de Castro dentro y fuera de la isla, como lo preconizaba su antagonista demócrata, sería violar los tratados internacionales que prohíben toda intervención de una nación del continente en los asuntos internos de otra. No faltaron en el momento mismo observadores de la política interior de los Estados Unidos que escribieran en periódicos de diversos países que, con actitud tan impopular de timidez hacia el castrismo, Nixon se estaba jugando la presidencia.

Kennedy mismo, bien informado de las reacciones de la opinión, criticó ásperamente a la administración republicana por su falta de firmeza frente al régimen de Fidel Castro. La acusó con dureza de haber hecho caso omiso de los informes en que los sucesivos embajadores en La Habana ponían sobre aviso respecto al peligro que constituirían los colaboradores comunistas que rodeaban al estadista cubano.

Quienquiera que desee una documentación precisa e irrefutable sobre las intenciones declaradas de Kennedy acerca de Cuba sabrá una vez por todas a qué atenerse con sólo tomarse la molestia de leer, por ejemplo, *el estenograma del cuarto encuentro televisado Kennedy-Nixon* durante la campaña presidencial.

Llegado el momento de cumplir con promesas tan solemnes y provechosas ante el electorado, el candidato victorioso intentó asegurarse el apoyo de los principales "aliados" latinoamericanos. La indignación empujó al propio presidente del Brasil, Quadros, a revelar públicamente que Kennedy le había sondeado por medio de un emisario personal para saber cómo reaccionaría en el caso de un ataque directo o indirecto contra Cuba.

Después del ignominioso fracaso de Playa Girón, la poderosa aplanadora de la propaganda manejada por la plutocrática tribu Kennedy y su innumerable clientela empezó a dar media vuelta. Eso no impidió que algunos meses más tarde el presidente, al recibir con solemnidad al cuerpo expedicionario liberado por Castro, proclamara en el más puro estilo imperialista: "*Yo devolveré la enseña nacional de Cuba en el Parque Central de La Habana cuando, ya derrocada la dictadura roja, aquella patria sea libre y democrática.*"

Al acercarse las elecciones senatoriales del otoño de 1962, decisivas para la reelección del presidente en 1964, muchos observadores consideraban inevitable una grave crisis del lado del Caribe, pues el Partido Demócrata difícilmente podía presentarse ante los electores sin que su presidente hubiese logrado algo a

expensas de Castro, conforme a aquellas promesas. Para John Kennedy, la Casa Blanca bien valía el riesgo de una guerra mundial. Los televidentes de los dos hemisferios fueron testigos de la escenificación minuciosamente orquestada.

El presidente presencia un grandioso mitin. A mitad de su propio discurso, un misterioso personaje entra con precipitación, atraviesa espectacularmente la multitud, seguido por las cámaras, sube hasta el orador, le corta dramáticamente la palabra para entregarle un mensaje. La cara del estadista se pone patética. Acto interrumpido, brinco hacia el avión, vuelo a Washington, todo bajo los *flashes* de los informadores internacionales. Un *suspense* que estaba poniendo al mundo al borde del abismo.

Había por suerte en el solio romano un anciano capaz de enfrentarse con el aventurero. Juan xxiii le llamó directamente por teléfono y zanjó sin apelación: la paz es un derecho de la humanidad; la paz es un deber para los altos mandatarios; la Iglesia universal jamás comprenderá, no justificará nunca el genocidio atómico. Y el papa de *Pacem in Terris* no vaciló en dar a entender al presidente que, si ejecutaba sus amenazas, toparía con la objeción de conciencia de los católicos del mundo entero.

La administración Kennedy, a pesar de su brevedad, cuenta por otra parte entre las más fecundas en *gorilazos* continentales. Claro que todo se hizo en contra de la voluntad del pobre presidente, víctima cada vez de las trampas urdidas por *Ike* o los militares o los servicios de "inteligencia". Nadie lo puede dudar.

Sólo que ¿no fue John Kennedy quien aseveró sin ambigüedad, a raíz del *cuartelazo* dominicano de septiembre de 1963: "*Nuestra nación nunca permitirá países comunistas en este hemisferio*"?

Bosch ¿"comunista"?... Sólo lo podría insinuar la perversidad o el maquiavelismo.

Algo más grave aún.

Si los disparates de la gestión Kennedy son obra de otros, los logros son de él, de él solo.

Así fue endiosándose al través de los años al hombre de la Alianza para el Progreso. ¿Quién niega hoy el gran éxito de esta organización... *al servicio del imperialismo*? Lo que muchos ignoran es que tal resultado no fue casual, sino que correspondía a planes muy precisos y coordinados.

La Alianza para el Progreso fue anunciada por Kennedy el 15 de marzo de 1961 y creada en Punta del Este el 17 de agosto

del mismo año. Entre estas dos fechas, el presidente elaboró e hizo aprobar por el Congreso, no obstante reacciones contrarias en los mismos Estados Unidos, su famoso programa militar hemisférico "antisubversivo" que proporcionaba al gobierno una base jurídica y medios bélicos para intervenir en la vida interna de las naciones latinoamericanas.

Intervención militar bajo pretexto de seguridad y desarrollo: ¿existe mejor definición del neocolonialismo en su forma más imperialista?

La fórmula kennediana prosperó y, cuando los Tupamaros secuestraron y ejecutaron al ex jefe de policía del estado de Indiana, Dan Mitrione, infiltrado en Uruguay como técnico del desarrollo para instruir a las fuerzas represivas en las técnicas de tortura, la propia Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) de los Estados Unidos tuvo que confesar, ante la estupefacta opinión norteamericana, que dicho agente fue enviado por ella para asesorar a la policía uruguaya en contra de los Tupamaros, y que antes el mismo "perito" había ejercido idéntica actividad en Belo Horizonte y Río de Janeiro: ¡justamente los dos lugares del continente en que la tortura ha hecho más víctimas!

Para completar el cuadro, bástenos recordar cómo los *Boinas Verdes*, la siniestra contribución de los Estados Unidos a la lucha contra las guerrillas latinoamericanas, hicieron su primera aparición, pocas semanas antes de la muerte de Kennedy, en Guatemala. La opinión norteamericana lo supo por su propia prensa. ¿Quién pensará que tal intervención sin precedentes se haya llevado al cabo a espaldas del presidente?

Como el difunto estadista era incontestablemente un hombre de amplia visión, tuvo que empezar durante su administración la campaña continental de "asistencia técnica" en forma de distribución de anticonceptivos a las poblaciones pobres, vale decir precisamente las que, a causa de la desnutrición y carencia de asistencia médica, saldrán más profundamente lesionadas en su equilibrio físico y mental.

Nos hemos detenido principalmente en los grandes ejes de la política latinoamericana de Kennedy. Podríamos decir otro tanto, por ejemplo, de su actuación en Asia. Para no extralimitarnos, contentémonos con recordar que el decisivo compromiso militar en Vietnam, el que desencadenó la espantosa "escalada", se debe a Kennedy: instalación del Alto Mando estadounidense en Saigón, 8 de febrero de 1962.

En el plan de las relaciones con los aliados occidentales, ¿quién olvida al Kennedy de los *Skybolt*, que hizo exclamar al primer ministro del Canadá ante la Cámara de Ottawa: “¡No vayan a creer los Estados Unidos que nos pueden tratar a nosotros como tratan a los guatemaltecos!”?

El bando Kennedy, dicho en estrategia publicitaria, bien sabía que jamás lograría instalarse en la Casa Blanca sin recabar simultáneamente en su favor los votos católicos y los liberales. Así es como John hizo, por una parte, alarde de su catolicismo (al extremo de presentarse ante la multitud en el momento de su proclamación como candidato presidencial, durante la convención demócrata de 1960, escoltado por su atractiva esposa y por ¡un jesuita! . . . “su confesor”, según se hizo saber oficialmente). Por otra parte, con miras a conquistar los sufragios liberales, tuvo que lanzar a los cuatro vientos la imagen de un hombre de vanguardia.

Son muchos los que temen menos a un aventurero sin escrúpulos que a un revolucionario de comprobada respetabilidad. Sobran por todo el orbe quienes están siempre en busca de prestidigitadores capaces de conciliar en su persona un conformismo tan poco chocante como suficientemente tranquilizador, y un reformismo bastante aparente para ofrecer paliativos al descontento de las masas frustradas y fomentar sedantes ilusiones, bastardeando así los afanes liberadores y neutralizando los eventuales propósitos subversivos. Luego, si se tiene a mano a uno de estos providenciales “anestesistas”, se le ensalza ruidosamente ante la opinión, con acopio de superlativos; se encarecen sus dotes “excepcionales” y llueven sobre él los altos galardones nacionales e internacionales. Cuanto mejor conste que con él está excluido cualquier paso adelante, tanto más se loará y voceará su intrepidez “revolucionaria”.

Puede incluso suceder que *managers* y *supporters* de semejante ilusionista se pasen de la raya exaltando sus iniciativas “atrevidas” y sus planes de “transformación de la sociedad” tan desorbitadamente que acaben por provocar el espanto entre las filas reaccionarias y den pábulo a un fanatismo y una furia incontrolables, contribuyendo así, sin quererlo, del modo más imprevisto y absurdo, a la eliminación del astro tan imprudentemente inflado.

¿No sería eso lo que ocurrió con un John y un Bob Kennedy?
¿Y también con un Martin Luther King, asesinado precisamente

cuando las desengañadas muchedumbres negras lo abandonaban? Lo mismo pudiera acaecer con un Helder Cámara...

De hecho, en el caso del joven presidente, tanto se pregonó su "progresismo" que se llegó indudablemente al extremo de aterrizar a ciertos grupos empedernidos, los cuales acabaron por tomar al pie de la letra su verborrea poco conformista y lo quitaron de enmedio por temor a que realizara de verdad cambios efectivos en el *establishment*.

En definitiva, ¿no habrá sido el crimen de Dallas resultado de un grotesco y macabro malentendido?

Toda la historia nos lo atestigua: las grandes mistificaciones públicas desembocan fácilmente en siniestras tragedias.

Sea de ello lo que fuere, si el mundo eclesiástico oficial y los católicos más heterogéneos, desde el papa hasta el último monaguillo, ponen por las nubes a un Kennedy, ¿en nombre de qué "neutralidad" va a impedirse a un cristiano cualquiera expresar concretamente sus preocupaciones por los agobiados, señalando remedios y apoyando realizaciones comprobadas?

¿En virtud de qué criterio podemos encarecer la ejemplaridad de un Kennedy más que, verbigracia, la de un Fidel Castro o de un Mao Tse Tung? ¿No comparten de hecho estos últimos las preocupaciones básicas de Cristo por los olvidados, infinitamente más que el clan enriquecido a costa de millones de ahorradores modestos arruinados durante la quiebra de 1929?

De todos modos, la nueva vena profética que estamos evocando no promoverá tanto la canonización de ricachones triunfantes como la dignificación de los postergados. Su presión regeneradora y su impulso subversivo se percibirán cada día más netamente.

Ya nadie podrá impedir mediante anatemas, coacciones, torturas o muerte que resuene en nombre de Cristo la protesta de la justicia ofendida. Se irán multiplicando las voces dedicadas a señalar concretamente la opresión, designando por sus nombres a los opresores y apoyando con firmeza a los oprimidos.

La Iglesia del silencio está por desaparecer bajo el atasco de sus riquezas, la caparazón de su conformismo y el peso del desprecio o la indiferencia de los hombres que cuentan. La Iglesia de la abstención, de la neutralidad, de las componendas, de las complicidades inconfesables con los adoradores de Mamón está ya condenada.

De nuevo va a erguirse la Iglesia del Verbo, de la Palabra encarnada, del *Sí* y del *No*. La Iglesia de los Testigos, de los mártires.

Ya lo anunciaba hace un cuarto de siglo entre las pesadillas de un campo de concentración, poco antes de ser ahorcado, el teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer:⁶⁶

“La Iglesia debe salir de su estancamiento. Debemos respirar el aire libre en una confrontación espiritual con el mundo. Debemos incluso correr el riesgo de decir cosas discutibles, con tal que queden planteadas las verdaderas cuestiones.”

Iglesia del silencio o Iglesia del Verbo, Iglesia de la ambigüedad o Iglesia de la protesta, Iglesia del conservadurismo o Iglesia de la impugnación: son cada día más quienes comprenden que al fin y al cabo hay dos iglesias con sendos dioses. Dos iglesias irreconciliables y dos dioses antitéticos. El dios conserje del *establishment* y el Dios de cuantos merecen de verdad el título de cristianos.

Fue un obispo español quien se atrevió a sentenciar, por carta pastoral leída en todas las iglesias del Guipúzcoa el 23 de febrero de 1969:

“Cuando hacemos de Dios el guardián divino del orden material, para mantener situaciones de privilegio y de injusticia, cometemos gravísimo pecado. Porque ese ídolo, que justifica tantas explotaciones y opresión, es un falso dios que nada tiene que ver con el Dios de los cristianos.”

16. ¿ROMANTICISMO REVOLUCIONARIO?

DIARIAMENTE el periódico nos trae noticias de diversos países latinoamericanos que manifiestan hasta qué punto el sentido revolucionario cobra intensidad y amplitud creciente entre las filas cristianas del continente. Algo que los episcopados locales tienen que soportar en silencio, pues hace tiempo que perdieron todo influjo sobre los laicos concientes, aun los más fieles a la Iglesia.

Pero hay un extremo al que no quieren resignarse los señores obispos: la participación activa de sacerdotes en la lucha revolucionaria, sobre todo de los sacerdotes extranjeros cuya colabo-

⁶⁶ La cita traducida corresponde a la versión francesa de la obra escrita en la cárcel: Dietrich Bonhoeffer: *Résistance et soumission*, Ed. Labor et Fides, Ginebra, 1963.

ración habían solicitado antes afanosamente en el Canadá, los Estados Unidos y Europa.

Incapaces de enfrentarse con los problemas propiamente latinoamericanos, los episcopados de la región "gobiernan" y "administran" a un "sistema" eclesiástico sin impulso evangélico, sin voluntad renovadora, sin espiritualidad, sin doctrina, sin práctica pastoral auténtica, careciendo por lo mismo de dinamismo, de fuerza atractiva, de irradiación y de arraigo en el alma del pueblo.

El estilo de vida de la jerarquía impide, por lo demás, suscitar en su derredor la menor emulación de generosidad y entrega.

Y es ella la que paga la consecuencia directa: falta general de vocaciones sacerdotales. Incluso en un país como México, donde, por millares de años y a través de civilizaciones diversas, los sacerdotes no dejaron de ser los pilares más prestigiados del edificio social, el número de jóvenes que se presentan para la ordenación sacerdotal mengua cada año. Hemos calculado que si se concentrara en esta república todo el clero que ejerce su ministerio a través del continente entero, México tendría todavía, relativamente a su población, una proporción de sacerdotes muy inferior a la de Bélgica.

Entonces, la solución más fácil: recurrir, con súplicas patéticas, a los países mejor dotados, para que tapen los huecos.

Acuden muchos, ordinariamente los menos aburguesados, los más obsesionados por la situación del Tercer Mundo, los más dispuestos a desvincularse con toda generosidad de su patria, su cultura propia, sus familiares y sus cargos (la mayoría tenían altos y numerosos compromisos en sus iglesias respectivas). Era de prever que, habiéndolo sacrificado todo para corresponder a las necesidades de las masas desheredadas, no iban a consagrar su tiempo a bendecir "santos", mimar a quinceañeras de lujo o integrar las innumerables *troikas* sacerdotales especializadas en la celebración de funerales remunerativos.

Si tantos periodistas, funcionarios internacionales, banqueros o diplomáticos de los menos revolucionarios, por el solo hecho de tropezar ocasionalmente con algunas muestras de la miseria que afecta a las masas continentales, llegaron a manifestar públicamente y sin ambages su comprensión para con los movimientos subversivos y los brotes guerrilleros, se concibe que almas totalmente dedicadas a Cristo y a los olvidados tuvieran que reaccionar enérgicamente contra las estructuras que aplastan física y moralmente a las mayorías.

Es así como los episcopados latinoamericanos, después de mendigar con tanta insistencia y dramatismo la ayuda de otras iglesias, han recibido de los cooperadores advenedizos sus peores dolores de cabeza.

Además de suspender o expulsar a cuantos pudieron sin provocar demasiados remolinos locales, buscaron durante mucho tiempo una oportunidad para desquitarse frente a la opinión mundial. Y la encontraron.

Ante el Consejo General de la Comisión pontificia para América Latina (COGECAL), que se reunió en Roma al fin de junio de 1969, la jerarquía continental sentó en el banquillo de los acusados a los sacerdotes extranjeros que adoptan posiciones revolucionarias: y esta vez no hubo secreto eclesiástico, ni se desalojó a los representantes de la prensa. Al contrario, se ventiló el asunto a bombo y platillos ante los altavoces sensacionalistas de las agencias norteamericanas de información.

Tales sacerdotes, extranjeros, dice textualmente el *acta de acusación*, “quieren poner en práctica aquí lo que, por razones diversas —eclesiásticas o civiles—, no lograron realizar en su propio país.” Y se define así su gran pecado: “*romanticismo revolucionario*”.

Ahora bien, si puede haber peligro de romanticismo en clérigos raptados del seno de su familia a los diez años y criados en invernaderos fuera de la vida real, según la práctica corriente de los países “católicos”, parece menos evidente que sacerdotes norteamericanos, canadienses, belgas, holandeses o franceses, en su mayoría templados por la guerra mundial u otras campañas ulteriores, casi todos ex universitarios (como el mismo Camilo Torres) y pastores con antecedentes religiosos, culturales y sociales poco sospechosos, estén expuestos a sucumbir tan fácilmente al romanticismo.

Por otra parte, mientras el romanticismo se embota y se esfuma de ordinario con los años, consta a todos que el espíritu revolucionario en el clero (autóctono o extranjero) se presenta como un fenómeno de madurez. Aquél resulta casi siempre directamente proporcional a la edad. Incluso hay un dicho que corre al través de estos países como una especie de desafío lanzado a la cara de los religiosos más decididos a no desvincularse nunca de su dependencia de la Iglesia y la jerarquía: en la América Latina, un sacerdote atento a las necesidades físicas y morales de las masas postergadas no llega a los cincuenta y cinco años sin que se im-

ponga a su conciencia la disyuntiva: fidelidad a sus compromisos clericales o fidelidad a su compromiso de entrega a los privilegiados de Cristo, los desamparados.

En efecto, resulta impresionante en todo el continente el número de sacerdotes suspendidos por la jerarquía o secularizados precisamente entre los 50 y los 55 años.

Casi siempre el rumor público atestigua que se trata de sacerdotes totalmente dedicados a su ministerio en medio de los desposeídos.

¿Romanticismo revolucionario?

Ni la edad, ni los antecedentes, ni la actuación privada o pública de estos sacerdotes autoriza semejante imputación.

Pero hay más. El revolucionario romántico obedece a sus sentimientos, se deja arrastrar por sus impulsos temperamentales. Ya Engels ironizaba: *“Eriger su propia impaciencia en argumento teórico, ¡qué ingenuidad!”*

“Impaciencia” quiere decir “incapacidad de soportar”. Pues bien, estos sacerdotes revolucionarios soportan con entereza su suerte respectiva como tal. Lo que no pueden y no quieren soportar es la suerte reservada a los otros, a las mayorías.

Luego no se trata de una inclinación personal, sino de un imperativo de la conciencia cristiana, que manda amar al prójimo como a sí mismo.

“Cada uno puede olvidar los ultrajes que él ha padecido”, decía el gran Emmanuel Mounier, *“pero, en cuanto a los agravios cuyos golpes no le han tocado, no quedan a su arbitrio.”*

Una vez más, la misma comprobación: pese a tantas declaraciones de intención, a tantos discursos demagógicos o sentimentales, los hombres bien provistos no conceden el menor interés efectivo a las mayorías desdichadas. De tal modo que, cuando alguien constituye una excepción y se lo juega todo en favor de los humildes, se busca cualquier clase de motivos menos el verdadero para explicar su actitud.

¡Cuántos artículos de revistas y cuántos ensayos sobre Camilo Torres no logran (aunque admiren y celebren su trayectoria) una justificación psicológica coherente con su opción radical! Se tantea en todas las direcciones, menos en *la única que corresponde a la realidad: la solidaridad total, hasta el sacrificio supremo, con la causa de los discriminados.*

Y no es que el propio Camilo Torres haya dado pie a malentendidos. Puso las cosas bien en claro ante la opinión pública.

El 24 de junio de 1965, al mismo tiempo que pedía por escrito al cardenal arzobispo de Bogotá "la reducción al estado laico y la exoneración de las obligaciones inherentes al estado clerical", entregó a la prensa la siguiente declaración:

"Cuando existen circunstancias que impiden a los hombres entregarse a Cristo, el sacerdote tiene como función propia combatir esas circunstancias, aun a costa de su posibilidad de celebrar el rito eucarístico, que no se entiende sin la entrega de los cristianos.

"En la estructura actual de la Iglesia se me ha hecho imposible continuar el ejercicio de mi sacerdocio en los aspectos del culto externo. Sin embargo, el sacerdocio cristiano no consiste únicamente en la celebración de los ritos externos. La Misa que es objetivo final de la acción sacerdotal, es una acción fundamentalmente comunitaria. Pero la comunidad cristiana no puede ofrecer en forma auténtica el sacrificio *si antes no ha realizado, en forma efectiva, el precepto del amor al prójimo.*

"Yo opté por el cristianismo por considerar que en él encontraba la forma más pura de servir a mi prójimo. Fui elegido por Cristo para ser sacerdote eternamente, motivado por el deseo de *entregarme de tiempo completo al amor de mis semejantes.* Como sociólogo, *he querido que el amor se vuelva eficaz,* mediante la técnica y la ciencia; al analizar la sociedad colombiana me he dado cuenta de *la necesidad de una revolución para poder dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y realizar el bienestar de las mayorías de nuestro pueblo. Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal.* Solamente por ella, en las circunstancias concretas de nuestra patria, podemos realizar el amor que los hombres deben a sus prójimos.

"Desde que estoy ejerciendo mi ministerio sacerdotal he procurado por todas las formas que los laicos, católicos o no católicos, se entreguen a la lucha revolucionaria. Ante la ausencia de una respuesta masiva del pueblo a la acción de los laicos he resuelto entregarme yo, realizando así parte de mi labor de llevar a los hombres por el amor mutuo al amor de Dios. *Esta actividad la considero esencial para mi vida cristiana y sacerdotal,* como colombiano, Con todo,

es una labor que actualmente riñe con la disciplina de la Iglesia actual. No quiero faltar a esta disciplina, ni quiero traicionar mi conciencia.

“Por eso he pedido a Su Eminencia el cardenal que me libre de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo en el terreno temporal. *Sacrificio uno de los derechos que amo más profundamente*: poder celebrar el culto externo de la Iglesia como sacerdote, *para crear las condiciones que hacen más auténtico ese culto.*

“Creo que mi compromiso con mis semejantes de *realizar eficazmente el precepto del amor al prójimo* me impone este sacrificio. *La suprema medida de las decisiones humanas debe ser la caridad*, debe ser el amor sobrenatural. *Correré con todos los riesgos que esta medida me exija.*”

Mediante su *Proclama a los colombianos*, comunicada a los periódicos el 7 de enero de 1966, “desde las montañas”, Camilo Torres hizo pública su incorporación al Ejército de Liberación Nacional, “resuelto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos. Para que los hijos de los que ahora quieren dar su vida tengan educación, techo, comida, vestido y sobre todo DIGNIDAD. Para que los futuros colombianos puedan tener una patria propia, independiente del poderío norteamericano.”

Es este su último mensaje. Expresa el drama de un hombre que no puede resignarse a la desesperación de los indefensos: “Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado... La clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en lo mismo: el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para la casta privilegiada... El pueblo sabe que las vías legales están agotadas... Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda... Pienso seguir la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo...”

“¡NI UN PASO ATRÁS! ¡LIBERACIÓN O MUERTE!”

Se reconoce en este final (las últimas palabras que nos dejó el sacerdote mártir) el grito de la Sierra Maestra. Tal referencia a Fidel Castro, hemos de recalcarlo más y más, no fue dictada por impulsos emotivos, inclinaciones temperamentales o prejuicios par-

tidistas, sino por *exigencias cristianas*, por *imperativos sacerdotales*, frente a una sociedad que aplasta implacablemente a los débiles. Así lo puso en claro el mismo Camilo Torres, un mes antes de echarse al monte, en una entrevista con el periodista Otto Boye Soto:⁶⁷

“Esa es mi situación actual: considero estar ejerciendo una *función sacerdotal en un aspecto importante*, cual es el de lograr conducir a la gente al amor del prójimo y por allí al amor de Dios. Estas metas no se conciben hoy en Colombia sino mediante la revolución. Estoy de acuerdo con todas las doctrinas de la Iglesia. Pienso que estoy haciendo una obra de apostolado. En lo único en que me he separado de mi situación anterior es en que no estoy ejerciendo el sacerdocio *en la parte relativa al culto externo*”.

¿Dónde hallaríamos más claridad y lógica que en esta toma de posición?

Sin embargo son tan pocos los que se ponen francamente y sin reserva al servicio de los demás, sobre todo de los humildes, que cuando eso ocurre nadie quiere atenerse a la explicación más obvia.

¿Cómo podrían ver en la pasión y la agonía de los desvalidos el móvil verídico de los cristianos revolucionarios aquellos que nunca, ni por un instante, repararon en las plagas sociales que les rodean y ponen al desnudo la injusticia de nuestra sociedad?

“No se comprenderá nada de la *Revolución Francesa y de la Rusa*, decía el cardenal Suenens,⁶⁸ “si no se tiene en cuenta el *Antiguo Régimen al que pusieron fin*”.

Nunca se comprenderá la rebelión de Camilo Torres y otros sin escrutar y palpar la realidad brutal y la amplitud de las ruinas humanas, físicas y morales que ellos presenciaron y frecuentaron.

¿Cómo reprimir un grito, cuando se ha participado verdaderamente en el sufrimiento de los más desfavorecidos? Esta pregunta la lanzaba en febrero de 1970 el obispo obrero Ancel ante la justicia francesa, durante un proceso contra la revista *Témoignage Chrétien* (Testimonio Cristiano). En la misma revista, el dominico François Biot escribía, bajo el título “El Evangelio no es neutral”:⁶⁹

⁶⁷ “Las experiencias chilena y cubana son muy valiosas para América Latina”, reportaje de Otto Boye Soto en *La Nación*, Santiago de Chile, 14 de septiembre de 1965.

⁶⁸ *Informations Catholiques Internationales*, París, 15 de mayo de 1969.

⁶⁹ François Biot: “L’Evangile n’est pas neutre”, *Témoignage Chrétien*, París, 31 de julio de 1969.

“El Evangelio es una fuerza que derriba radicalmente todo poder, que impugna toda riqueza, que condena toda explotación del hombre por el hombre. Es la afirmación divina de la dignidad y la libertad de los hombres, la que debe encontrar hoy su expresión actual en la vida de la comunidad cristiana. Los sacerdotes no pueden presentarse dentro de esta comunidad cristiana como servidores del Evangelio si no se comprometen totalmente ellos mismos en pro de la dignidad y la libertad de los hombres. . .

“Implicados, quieranlo o no, en un sistema de explotación. . . , algunos sacerdotes tienen hoy la decisiva voluntad de romper tal solidaridad, uniéndose a los hombres comprometidos en la edificación de un mundo más humano. *Tal compromiso político constituye sin duda alguna una condición previa, siempre renaciente, para el cumplimiento de su función ministerial.*”

Tal “*condición previa*” fue la que llevó a los dominicos de São Paulo a participar en la lucha liberadora. Presos y torturados en noviembre de 1969, nueve de ellos redactaron en la cárcel de Tiradentes un mensaje que pudo ser transmitido a Europa. He aquí algunos de sus conceptos:

“La Iglesia no se identifica con ningún régimen político, ni hace política partidista, sino que *se identifica con los oprimidos y se compromete con éstos hasta el fin*. Durante siglos la forma principal de la caridad ha sido la limosna. Hoy día sabemos que la miseria proviene de causas que no son naturales. Según esto la limosna se convierte en excusa en la medida en que *no toca las causas*. La miseria está condicionada por ciertos sistemas y estructuras sociales, económicos y políticos.

“Tal como están las cosas, la misión de la Iglesia es hablar. . . Pero no basta con hablar. Hay que actuar. No es que la hora actual haya dejado de ser la hora de la palabra, sino que se ha transformado ya, con una urgencia dramática, en hora de acción. . .

“*Es el amor el que nos impele* a denunciar toda injusticia. La ley injusta no debe ser obedecida: seguir la ley injusta es someterse al pecado. Así lo dijo y repitió Santo Tomás de

Aquino. Los cristianos deben luchar contra las situaciones injustas. . .

“Ya no podemos cruzarnos de brazos ante la situación a la que está reducido el Brasil por la coacción. Es deber nuestro luchar contra semejante estado de cosas. *Como cristianos no podemos esquivar este deber* hasta que el pueblo sea liberado. La teología admite plenamente tal derecho, el derecho a la guerra justa.

“*Ya no tenemos otra opción*. Impelidos por el amor hacia nuestros hermanos, en conciencia evangélica. . . hemos asumido la exigencia de participar con el pueblo en su liberación, aceptando los riesgos que ello implica dentro del clima terrorista creado por la violencia de la dictadura militar. . .

Señalemos que pocos días después de la aprehensión de estos dominicos brasileños cuatro de sus hermanos franceses de mayor notoriedad mundial, los padres Carré, Chenu, Congar y Liégé, hicieron pública su solidaridad hacia los encarcelados, en los siguientes términos:

“Su acción está motivada primordialmente por una situación que constituye un verdadero desafío para la conciencia del creyente y para cualquier hombre con ética a cuyos ojos «política» significa desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres. Pertenecen a los que, en el Brasil de hoy, se esfuerzan por hacer hablar al pueblo. Por esta razón se les va acallando uno tras otro. Estimamos por lo tanto que son plenamente dignos del nombre de cristianos y *merecen nuestro respeto por haber querido conformar su vida con su fe*. Pueden contar con nuestra solidaridad.”

Poco después, Domingo Laín se incorporaba, en el país de Camilo Torres y siguiendo sus pasos, al Ejército de Liberación Nacional, esto es, a la guerrilla.

Este sacerdote español fue expulsado de Colombia el 21 de abril de 1969, por el presidente de la República, porque (textualmente) “convocó a la lucha contra el gobierno y *andaba en compañías poco recomendables*” (las acusaciones mismas que le merecieron el patíbulo a un tal Cristo).

De España, el proscrito pasó a Venezuela y después, clandestinamente, de nuevo a Colombia, al departamento de Santander, donde el ELN tiene un centro de operaciones.

Domingo Laín es natural del pueblo aragonés de Paniza, cien por ciento católico y tradicionalista.

Veamos, en la España del generalísimo Francisco Franco y de la Santa Cruzada anticomunista, cómo se pronunció en un editorial el director del periódico local, el *Aragón Express*, cuando a fines de febrero de 1970 trascendió la noticia de la integración del padre Domingo Laín a la guerrilla:

“Cuando un hombre de mi pueblo, con 28 años en el corazón, que es, además, *un hombre de Dios*, toma los Evangelios en sus manos y emprenda la dura y penosa escalada guerrillera, *habrá tenido muy poderosas razones para echarse al monte*, dejando atrás cobijo, lumbre y paz.”

El *Nuevo Diario* de Madrid publicó, con fecha del 24 de febrero de 1970, algunas reacciones de parientes y paisanos del sacerdote guerrillero. Su propia madre: “Lo que ha pasado ahora no sé, pero él sigue siendo bueno. Cuando nos hizo la última visita le vi como a él le gusta ser: *pobre, pobre*. Vino sin nada más que lo puesto; sin equipaje y sin pasaporte. Se lo habían quitado todo.”

Su padre: “Cuando estuvo a vernos en julio pasado nos dijo: «el mundo está lleno de hambre y de tristeza y yo quiero estar allí. Yo quiero ser uno más de los que en el mundo no tienen casa, ni cama, ni mesa.»”

Una mujer del pueblo: “Digan ustedes en los papeles que *en Paniza no ha nacido nunca un hombre tan bueno como él.*”

El párroco: “Él y los otros sacerdotes que se fueron de España a Iberoamérica junto a él *viven en el Evangelio*. . . El padre Laín es una persona estupenda y un gran sacerdote.”

Concluye el *Nuevo Diario*:

“Será o no acertado el camino elegido por el padre Laín al cruzar clandestinamente la frontera de Ecuador o Venezuela para unirse a los guerrilleros de Colombia, pretendiendo, quizá, ser profeta en un país muy alejado del suyo. Lo que sí se puede afirmar en esta ocasión es que *el padre Laín goza de una estimación sin límites aquí, entre su gente, en tierra aragonesa.*”

Dos meses antes que se hiciera pública la decisión extrema de Domingo Laín, el mismo periódico⁷⁰ había escogido sin empacho, entre las grandes figuras de los sesenta, a Ernesto Che Guevara, proclamándolo “*el personaje de la década en el panorama internacional*”.

⁷⁰ *Nuevo Diario*, Madrid, 28 de diciembre de 1969,

No podemos menos de reconocer que es factible encontrar hasta en ambientes abiertamente conservadores y reaccionarios una valoración de la opción revolucionaria que revela más conciencia social de la manifestada por gran parte del mundo eclesiástico.

¿Romanticismo revolucionario?

17. EL PASO DEL RUBICÓN

PAULO VI, a propósito de la segunda Conferencia general del Episcopado latinoamericano de Medellín, inaugurada por él en Bogotá el 24 de agosto de 1968, declaró que abría "*una nueva era de la Iglesia de América Latina*".

Efectivamente, vemos cada día con mayor claridad que el viaje del papa a Colombia, para presidir el Congreso eucarístico de Bogotá y la ceremonia de apertura de la gran asamblea del Episcopado continental, clausuró una época y anunció otra. Pero no en el sentido en que pensaba Pablo VI.

Para las auténticas élites cristianas de este continente, hartas de componendas, de ambigüedades, de falsas promesas, entonces se acabó definitivamente el tiempo de la retórica, las veleidades, las reformitas de sacristía, y se inició el tiempo de las decisiones dramáticas y los actos irreversibles: *el tiempo de las revoluciones*.

Ningún otro acontecimiento ha contribuido tanto a radicalizar a los mejores cristianos latinoamericanos como la visita del papa al país de Camilo Torres, con las circunstancias que la rodearon.

En agosto de 1968, al franquear con su corte el Océano, Pablo VI hizo que millares de sacerdotes y militantes cristianos franquearan el Rubicón.

Bogotá-Medellín, cita histórica que precipitó la marcha hacia adelante, excluyendo toda vuelta atrás en el futuro. La marcha hacia la revolución.

Desde el instante en que se rumoreó que el papa iba a presenciar el gran mitin "eucarístico" de Bogotá, fueron muchas las voces que al través del orbe, incluso entre las más moderadas, intentaron disuadir al interesado.

Aparte los gastos escandalosos de semejante traslado, el propio punto de vista estrictamente religioso debiera haberle obligado a abstenerse.

Colombia es el país del continente que más se jacta de su tradición católica, cuando no existe ningún otro más carente de hondura y madurez espiritual. Posee, eso sí, una minoría magníficamente lúcida y generosa: precisamente la minoría que consideró como catastrófico un viaje papal realizado en semejantes circunstancias. Por sí solo el periplo triunfalista de Pablo VI constituía una toma de posición en favor del catolicismo tradicionalista, empedernido y superficial de la mayoría contra el esfuerzo renovador de la minoría. Un espectáculo como el que se ofrecía a la huera exuberancia de los devotos, o más directamente de las devotas, era lo que menos falta hacía.

Dicho de un modo general, sobran a lo largo del continente manifestaciones y exhibiciones "eucarísticas", si tenemos en cuenta que, entre todas las del planeta, esta región es la que concede menos importancia real a la eucaristía en la práctica ordinaria y en la vida interior de los fieles.

Resulta sugestivo el que la Conferencia episcopal de Medellín, al analizar en su "documento-base" la religiosidad de estos pueblos, exprese:

"Es una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la *Primera Comunión*, recepción que *tiene más consecuencias sociales que un verdadero influjo en el ejercicio de la vida cristiana*".

Hemos de notar que a muchísimos desheredados les es imposible asumir los gastos eclesiásticos y mundanos de una "primera comunión" a la moda de aquí, y así se encuentran excluidos prácticamente para siempre del comulgatorio. Otros sí tienen acceso, pero por obra y gracia de meses de privaciones para toda la familia. ¡*La eucaristía, factor de desnutrición!* ¡El sacramento de la Presencia del Pobre de Nazaret reservado a los que pueden pagar! Tal es la realidad de esta Iglesia latinoamericana a la que Paulo VI vino a ofrecer un visto bueno de lo más extemporáneo.⁷¹

A las familias que tienen dinero, la "primera comunión" de un hijo, así como las ceremonias de tres años, de quince años, de graduación, de boda, de aniversario de boda, de funerales múltiples,

⁷¹ En la línea de una atención primordial a los depauperados, hemos hecho en varios lugares indagaciones especiales desde este ángulo de discriminación respecto a los sacramentos dentro de la Iglesia latinoamericana. Más allá de lo que salta a la vista, hemos comprobado que el número de niños que deben a su pobreza el no recibir la eucaristía es real-

brindan ocasiones insustituibles de exhibirse socialmente y deslumbrar a los demás. La "primera" comunión resulta la única hasta la muerte en buena parte de esos casos. No hay en otro continente un país en que se compruebe tamaña desproporción entre el número de fieles asiduos y el número de los que comulgan con frecuencia. Llevado al cabo en medio de los más fervorosos, cualquier sondeo sobre el sentido de la "Presencia" eucarística de Cristo deja estupefacto a quien lo intente. Toda medalla, imagen o cosa bendita se venera más aquí que la hostia consagrada.

La feria "eucarística" de Bogotá, los desfiles folclórico-militares presididos por el Vicario de Jesucristo en tal situación, sólo podían avalar y canonizar una práctica exterior que parece un desafío al Nazareno y a su mensaje. Equivalían, por lo mismo, a una *puñalada por la espalda* contra quienes se esforzaban por renovar la vida cristiana orientando las almas hacia las perspectivas evangélicas y conciliares.

Cuando ya se hizo evidente que Pablo VI no renunciaría a su "baño de muchedumbre" en Colombia, hubo otro intento por parte de personajes y grupos de los horizontes más diversos en los dos hemisferios para convencer al papa de que evitara por lo menos todo lo que pudiese engañar a la opinión mundial. Era indispensable que Pablo VI, recibido oficialmente por gobernantes amigos de las oligarquías, rodeado, protegido y segregado del pueblo por el ejército mismo que mató a Camilo Torres, dejara constancia inequívoca de que, ante la confrontación entre capitalismo e imperialismo de una parte y las masas postergadas de otra, la Iglesia se dispone a tomar resueltamente el partido de los débiles, renunciando a todas sus ataduras con el poder y el dinero, así como a su papel "intoxicador" y "clorofórmico" en el campo político y social: demostrando al fin su voluntad de no ser ya aquel "opio del pueblo" tan famoso y tan real.

El papa dio, por el contrario, la impresión de fomentar la ambigüedad y de preocuparse más que todo de "anestesiarse" los im-

mente increíble, aun en zonas en que la fe y la religiosidad llegan casi al fanatismo. Las tarifas eclesiásticas impuestas por el episcopado, las despiadadas vejaciones con quienes solicitan el ceremonial más barato, las costumbres familiares y sociales, fomentadas por el propio clero, así como la dignidad de los humildes (que les lleva a ocultar la hondura de su penuria y les impide revelarla aun al párroco), la falta de ropa y zapatos u otros factores del mismo orden, apartan de la comunión a gran número de niños del proletariado y de la clase media. Lo mismo sucede, y *todavía en mucho mayor escala*, con el matrimonio religioso.

pulsos justicieros y liberadores de las élites cristianas continentales, tan estupendas como minoritarias. Acató de buena gana las disposiciones tomadas por el gobierno y el ejército en vista de su recepción. Se mantuvo siempre tan distanciado física y psicológicamente del pueblo, que a un personaje de la alta sociedad empeñado en acercarse a él no se le ocurrió más forma eficaz que... *¡el disfrazarse de arzobispo!* (sic). Desenmascarado, el falso prelado fracasó en su intento y tuvo que contentarse con ver al papa, como toda la gente, por encima de los cascos militares o al través de las mallas de acero de aquella especie de jaula que lo protegía.

La recepción fue la de un jefe de Estado y no la de un servidor de los pobres. Aun en aquel día en que se señaló enfáticamente la presencia a su lado de un matrimonio campesino de cada país latinoamericano, el engaño era patente. Quienes oyeron por radio a la pareja mexicana quedaron muy agradecidos al locutor por haberse tomado la molestia de traducir al lenguaje de la gente honrada las pedantescas y vanidosas declaraciones descargadas por ambos cónyuges, tan dudosamente representativos del estilo y la noble gravedad de los campesinos de estas tierras. Su locuacidad olía más bien a cursilería.

No hablemos de la visita papal a un barrio presuntamente proletario...

Para todos los cristianos, sacerdotes o laicos, que consagran su vida a convivir con los desheredados, la pretensión papal de conocer las condiciones de existencia que agobian a gran parte del pueblo colombiano y latinoamericano en general⁷² con ... *cinuenta y cinco horas y cincuenta y siete minutos de estancia*, tuvo que parecer un tanto ingenua, además de incurrir en el peligro de dar un ejemplo deplorable de ministerio pastoral barato.⁷³

Pero por encima de todo Pablo vi nos reservaba la gran sorpresa: la revelación de que había venido esencialmente para condenar la violencia... revolucionaria. ¿Y qué de la violencia permanente, oficial, de las estructuras aplastantes que, con com-

⁷² "El pensar que Nosotros seremos asociados a esta visión de pobreza y a este afán de llevarle socorro, Nos llena y conmueve desde ahora el alma" (discurso de Pablo vi en la audiencia general de Castel Gandolfo el 21 de agosto, en víspera de su salida a Bogotá).

⁷³ Los siguientes viajes de Pablo vi dejaron la misma impresión, en especial el recorrido-relámpago en Asia y Oceanía, que se calificó en la prensa de "viaje-maratón": "En Manila", escribió el dominico Bruno Carra-de-Vaux-Saint-Cyr, en un artículo titulado "Pablo vi el poco amado",

plicidad directa o tácita de la jerarquía católica, mata cada año por el hambre, sólo en Colombia, un promedio de treinta y seis mil niños? Tal cifra había sido comunicada a Pablo VI, junto con muchas otras no menos certeras e indignantes, entre un diluvio de informes, declaraciones, peticiones, súplicas dirigidas a Roma en vista del viaje pontificio. Nunca un responsable recibió tanta documentación, y documentación de fuentes tan serias y autorizadas.

Sin embargo, la violencia que venía a anatematizar al papa era la de eventuales movimientos de resistencia a la opresión y la explotación. Pablo VI, como lo notó un obispo brasileño, "dio la impresión de condenar una *contraviolencia* que no ha empezado todavía".⁷⁴

En la entrevista, ya citada, del *Nouvel Observateur*⁷⁵ con Jean Cardonnel, Yvon le Vaillant le preguntó:

"—¿No hay cierta «afinidad» entre los acontecimientos de Praga y el congreso de Bogotá?

—Sí, contestó el dominico... Parece imposible que los hombres se unifiquen, se junten, como no sea *por el poder*... El ostentoso viaje del papa, los discursos pronunciados por él en Colombia, se prestan admirablemente a que los aprovechen los poderosos, pues la argumentación político-religiosa de las clases dirigentes se reduce a esto: el único enemigo de lo que se considera obstinadamente como la Fe es el comunismo..."

"Los observadores han notado la diferencia de lenguaje según que el papa se dirigiera a los ricos o a los pobres. Para los primeros adoptó el estilo *exhortativo*. Se invita insistentemente a las clases dirigentes a compartir sus bienes, a proseguir una obra que parecería de todos modos ya ampliamente iniciada, cuando en realidad los latifundistas y los gobiernos investidos por ellos resultan unos opresores cada vez más feroces. *El papa parece estimar que los ricos podrán transformarse permaneciendo ricos, conservando su poder*. Sin embargo todo manifiesta que la riqueza y el poder ciegan, encadenan el corazón, impiden ver, comprender y oír el enorme clamor o el terrible mutismo de las masas pobres.

"*por cierto visitó detenidamente una colonia proletaria. «Visitó»: venía de un otro mundo al que volvió dos horas después. Y ese mundo lo tiene cautivo»*". (Bruno Carrade-Vaux: "Paul VI le mal-aimé", *Témoignage Chrétien*, 10 de diciembre de 1970.

⁷⁴ Mons. Frago, obispo de Crateus: *Evangile et révolution sociale*, Ed. du Cerf, París, 1969.

⁷⁵ *Nouvel Observateur*, París, 10 de noviembre de 1968.

“Con los pobres, el papa Paulo vi adopta un estilo *imperativo*...

“Si, en nombre de un sistema, los hombres de Iglesia prefieren sentimentalmente a los pobres, tratan prácticamente con consideración a quienes detentan riqueza y poder.”

En Bogotá se tuvo de pronto la impresión de que Juan xxiii y el Concilio no habían existido nunca. El instinto de conservación de los hombres del *establishment* eclesiástico dejaba en la sombra al gran impulso renovador.

“*El principal enemigo*”, decía Martin Luther King, “*es el hombre moderado que cree, por cierto, en la justicia, pero que sitúa el orden por encima de la justicia*”.

Para muchos sacerdotes y laicos que no se resignan a ver el Evangelio parodiado por cristianos de pacotilla, Bogotá-Medellín marcó *la hora de la verdad*, la hora de la opción decisiva entre un reformismo barato y engañoso y la verdadera revolución, tan necesaria dentro de la Iglesia como en el mundo.

El despliegue conjunto de púrpura, boato eclesiástico, propaganda gubernamental y fuerza militar en la tierra regada por la sangre de Camilo Torres pareció a muchos una actualización del Evangelio, sólo que tomado exactamente al revés: el Evangelio visto exclusivamente a través de Pilato, Herodes, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos.

Tomado en su sentido obvio, el Evangelio nos presenta al Cristo pobre de Nazaret, al que maldice a los ricos y los escandaliza con su empeño en confundirse con el pueblo humilde, mezclándose precisamente con los excomulgados de la “buena” sociedad: lisiosos, braceros, descamisados, prostitutas y todos los condenados de la tierra. El Cristo que rechaza personalmente los atributos del poder. El Cristo que pagaría en el patíbulo su solidaridad con los desamparados y su intento de instaurar una nueva escala de valores en que dinero, títulos, grados, fetiches y tabúes deberían ceder su sitio a la justicia y al amor.

Éste es *el Cristo de Camilo Torres*.

Pero en el Evangelio se perfila también un Mesías tal como lo conciben los pudientes y el alto clero: *un Cristo sin pobreza y sin cruz*, un Cristo que garantiza a sus aduladores la carrera de los honores y las riquezas.

“El pueblo se quedaba allí y miraba. Los jefes, ellos, se bur-

laban: «¡A otros salvó, decían; sálvese a sí mismo, si es el Cristo!»⁷⁶

“De la misma manera, los príncipes de los sacerdotes, escarneciendo con los escribas y los notables, decían: «¡A otros salvó y no puede salvarse a sí mismo! Si es rey de Israel ¡descienda ahora de la cruz y creeremos en él!»⁷⁷

Éste es el Cristo que se sirven reconocer los hombres del *establishment* civil y religioso: un Cristo que es rey terrenal, salvador de los cetos y los tronos, fiador de las grandes fortunas, amparo del “orden”, compadre de los explotadores.

A raíz del agosto bogotano, ¡cuántos sacerdotes acostumbrados a tomar el Evangelio al pie de la letra llegaron a la misma conclusión que el gran especialista en los problemas latinoamericanos Marcel Niedergang:⁷⁸

“¿De qué sirve denunciar desde lo alto de los púlpitos dentro de iglesias abandonadas las violencias y las injusticias perpetradas contra los más desvalidos de los hombres, si la jerarquía católica en su inmensa mayoría sigue siendo la fiadora moral de los poderosos?”

A muchos les sorprende que, entre los revolucionarios, los más intransigentes sean a menudo precisamente los sacerdotes. No es para maravillarse. Por estar en contacto cotidiano con el pueblo humillado y seguir al mismo tiempo subordinados a una jerarquía culpable de tamaña prevaricación, ellos sienten profundamente, como vergüenza propia, como crimen personal, la deuda de la Iglesia y la sociedad para con las masas esclavizadas.

Es muy típica al respecto la observación que se le escapó a Jean Lartéguy al fin de su largo reportaje sobre los guerrilleros latinoamericanos.⁷⁹

“El sacerdote, como el oficial, si permanece demasiado tiempo en contacto con la miseria y la injusticia, resulta fácilmente un revolucionario y cuelga, si es preciso, la sotana o el uniforme.”

⁷⁶ *Evangelio*, Lucas, xxiii, 35.

⁷⁷ *Evangelio*, Mateo, xxvii, 41-42.

⁷⁸ En *Le Monde*, París, 21 de enero de 1969.

⁷⁹ Jean Lartéguy: *Les guerilleros*, París, 1967. Un libro esencialmente dedicado a ensuciar en forma insidiosa las figuras de Fidel Castro, Ernesto Guevara, Camilo Torres, Régis Debray y todos los que se sacrifican por la liberación de este continente: sofisticada contribución a la guerra psicológica anticastrista, presentada con cierto brillo superficial, pero escasa sensibilidad respecto de las realidades de este hemisferio, y poca consideración hacia el hombre latinoamericano en general.

Justamente por creer en la eucaristía y vivir espiritualmente de ella, los sacerdotes sinceros no pueden pasar por alto *la palabra de Cristo que nos ordena abandonar el altar hasta no reconciliarnos PREVIAMENTE con los hermanos que tienen algo en contra de nosotros.*

Millones de seres humanos tienen contra nosotros el que, lejos de *“entregar la buena nueva a los pobres”* y *“liberar a los oprimidos”*, como lo manda el Nazareno, nos hacemos solidarios de un sistema que les impone una vida infrahumana y les lleva a una muerte prematura.

A Camilo Torres, sacerdote ferviente y ejemplar, le costó mucho menos el sacrificar la vida que el tener que renunciar a la celebración de la eucaristía.⁸⁰ Pero, en su intimidad con el Crucificado, se le impuso la obligación de tomar en serio la palabra sagrada: *“Cuando os reunáis por la Cena (la eucaristía), esperaos unos a otros”*.

Esperar a nuestros hermanos humillados significa, ante todo, derribar las estructuras sociales que les mantienen segregados, frustrándoles de los alimentos del cuerpo y el espíritu.

Recuérdese el *“Mensaje a los cristianos”* que el propio Camilo Torres publicó en el primer número de su periódico *Frente Unido*, el 26 de agosto de 1965:

“...Es necesario que en este momento decisivo para nuestra historia los cristianos estemos firmes alrededor de las bases esenciales de nuestra religión.

“Lo principal en el catolicismo es el amor al prójimo. «El que ama a su prójimo cumple con la ley (San Pablo a los Romanos, XII, 8)». Este amor para que sea verdadero tiene

⁸⁰ Véase Hernán Zambrano (sacerdote y confidente de Camilo Torres): *“Mi amigo Camilo Torres”*, en la revista *Inquietudes*, Ed. Tercer Mundo, Bogotá, Nº 8, abril de 1966: *“...El jueves 24 de junio de 1965 pide Camilo que se le exonere del ejercicio externo del ministerio sacerdotal. Por la tarde, tuve otra larga entrevista con él. Giró el diálogo en torno a su estado laical: «—¿Piensas abandonar definitivamente el sacerdocio?, le pregunto. —No, eso nunca, responde. Precisamente pedí que me dejaran celebrar Misa los domingos. Se me dijo que no... No improvisé mi sacerdocio, pero se me niega la Misa. Podría decirla en privado. Mi sacerdocio es de Cristo y le pertenece al pueblo. No puedo traicionar mi conciencia...» En seguida lloró, lloró mucho. Ciertamente no lo hizo por debilidad.”*

que buscar la eficacia... Tenemos que buscar medios eficaces para el bienestar de las mayorías.

“Esos medios no los van a buscar las minorías privilegiadas que tienen el poder, porque generalmente esos medios eficaces obligan a las minorías a sacrificar sus privilegios...”

“Es necesario, entonces, quitarles el poder a las minorías privilegiadas, para dárselo a las mayorías pobres. Esto, si se hace rápidamente, es lo esencial de una revolución.

“La revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta.

“La revolución, por lo tanto, es la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, *que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de nuestros prójimos.*

“Por eso la revolución no solamente es permitida sino obligatoria para los cristianos que vean en ella *la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos...*

“Cuando hay una autoridad en contra del pueblo, esa autoridad no es legítima y se llama tiranía. Los cristianos podemos y debemos luchar contra la tiranía...”

“Los defectos temporales de la Iglesia no nos deben escandalizar. La Iglesia es humana. Lo importantes es creer que también es divina y que si nosotros los cristianos cumplimos con nuestra obligación de amar al prójimo estamos fortaleciendo a la Iglesia.

“Yo he dejado los deberes y privilegios del clero, pero no he dejado de ser sacerdote.

“Creo que *me he entregado a la revolución por amor al prójimo.* He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo en el terreno temporal, económico y social. Cuando haya realizado la revolución, volveré a ofrecer la misa si Dios me lo permite. Creo que así sigo el mandato de Cristo: «Si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, *deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda*» (San Mateo, v, 23-24)...”

Hay por supuesto muchos cristianos, laicos y clérigos que no quieren entender el Evangelio en su sentido propio. Pero, pese a la

ceguera de tantos, especialmente en el clero, el concepto de un cristianismo considerado y vivido como fermento de liberación gana terreno día tras día. El sacrificio de Camilo Torres no fue vano: sus ideas se abren camino aun donde menos se podía esperar.

Nos parece muy sintomático al respecto un comentario informativo titulado “¿POR QUÉ VAN LOS SACERDOTES A LAS GUERRILLAS?”, con firma del periodista colombiano José Ignacio Torres, que la agencia *Noticias Aliadas* de Lima difundió al través del continente durante el verano de 1970, y que fue reproducido por varias publicaciones católicas, incluso órganos exclusivamente religiosos, como por ejemplo revistas de las Congregaciones marianas. Se trata de una reseña del artículo que el presbítero bogotano Javier Darío Restrepo consagró a los sacerdotes guerrilleros Torres y Laín en la revista católica colombiana *Familia*. Por su importancia como indicio de una toma de conciencia progresiva en el nivel de la opinión pública en general, conviene que lo transcribamos aquí integralmente:

“El caso de los sacerdotes Camilo Torres Restrepo (colombiano) y Domingo Laín (español), que con escándalo de muchos, admiración de otros tantos e interrogantes de los demás resolvieron irse a la guerrilla colombiana como último recurso y expresión de los ideales que les movían, ha dado mucho que hablar.

“Igualmente ha dado mucho que hablar el caso de tantos y tantos sacerdotes en América Latina que con su vida y actitudes, en el empeño por un cambio de estructuras, han demostrado en los últimos tiempos estar dispuestos a «ir hasta las últimas consecuencias» si es el caso, para probar y dar testimonio de los principios que defienden.

“¿Qué opinar de estos sacerdotes?, ¿qué pensar de ellos?, ¿son traidores a su sacerdocio, a su Iglesia? ¿han renegado de Cristo? ¿son unos ilusos que van detrás del mito de la fama y de la gloria? ¿o son hombres que, en la intimidad y en la profundidad de su sinceridad personal y sacerdotal, han elegido el único camino que, según ellos, los ponía a salvo y en paz con su conciencia y su cristianismo?

“Siempre será difícil formarse una idea y un concepto claros sobre la actitud de estos sacerdotes; especialmente ahora, cuando es presente y no se puede tener toda la perspectiva de la historia. Pero también porque América Latina es...

América Latina y las circunstancias por las que atraviesa son características propias.

«*Estamos en el umbral de una época histórica de nuestro continente. . .*»; «*América Latina está llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal. . .*»; «*un sordo clamor brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte*», señalan algunas conclusiones del Episcopado latinoamericano reunido en Medellín en 1968.

«Quizá para entender el caso de los sacerdotes que van a la guerrilla haya que situarlos en este contexto. Hasta cierto punto fácil de entender para los latinoamericanos, pero difícil e incomprensible para otros continentes.

«El sacerdote periodista Javier Darío Restrepo, quien conoció personalmente a Camilo Torres y Domingo Laín, en un artículo publicado en la revista *Familia*, intenta dar una explicación a la actitud de los referidos sacerdotes.

«En el artículo titulado «La Emboscada de los Curas Rebeldes», el sacerdote señala, luego de analizar el pensamiento de los padres Torres y Laín, que éstos y otros sacerdotes han ido a las guerrillas porque sienten un compromiso con el pueblo para el cual buscan una liberación de las actuales circunstancias, una entrega del poder a ese pueblo y un deseo de que no sea más explotado.

«Agrega el padre Restrepo que los sacerdotes guerrilleros han optado por esta vía como cumplimiento de un imperativo de su sacerdocio, inspirado en el amor a sus hermanos. «*Estimo que la lucha revolucionaria es una lucha cristiana y sacerdotal*», afirmaba Camilo Torres.

«Por su parte, Domingo Laín, estando ya en la guerrilla, manifestaba: «*pienso que ahora comienza mi auténtica consagración sacerdotal, que exige el sacrificio total para que todos los hombres vivan y vivan en plenitud.*»

«Manifiesta el sacerdote periodista: «*Camilo no fue a la guerrilla a pesar de ser sacerdote; fue, precisamente, por ser sacerdote*». Luego afirma que en ninguno de los dos casos (Camilo y Domingo) hay abandono del sacerdocio, ni rechazo de la fe.

«Ciertamente que este drama de los sacerdotes guerrilleros está preñado de una angustiosa desesperación. Cualquier explicación fácil que se dé sobre el fenómeno es una irrespon-

sabilidad histórica, un juicio temerario, un callar cómodamente la conciencia.

“El drama de los sacerdotes guerrilleros, los que ya fueron, los que hoy lo son, y los que probablemente en el futuro lo sean, está incrustado en el corazón de toda la problemática del continente, de toda la angustia de la Iglesia latinoamericana por tratar de reflejar, más pura y cristalinamente, el rostro de Cristo, Señor de la historia y única esperanza.

“Los obispos latinoamericanos al concluir su Conferencia general dijeron: «*Por su propia vocación, América Latina intentará su liberación a costa de cualquier sacrificio...*» ¿Serán los sacerdotes guerrilleros un capítulo de esa gran historia? Dios y la Historia harán luces sobre esta interrogante”.

Para la Iglesia de América Latina se abre una nueva era que nos reconcilia con los orígenes cristianos. *Era de catacumbas*. Ya es hora de que los verdaderos seguidores del Nazareno figuren al lado de las masas pisoteadas y de sus defensores perseguidos, torturados y ejecutados, en lugar de dar la mano a los opresores.

No faltarán, por supuesto, ni los príncipes de los sacerdotes ni los fariseos que alborotarán escandalizados, acusando a los cristianos revolucionarios, máxime a los religiosos, de haber renegado de su misión espiritual, su tarea sagrada, y haberse rebajado al nivel de agitadores.

Quienes lo hayan sacrificado todo para entregarse a la lucha liberadora a impulso de un amor al prójimo y un aliento evangélico llevados hasta el heroísmo, les podrán replicar al modo del poeta Péguy: “Tenéis las manos puras, pero no tenéis manos”.

Pudieron comprobar en carne propia, estos mártires, que “si bien la búsqueda de pan para uno mismo es una preocupación *material*, el proveer de pan a los demás es una preocupación eminentemente *espiritual*”.

18. ¿SOCIALISTAS POR CRISTIANOS, O CRISTIANOS POR SOCIALISTAS?

ENTRE las dos guerras mundiales, el episcopado francés acostumbraba recordar a los cristianos, en vísperas de las elecciones, algu-

nas reglas de ética cívica. Una de ellas era la de dar un "voto útil". Con el escrutinio uninominal, el ciudadano sólo designaba en su zona electoral a un mandatario, de entre los diez o doce que le presentaban las planillas. Dar un "voto útil" era prescindir de su tendencia personal y de su agrupación respectiva si, localmente, no tenía ninguna probabilidad de reunir una mayoría: *entre los que tenían cierta posibilidad real de vencer* cabía reservar su opción a quien más se acercaba a sus preferencias propias o se apartara menos de ellas.

Las mismas reglas han de aplicarse hoy en el frente revolucionario, especialmente en los países latinos, donde cada individuo tiene su ideología y los partidos y grupúsculos brotan como hongos bajo la lluvia. Entre la izquierda atomizada hemos de elegir —si es que la suerte de los desamparados nos importa más que las disputas de cenáculos— el grupo o el movimiento que polariza con menos ambigüedad las fuerzas revolucionarias y las lleva con dinamismo más fundado y responsable hacia la victoria.

Así es como en los diversos países y continentes la militancia de los creyentes dentro de la corriente *socialista* se hace cada vez más determinante y constituye para ésta un valioso fermento.

El cristiano revolucionario, como ya lo recalcamos de sobra, no se hace tal por antojo o por inclinación temperamental, sino *por impulso evangélico, por imperativo de conciencia*. La experiencia diaria le puso trágicamente en contacto con la *degeneración* mental y moral de las mayorías. Le señaló también *las causas*, o sea las carencias que afectan a los desposeídos, deshumanizándolos, quebrantándolos, dejándolos destrozados en su cuerpo y en su alma. La conciencia cristiana se siente traumatizada frente a tan monstruoso desgaste humano. No hay compatibilidad entre una caridad verdadera y el bienestar de unos pocos logrado a costa del envilecimiento de muchos.

Quien ama a su prójimo como a sí mismo no se perdonará el comer lo que la mayoría de sus hermanos no comen, a menos de militar arduamente y cada día en pro de un sistema que promueva, en lugar del provecho de unos pocos, la elevación de la suerte de las masas, aunque sea a expensas de los colmados, aunque sea el precio de su propia comodidad.

Gústete o no tal modo particular de realizar el socialismo, el creyente en lucha contra la explotación sabe que no se trata de

su satisfacción personal, sino de la salvación de los preferidos de Cristo, que son también los más numerosos: los humildes.

El cristiano digno de este nombre no se entrega a una militancia que halague su idiosincrasia, favorezca su diletantismo y responda a su visión particular: busca con cabal entereza la liberación de los explotados integrándose a su lucha, la de ELLOS, no a la suya propia.

Pero, como lo subrayan sin tregua muchos sacerdotes y laicos revolucionarios en Francia, el cristiano socialista no es "*socialista por cristiano*", sino socialista porque un análisis socioeconómico y político impone a su conciencia cristiana esa opción esencial.

En la práctica, si vamos a encarar seriamente *el desarrollo de la sociedad en su conjunto*, sin dejar postergadas a las mayorías, asegurándoles por el contrario una atención privilegiada, *no hay actualmente a la vista otro camino que el socialista*.

Ahí tenemos cerca de nosotros la única realización del socialismo en este hemisferio.

Para juzgar el caso cubano tomaremos la piedra de toque que nos parece más decisiva: la cultura. La larga convivencia con los olvidados de este continente nos ha persuadido, en efecto, de que los desposeídos aspiran a la cultura y a la dignificación que ésta lleva consigo, todavía más que a la comida.

Pues bien, el propio ministro de Educación Nacional de la dictadura brasileña, general Jarbas Passarinho, exaltaba el 28 de enero de 1970 "*lo que hizo Fidel Castro en Cuba en el dominio de la alfabetización*", y lo proponía "*como ejemplo a imitar*" en el Brasil.

Ningún país capitalista puede hoy comparar su producción editorial per-cápita con la de Cuba.

Los escritores, artistas, conferenciantes extranjeros que ya frecuentaron la isla antes de la revolución quedan pasmados por el afán de saber y la capacidad de asimilación intelectual y estética que encuentran hoy *en todas las capas de la población*.

Un pueblo entero ha sido convidado a la mesa del espíritu en un ambiente de una emulación estudiosa y de un dinamismo cultural sin precedentes en este Nuevo Mundo.⁸¹

⁸¹ El pedagogo norteamericano Marwin Weimer, después de pasar un año en Cuba, estudiando la situación educativa de la isla, publicó los resultados de sus indagaciones en el semanario *The Saturday Review* (Nue-

La opción socialista responde en los cristianos a tales esenciales postulados humanos y no a una inclinación de orden religioso. Pero como, por lo demás, Cristo se puso del lado del pueblo humillado y fue inmolado por las clases dirigentes, el cristiano auténtico, una vez que *políticamente* dio el paso hacia el socialismo, se siente más a gusto, más sincero, más consecuente en su intimidad con Cristo. Por ser socialista, accede poco a poco a la autenticidad exigida por el Nazareno, se desprende más concretamente del egoísmo y el fariseísmo. La solidaridad con el movimiento obrero internacional, la participación en la edificación de una sociedad mejor en escala mundial, le ventila, le proyecta hacia el prójimo, le hace menos indigno de Cristo. Advierte que se vuelve así más cristiano de verdad, según el propio criterio del Evangelio.

En este sentido, podría decirse: "*cristiano por socialista*". La adhesión al socialismo aparece entonces no como el resultado de su profesión de fe, sino como *confirmación, verificación* de su fidelidad a Cristo y al Evangelio.

El 1º de enero de 1970 la revista *Informations Catholiques Internationales*, con motivo del paso de los años sesenta a los años setenta, llamó a dos de los más ilustres teólogos contemporáneos, Congar y Girardi, a precisar las aportaciones más características del decenio que acababa de terminar.

El primero citó especialmente "el descubrimiento de la *dimensión política* por parte de los cristianos", y continuó: "Tal descubrimiento sigue siendo todavía poco explícito, pero va a comprometer el futuro. Este hecho que se concreta tranquilamente

va York, 31 de octubre de 1970) No puede ocultar una honda admiración por los logros extraordinarios del gobierno revolucionario en el plan escolar y cultural, pese a las dificultades económicas. Mientras tanto, cuatro millones de niños mexicanos carecen de toda escuela y diecinueve mil maestros egresados de las escuelas normales no encuentran ocupación. Sólo el 2.7% de los mexicanos tienen acceso a la enseñanza media, y 2.2% a la superior. El mismo distanciamiento en el plano de la salud pública. Cuba garantiza a todos, de un modo efectivo, asistencia sanitaria y jubilación, mientras, según declaraciones oficiales, veinticinco millones de mexicanos carecen de toda atención médica. México cuenta con menos de dos camas de hospital por cada mil habitantes y, si bien esto constituye uno de los coeficientes más bajos de Hispanoamérica, se trata de una carencia que se manifiesta en todo el continente. Sólo Argentina llega a más de siete camas de hospital por mil habitantes.

entre nosotros es *uno de los valores de los años venideros*, junto con lo que llamaré cierta *conversión al socialismo*.

“Durante gran parte de mi vida me vi bajo el peso de los textos de Pío IX, según los cuales es imposible ser socialista y cristiano. No digo que daría mi vida por el socialismo, si bien la daría sin vacilar por Jesucristo o la Eucaristía. Pero puedo afirmar que, intelectualmente, considero una estructura socialista cuando menos tan cristiana como una estructura capitalista, y todavía más.”

Girardi le interrumpió:

“Su experiencia es típica, pero un tanto distinta de la experiencia de la nueva generación. Muchos jóvenes dirían hoy que están dispuestos a dar su vida, no digo por el socialismo, sino por la revolución, con *la tendencia a considerar su compromiso revolucionario como el signo de su fidelidad a Cristo*.”

¡Cuántas etapas recorridas por la conciencia cristiana en estos últimos años!

La intrépida revista franciscana de Burdeos *Frères du Monde* (Hermanos del mundo) opinaba en vísperas de las elecciones legislativas del 30 de junio de 1968 (para las cuales preconizó el voto en favor del Partido Socialista Unificado —PSU, extrema izquierda— o el Partido Comunista): “Ya pasó el tiempo de bromas tales como la de preguntarnos si es lícito que los cristianos sean socialistas. Ahora debemos preguntarnos duramente si la Iglesia es capaz de dar Jesucristo a un pueblo socialista que ha tomado la medida de su fuerza y de su destino.”

En Francia, los sondeos de opinión pública han revelado que de cada tres electores que votan por el PC, dos se autocalifican “católicos”, y los dirigentes del PSU no ocultan que cuentan con el apoyo firme de una porción importante de las élites cristianas, militantes laicos, sacerdotes y hasta ciertos obispos. Un sacerdote de Aviñón figuró en la lista del Partido Comunista en las elecciones municipales de marzo de 1970 sin incurrir en ninguna sanción eclesiástica.

A principios de octubre de 1970, los estudiantes del equipo nacional de la Acción Católica Universitaria de Francia y los capellanes nacionales de la Misión Universitaria entregaron a la prensa un comunicado con la toma de posición siguiente:

“... Sólo queremos ahora notificar colectivamente que los creyentes y las comunidades de creyentes *pertenecen a las co-*

rientes revolucionarias. Para nosotros resulta inconcebible ser testigos de la esperanza cristiana en otra parte que allí donde los hombres descubren liberación y fraternidad. *Queremos integrarnos sin ambigüedad en la perspectiva política de la lucha por el socialismo,* y afrontar como miembros de la Iglesia todas las consecuencias que eso implica.

“La situación de crisis social que se agrava desde 1968 prohíbe a la Iglesia que siga viviendo como si sólo se tratara de realizar un feliz pluralismo político en el marco de una Iglesia renovada.

“Queremos también patentizar que rehusamos el que la Iglesia, por su posición actual y la de sus mayorías, nos confine en una fe privada y ajena a la actualidad.”

Más que todo, los autores del comunicado hacen hincapié en su *“voluntad de no separar la vida de la fe y el empeño revolucionario.”*

A medida que el cristiano madura su fe en contacto directo con el mundo circundante va sensibilizándose a la injusticia que le rodea y a las tensiones de esta sociedad tan implacable con los pequeños. Para él, entonces, los compromisos políticos y sociales se hacen cada día más apremiantes y la lucha revolucionaria más imperativa.

A quien se preocupa por la suerte de una humanidad desamparada, compartiendo sus apuros y humillaciones, la mejor cátedra de socialismo se la propone diariamente la propia existencia, según solía recordarlo en su caso personal Albert Camus, hijo él mismo de una familia pobre, que conoció la miseria y sufrió privaciones múltiples:

“No he aprendido el socialismo en Marx, sino en la vida.”

19. UNA OPCIÓN INELUDIBLE

AL cultivar el sentido de lo absoluto, lo infinito, lo trascendente, el cristiano debe cuidarse de proyectar indebidamente su “cosmovisión” en el plano de las realidades concretas y contingentes, especialmente en el plano político.

Lo político, lo social, lo económico se sitúa en el ámbito de lo relativo y lo inacabado. Sería pueril requerir la perfección en

cualquier sistema o proyecto político o socioeconómico. Toda realización concreta lleva consigo límites, incongruencias, deficiencias diversas.

En el momento de elegir, de tomar partido, de comprometernos con una causa definida, hemos de confrontar las ventajas y los inconvenientes de tal opción con los de cualquier otra, *comparando lo comparable*, es decir, lo positivo de un lado con lo positivo del otro, y también lo negativo de ambos.

Aplicando estos principios elementales a la opción *capitalismo o socialismo*, vemos inmediatamente que tenemos que elegir entre dos inconvenientes sumamente graves.

El capitalismo, con la libre empresa y el *laissez-faire*, lleva consigo la prepotencia de los más poderosos y los más adinerados, con la postergación de las mayorías desvalidas.⁸²

El socialismo no puede proveer a las necesidades del pueblo en su conjunto y organizar toda la producción y la distribución en conformidad con este fin, sin tener que derribar las oligarquías, reducir las estructuras de opresión, encarar la coalición de los intereses egoístas, conjurar la obstrucción por parte de los inconformes, prevenir la huida de los capitales⁸³ y los "cerebros". Eso significa, durante un tiempo que puede resultar largo, la postergación de ciertas libertades individuales.

⁸² Estamos pensando más directamente en este continente, donde se trata, sí, de las *mayorías*, y donde cada día aumenta la disparidad del nivel de vida entre sectores deprimidos y sectores opulentos. En México, por ejemplo, "aproximadamente, el 25% del ingreso nacional lo capta el 75% de la población, el 75% de dicho ingreso lo absorbe el 25% de la sociedad" (Rodolfo Guerrero Jiménez: "La redistribución del ingreso", en la revista *Economía Política*, N.º 23, vol. 7, primer trimestre de 1970). El propio secretario de Hacienda, Lic. Hugo B. Margáin, recalca públicamente: "Sabemos que las clases consumidoras de México son las minoritarias".

⁸³ La amenaza de huida de los capitales es el principal medio de presión y chantaje de la "iniciativa privada" para embargar cualquier progreso social. Aun en los regímenes menos revolucionarios del planeta, cada vez que un gobierno proyecta algunas reformas en favor de las masas, los capitales se expatrian. *Los capitalistas no tienen patria*: sólo se proyectan hacia donde pueden implantar su dominio. ¡Cuán intensa, cuán ejemplar, empero, su patriotería, su nacionalismo, su *chauvinismo* cuando se trata de poner en la picota a quienes, en los países sometidos a sus intereses, se atreven a insinuar que la miseria no ha sido del todo extirpada! Lo más deplorable es que semejante desfachatez de los tiburones encuentra fácil eco en la opinión pública y hasta en el seno de cierta "izquierda",

Lo que menos salvaguarda el capitalismo es lo que más provee el socialismo: la dignidad y el bienestar de las mayorías humildes. Lo que mejor ampara el capitalismo es lo que más aplasta el socialismo: la libertad . . . de los pudientes.

Semejante cotejo sugiere una observación.

Las mayorías humildes no tienen voz para expresar su inconformidad o su satisfacción. Sí la tienen los privilegiados derribados. Piénsese en muchos de los cubanos de Miami: son gente culta y disponen de los caudales que supieron patrióticamente poner a cubierto en los bancos suizos o neoyorquinos. Con ello les es fácil mover a la opinión internacional. ¡Cómo se explica entonces que las naciones "occidentales" se muestren tan poco enteradas de la impresionante elevación de la condición de vida de las masas en los países socialistas, mientras dan tanta importancia a ciertas restricciones!

"¡Pobres cubanos!", "¡Pobres rusos!", "¡Pobres chinos!", nos repite sin cesar la prensa "occidental". Sí. ¡Pobres de los cubanos acaparadores de ayer si se quedaron en Cuba! Pero ¿los oprimidos de ayer, la inmensa mayoría?

¿Quién entre los peores enemigos del castrismo se atreve a negar que, a pesar del inicuo bloqueo internacional, las masas proletarias de antes han sido atendidas en forma directa y decisiva, que disfrutaban de un mejoramiento considerable de su dieta, vivienda y nivel cultural?

Si se impusiera la dieta cubana actual a los demás países latinoamericanos, las minorías ricas de hoy la pasarían muy mal y ulularían, por supuesto: pero ¡qué impresión de acceso a la opulencia para las mayorías!⁸⁴

En todo caso, para el cristiano consecuente, el tener que ele-

que rechaza con escándalo una visión realista de las cosas. Tal visión daría quizá mala conciencia a muchos e impondría ineludiblemente la urgencia de soluciones radicales. Mientras tanto la minoría sobrealimentada que pisotea a los demás se presenta como "escudo de la patria", y se maldice como "traidores a la patria" a quienes consideran que la gran mayoría, víctima de la segregación y la desnutrición, podría también tener ciertos derechos y, ante todo, el derecho a que no se la ignore ni se niegue la injusticia radical de su suerte.

⁸⁴ Según el informe *El hambre crónica del mexicano*, del Centro de Estudios Tecnológicos número 6 de la Secretaría de Educación Pública (México, 1971), más de dos tercios de los mexicanos comen solamente maíz, frijol y chile; menos del nueve por ciento de la población tiene una dieta adecuada.

gir entre la postergación de las mayorías o cierta reducción de la libertad de los privilegiados no deja lugar a vacilación: so pena de renegar del Evangelio, su opción le coloca automáticamente al lado de los desheredados.

Aun si él mismo se beneficia de la libertad de los favorecidos, no dudará en preferir el provecho de la multitud oprimida.

Quitar de la herencia cristiana la opción por prioridad en favor de los necesitados sería desafiar a Cristo, oponer un mentís a toda su enseñanza, al sentido mismo de su vida y de su muerte.

Para el creyente, la lucha por la promoción de los desamparados no será nunca una opción facultativa. Eso explica por qué el *aggiornamento* se traduce precisamente en adhesión de muchos fieles al socialismo.

El capitalismo brinda en lo inmediato libertad y abundancia sólo a una fracción de la población. Lo suficiente para todos lo promete a largo plazo. En cambio, el socialismo procura asegurar desde luego lo indispensable para todos. No hablará de libertad y abundancia sino a largo plazo.

En ambos casos lo más deseable sólo aparece como una eventualidad muy remota, pero ¡qué diferencia si se saben valorar las implicaciones de una y otra perspectiva!

El capitalismo desatiende al todo para privilegiar a una parte. El socialismo subordina la parte al todo.

El capitalismo antepone lo superfluo de una minoría a lo necesario del gran número. Lo último en la jerarquía de las urgencias lo realiza no sólo *en lugar* de lo primero, sino que no lo puede alcanzar más que *por exclusión* de lo primero.

Al faltar lo que el socialismo se propone conseguir sólo en un futuro más o menos lejano, *lo esencial queda a salvo*, mientras el capitalismo pretende remitir a un porvenir hipotético lo que es primordial, lo que constituye una condición imprescindible del desarrollo mismo de la personalidad, de la vida moral, de la libertad interior. La privación de lo necesario para poder vivir decentemente imposibilita la dignidad misma del hombre, y en la sociedad capitalista no se trata de alguno que otro, sino de las grandes masas, que siguen implacablemente postergadas.⁸⁵

⁸⁵ Repetimos que tales afirmaciones se refieren directamente a estos países subdesarrollados. Pero aun en los países "desarrollados", ¡cuánta postergación! Compárese, por ejemplo, las condiciones de salud y mortalidad en las masas populares y en las altas burguesías. Piénsese en las oportunidades culturales. ¿Qué francés no se avergonzó ante diversas estadís-

Tomaremos como punto de referencia el problema del empleo.

Según datos facilitados por el CIAP (Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso), en 1970 el 40% de la población activa de este continente estaba total o parcialmente desempleada.

El desempleo y el subempleo constituyen la gran plaga de los países subdesarrollados. En la América Latina los brazos inutilizados se cuentan por decenas de millones.⁸⁶

Cuanto más recorremos estos países, tanto más averiguamos lo atinado de ciertas reflexiones del economista Gabriel Ardant (especialista en los problemas relacionados con las tierras baldías), que leímos poco antes de nuestra venida a este continente:⁸⁷

ticas publicadas durante la "Revolución de Mayo", según las cuales el sector obrero (cerca de la tercera parte de la población activa gala) cuenta sólo con la vigésima parte de los estudiantes universitarios y apenas uno de cada cincuenta estudiantes universitarios es hijo de labradores, cuando éstos constituyen más de la octava parte de la población activa de Francia?... En este hemisferio, además del caso patente de un contraste ofensivo entre opulencia y miseria en los Estados Unidos, tenemos al rico y superdesarrollado Canadá, segundo país del mundo en la escala de la renta global: más de la cuarta parte de la población de Montreal carece de recursos propios y vive pendiente de la Asistencia Pública.

⁸⁶ En este mismo México, tan dinámico, se estima generalmente de ambos lados de la frontera que el número de los que pasan anualmente a los Estados Unidos de "mojados" (es decir, clandestinamente, cruzando el río) asciende a un cuarto de millón. La "Oficina de referencia demográfica" de Washington (entidad privada), en un estudio sobre las "migraciones masivas espontáneas" publicado en mayo de 1971, cita informes según los cuales "durante el año fiscal de 1969 unos 280,000 braceros mexicanos entraron clandestinamente en los Estados Unidos". — Nuestra experiencia personal de varios años nos hizo comprobar la imposibilidad de dar un paso en las colonias proletarias, y sobre todo en el campo, sin que nos asedien jóvenes radiantes de vigor, inteligencia, chispa, *dénaire*, pero que están desocupados. Nos suplican ayudarles a encontrar un empleo ("¡lo que sea!") en los Estados Unidos (en esta república, gústele o no y diga lo que diga, un extranjero es obligatoriamente yanqui). Muchos alimentan desde hace tiempo la ilusión de irse de braceros. Están dispuestos a afrontar cualquier faena, fatiga, molestia, riesgo, con tal de no quedarse inactivos. Al mismo tiempo nos persiguen madres de familia desconsoladas, suplicándonos ayudarles a sacar hijos suyos de las cárceles del Norte: se fueron de "mojados" y la policía los capturó...

⁸⁷ Gabriel Ardant: "Comment gagner la guerre contre la faim" (Cómo ganar la guerra contra el hambre"), *Le Monde*, París, 1-2 de abril de 1962.

“La mitad del suelo utilizable en el mundo . . . no se utiliza.⁸⁸ No objetemos que falta el agua: *el agua, como la tierra, se derrocha*,⁸⁹ incluso el agua de las presas: éstas han domesticado sólo una parte de las aguas salvajes que múltiples arreglos podían poner al servicio de los hombres.

“*Tales recursos sólo esperan para ser aprovechados la acción de centenares de millones de hombres sin trabajo.* No se trata únicamente de los desocupados que pueblan las colonias proletarias de tres continentes. Se trata también de los desocupados temporales, campesinos que sólo tienen una perspectiva de trabajo de cien jornadas por año . . . Aun si fuera poco eficaz, su trabajo produciría el doble de toda la ayuda de cualquier origen a los países subdesarrollados. . .

“La misma experiencia prueba que ninguna de las objeciones alegadas para justificar la perpetuación del subempleo resulta válida. Se puede afirmar que, en la hora actual, *todo gobierno que acepta el mantenimiento de la desocupación en su país demuestra por lo mismo que no tiene la voluntad real de acabar con ella.*

“Cuando logre el pleno empleo, una política fundada en una acción realista de formación y promoción masiva cobrará todo su sentido y permitirá movilizar *otro capital, el de las inteligencias inutilizadas* . . .

“Aprovechar esta fuerza de trabajo para las inversiones productivas que sustituyan las tierras baldías por tierras fecundas, *he aquí la verdadera solución*; no hay otra. . .

“Realizar esta acción de conjunto sería iniciar *una verdadera lucha contra el hambre.*”

Nos consta que este continente rebosa de riquezas inexploradas. Riquezas del subsuelo: increíbles vetas de oro, plata, hidrocarburos, y piedras preciosas a granel. Riquezas del suelo. Riquezas del mar. Riquezas de los bosques y la selva: a veces

⁸⁸ Según un estudio de expertos dado a conocer a fines de mayo de 1970 por la Organización Panamericana de la Salud (O.P.S.), dependencia de la Organización Mundial de la Salud, en América Latina “*solamente una cuarta parte de las tierras son cultivadas*”.

⁸⁹ ¡Cuántas veces en el curso de nuestras largas andanzas de etnólogo tenemos que desandar el camino a causa de inundaciones que cierran el paso en zonas consideradas estériles por áridas, y que lo son efectivamente, aunque el cielo les prodigue el agua, un agua que se pierde!

abominablemente saqueadas por poderosos *gangsters* antes que ser aprovechadas por la colectividad. Riquezas arqueológicas, muchas de las cuales sólo sirven de fabuloso botín a unos rapaces internacionales y a sus altos cómplices del mundo oficial.

El desarrollo requiere la movilización general de todos los recursos de la naturaleza y de todas las disponibilidades humanas. Luego el desempleo es inconcebible. Ninguna otra cosa prueba más flagrantemente a qué punto nuestra sociedad mira al provecho de unos pocos y no al servicio del hombre y de las mayorías.

Abundancia de riquezas inertes, abundancia de sujetos aptos para la producción y millones de brazos cruzados sin esperanza de que la economía nacional recurra a ellos: tal se nos aparece el balance descabellado de nuestro sistema capitalista.

Si es verdad que se exalta más la dignidad de un hombre por lo que se requiere de él que por lo que se le proporciona, ¡cuán horrible el desprecio del hombre demostrado en el desempleo permanente o intermitente de casi la mitad de la fuerza de trabajo de este continente!

¡Qué menoscabo de una persona a sus propios ojos y a los ojos de los demás el que se le niegue todo aprovechamiento de su poder creador, todo ejercicio fecundo de sus facultades, toda entrega de sus dotes al beneficio de la comunidad, cualquier participación en la obra de la colectividad!

A millones de hombres que se presentan con sus brazos, su inteligencia, su corazón y sin otro anhelo que el de ser útiles a sus semejantes, la sociedad les cierra el paso brutalmente: —No los necesitamos para nada.

Por supuesto, hay sociólogos y políticos que ya encontraron el modo de limitar el número de estos desgraciados. La solución se resume en una palabra: anticoncepción. Para que la gente no se encuentre sin empleo, ¿hay mejor método que impedir que nazca?

Después de privar a las multitudes menesterosas del derecho de trabajar se llega a denegarles hasta el derecho de existir. Una abominación rigurosamente válida dentro de la lógica del sistema.

Desde el momento en que la sociedad favorece primordialmente a los poseedores y se estructura en función del dinero y del provecho, es decir, *marginando* a los desposeídos, está abierta

la vía hacia la *marginación* absoluta: prohibir que nazcan, o, nacidos, prohibir por lo menos que transmitan la vida. Etimológicamente, el *proletario* es un hombre que no vale ante la sociedad sino por su *prole*. Su única posesión también resulta sobrando a los ojos del capitalismo. Éste puede contar en sus planes contra la vida de los humildes con el apoyo filantrópico de gran parte de la gente "honrada". El único caso en que vemos a personas acomodadas tomar a pecho la suerte de las poblaciones depauperadas es cuando se preocupan de suprimirlas mediante el *birth control* tiránicamente impuesto. Entonces sí, entonces ¡con qué tono patético, con qué compasión y conmiseración evocan la miseria insostenible e intolerable de los necesitados y la urgencia de ir en su ayuda *a toda costa* . . . es decir, a costa de su existencia misma, borrándoles del planeta por anticipado!⁹⁰

Pero, ¿acaso queda otra solución? —redarguirán muchos.

⁹⁰ Conste que somos favorables personalmente a una limitación de los nacimientos y a una "planeación familiar", pero por parte de los padres de familia debidamente informados y asesorados, no por intrusión en la alcoba de los oprimidos o por distribución indiscriminada de píldoras anticonceptivas a poblaciones no preparadas y *no provistas de forma alguna de asistencia médica*, como es el caso de la inmensa mayoría de las zonas humildes y prolíferas de estos países. Hemos visto morir tantos niños en las colonias proletarias y los ranchos porque la madre había creído poder combatir eficazmente una gripe, un sarampión o el paludismo privándose en favor de sus retoños de los medicamentos que ciertas almas caritativas le habían regalado a ella para su tuberculosis, su cáncer o . . . su menopausia. La naturaleza de la gente desnutrida y anémica reacciona de un modo imprevisto a la autoquimioterapia. Por lo demás, cabe recordar aquí, con Perogrullo, que *donde crece el bienestar disminuye casi infaliblemente la natalidad*. Citemos el informe de antecedentes preparado por el Secretariado de las Naciones Unidas para la reunión del comité de expertos sobre los problemas de población y desarrollo (29 de junio a 3 de julio de 1970). Insiste en "la gran probabilidad de que, si prosiguen las tendencias actuales, los habitantes del planeta pudieran rebasar la cifra de *once mil millones para mediados del siglo veintiuno*." Evoca los programas de planificación familiar o de control de la natalidad en los términos siguientes: "Teniendo en cuenta *los logros modestos de estos programas*, se está llegando a una creciente apreciación de que *el planeamiento familiar por sí solo no puede conseguir un nivel de fertilidad adecuado*, y que el cambio económico y social debe preparar el terreno para el control de la fertilidad. . . *Un nivel elevado de desarrollo económico va acompañado de familias pequeñas y de baja fertilidad nacional*." — Recordaremos finalmente que el sumo corifeo del programa continental de anticoncepción por imposición imperialista y chantaje es el ex verdugo de Vietnam: el señor MacNamara. . .

En efecto. Estamos totalmente de acuerdo. Con el sistema económicosocial que nos rige no hay otra salida. Sólo cabe imponerla en forma enérgica o... cambiar el sistema mismo.

Se pretenderá quizá que no es este el remedio apropiado. ¡Veamos!

Los países socialistas no favorecen, en general, una política antinatalista. Ateniéndonos al caso más cercano, el de Cuba, se comprueba inmediatamente que el problema primordial en la marcha hacia el desarrollo es la insuficiencia numérica de la mano de obra respecto de las realizaciones en curso. Subocupación y desocupación son palabras que ya no caben en el vocabulario de la isla.

Hay el círculo vicioso del capitalismo con su trayectoria de hambre y muerte, y hay la espiral ascendente del socialismo con su dinamismo vital.

Cuanto más se favorece a los privilegiados, tanto más se posterga a los desvalidos. Cuanto más se exalta a éstos, tanto más se hace indispensable su contribución laboral. Al crecer los recursos de la masa crece el consumo, crece más y más la producción, se multiplican las fuentes de empleo, se acelera el ritmo de edificación colectivo, se estimula el desarrollo general.

No tarda el extranjero que llega a este continente en verse rodeado por mendigos, limpiabotas, vendedores de chucherías y otros diversos exponentes del subempleo: por todas partes el fantasma de los brazos cruzados. Ningún detractor de ningún país socialista puede alegar lo mismo.

Frente a un mundo en que "los pobres se vuelven cada día más pobres", el mundo socialista podrá tener todos los defectos que se quiera: bástele al cristiano conciencia con saber que en él los desheredados encuentren la posibilidad *concreta e inmediata* de promoción humana, con la participación en una construcción económicosocial que abarca a todos y *dignifica* a cada uno.

Pero si eso resulta factible al precio de una renuncia a la *libertad*, ¿no resultará demasiado costoso?

20. "¡TU LIBERTAD NO ES LA NUESTRA!"

APARENTEMENTE no hay aspiración más típica del hombre moderno que el afán de libertad. No hay tema que arrastre más a las masas. No hay argumento electoral más efectivo.

La libertad sirve de etiqueta para hacer resaltar los productos más diversos, incluidos los más engañosos, como por ejemplo la "revolución en libertad" de la Democracia "Cristiana" chilena, que ni fue revolución ni fue libertad para las masas.

En el mundo "occidental" (¡el mundo "libre"!) la libertad es el bien al que se está menos dispuesto a renunciar. Así se comprende el sempiterno reproche contra el mundo socialista de acabar con la libertad.

¡Ahí la sagrada libertad! Pero *¿qué libertad?* *¿Libertad para qué?* *¿Libertad para quién?*

¿Hay vocablo más equívoco?

Recuérdese el apóstrofe atribuido a un proletario parisiense del junio sangriento de 1848 y dirigido al arzobispo que, en un supremo intento de conciliación, expuso su vida en lo alto de una de las barricadas:⁹¹

⁹¹ El arzobispo de París, Affre, monarquista y legitimista irreductible, se cuenta entre los muchos prelados franceses que su tendencia personal inclinaba al conservadurismo y el tradicionalismo, pero que su celo pastoral, su lucidez y su entrega total a la causa de los desvalidos llevaron poco a poco a los pasos más audaces. Cuando el cierre de los Talleres Nacionales, con el cese de ciento veinte mil obreros y la consiguiente sublevación popular, en junio de 1848, monseñor Affre no pudo resignarse a que las fuerzas armadas aplastaran al proletariado e intentó interponerse entre los combatientes. En lo más recio de las luchas callejeras se encaminó al *Faubourg Saint-Antoine* y allí, desde lo alto de una barricada, logró que el fuego se detuviera un instante. Tomando la palabra, propuso su mediación a los insurrectos. Según ciertos relatos, al ocurrírsele pronunciar la voz *Libertad*, el sésamo ábrete de la época, la palabra mágica que se escribía entonces con *ele* mayúscula, fue cortado por un obrero que le gritó: "*¡Tu libertad no es la nuestra!*" Al mismo tiempo el arzobispo fue alcanzado por una bala del ejército y de nuevo la refriega se hizo feroz por ambos lados. El prelado murió después de horas de agonía, pronunciando estas últimas palabras: "*El buen pastor da su vida por sus ovejas. Mi vida vale poco. ¡Quiera Dios que sea mi sangre la última vertida!*" De los tres arzobispos que ocuparon la sede metropolitana inmediatamente después de Affre, dos fueron también inmolados trágicamente. ¡Feliz tiempo en que el clero, incluso el alto clero, se jugaba la vida al servicio del Evangelio!

“—¡Tu libertad no es la nuestra!”

¿Quién duda de que, como concepto y como realidad, la libertad tiene un contenido muy distinto según la categoría social a que nos refiramos?

Como afirmación general, cabe decir que quienes insisten preferentemente en la libertad son más bien los que pertenecen a clases privilegiadas y satisfechas.

Los explotados, incluso cuando reivindican la libertad, reclaman ante todo justicia e igualdad. Varios movimientos de protesta abortan hoy porque sus inspiradores e impulsores no reparan suficientemente en eso. A los humildes les hieren ante todo las desigualdades.

¿Cuál es el sentido de las libertades políticas, las libertades “democráticas”, para decenas de millones de latinoamericanos que nunca supieron de escuela, médico, zapatos, vestido decente, alimentación normal, trabajo asegurado, protección judicial, amparo contra las exacciones de los funcionarios y los caciques?

Como lo observaba Josué de Castro, ex presidente de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y presidente de la *Asociación Mundial de lucha contra el hambre*:⁹²

“¿Qué significa la defensa de la democracia cuando ésta sólo es vista como la personalización de la riqueza y la socialización de los riesgos? ¿Quién estaría dispuesto a morir por ella si sólo un puñado de hombres goza de sus beneficios y millones soportan una existencia infrahumana?”

Recuérdese la declaración del propio Nelson Rockefeller en Managua, el 16 de mayo de 1969, durante su gira oficial por la América Latina en calidad de enviado personal del presidente Nixon:

“Sin comida, sin saber leer y con parásitos en el estómago, nadie puede hacer democracia.”

“*Libertad-Igualdad*”, los “inmortales principios” de la revolución burguesa de 1789, son ambiguos. Pueden resultar *términos contradictorios, sobre todo en el campo económico*.

En efecto, quien dice libertad dice facultad de *elegir*. Cuando alguien habla de *su* libertad habla de la posibilidad de andar tras los bienes que se le antojen, sin que ello implique necesariamente la participación de los demás en los mismos bienes.

⁹² En *Marcha*, Montevideo, agosto de 1965.

A la diversidad de las preferencias personales corresponde la variedad de los bienes anhelados y alcanzados por cada uno. Cuanto más crece el juego de la opción libre, autodeterminada, tanto más crece, en lógica consecuencia, la distinción entre las situaciones particulares. Distinción que viene a excluir toda igualdad.

Ello no nos preocupa en tratándose de los bienes interiores, espirituales, pues no tienen límites ni en el tiempo ni en el espacio. De suyo siguen siempre estando todos ellos al alcance de todos los hombres que gozan de condiciones normales. Su posesión no provoca competencia ni rivalidad. No plantean problemas de reparto.

Pero cuando se trata de los bienes materiales, por sí mismos esencialmente limitados, circunscritos, el dominio de uno acaba con las esperanzas ajenas. La barda del primer ocupante impide el paso a los demás. Así que, poniendo primordialmente el acento sobre la noción de libertad, se brindan grandes ventajas y oportunidades al menos desprovisto de recursos y de escrúpulos. Quien más tiene goza de mayores facilidades para realizar sus ambiciones e imponer su real gana. Con una agravante: que el cinismo de los poderosos aprovechará más en donde menos abundan los bienes disponibles, tal como lo denuncia sin lugar a dudas el abismo entre ricos y pobres en los países subdesarrollados. Una vez más: "los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres". Trátese de las naciones entre sí o de los individuos y grupos dentro de cada nación, el hecho se impone con la más obvia brutalidad.⁹³

⁹³ La libertad interviene, en efecto, como factor de opresión tanto en las relaciones internacionales con el "libre" cambio como en el plan nacional con las insolencias de la "libre" empresa. Véase al respecto la encíclica *Populorum progressio*: "La regla del libre cambio no puede seguir rigiendo ella sola las relaciones internacionales... cuando las condiciones son demasiado desiguales de país a país, los precios que se forman «libremente» en el mercado pueden llevar consigo resultados no equitativos. Es, por consiguiente, el principio fundamental del liberalismo como regla de los intercambios comerciales el que está aquí en litigio" (No. 58). "La enseñanza de León XIII en la *Rerum novarum* conserva su validez: el consentimiento de las partes, si están en situaciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato... Una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la ley de la libre competencia, que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica. El libre intercambio sólo es equitativo si está sometido

Ya lo proclamaba el dominico Lacordaire, campeón de la libertad en la época heroica de las revoluciones de 1830 y 1848: "*Entre el poderoso y el débil, la libertad sólo sirve para oprimir.*"

Por consiguiente, la gran ilusión de los ideólogos del neocapitalismo de llegar, mediante el desarrollo cada vez más generalizado de la libre empresa, a una igualdad de oportunidades para todos, resulta sólo un espejismo. Anatole France solía advertir lo irrisorio de la igualdad dentro de un sistema basado en la libertad económica ironizando: "*la ley prohíbe, con su majestuosa equidad, a ricos y a pobres «por igual» el dormir debajo de los puentes, mendigar en la calle y robar pan.*"

Emile James dice por su parte:⁹⁴

"Los autores clásicos suponían que los sujetos económicos que concurren en el mercado son *iguales*, y las relaciones que entre ellos se establecen fundamentalmente contractuales. Nada está menos de acuerdo con el funcionamiento de la economía contemporánea que esta idea de *concurrencia entre iguales*...

"El *laissez-faire* ya no es libertad de todos, sino de los monopolios dominantes."

Conste que la libertad económica no conduce a la igualdad.

Por lo visto hay que invertir los términos. *Primero la igualdad*, cierta igualdad básica. *Igualdad de oportunidades respecto de lo imprescindible.*

Anteponer la libertad es dar paso al subjetivismo y, finalmente, al egoísmo.

Anteponer la igualdad es establecer un fundamento *objetivo* para la edificación de la sociedad y el desarrollo de la personalidad de cada uno de sus miembros.

Antes y por encima de todo, vestido, vivienda y comida para todos, aunque en forma muy frugal y a costa de que se aprieten los cinturones muchos opulentos de antes. ¿Qué libertad personal le queda al andrajoso y al desnutrido? ¿Qué libertad conyugal y familiar cabe donde falta un techo decente?

a las exigencias de la justicia social" (59). "En el comercio entre economías desarrolladas y subdesarrolladas, las situaciones son demasiado dispares. La justicia social exige que el comercio internacional, para ser humano y moral, restablezca entre las partes al menos cierta *igualdad de oportunidades*" (61).

⁹⁴ Emile James: *Histoire sommaire de la pensée économique*, Ed. Montchrestien, París, 1955. Trad. castellana: *Historia del pensamiento económico*, Ed. Aguilar, Madrid, 1963.

Además: alfabetización y posibilidad concreta de acceso a la cultura. Sin eso todo cuanto llamamos libertad, incluida la libertad interior, la libertad espiritual, se reducirá al privilegio de unos pocos.

Finalmente, trabajo, empleo asegurado a toda persona activa y asistencia médica al alcance de cuantos padecen enfermedades. El respeto elemental del ser humano lo exige, *cueste lo que cueste*.

Si se trata de garantizar estos bienes primordiales a todos sin excepción, ciertamente el precio habrá de ser bastante alto. Implicará muchas imposiciones poco gratas: controles, duras disciplinas, privaciones constantes en el campo de la fantasía y el capricho, restricciones individuales sin número. Y no hay duda: los más quejosos serán los acaparadores o quienes disfrutaban anteriormente del bienestar sin preocuparse por los desheredados a su alrededor.

Todos tienen derecho a lo indispensable, en lo material y en lo cultural. La mayor diferencia entre el mundo capitalista y el mundo socialista estriba en que, mientras el segundo considera tal principio como un imperativo inmediato al que debe sacrificarse todo lo demás, el primero ve en él un ideal que pretende alcanzar al término de un largo proceso evolutivo.

Cuando el mundo capitalista insiste en la falta de libertad y en las diversas privaciones que sufren los ciudadanos de los países socialistas, está cerrando obstinadamente los ojos ante la miseria de millones de seres en su seno, y ante la fatal degradación humana que ésta acarrea.⁹⁵

⁹⁵ Un hecho, sólo uno, para ilustrar aquí la espantosa realidad de tamaña degradación. Un hecho que nada tiene de excepcional, ni mucho menos. Lo citamos por haberlo vivido recientemente. Acabamos, en efecto, de cruzar una zona rural en todo semejante a tantas otras de este continente: pobre, muy pobre, totalmente olvidada por la Iglesia como por el Estado, pero, en fin, inconmensurablemente menos desheredada que otras cien zonas que conocemos personalmente (y conste que no aludimos a regiones indígenas). Población mestiza, de piel más blanca que morena: una de las muchas zonas hoy incomunicadas que, en tiempos de la Colonia y del porfiriato e incluso hace pocos años contaban con una excelente red de caminos, ahora descuidados e inservibles. Pues bien, en sólo dos semanas supimos de unos treinta asesinatos recientes. Convivimos con varios de los autores de tales fechorías. Nos maravillaron su cortesía, su delicadeza de sentimientos, la nobleza de su trato, la inteligencia de sus preguntas, su avidez de saber e informarse, sus esfuerzos para aprender solos a leer, escribir y calcular. ¿Entonces? Sencillamente, en sus condiciones enajenantes *no son libres de no*

Quede bien claro que la implantación del socialismo acaba con la libertad económica y también con la libertad política, tal como la concibe la burguesía pudiente. Pero en cuanto a la libertad que ésta brinda a las multitudes postergadas, ¡qué negra irrisión!

Quede no menos claro que un régimen dedicado a procurar

matar: cualquiera mataría en su lugar, y sólo a la fineza exquisita de esta gente se debe el que las muertes violentas no sean más numerosas. Quisiéramos preguntar de plano a los hombres distinguidos y respetados que, por las calles de nuestras ciudades, practican descaradamente la ley de la selva todo el santo día al volante de sus coches, con desprecio de la vida de su prójimo, la de los humildes, ancianos, lisiados, niños o mujeres embarazadas: sin escuela, sin ideal, sin religión (pese a ser todos bautizados católicos, encontramos varias veces a jóvenes y adultos que nada sabían del nombre de Cristo o de cristiano), sin distracciones, sin desahogos, sin trabajo la mayor parte del año, sin casa en que quedarse a gusto (ancianos y niños, varones y mujeres, puercos y gallinas, perros, gatos, ratas, alacranes, hormigas, pulgas y piojos conviven día y noche en la semioscuridad y el humo de las casuchas), sin caninos, sin correos ni teléfono ni telégrafo ni electricidad, sin policía, sin instituciones judiciales, sin autoridades, sin protección sanitaria, sin defensa contra las enfermedades infecciosas que, con la desnutrición, diezman a hombres y bestias; debilitados e irritados a la vez por la fiebre palúdica, ¿qué hombre podría vivir una completa existencia sorteando toda "cuestión" con sus vecinos de siempre? En tales condiciones, basta un instante de enojo para que empiece el ciclo infernal de las reacciones y contrarreacciones que llevan de repente, un día cualquiera, a un gesto tan irrevocable como no premeditado, y que tarde o temprano tendrá reciprocidad. La consecuencia ineludible sólo sorprenderá a quien se empeñe en cerrar los ojos ante el desamparo de los parias rurales. Añadiremos que la única aportación del mundo exterior, de la vida moderna, algún que otro aparatito de radio, sólo ofrece a esta gente, como todos saben, una continua excitación a la bebida, al uso de las armas ("*con los cartuchos X, donde se pone el ojo se pone la bala*") y a las manifestaciones más extremadas del machismo y el espíritu de *vendetta*. Hasta en las novelas "rosas" priva en la radio el arbitraje de la pistola. He ahí la única fuente cultural que se brinda a tales poblaciones. Uno de los pocos poblados que habían tenido la suerte de contar con un maestro de escuela lo perdió porque, incapaz, como cualquiera de sus colegas, de aguantar una vida tan "marginada", sucumbió al alcoholismo y murió al ingerir una noche un litro de aguardiente de un solo trago. Durante las largas horas de oscuridad y soledad no era *libre* de encontrar otra diversión. Conviene, por lo demás, que los olvidados vayan eliminándose unos a otros o embruteciéndose por el alcohol y la droga. Así se salvaguarda el "orden público". ¿Qué pasaría, por el contrario, si se pusieran todos de acuerdo para defender sus intereses comunes y reivindicar su lugar en la nación?

real y eficazmente, bien que al precio de muchas libertades, la promoción material y cultural de las mayorías rezagadas, las prepara por lo mismo a asumir y ejercer un día las libertades momentáneamente suspendidas. Al adiestrarlas física e intelectualmente, al encaminarlas hacia la madurez, al favorecer el desarrollo de cada personalidad, suscita ineluctablemente en todo miembro de la colectividad una exigencia creciente de emancipación psicológica, de autoafirmación, de participación conciente en la vida y las decisiones del cuerpo social. Todo eso habrá de traducirse tarde o temprano en una liberalización del sistema, en mayor flexibilidad de las estructuras.

Si no hay paso de la libertad a la igualdad, sí lo hay *de la igualdad a la libertad*: paso lento, pero incoercible.

“¡Libertad! ¡Libertad!”, decía Joubert,⁹⁶ “en todo *la justicia y no faltará la libertad.*”

No cabe libertad auténtica, libertad para todos, sino *sobre la base de cierta igualdad*. La libertad sin igualdad de oportunidades acaba forzosamente en monopolio de las oligarquías.

“*La opulencia de unos cuantos frente a la miseria de los demás lleva a la negación de la propia democracia y a la destrucción de las libertades.*” Tal comprobación la expresó, el 23 de julio de 1969, nada menos que el entonces director general del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES, dependencia del partido gubernamental mexicano), licenciado Jorge de la Vega Domínguez.

En los países socialistas, quienes más se quejan de la falta de libertad son los que ayer abusaron de ella en detrimento de los demás, o bien los individualistas inveterados, que no se resignan a abandonar la torre de marfil y el diletantismo. Las masas proletarias que carecían ayer de toda libertad, exterior e interior, hoy no se sienten frustradas. Y esto es lo que más importa a quien haya entendido algo del mensaje de Cristo.

No hay que olvidar (y los intelectuales menos que nadie) que *la inteligencia, raíz de la libertad personal*, depende en su desarrollo de los factores bioquímicos, es decir, de la alimentación, como lo demuestran cada día mejor las indagaciones de los especialistas en diversos países. Amén de otras consecuencias, la mala nutrición constituye *un atentado contra el cerebro y la vida intelectual* de los desvalidos.

⁹⁶ J. Joubert: *Pensées*, xv, 15.

Citemos tan sólo un estudio realizado entre 1967 y 1969 en México, bajo la dirección del doctor Joaquín Cravioto, jefe del Servicio de Nutrición e Investigación del Hospital Infantil de la capital mexicana, y el pediatra norteamericano Herbert G. Birch.

Ambos investigadores formaron un grupo experimental con una cuarentena de niños de cerca de cinco años, que habían sido hospitalizados entre los seis y los trece meses a consecuencia de la desnutrición. Eligieron al mismo tiempo un grupo de control del mismo ámbito familiar y social: todos ellos niños de cerca de tres años y hermanos de los precedentes, sólo que sin antecedentes notorios de desnutrición y anemia.

En las pruebas diferenciales de inteligencia, el primer grupo dio un coeficiente de 68.5 y el segundo de 81.5, mientras el índice "normal" es de 95 a 110. Tales cifras, y mucho más todavía un detallado examen comparativo, manifiestan según los dos especialistas la *inegable relación entre coeficientes intelectuales y buena alimentación*. Agregan que las consecuencias intelectuales de la mala nutrición son más graves cuando las madres padecen también deficiencias alimenticias tanto en su vida diaria como en sus períodos de preñez.⁹⁷

Podemos, pues, concluir que por medio de la desnutrición

⁹⁷ Así es como los estragos de la desnutrición infantil socavan las realizaciones del gobierno en el campo de la educación. Tampoco los esfuerzos, a veces heroicos, de los maestros en las colonias proletarias y en el campo pueden remediar el pésimo rendimiento de la enseñanza. Aparte el analfabetismo (por ejemplo, en Chiapas, estado de un millón y medio de habitantes, "64,6% de los habitantes mayores de siete años no han cursado ningún tipo de estudio", según informe presentado en la Asamblea de Desarrollo Estatal en Tuxtla Gutiérrez el 13 de febrero de 1970), se cuenta en toda la república con un índice pavoroso de deserción escolar. "En el agro mexicano, de cada doscientos alumnos que entraron a primer año de primaria sólo trece egresaron seis años después, o sea un índice de deserción de casi 94,5%, según un estudio realizado sobre la generación escolar 1961-1966 por la Comisión Nacional de Planeación Integral de la Educación (dependencia de la secretaría de Educación Pública). "El principal problema educativo en México —señala el informe de dicha comisión— es su bajo rendimiento. Es decir, que los resultados que se obtienen al final de cada año y al término de los ciclos primario, secundario y superior no corresponden a la magnitud del esfuerzo realizado... Siendo muy grave el problema del bajo rendimiento de la educación general en México, lo es más aún el de la ineficacia o insuficiencia en el campo." Ahora bien, el índice de desnutrición en el campo casi duplica el índice urbano,

la sociedad del hambre, *la sociedad capitalista ataca la libertad de las mayorías en su misma fuente*: la madurez mental.

En último término, la libertad encomiada por las oligarquías resulta sinónimo de esclavitud y degeneración para todos. Degeneración de los menesterosos, esclavos de la miseria. Degeneración, asimismo, de los poseedores, esclavos de su egoísmo devastador.

“*Nadie puede ser libre*”, proclamaba Rabindranath Tagore, “*sin haber aprendido antes a liberar a los demás*”.

21. ¿QUÉ SIGNIFICA LA LIBERTAD EN UN MUNDO QUE TIENE HAMBRE?

EN noviembre de 1970 alcanzamos a oír una larga entrevista radiofónica con el jefe de Estado de un país de este continente donde, según fuentes gubernamentales, la desnutrición afecta a más de la mitad de los niños, por no hablar de los adultos. Cuando se le preguntó si creía posible que el comunismo se implantara en su patria, el entrevistado contestó en sustancia: “No. Somos un pueblo demasiado apegado a nuestra libertad y nuestro bienestar.”

No cabe duda de que el mandatario expresaba fielmente el parecer casi unánime de cuantos conciudadanos suyos componen la minoría admitida a disfrutar de libertad y bienestar.

Pero ¿y los demás?

Los demás no tienen voz.

En nombre de una larga convivencia con los olvidados, intentaremos recordar su existencia y evocar su suerte.

Los capítulos precedentes fueron escritos en medio de ellos, como ya tuvimos ocasión de apuntarlo. Han pasado meses sin que nos atreviésemos a publicarlos, pues muchísimos contactos que tuvimos después en la capital, así como conversaciones con hombres y mujeres notables de medios muy diversos, nos manifestaron que la base misma de nuestra argumentación, es decir, la existencia de las mayorías postergadas, carece de fuerza de convencimiento entre quienes pertenecen, claro está, a la minoría privilegiada.

Los mismos que en discursos y escritos afirman perentoriamente, por ejemplo, que en México los beneficios de la Revolución no han alcanzado todavía a la mayor parte de la población,

como los que publican estadísticas aterradoras, quedan a menudo muy lejos de sospechar la amplitud y la hondura trágicas de la realidad. Han podido captar *algunos* datos económicos y sociales, pero se les escapa frecuentemente *el conjunto de los factores propiamente humanos*.

La broma de Oscar Wilde toca una verdad de humor negro: "*Las tragedias de los demás son siempre de una trivialidad deses- perante*".⁹⁸

Pueden escapárse nos las más patentes y masivas angustias de nuestro prójimo. En tanto se trata de "*los demás*", mientras no nos identificamos con "*el otro*" como tal, hasta compartir sus pesadillas, el calvario de los desvalidos seguirá conmoviéndonos muchísimo menos que cualquier novela o película, pues corresponde a la creación artística hacer que se vuelva cautivante lo trivial. Por sí sola la postración de los indigentes no suele mostrar ningún cariz espectacular o atractivo.

Siempre, en toda discusión acerca de los temas esenciales de la presente obra, llegamos al mismo callejón sin salida. Invariablemente se nos invita a comparar la falta de libertad y la insatisfacción "que saltan a la vista en los países socialistas" con "*nuestra*" libertad y "*nuestro*" bienestar. Se nos cita multitud de anécdotas, confidencias y hechos vividos que nos dejan mudos. Sólo que mientras nuestro interlocutor o sus padres, hijos, hermanos, vecinos y amigos visitaban en calidad de turistas afortunados Moscú, Budapest, Varsovia, Praga, Pekín o La Habana, nosotros estábamos desgastando salud y ánimo en *ciudades perdidas* o regiones olvidadas de aquí, de este continente, testigos atónitos de la tiranía y la crueldad de los líderes omnipotentes y los caciques locales con su panoplia de chantajes, atropellos, vilipendios, vejaciones, sevicias físicas y morales dignas de la peor leyenda negra de otros siglos.

Las quejas de los descontentos con el mundo socialista, tal como se nos relatan ordinariamente, traslucen más que nada la amargura de los acaudalados egoístas de antes, hoy desposeídos de su preeminencia; o la nostalgia de ciertos intelectuales por su confortable *mandarinato* de antaño.

Cuántas veces, al oír a ciertas personas enumerar los agravios que padecieron por parte del régimen castrista ("—Imagínese, señor: yo poseía trece casas en la Perla de las Antillas, y decenas

⁹⁸ Oscar Wilde: *El retrato de Dorian Gray*.

de domésticos. El malvado barbudo apenas me dejó un departamento”), nos da ganas de gritar: “¡Viva Fidel Castro!” y “¡Ojalá suceda otro tanto en algunos países de este continente!”

A pesar de nuestras insistentes preguntas no logramos percibir ni el mínimo intento, por parte de tales interlocutores, de hacerse eco de las masas postergadas de ayer. Como si no contara para nada el sentimiento de las mayorías. Y esto tanto con respecto a los países socialistas como a los capitalistas.

Por un lado tenemos a quienes defienden primordialmente y por encima de cualquier otra consideración *nuestra* libertad y *nuestro* bienestar y limitan su compasión a los privilegiados de ayer que perdieron en los países socialistas aquel mismo bienestar y libertad.

Por otro lado, nosotros reparamos esencialmente en la suerte de las masas que nos rodean, pensamos en la gente que conocemos personalmente, con la que congeniamos: multitud de seres que tratamos de cerca y que nos parecen *esclavos*. Esclavos de los peores opresores. Esclavos del miedo. Esclavos del estómago vacío. Esclavos de los instintos sexuales exacerbados por la falta misma de alimentación adecuada. Esclavos como quien más en el mundo y en la historia.

Diálogo de sordos.

Tan cierto es que nosotros nunca hemos estado en una democracia popular, ni siquiera de viaje, como que aquel defensor de su libertad y bienestar haya realmente estado en medio de los desheredados de su propia tierra, a no ser muy de paso.

Diálogo de sordos. También con respecto a México.

Fácil es acallarnos con la consabida argumentación: “Usted no conoció la miseria del México prerrevolucionario y por eso no puede valorar con equidad los progresos realizados desde entonces.” Verdad. La mera verdad. Verdad todavía más irrefutable por cuanto no estamos juzgando en lo mínimo a un país particular, y menos que a cualquier otro a este país que nos hechizó desde el primer instante por la calidad humana de su pueblo, por su grandeza cultural nada libresca o pedante y por los blasones antiguos y recientes de su historia. Sólo estamos juzgando *un tipo de sociedad*, la sociedad a la que pertenecemos desde nuestro nacimiento.

Sin embargo, existe también la otra verdad, una verdad comprobada por este escritor: la de quienes corren descalzos, cuya dieta diaria se reduce a unas pocas tortillas de maíz, que duer-

men como animales en madrigueras, bajo la constante amenaza de la pistola o el machete de unos matones casi siempre menos desnutridos. Aplastados bajo el yugo de modernos negreros sin ley y sin entrañas, no saben de medios de comunicación, ni de elementos culturales, ni de asistencia social, sanitaria, jurídica. ¿Qué tal si comparamos la suerte de semejantes *marginados* (y los hay por millones) con la condición de *sus pares de ayer* en Cuba o en China, según tiene que reconocer el propio testimonio de peritos norteamericanos u otros nada sospechosos de admiración por el comunismo o de complicidad con los regímenes socialistas?

Uno debe admitir —y lo hace de buen grado— que no vivió en el México colonial o porfiriano, ni tiene la menor experiencia personal sobre la esclavitud de entonces. Pero a este “uno”, especialmente si es extranjero, ¿le sería perdonado replicar al protagonista de *nuestra* libertad y *nuestro* bienestar de privilegiados preguntándole hasta qué punto ha experimentado él, en forma directa, la tragedia de las mayorías, qué conocimiento ha adquirido al respecto, no únicamente por documentación ajena, oral o escrita, no por simple turismo o periodismo, ni por visión superficial, sino a base de contacto personal, de trato inmediato un tanto prolongado, de cierta *comunidad de destino* con los postergados? ¿Se ha identificado con ellos por algún tiempo para no seguir discurriendo en el vacío? En este campo sólo cuenta la realidad viva, el choque directo de los factores humanos y “*todo lo demás es literatura*”.⁹⁹

⁹⁹ En bien de la autenticidad de nuestro testimonio, hemos de definirnos. Estamos oficialmente en la América Latina en calidad de etnólogo, investigador universitario y periodista. Como tal nos adentramos constantemente en *ciudades perdidas* en que de ordinario ni la policía misma se atreve a penetrar. Frecuentamos zonas incomunicadas de diversos países latinoamericanos, a veces donde, según los propios lugareños, ningún forastero había logrado internarse inerte “sin poner en peligro su vida”. “No se arriesgue usted más allá o lo matarán por los centavos que lleva encima, pues se da por supuesto que a nadie se le ocurre viajar sin dinero. Incluso podrían sacrificarle por adueñarse de su camisa o pantalón, aunque estén bien usados: la gente aquí es tan pobre que su mismo pañuelo le parecerá una fortuna tentadora.” Con todo, de hecho no hemos sido asaltados muchas veces. Dentro de la República Mexicana una sola vez nos apuntó abiertamente un malvado con el cañón de su arma: un señalado matón, forajido y forastero. Nos ha inmunizado casi siempre la gentileza aristocrática de la gente, como también el hecho de que procuramos asimilarnos en todo absolutamente a ella, compartiendo

De continuo se nos alega con barbaridades anteriores a la Revolución, por lo demás sin sentirse obligados a fundarse en fuentes directas y seguras. Al mismo tiempo se finge ignorar que las mismas barbaridades, y aún peores, son todavía moneda corriente en varias partes de la república. Sin embargo, no se necesitaría ir tan lejos. Con sólo tomar en cuenta sucesos mencionados diariamente en las páginas interiores de los periódicos bastará a quien se digne prestarles atención para comprobar la existencia, aun hoy, de esclavistas que vejan a poblaciones enteras con absoluta impunidad.

Cierto que el capitalino siempre dispone de una excusa: el campo está topográfica y nocionalmente cada día más lejano. Cegado por los rascacielos, los grandes bulevares y unas colonias residenciales que cuentan entre las más fastuosas del mundo, ¿quién podría ver la condición de los parias del campo? Vuelve a comprobarse el dicho: "Fuera de México todo es Cuautitlán". Pero aun sin salirnos de la urbe, ¿quién consiente en abrir los ojos sobre las negras realidades que se despliegan al cubierto vergonzante de la barda más cercana?

En nuestro repertorio dialéctico tenemos en reserva un argumento que varias veces se nos ha revelado como el único apodíctico. Apenas comenzábamos a hablar con los amigos, por supuesto muy humanos y preocupados por la justicia social, sobre el México postergado, cuando ya salía a relucir el inevitable: "Usted es extranjero y por lo tanto no conoció al México de antes. ¡Oh, no sabe usted cuánto hemos progresado!" Y a nuestra vez: "Sí, hemos progresado *nosotros*, pero ¿*los demás?*" Mejor nos asomamos a la ventana:

voluntariamente pero de verdad su más extremosa pobreza. En tales casos el forastero, incluso si el acento detestable denota su extranjería, se ve adoptado en forma tan inmediata y veraz como nadie podrá creerlo sin haberlo experimentado. La confianza de la gente humilde corre tan sin rodeos que, con carecer de toda preparación apropiada, nos hemos visto obligados a improvisar continuamente lecciones de alfabetización, aritmética, astronomía, etc., para jóvenes y ancianos. Este México olvidado, con todas sus carencias y su degradación física y moral, anda sobrepoblado de Morelos en potencia, que irradian inteligencia y nobleza de alma. Otra vez el diálogo de sordos: quienes sonrían con fatuidad y nos tachen de romanticismo, sentimentalismo, folclorismo y demás *ismos*, serán precisamente aquellos que conocen el México de las mayorías menos que el planeta Venus.

“—Miren ustedes ese hacinamiento de jacales, allí adelantito; ¿se han internado alguna vez por ahí?”

—No.

—Pues vámonos. Pero no sin releer juntos previamente la comparación establecida por Marx, en su *Manifiesto*, entre la condición del siervo en el ambiente feudal y la del proletario moderno. Ustedes me dirán, de los *subproletarios* que vamos a visitar, 1) si tienen más libertad interior y exterior, mayor dominio de su destino y de sus opciones, mayor *autodeterminación* que un perro; 2) si han logrado más bienestar moral y físico del que tenían sus semejantes bajo la colonia; 3) si no se aplica a ellos lo denunciado por Marx. O sea si colonialismo, imperialismo, paternalismo y otras vergüenzas de los siglos pasados no proporcionaban a sus víctimas por lo menos *algo* que ya ni siquiera está a su alcance hoy: “*instituciones feudales, patriarcales, idílicas, ... abigarrados lazos feudales que unían al hombre a sus superiores naturales, ... santo temor de Dios, ... devoción mística, ... ardor caballeresco, ... ilusiones políticas y religiosas, ... halo de santidad, ... velos emotivos y sentimentales...*”¹⁰⁰

Marx zahería con razón todo este opio del pueblo, pero no pretendía abolirlo sin más, tal como lo hizo el mundo capitalista, sino sustituir la sociedad que se valía de él por otra menos inicua.

Nefasto es el opio cuando se le utiliza en lugar de la terapéutica apropiada. Ningún médico honrado sustituye el bisturí por la cocaína. Pero tampoco se dispensará de recurrir a ésta cuando carece de los medios quirúrgicos y no puede ya brindar ninguna esperanza de salvación.

Vayamos sustrayendo a las masas su opio sin darles acceso a la libertad y el bienestar. Resultado: pura frustración. Pero a quienes proponen edificar una sociedad más equitativa se les objeta con la necesidad de salvaguardar *nuestra* libertad y *nuestro* bienestar.

Para las masas, como para nosotros, no existe posibilidad alguna de libertad interior (en definitiva, la única verdadera libertad) en ausencia de un mínimo de bienestar: suficiente para librarse de la tiranía de lo inmediato, de la obsesión del “¿qué comerán hoy nuestros niños?”, del peso de la mugre, los harapos

¹⁰⁰ Marx-Engels: *Manifiesto comunista*.

y la estrechez de una existencia sin espacio vital, físico ni psicológico.

En 1964, Jean-Paul Sartre, siempre afanoso abogado de las causas desesperadas, lanzaba el desafío: “¿Qué significa la literatura en un mundo que tiene hambre?” Señalaba el peligro de que aquella se limite a brindar un lujo superior para la clase privilegiada y otra coartada más para olvidar la postergación de las masas.

Con mayor razón todavía se impone la interpelación: “¿Qué significa la libertad en un mundo que tiene hambre?”

Nos espanta la sola idea de perder algo de nuestra libertad, pero nos negamos a tomar en cuenta a quienes no tienen absolutamente nada que perder. Quienes no poseen nada propio ni exterior ni interiormente, y menos que nada la libertad.

“El pobre no es libre; en todas partes es un siervo”. Bien lo comprendió Voltaire.¹⁰¹

¿Qué diría hoy el autor de *Cándido* sobre la esclavitud de quienes ya ni siquiera tienen derecho al título de “pobres”, pues no hay lugar alguno previsto para ellos en la sociedad? Son los olvidados, los *marginados*, los subproletarios.

Cada vez que los satisfechos apelan a su intocable libertad nos viene a la memoria un episodio de la primera sublevación proletaria de la historia de Francia. El 23 de junio de 1848, cuando la suerte de las batallas callejeras era todavía incierta para las dos partes, el astrónomo y físico François Arago, miembro del gobierno, intentó desde lo alto de una barricada gestionar la última conciliación. La única respuesta se la dio un combatiente obrero con la siguiente exclamación:

“¡Ah, señor Arago, nunca tuvisteis hambre!”

22. ALBERT...

“México comienza en donde los caminos acaban”, dice el realizador de la película *México, México*, François Reichenbach, incansable peregrino del México incomunicado. Y Carlos Fuentes, que escribió el guión correspondiente, cuaja esta metáfora: “México es un pie desnudo sobre una tierra ardiente.”

¹⁰¹ Voltaire: *Les Guèbres*, III, 1.

Bien pueden protestar los patriotas que se creen el centro y la suma de la realidad mexicana porque hablan *españolés*, beben *cocacola* o whisky en cursis cafés de la capital y manejan llamativos coches norteamericanos. Sin embargo, la aritmética no miente. Las cifras gritan que, efectivamente, el México de millones de auténticos mexicanos está más allá del asfalto, en el polvo o el lodo de las *ciudades perdidas* y los pueblos aislados.

Si borráramos del cómputo a los habitantes de los poblados sin servicios y las "colonias proletarias" alrededor y aun dentro de los centros urbanos, ¿cuántos mexicanos quedarían? De todos modos, aun con los propios datos del censo oficial (y nos consta que son multitud los no censados, precisamente los olvidados de siempre, los carentes de existencia legal, subproletarios de las ciudades y el campo), ¿quién se atreverá a contestar sin vacilar que *mucho* más de la mitad?

Son setenta y nueve mil los poblados reconocidos oficialmente como desprovistos de energía eléctrica, caminos, escuelas y asistencia médica. Ascienden a ochenta y siete mil los que carecen de agua potable. Y carecen de ella dieciséis de los veinte millones de campesinos mexicanos censados.

Tales datos los hizo públicos el arquitecto Joaquín Álvarez Ordóñez en una entrevista con un reportero de *Excélsior*.¹⁰² Él era entonces vocal ejecutivo de la Comisión Constructora e Ingeniería Sanitaria de la secretaría de Salubridad y Asistencia.¹⁰³ Fue presidente del Colegio de Arquitectos de México. Perito particularmente calificado en materia de planeación de población y ecología humana. Actualmente dirige las obras públicas de la capital.

Precisó el arquitecto Álvarez Ordóñez:

"La gente del campo se mueve hacia la ciudad aunque lo mismo le da vivir sin servicios en su medio que en las

¹⁰² Manuel Mejido: "Sentencia electrónica a 79,000 poblados", *Excélsior*, México, 20 de mayo de 1970.

¹⁰³ Su sucesor, el arquitecto Leonardo Martí, confirmó estos datos un año más tarde a Jaime Reyes Estrada, enviado de *Excélsior* (16 de mayo de 1971): "En el país hay más de 90,000 localidades —de hasta 2,500 habitantes— que no tienen agua potable y donde habitan diez y ocho millones de personas." (No entran en la cuenta las localidades de más de 2,500 habitantes y las "colonias proletarias" urbanas, por no ser de la incumbencia de dicha comisión.)

grandes ciudades. Pero en éstas se siente más cerca de esos servicios que tanto ambiciona, y piensa también que tendrá mayores oportunidades de trabajo.

“Pero hay algo más interesante. *Es más caro proporcionar servicios (caminos, agua potable, energía eléctrica y escuelas) en las grandes ciudades que en el medio rural...*

“En México tenemos una gran ventaja: se puede dar agua a todo el país... *México, en efecto, es un país con sed, pero con posibilidades de satisfacerla...*

“La falta de agua para consumo humano en los pueblos convierte a los menores y a las mujeres en bestias de carga para el acarreo del líquido entre las charcas o los aljibes insalubres y sus viviendas.

“Por la falta de agua potable el medio rural es el que tiene más padecimientos de enfermedades hídricas, y la mortalidad infantil es dramáticamente elevada.”

Estamos evocando las realidades mexicanas porque vivimos y escribimos principalmente en México y porque compartimos entrañablemente los padecimientos de los postergados. Pero conste que no se trata de difamar a este país, sino de abogar ante su minoría en pro de sus mayorías. “*¿Qué es más criminal: mencionar las carencias de las masas o resignarse a su perpetuación?* ¿No resulta, al contrario, el mero silencio sinónimo de complicidad en la *marginación* de tantos desheredados? *¿Cómo concebir una terapéutica eficaz sin un diagnóstico franco y realista?*

La ceguera de los privilegiados respecto de los desvalidos es efecto de la condición social, no de la nacionalidad. Se nota en todos los países. Se manifiesta en cualquier caso de injusticia colectiva.

También la opinión mundial se percata difícilmente de las opresiones más inveteradas y masivas a menos que lleguen a sacudirla acontecimientos en extremo horrorosos. Ella supo de los Estados Unidos y sus *ghettos* negros gracias a una sucesión de “veranos calientes.” Supo del Canadá y sus “negros blancos” del Quebec, de la Gran Bretaña, y sus parias de Irlanda del Norte, de Francia y sus *bidonvilles* de trabajadores extranjeros, del Medio Oriente y sus palestinos, etc., gracias a motines, incendios o secuestros. La verdad es que nuestra insensibilidad nos ha precipitado en un círculo vicioso espeluznante.

Fueron necesarios brutales y estruendosos secuestros de aviones y que el mundo entero, en septiembre de 1970, derramara lágrimas ante la televisión por los doscientos pobrecitos pasajeros que tuvieron que afrontar sólo unos días el sol diurno y el frío nocturno del desierto, para que al fin se tomara en cuenta la existencia de dos millones de palestinos privados de sus hogares, arrojados de su tierra y condenados desde años a las mismas y aun peores incomodidades. Entonces, sólo entonces empezaron ciertos diplomáticos a advertir que no puede pasarse por alto la suerte de los palestinos en un eventual arreglo general para el Medio Oriente. *El terrorismo, y sólo él, logró que se oyera la voz de la razón* antes sistemáticamente desdeñada por todas las potencias.

La consecuencia lógica es que a quienes propugnan causas ultralegítimas de por sí, pero contrarrestadas por grandes intereses egoístas, pronto se les impone la certeza de que el terrorismo será el único argumento tomado en consideración por la opinión pública y los poderosos. Pero cuanto más recurren los olvidados a hechos horribles con el objeto de imponer la conciencia de su derecho, tanto más pierden éstos su carácter espectacular y su fuerza de persuasión o de disuasión. Los indefensos se ven así en la tentación de ir cada vez más allá en la vía de la violencia llamativa, bien en carne propia (huelgas del hambre, autoincineraciones), bien en personas ajenas e incluso a veces inocentes (secuestros, atracos, atentados, guerrillas). Como contrapartida, se endurecen también los poderes represivos, recurriendo sin escrúpulo a chantajes, provocaciones, torturas y toda especie de atropellos.

Conste que cuantos callan ante las injusticias, desigualdades y discriminaciones, y singularmente cuantos tachan de "denigradores" a quienes interceden por los oprimidos, resultan indirecta pero no menos culpablemente *coautores de la tremenda "escalada" de la violencia sin límite y sin fin.*

Sin embargo, parece que la inconciencia impide a los bien provistos aprender la lección, obligando así a los discriminados y sus defensores a gestos cada vez más pavorosos y desesperados.

Por lo demás, no es posible disimular hasta qué punto tal inconciencia puede ser propia de países que se consideran como "desarrollados", sin exclusión, ni mucho menos, del país al que este escritor pertenece por la sangre y la cultura.

En 1968 Jan Palach se prendió fuego en Checoslovaquia en nombre de la independencia de su patria.

En 1969, en una estación ferroviaria de México, el agente postal José Refugio Méndez Gómez, padre de siete hijos, se sacrificó públicamente "para despertar la conciencia de líderes venales y malos funcionarios".

En septiembre de 1970, en la Francia de los Derechos Humanos, la dirección de una fábrica situada en un pueblo de la muy católica Bretaña, preocupada por evitar entre los obreros toda manifestación de no conformismo y todo intento de imitar a los hijos de la burguesía, declaró la guerra a los melencólicos entre sus trabajadores, imponiendo a su personal esta alternativa: pelo corto o despido. Ante una intimación directa en tal sentido, Albert... de 18 años, estimando que estaba en juego el derecho a disponer de su propia personalidad, se entregó a las llamas en el patio mismo de la fábrica.

Tres autoincineraciones. Cuestionables las tres desde ciertos puntos de vista. Pero ¡qué impresionante *la doble gradación de los motivos y de los efectos!*

Jan Palach se inmoló por la dignidad y libertad de su nación. José Refugio Méndez Gómez por la dignidad y libertad de sus compañeros de trabajo. Albert... por la dignidad y libertad propias.

Lo que era antes un recurso desesperado en el caso de una tragedia de excepcionales dimensiones llega a ser un medio casi ordinario de defender los derechos violados.

El nombre de Jan Palach trascendió por el mundo entero y sigue resonando en los cinco continentes.

El nombre de José Refugio Méndez Gómez lo ignoran el 99% de sus propios conciudadanos.

El nombre completo de Albert... ni siquiera fue dado a conocer. El joven mártir del honor personal sigue sepultado en el más absoluto anonimato.

Cada aniversario de la muerte de Jan Palach merece un recordatorio en la prensa internacional. Estremece a todos en Checoslovaquia y en el mundo, incluso a los que ponen la causa de la sociedad internacional por sobre las fronteras nacionales, y la liberación de las masas por encima de ciertas libertades individuales.

La inmolación de José Refugio Méndez Gómez pasó casi inadvertida. La mayoría de los periódicos la callaron, y la opi-

nión pública, si acaso se enteró, no le concedió el menor interés. Sin embargo hubo reacciones que salvaron el honor de México. Un grupo de delegados de la administración de Correos envió un mensaje al presidente de la República: "*Dirigímonos a Vuestra Excelencia para expresar nuestra solidaridad y luto por la inmolación de nuestro compañero José Refugio Méndez Gómez, agente postal... , cuya vida se extinguió como protesta por los salarios y condiciones de vida de nuestro sector, y como afrenta para las autoridades que imponen el epíteto de comunista a todo trabajador que por los caminos legales busca el mejoramiento de nuestro pueblo.*" Un ministro declaró: "*Es un caso penoso y delicado para nosotros porque pone en tela de juicio uno de los capítulos esenciales de los regímenes revolucionarios, que es la preocupación por proteger a los trabajadores*". La novelista, poeta y hoy embajadora Rosario Castellanos, cuya pluma tiene excepcional resonancia, consagró su columna editorial de *Excélsior*, el diario más importante de la República y de América Latina,¹⁰⁴ al martirio del trabajador postal. Igual testimonio dio en *Últimas Noticias de Excélsior* Miguel Ángel Granados, ayudante del director general de *Excélsior*.

En la Francia libertaria, el agravio a la libertad y la dignidad de la persona humana que impulsó al joven Albert... al sacrificio supremo, su propio holocausto, el dolor de su familia y de sus compañeros sólo merecieron el silencio de casi toda la prensa, la apatía de la opinión pública, la pasividad de los sindicatos, el mutismo de la Iglesia y la indiferencia del mundo oficial. Hasta el apellido de quien intentó despertar nuestras malas conciencias quedará ignorado para siempre.

Albert... , uno de tantos Albert.

Albert... , un muerto cualquiera en medio de tantos vividos que seguirán con innegable salud y buena conciencia.

Albert...

¹⁰⁴ "*Excélsior, Le Monde de América Latina*", escribió *Times*, Londres, 17 de diciembre de 1970, en un suplemento dedicado a la prensa mundial.

23. LA CARENCIA MÁS INEXCUSABLE

GILBERT Etienne, perito en economía del desarrollo, especialista en los problemas del sudeste asiático, opina lo siguiente en un libro sobre la India:¹⁰⁵

“Antes de soñar en las carencias de los países asiáticos, atendamos a *una carencia mucho más inexcusable*, la de nuestra información sobre Asia en general y la India en particular. Varios países de Europa, singularmente los de habla francesa, han sido tan intoxicados por multitud de libros y reportajes superficiales y poco serios... Resulta demasiado fácil repetir que los hindúes no llegarán a nada en tanto no coman sus vacas sagradas y no supriman sus castas...”

Ignorancia, simplismo, insensibilidad e indiferencia de los bien provistos respecto de otros grupos humanos relegados a la estrechez: un fenómeno bastante general. Y la cosa se agrava mucho más cuando opulentos e indigentes viven al lado unos de otros, pues entonces los primeros, para justificar y salvaguardar sus privilegios a toda costa, se hacen de la vista gorda ante la miseria que les rodea. Como que, de mirar en torno suyo, muy pronto se encontrarían en la obligación de poner en tela de juicio las estructuras sociales que auspician su bienestar al precio de privaciones sin cuento para la mayor parte de la población.

Se trata de un fenómeno de *subdesarrollo mental*.

Si juzgamos corto de alcances al que restringe su visión del mundo a una choza o un campanario, ¿no lo es mil veces más el que tiene un concepto de la humanidad calibrado únicamente a la medida de su propio yo que *repele al otro en cuanto otro a menos que aquél deje de ser otro*; que sólo estima digno de su consideración lo que gira alrededor suyo y congenia exclusivamente con quien cabe en su pequeña capacidad mental, su pequeño medio social, su pequeña ideología?

En semejante categoría de subdesarrollo entra el racismo en el sentido estricto de la palabra, pero sólo como una forma particular de segregación que no es la más común ni la más fatal y nefasta.

Entre nosotros, en efecto, prospera una segregación más generalizada, más radical y más irreversible de la comprobada en otros sectores, por ejemplo, entre negros y blancos o semitas

¹⁰⁵ Gilbert Etienne, *Les chances de l'Inde*, Ed. du Seuil, París, 1969.

y antisemitas: la segregación que todos nosotros, los defensores de *nuestra* libertad y *nuestro* bienestar, imponemos a la multitud de los *marginados* de nuestra sociedad. Muchos de éstos viven a pocos pasos de nuestra puerta y no nos conformamos con negarles libertad y bienestar, sino que llegamos a recusar finalmente hasta la realidad de su existencia misma, y ¡ay del “denigrante” y obsceno que se permite aludir a ellos! El racista común desprecia y humilla al negro. Nosotros vamos más lejos con los *marginados*. Los tachamos de la cuenta. Los anulamos. Alardeamos pura y sencillamente de que no los hay. Y si no los hay, ¿qué razón tendríamos para preocuparnos de ellos, de su libertad y bienestar, de su promoción e integración dentro de la sociedad?

Qué duda cabe: hay una separación todavía más tajante entre el privilegiado y el postergado de nuestro mundo capitalista que entre el racista y el negro discriminado por él. Quien lo niegue nos brindará con su misma negación la medida de su práctica segregacionista, revelándonos su descomunal ignorancia acerca de la condición de quienes viven detrás de la barda a lo largo de la cual pasa cada día para ir de su casa a su despacho.

Sí, no vacilamos en afirmar que la discriminación entre nosotros es aún más funesta que el mero racismo. Y es que *la peor desgracia del habitante de los jacales que nos rodean es no tener la piel de otro color que la nuestra*. Porque si tuviera una apariencia netamente distinta podría eventualmente llamarnos la atención e incluso contribuir a despertar nuestra conciencia, hasta suscitar quizá un arranque de humanidad. Por lo menos nos resultaría más embarazoso borrarle de nuestro horizonte.

Es increíblemente monstruoso que un hombre sea discriminado por su raza. Pero hasta la barbarie de un Hitler reforzaba al menos ante la opinión mundial la existencia misma de los judíos, y por lo tanto pudimos solidarizarnos con los perseguidos y exponernos a grandes riesgos por ellos. ¿Quién se solidarizaría con una persona que no existe, una persona a la que puede sepultarse en el olvido general? Quien osa dar a entender que acaso, más allá de nuestro océano de indiferencia, y por difícil que parezca, es posible que la gente desheredada tenga existencia efectiva, se ve inmediatamente incriminado de lesa nación y lesa sociedad.

Tocamos aquí la misma reacción psicológica que se presenta en otras esferas. He ahí un cristiano que suele pronunciar a diario fórmulas en que se autoacusa generosamente de “pecador” (“yo

pecador me confieso...”, “he pecado mucho...”; “*mea maxima culpa*...”; “nosotros pecadores...”, etc.). ¿No armaría un jaleo de los mil demonios si le tomáramos la palabra y nos atreviéramos a dudar de su rigurosa impecabilidad? Insinuémosle con delicadeza que tal rasgo de su temperamento, aun el más inaguantable para su prójimo, podría implicar siquiera cierto defectillo: de repente encontraremos a nuestro hombre defendiendo su inquestionable perfección.

En todos los países se tolera sin mayor disgusto que cualquier orador proclame que hay gran miseria. Pero en el momento de valorar los extremos de tal miseria y de reconocer que es mucha la gente que vive postergada mientras nosotros, una minoría, disfrutamos de nuestros privilegios, ya todo cambia. Cualquiera puede libremente derramar retórica a raudales sobre la miseria vista en general y en abstracto, pero a nadie se le permite sondear la sombría realidad concreta que nos acosa por todas partes, y menos analizar sus componentes e implicaciones.

Así seguimos viviendo los satisfechos y los apurados paralelamente, como dos planetas cuyas órbitas nunca podrán entrecruzarse. Y entonces suceden cosas como la siguiente. Salíamos de una choza después de acompañar en sus últimos momentos a una mujer de treinta años y siete hijos. Tísica, por desnutrición. La muerte no había llegado a tiempo para evitarle un último desgarramiento: darse cuenta de que su hija de diez años había sido violada por otro miembro de la familia. Quienes viven amontonados, sin disponer de dinero ni diversión, matan el tiempo como pueden y buscan el placer más barato y al alcance inmediato. Por eso, en los hacinamientos y la promiscuidad, en la estrechez y la *marginación*, el incesto resulta ser la realidad más ordinaria. Sólo podría escandalizarse demasiado quien niegue a los subproletarios su hombría de carne y hueso. Ahora bien, la misma mañana, el diario local más asistido de copiosas bendiciones y congratulaciones episcopales, arzobispales y cardenalicias (periódico que pertinaz y venenosamente vilipendia al clero “progresista” y, más que a nadie, al abominado obispo Sergio Méndez Arceo) coreaba en su página editorial cómo “México está viviendo en plena opulencia”, y celebraba “este banquete en que parece que todo está ya servido” ...—El banquete de “*nuestro*” *bienestar*... ¡cómo no!

En Francia, severas campañas de prensa revelaron los últimos

años la vergüenza nacional de los *bidonvilles*¹⁰⁶ de trabajadores extranjeros. Un censo oficial reveló que tales hacimientos insalubres contaban a principios de 1970 con *cerca de cuarenta y cinco mil habitantes* (casi veinte y cinco mil en la sola región parisiense).

Bajo la presión de varios sectores de la opinión pública, el gobierno tuvo que actuar. Resultado: por un lado se calculaba que el número de trabajadores extranjeros subirá hasta cinco millones para 1975, y por otro el primer ministro se comprometía en febrero de 1970 a acabar con todos los *bidonvilles* para fines de 1972. No hay que descartar que el estadista gane su apuesta, pues lo importante, también en Francia, es quitar de la vista y tachar de la cuenta a los subproletarios. Claro que las numerosas medidas legislativas y administrativas al respecto se adoptaron sin previa consulta con los interesados. ¿Cómo consultarles si, justamente, se trata de probar que no existen?

El farisaico descargo de conciencia de la sociedad francesa hará que los braceros foráneos tengan que dar la espalda al cuadro de vida y el ambiente con el que ya se estaban familiarizando, sin que se les ofrezca una compensación adecuada y la certidumbre de ventajas equivalentes.

Por cierto, el *bidonville* entraña escualidez y sordidez. Pero el inmigrante cuenta allí, a su llegada, con un punto de referencia que le permite situarse fácilmente. Un cuadro de vida que le brinda una impresión de seguridad y la compañía de paisanos suyos, con los hábitos, el habla y la idiosincrasia de su pueblo. Encuentra en medio de sus nuevos vecinos cierto calor afectivo, una red de relaciones fraternas, orientación y apoyo para tramitar una contratación, e incluso la posibilidad de retener algo del clima cultural patrio, con sus fiestas y sus intercambios humanos. ¡Cuánto atenúan estos elementos tan vitales el desarraigo y lo arduo de la adaptación! Desligado de ellos y trasladado no sabe adónde, el recién llegado se sentirá todavía mucho más *marginado*.¹⁰⁷ Pero eso es lo de menos. La razón de Estado no impone que el sub-

¹⁰⁶ Los *bidonvilles* ("ciudades de lata") son el equivalente francés de nuestras latinoamericanas *colonias proletarias, ciudades perdidas, favellas, callampas, villas miseria, barrios brujas, etc.*, o de los *slums* norteamericanos.

¹⁰⁷ El problema surge idéntico, para bien y para mal, en el caso de las inmigraciones internas, con el éxodo rural hacia las urbanas *ciudades per-*

proletario deje de ser subproletario, sino *que su presencia y perpetuación dejen de ser notorias.*

“*¡Ningún negro en mi camino!*”, dice el racismo segregacionista.

“*¡Ningún bidonville en mi camino!*”, dice el segregacionismo sociológico.

En realidad los *bidonvilles* suprimidos vuelven a reconstituirse rápidamente, sólo que en lugares más apartados y “discretos”, con la consiguiente mayor incomunicación e insalubridad.

Es con semejante empeño de escamotear a sus desheredados como nuestra sociedad alcanza el colmo de la perversión.

“*Una sociedad se juzga por la importancia que reconoce a los más desposeídos de sus miembros y su preocupación por hacerles acceder a una vida plenamente humana que les proporcione nuevas razones de vivir y esperar.*”¹⁰⁸

24. APARTHEID

Como puntos de vista, disposiciones mentales, conceptos antropológicos, modos de enfocar la realidad humana, el racismo

didás. Desde fuera se considera a estos advenedizos como nómadas, *paracaidistas*, pero ellos se integran muy pronto en su nuevo cuadro, por repulsivo que sea. Recordamos una colonia guanajuatense de la capital mexicana que frecuentamos apenas llegado a este continente. Las condiciones de existencia y convivencia no tenían nada de humano. Una *tierra de nadie* que parecía más extraña a la gran urbe que un *iceberg* del polo Norte. Las patrullas policíacas cercaban continuamente el sector, sin internarse nunca. Lo cierto es que aquellos domingos pasados en medio de esta gente (por lo menos las horas matinales, pues a partir de las once el efecto del pulque y el calor provocaban barbaridades) representan una primicia de nuestros mejores recuerdos mexicanos. Mediante sus conversaciones, cantos y bailes nuestros anfitriones se trasladaban con el pensamiento a sus ranchos y reconstituían con tanta emoción y nostálgicas lágrimas el ambiente nativo que nos sentíamos integrado esplendorosamente a él. Comprendimos de un golpe, merced a este contacto inicial con las *ciudades perdidas*, el porqué, guste o no a funcionarios planificadores y a burgueses filántropos, los vecinos de los jacales de cualquier país se resisten a mudarse, aun cuando se les construyan gratuitamente nuevas casas en zonas menos insalubres. *Su problema es socioeconómico antes que habitacional.*

¹⁰⁸ Carta dirigida el 24 de junio de 1970 por el cardenal Villot, secretario de Estado del Vaticano, en nombre de Pablo VI, a los participantes de la 57ª Semana Social de Francia (Dijon, 1-5 de julio de 1970).

y la *marginación* de los subproletarios no se distinguen netamente. Ambos representan una misma postura psicológica.

El racismo consiste esencialmente en rehusar un trato de igualdad al OTRO en cuanto otro, en discriminarlo por ser distinto, en mantenerlo segregado, apartado de los beneficios de la sociedad selecta, en declararlo incapaz de cualquier forma de integración y básicamente irrecuperable; en considerarlo, en una palabra, un *sub-ser* que merece que se le relegue a un estado de inferioridad.

Nada hay en tal definición que no se aplique, y con más razón, a la *marginación* sociológica.

Así es como nosotros, al tolerar la postergación de las mayorías, evidenciamos en gran escala la misma mentalidad que el racista, el mismo instinto discriminatorio. Por lo inicuo de nuestra sociedad somos todos, querámoslo o no, racistas hacia alguien. Mientras haya alrededor nuestro sectores rezagados, todos somos reos del mismo crimen que el racista.

El *apartheid* en su forma étnica opone una raza humana a otra. Nosotros oponemos nuestro egoísmo, nuestra comodidad, nuestra cartera a la posibilidad, para los *marginados*, de alcanzar una condición humana. Por lo tanto somos convictos de la forma de *apartheid* más exorbitante y asquerosa.

El hecho resulta todavía más patente si se advierte que, en la realidad concreta, segregación por concepto de raza y segregación por concepto de clase social coinciden fácilmente. A menudo, en efecto, se confía a las minorías étnicas las tareas más pesadas e ingratas, aquellas que la raza de señores no se digna desempeñar.

Durante la guerra de Argelia hicimos un sondeo entre cierto número de franceses particularmente liberales y opuestos al "racismo" y el colonialismo que hacían estragos al sur del Mediterráneo. La consulta demostró que eran excepción los que podían citar un nombre de norafricano residente en Francia con el cual hubiesen trabado una relación amistosa. Ahora bien, había en el hexágono nacional casi medio millón de argelinos, sin contar tunecinos y marroquíes. Pero, claro, en su mayoría eran braceros, peones, camareros, lavaplatos, barrenderos. ¿Segregación racial? ¿Segregación social? ¿Ambas cosas?

¿Por qué será que los únicos *bidonvilles* que subsisten hoy en Francia albergan a trabajadores *extranjeros*, casi todos nativos de regiones subdesarrolladas? ¿Segregación racial? ¿Segregación social? ¿Ambas cosas?

De los *ghettos* negros de los Estados Unidos a los campos de refugiados palestinos, de las selvas del Vietnam a las guerrillas de América Latina, del Quebec a las Vascongadas o a Irlanda del Norte, los pueblos que defienden su personalidad étnica llegan todos, tarde o temprano, a dar a su lucha un sentido y una dimensión que rebasan mucho la mera reivindicación independentista o autonomista. Se les impone la evidencia de que, más allá y por encima de su opresor inmediato, el desafío encara la forma de discriminación más universal y aplastante, el capitalismo, el cual se vale de los prejuicios racistas para asentar su poder.

Bien lo dilucidaron en los Estados Unidos los *Panteras Negras*. El propio Bobby Seale, líder del BPP (*Black Panther Party*), va repitiendo:

“El enemigo de los Negros no son los Blancos; el enemigo de los Blancos aquí no son los Negros: para unos y otros, el enemigo es el capitalismo.”

Nada más significativo que la progresiva tendencia hacia la militancia socialista revolucionaria que caracteriza a tantos movimientos de liberación que empezaron con demandas meramente raciales, nacionalistas o regionalistas.

Tomemos tres ejemplos de pueblos casi agresivamente católicos y tradicionalistas cuyo separatismo comenzó tomando un cariz conservador y confesional.

Primero, *Irlanda del Norte*. El colonialismo inglés logró hacer que el mundo pensara en un antagonismo religioso: *mochería* católica contra *mochería* protestante.

La joven animadora de la resistencia, Bernadette Devlin, representante ante el Parlamento de Westminster de su pueblo oprimido, fundó en Belfast, apenas salida de la cárcel, a fines de 1970, un *Centro de Investigación Socialista*. ¡Qué desconcierto para los irlandeses de los Estados Unidos cuando, aclamada a su llegada a Nueva York como heroína de la causa irlandesa y católica, entregó inmediatamente a los *Panteras Negras* las llaves de la ciudad que le había ofrecido el alcalde! Igualmente cuando, en lo que llamó “acto de solidaridad izquierdista”, visitó en la cárcel de San Rafael (California) a la socióloga comunista y militante negra Ángela Davis.

En París disipó definitivamente todo malentendido al aparecer en la *Mutualité* bajo la bandera roja, cantando puño en alto *La Internacional*. En el mismo acto un líder obrero de su tierra recalcó: “Bernadette no es la militante católica que se dice:

es una militante socialista revolucionaria.” Y ella, en una entrevista de prensa,¹⁰⁹ puntualizó:

“Es verdad que fuera de Irlanda aparezco sobre todo como una militante católica. La imagen que se propaga en el extranjero es la de una Bernadette luchando por los derechos de una minoría católica dentro de un sistema que, fundamentalmente, no se pone en tela de juicio. . .

“La prensa burguesa presenta esta imagen sabiendo que no resulta peligrosa. Tranquiliza. Sólo que de ese modo deforma voluntariamente el sentido de mi combate.

“Seamos claros: peleo en mi país para *construir una Irlanda unitaria y socialista*. No peleo por los católicos. No impugno al gobierno de Stormont por protestante, sino por capitalista y reaccionario. Impugno del mismo modo al gobierno católico de Dublín. . .

“Desde hace dos años hay violencia callejera en Irlanda del Norte. Pero es una violencia que no logra gran cosa, por permanecer prisionera de los cuadros tradicionales, católicos y protestantes. Es una guerra tribal. Es lo que conviene al gobierno capitalista: mientras los obreros católicos y protestantes sigan enfrentándose entre sí, el sistema no tendrá nada que temer. Debemos canalizar esta energía y esta violencia para *atacar al sistema mismo*.”

Más claro, sólo el agua.

Nada menos revolucionario y marxista que el Partido Nacionalista Vasco, fundado en 1890. Pero la guerra civil hizo que franqueara etapas importantes. En 1953, la intelectualidad formó el EGIN, un tanto más progresista. De éste surgió en 1959 el ETA (*Euzkadi Ta Askatasuna*, “Euzkadi y su libertad”), organización revolucionaria cuyos objetivos fueron definidos como sigue por su primer congreso (1962): “La independencia y reunificación del territorio vasco, la transformación de las estructuras económicas, sociales y culturales y la *creación de un régimen socialista*.” A partir de entonces, el último objetivo se ha ido haciendo cada día más explícito e imperioso.

Más cerca de nosotros, en el Canadá, tampoco los dirigentes del FLQ (Frente de Liberación del Quebec) ocultan su inspira-

¹⁰⁹ Georges Baguet: “Bernadette Devlin: pour une Irlande unifiée et socialiste”, *Témoignage Chrétien*, 19 de noviembre de 1970.

ción marxista y sus tendencias castristas, como lo hicieron constar los acontecimientos del otoño de 1970.

Vale la pena hacer notar que la revista francesa que más reprochó al general De Gaulle su “¡Viva el Quebec libre!” fue precisamente la que después lanzó la fórmula “los negros blancos de América”;¹¹⁰ y la documentación presentada a sus lectores no dejaba lugar a duda: entre canadienses ingleses y franceses, la lucha es tanto social como étnica. Se trata de una *lucha de clases* inpuesta a una minoría étnica por una mayoría opulenta y opresora.

¿No bastan tantos hechos para hacer ver la equivalencia entre segregación por concepto de raza o por concepto de clase?

En la América Latina, el hecho casi general de la postergación de los indígenas podría, según las apariencias, atribuirse tanto a los prejuicios étnicos como a los sociales. Cada observador decidirá conforme a sus apreciaciones subjetivas o sus esquemas preconcebidos. En realidad, trátase de *apartheid* racial o de *apartheid* “clasista”, ¿dónde situar la frontera entre ambos? Uno y otro nos presentan los mismos datos. Hombres “superiores” frente a seres “inferiores”. Complejo de superioridad de los primeros y agobio de los segundos. Discriminación y segregación, auténtico *apartheid* y ¡basta!

Lo cierto es que cuando la pantalla o las ondas nos exhiben a pretendidos indígenas, una convención universalmente aceptada por espectadores y oyentes como por autores, productores, directores y actores de cine, teatro, radio o televisión exige que los pobres indios presenten cara, dicción y ademanes de idiotas. Idiotas simpáticos en general, idiotas cariñosos o idiotas astutos, pero idiotas al fin. Todos saben, por lo demás, que también los asnos tienen su astucia, y esto no les hace menos asnos; como los gatos tienen sus arrumacos y los monos sus mañas sin dejar de ser animales. Perpetuamos así una tradición milenaria: aprovechar el ejemplo de seres inferiores para edificación de los humanos. “Me valgo de las bestias para instruir a los hombres”, escribía el buen La Fontaine en una dedicatoria de sus *Fábulas*. ¿Será por eso que en las telenovelas que se nos ofrecen en el continente los mejores actores resultan ser en general perros y caballos?

Hay películas de cierta calidad, inspiradas por buenas inten-

¹¹⁰ Claude Roy: “Les nègres blancs d’Amérique”, *Le Nouvel Observateur*, París, 1-7 de diciembre de 1969.

ciones antirracistas y anticolonialistas, copiosamente encomiadas y premiadas por su valor documental indigenista. Sin embargo son inaguantables por más de diez minutos para cualquier hombre de cierta sensibilidad con respeto a la dignidad ajena, especialmente tratándose de gente tan señorial y tan parca en gesticulación y palabrería como la que se pretende evocar. Ya los decires pueriles y la mímica grotesca con que se les personifica constituyen una verdadera afrenta. Francamente, la nobleza del indio merece más miramientos.

Inclusive cuando se condesciende a prestar buenos sentimientos a los seres inferiores y malos sentimientos a los hombres superiores se les sigue pintando como inferiores y superiores. El racismo estriba justamente en que, por encima de la dignidad y los merecimientos de las personas, se atiende a criterios y barreras meramente exteriores y convencionales. El mismo paternalismo imperante en todo eso resulta a menudo, bajo sus apariencias generosas, la forma más perniciosa del racismo. Los dos países en los que Francia ha sostenido todavía hace poco largas guerras imperialistas fueron, de todas las ex colonias, los más consentidos por el paternalismo de la metrópoli. Era en nombre de una buena conciencia paternalista como se mataba a tantos vietnamitas y argelinos.

Sea de ello lo que fuere, los *marginados* no aborígenes que sirven de diversión al público tampoco encuentran mejor trato que los indios por parte de los productores de espectáculos. Al contrario. Basta sintonizar cualquier radionovela "populista" para saber cómo se las gastan. Si las caricaturas de indios que se nos ofrecen resultan relativamente graciosas al fin y al cabo para quien nunca aprendió a ver a los indígenas en pie de igualdad, las ondas radiofónicas, con poquísimas excepciones, dotan obligatoriamente al pueblo de las colonias proletarias y los ranchos apartados con un tipo de sicología y de expresión no sólo beocias sino también asquerosamente tabernarias. Mientras, con derroche de vulgaridad, los realizadores dan la medida de su bajeza, la sociedad que soporta tales infamias deja constancia del desprecio que prodiga a sus capas inferiores... Inferiores por la pecunia, pero ¡cuán superiores en dignidad a quienes, "artistas" y publicistas mercantiles, las insultan con tamaña desfachatez!¹¹¹

¹¹¹ Los conquistadores, a su llegada a este hemisferio, extirparon los vestigios de las civilizaciones indias. Los colonialistas y segregacionistas

Pero ¿no implica nuestro sistema capitalista eso: el derecho absoluto, irrestricto, para los monopolios, de supeditar la vida intelectual, moral y espiritual del pueblo entero a sus ruines intereses?

de hoy manifiestan más ingenio: ¡les quitan hasta su alma! No conocemos en el mundo caso más cínico de perversión sistemática de la mentalidad popular que el de las poderosas redes radiodifusoras del continente (por ejemplo, México solo está "regado" por las ondas de *setecientas estaciones transmisoras* de programas comercialmente culturales y culturalmente comerciales). Citemos un caso concreto entre millones. Durante el gran eclipse de sol de marzo de 1970 nos encontrábamos en una zona apartada. En cada rancho, en cada casa nos planteaban multitud de preguntas sensatas y juiciosas sobre el fenómeno previsto. Mientras el acontecimiento se situaba en los límites de la información ordinaria, no había problemas. Todos se disponían a disfrutar del espectáculo que la naturaleza les iba a obsequiar. Pero por encima de la naturaleza, por encima del bien del pueblo, están los tiburones del mercantilismo. Era preciso *cocacolizar* el eclipse. Y se encontraron los instrumentos apropiados: unos vocingleros autocalificados "especialistas" en astronomía, con un tinaco de saliva en lugar de sesos. Entonces fue la catástrofe. Nos aturdieron los oídos *hasta dieciseis veces en un cuarto de hora*, vociferando entre anuncios comerciales que evitáramos a toda costa elevar los ojos hacia el Sol, que el cielo nos castigaría la mirada más furtiva, que sólo nos permitiéramos contemplar la proyección del Sol dentro de una cubeta de agua. Imaginemos a una persona sin otro vínculo con el exterior que la radio y esa voz energuménica de los empeñados en blandir la amenaza de las peores venganzas del cielo, mientras repiten y repiten que fijar la vista en el fuego solar reflejado por el agua no presenta riesgo alguno. Quienes no saben leer ni escribir no por eso están desprovistos de buen sentido: han podido percatarse desde siempre del peligro de los rayos concentrados en un espejo, aun de pura agua. Si, negando tal peligro, los gritones de la radio insistían tan desmedidamente en las sanciones de lo alto contra cuantos alzarán la cabeza, tenía que desencadenarse fatalmente una sicosis colectiva. Poco a poco, en efecto, los indefensos oyentes fueron sucumbiendo a la sugestión del espanto infligido a diestra y siniestra por los intemperantes charlatanes. De esta manera se logró despertar supersticiones y provocar pánico entre poblaciones nada propensas a ello. Unos cuantos deslenguados consiguieron hundir a multitud de mexicanos (aun, como lo comprobamos después, a hombres alfabetizados y no incomunicados, verbigracia, a viajantes de comercio) en el oscurantismo de millares de años atrás. Es así como se asesina moral e intelectualmente a las masas desvalidas. Todo en nombre del refresco X, la cerveza Y o el detergente Z. ¡Pobre América Latina... tan cerca de los incultos *escolarizados* del Norte! ¿Cuándo comprenderán los responsables el crimen que se comete contra el alma de un pueblo al confiar los medios de comunicación, difusión y cultura de masas a lacayos de los intereses comerciales yanquis? En el nivel de sus masas humildes, México nos parece sin duda alguna el pueblo más despierto y sagaz que cono-

En tiempo de la conquista los indios tenían por lo menos de su lado a obispos y frailes. Hoy, aparte eminentes excepciones, ni siquiera esto. Hemos frecuentado muchísimas zonas adonde el sacerdote no llega, o llega mucho después que los *gangsters* de al *cocacolicación*, los traficantes de drogas y los saqueadores de joyas arqueológicas. Más tarde también que los propagandistas de diversas sectas. Y no se trata sólo de zonas indígenas, ni mucho menos. El indigenismo hoy se ha puesto de moda y los dólares lo favorecen cada día más. Incluso es de prever que muchas poblaciones no indígenas escaparán del *apartheid* más difícilmente que las que por su piel y sus tradiciones satisfacen la afición del público por todo lo que sabe a exotismo.

Pese al racismo, el alcalde de la capital federal norteamericana es un negro. ¿Cuántas generaciones harán falta hasta este otro milagro de que uno de nuestros *marginados* escale la alcaldía de una gran ciudad?

Se nos replicará que entre nosotros también ocurre que un hijo de subproletario llegue a una alta posición. Exactamente una excepción que justifica la regla. En efecto, el *marginado* que

ceemos. Todos nuestros colegas universitarios que se han preocupado por enseñar el castellano, alfabetizar e instruir a sus criadas indígenas atestiguan con nosotros que estas muchachas revelan disposiciones mentales increíbles. Sin hablar de las aptitudes artísticas: al comprobarlas, cualquier nativo de países "desarrollados" alimenta un complejo de inferioridad. Tenemos que proclamarlo a cada paso (sin ignorar cuál sea al respecto la reacción engreída de los patriotas mexicanos *antidenigrantes*); ¡Sí! ¡cuántos virtuales Morelos y cuántas Sor Juanas Inés de la Cruz en el México olvidado! Pues bien, a un pueblo de tal refinamiento se le obliga a tragar por radio, televisión y cine casi exclusivamente los simplismos triviales del vecino del Norte, cuya población común y corriente ha revelado ser mentalmente la más subdesarrollada, primaria y vulgar. Los notorios incultos que tienen en sus manos la comercialización de las ondas y las pantallas niegan al público programas decorosos, con el sempiterno argumento: "*Es una producción de calidad, cierto, pero nada comercial*". ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! Veintidós años después de su estreno, una película como *Los olvidados*, de Buñuel, sin ninguna concesión al sensacionalismo o al sexo, puede abarrotar cualquier sala de México. Un amplio cine capitalino decidido a proyectarla tímidamente y sin publicidad especial, en febrero de 1971, ha tenido que mantenerla *once semanas* en su pantalla, cuando ya se había anunciado al popular *Cantinflas*. Este pueblo engulle indigestos churros caseros o yanquis únicamente porque no se le ofrece otro alimento. ¡Qué bien caería a México un poco más de nacionalismo, pero aplicado en el plano cultural!

escapa al cerrado círculo infernal de la miseria y hace fortuna es ordinariamente un arribista que sacrifica la solidaridad con su clase y su medio para abrirse camino por su cuenta. Llega a ocupar un puesto de importancia en la medida en que ya se ha desvinculado de sus orígenes.

No se exigió al alcalde de Washington que se pintara de blanco. Pero el subproletario puede aspirar a una función pública o un puesto relevante sólo a condición de renunciar a su cuadro de vida y a la cultura de su clase.

Conste que tocamos aquí el punto más inaccesible al común de los privilegiados. ¿Cómo podemos nosotros, los bien alimentados, los pulidos, los letrados y sofisticados, idear una cultura que no sea libresca y convencional? ¿Es siquiera concebible una cultura propia de la gente de los jacales que no implique rasgos exclusivamente negativos? ¿Quién entre nosotros imaginaría la posibilidad de un descalzo inteligente? No es por nada que los racistas blancos de Argelia se llamaban *pies negros*: llevaban zapatos y por lo tanto se les presumía hombres superiores. Bien sabemos que la sabiduría y el refinamiento nos entran por los zapatos. En la Francia de las Luces nada más tradicional que fijarse en la categoría del calzado para determinar el nivel social de una persona. "El calzado no miente." ¡Figúrense, pues, cuál podría ser la cultura de quien anda sin corbata y con los pies desnudos! Somos exactamente como aquellos conquistadores que disertaban gravemente sobre la posibilidad de que los indios tuviesen un alma racional.

Pocos *marginados* pueden integrarse a nuestra sociedad selecta, y eso si tienen éxito en su empeño incesante de hacer olvidar sus raíces renegando de su vestido, su lenguaje, sus costumbres, su alimentación, sus ademanes, su idiosincrasia, sus contactos humanos y todos sus comportamientos anteriores. *A nuestros negros les queda la posibilidad de escapar al apartheid siempre y cuando consentan en pintarse de blanco.* O lo que nosotros consideramos blanco.

¡Qué corto el racismo yanqui y el de los conquistadores españoles comparado con el nuestro!

Claro que semejante comprobación lastima. Y protestamos: ¿Segregacionistas nosotros? ¡Vamos! Ni pensarlo. A nuestros negros, sean blancos o de color, los amamos. Más bien los consentimos, los mimamos.

Eso nos recuerda una experiencia varias veces reiterada en Francia.

En un intento de diálogo entre dirigentes y militantes cristianos del proletariado y de la burguesía, surge el problema de las relaciones entre amas y sirvientas.

Punto de vista obrero: tal como se presenta en la realidad concreta, la posición del personal doméstico constituye un caso de verdadera segregación. La *boniche* (la criada) no ejerce un verdadero oficio, sino que su condición de sirvienta la pone en situación de dependencia, en estado de inferioridad. Se siente social y psicológicamente humillada. Por algo se habla de "servidumbre"...

Protesta vehemente de las piadosas y cultas damas de la sociedad acomodada... ¡Al contrario! A nuestras sirvientas las tratamos como hijas nuestras. Estimamos que su trabajo corresponde a una vocación, *la más hermosa vocación femenina*, la que mejor prepara a una mujer para su papel de ama de casa y madre de familia. El personal de *servicio*: ¿no dijo Cristo mismo que el Hijo del Hombre ha venido *para servir* y no para ser servido? ¿No se ufana la Virgen María de ser "la criada del Señor"? Vemos siempre como un honor el que una hija nuestra, como religiosa, trabajadora social, asistente familiar u otra misión semejante vaya a las barriadas más miserables a ayudar a madres de familia en aprietos, desempeñando en las peores condiciones justamente las mismas tareas que una criada...

Interrupción de una militante obrera:

"—Señora, nos parece, en efecto, admirable que su hija afronte en las casas más humildes promiscuidad, mugre, piojos, pulgas, olores hediondos, ejerciendo una actividad mucho más humilde todavía que la de su criada. Ahora bien, ¿qué tal si un día esa misma hija le dijera: «Mamá, he encontrado mi vocación definitiva: la vocación más femenina y más hermosa, la de la Virgen María. Mamá, quiero ser criada. Sé que la señora del doctor de enfrente busca una sirvienta: le voy a pedir que me contrate a mí.»?"

Por poco las respetables damas se caen de apoplejía fulminante. "¡Mi hija criada! ... ¿Y nuestro rango? ... ¿Y nuestra dignidad? ... ¡El caso es tan diferente!"

Lo que sería inconcebible deshonra para la hija de Mamá resulta la vocación más estupenda, más femenina, más evangélica para una mujer del pueblo. Si semejante reacción, por lo demás

casi universal, no suena a racismo y *apartheid*, ¿cómo calificarla entonces?

Hay una clase en la que, por nacimiento, todos están destinados a la *independencia*, y la Acción Católica de esta clase (paralela a la ACO —Acción Católica Obrera— y la ACR —Acción Católica Rural) se llama justamente— *ACI* —Acción Católica *Independiente*.

Hay, por lo demás, las clases en que, por nacimiento, todos están destinados a la dependencia. Hay la clase de los amos y la clase de los domésticos.

Hay *nuestra* libertad, *nuestro* bienestar y . . . *nuestros* negros.

Esa es la razón por la cual la existencia misma de sirvientas sólo se concibe en la medida en que subsisten poblaciones subdesarrolladas. Sobreabundan criadas en los países que mantienen postergadas a sus mayorías.

En cada lugar basta conocer la procedencia de las “muchachas de servicio” para tener el mapa del colonialismo interior o exterior.

“—¿Por qué en México todas las sirvientas son morenas?”, nos preguntan constantemente visitantes franceses, alemanes, belgas u holandeses. “—Por la misma razón que peones y sirvientas en Europa son españoles, portugueses, norafricanos, griegos o turcos”, les contestamos.

25. SOY LIBRE EN LA MEDIDA EN QUE SOY HUMANO

UN acta vaticana de fecha 17 de mayo de 1970¹¹² enjuicia en los siguientes términos la actitud de las naciones ricas que se niegan a reservar para los países pobres el 1% de su renta:

“Eso nos demuestra los efectos nocivos del nacionalismo y el racismo, del capitalismo, en una palabra, del egoísmo. . .”

¿No resulta muy sugestiva tal asimilación del capitalismo al racismo por un lado y al egoísmo por otro?

Es un hecho, y ya lo machacamos, que la postergación de las mayorías en el mundo capitalista no se presenta en forma muy distinta a la discriminación racial. Segregación por motivos étni-

¹¹² Congregación por la Evangelización de los Pueblos: *El papel misionero del clero*, Pentecostés de 1970.

cos o segregación por motivos *clasistas*, ambas proceden de idéntica egolatría colectiva de ciertos grupos privilegiados, inspiran iguales comportamientos y producen iguales efectos.

Si consideramos a *los autores* de la segregación, ¿no son productos de la mismísima mentalidad el *ghetto* negro y el *ghetto* subproletario de nuestras urbes, con sus *cinturones de miseria* y sus *ciudades perdidas*?

Si atendemos ahora a *las propias víctimas* de la segregación, ¿hay diferencia esencial entre las humillaciones del negro ante el blanco racista y las del subproletario frente a la sociedad acomodada que lo desecha como trapo sucio?

En último análisis y más allá de sus aspectos étnicos y sociológicos, el *apartheid*, trátese de su raíz, su alcance o sus consecuencias, es un fenómeno de orden cultural o, más bien, una manifestación catastrófica de incultura, de subdesarrollo psicológico. Refleja, en efecto, un concepto del hombre propio de una mente raquítica. Nos refiere a una antropología simplista que coloca a los humanos en dos categorías inconciliables: los *notables*, la raza de los señores, y los insignificantes, la raza de los réprobos.

Quienes, preciándose de élites, valoran la dignidad o indignidad de los demás según el tamaño de la cartera o el color de la piel, revelan una mentalidad tan primitiva, un espíritu tan rudimentario y una visión tan chata que patentizan su fundamental *indigencia cultural*. Por añadidura, al tener por despreciables a cuantos no se parecen a ellos ni corresponden a sus propios patrones culturales tan mezquinamente arbitrarios, estereotipados y chabacanos, al mantenerles al margen de la sociedad monopolizada por ellos, privan a millones de hombres de cualquier perspectiva de desarrollo personal y colectivo, reduciéndoles a meras condiciones de embrutecimiento.

Esto es lo más horroroso del caso: a fuerza de rebajar a nuestros negros a un nivel de vida infrahumano, acabamos deshumanizándolos y confinándolos en un estado de real inferioridad tanto intelectual y moral como física.

La comprobación más constante y esencial que nos impone la convivencia con los *marginados* del campo o la ciudad es doble. Por una parte nos maravilla encontrar en ellos, especialmente en México, dignidad y gravedad, tacto natural, elegancia de actitudes, delicadeza de sentimientos, agudeza de inteligencia: en una palabra, una verdadera finura de espíritu. Tanto que, por contraste, cuando regresamos a la "civilización" nos parecen inaguan-

tables la falta de urbanidad de los residentes urbanos, la grosería y patanería con que las personas de la mejor sociedad manejan sus coches, contestan al teléfono y pisotean a los demás en los transportes colectivos y los establecimientos públicos.

Cuando semejante contraste se pone más brutalmente de manifiesto es cuando las ondas radiofónicas hacen irrumpir las barbaridades de nuestro mundo sofisticado dentro de las chozas de las zonas comunicadas. Por acostumbrados que estemos a padecer las vulgaridades de la radio, éstas se vuelven suplicio demasiado atroz cuando nos flagelan mientras nos encontramos precisamente disfrutando de las riquezas psicológicas escondidas entre los *marginados*.

Sin embargo, por otra parte, consta sobradamente cómo en medio de esta misma gente de trato tan encantador chorrea la sangre, manda la droga, impera la borrachera y cunde por doquier el incesto.

Así es cómo una de las muestras más inesperadas de la hospitalidad patriarcal y aristocrática tal cual la encontramos en la Biblia o en Homero, por ejemplo, nos fue dispensada, en una zona apartada y desprovista de todo, por un hombre que acababa de matar a dos vecinos.

¿A qué se deberá tamaña paradoja?

Si se trata de una población fundamentalmente sana y de una nobleza excepcional, sólo las condiciones de vida que se le imponen pueden explicar sus fechorías.

Quienes, verbigracia, conocieron el hambre durante una guerra, habrán experimentado en carne viva el punto de bestialidad que puede alcanzar aun el hombre más distinguido, culto e incluso místico. Con los retortijones del estómago vacío, pronto se sorprende uno pensando cada momento en el alimento, hablando todo el día de comida y soñando de noche con comestibles. Su horizonte se restringe progresivamente a la mera subsistencia animal. Más grave todavía resulta el desequilibrio nervioso al que se encuentra expuesto como consecuencia de ello, con sucesión de estados depresivos y arranques de excitabilidad. ¡Cuán fácil perder entonces el dominio de sí mismo!

Si así ocurre con personas de constitución física y mental habitualmente inmejorable, ¿qué pasará con poblaciones sometidas a todas las carencias de generación en generación? Con el tiempo su calidad humana, por alta que sea, va deteriorándose profundamente,

Estamos hablando de los millones de hombres que, alrededor nuestro y a veces en medio de nosotros, componen el *Cuarto Mundo*,¹¹³ el último, el rezagado, el de los que no tienen existencia legal y ubicación social, el *mundo de los olvidados*.

Aunque el *Cuarto Mundo* tenga realidad tangible en una u otra forma dentro de casi todos los países, suele considerársele como un fantasma o un fenómeno meramente exótico.

Para los yanquis, el *Cuarto Mundo* sólo resulta concebible entre los no yanquis. Los europeos lo sitúan en los demás continentes, y los latinoamericanos en África o Asia.

No es del todo imposible que un mexicano pueda llegar a admitir que el *Cuarto Mundo* esté quizá representado en este mismo continente, pero sería en Guatemala, por ejemplo; el guatemalteco lo localizará en Honduras o más allá, como el colombiano en Bolivia y el boliviano en el Brasil u otra parte. Asimismo el francés tiene plena conciencia de que existe . . . en España, y el español lo busca en Grecia, mientras el heleno lo identifica con todo el mundo árabe.

Es que se trata realmente de *otro* mundo, ajeno al nuestro e indefinible para nosotros, aunque lo roceemos sin cesar en este continente, sólo separados (o inmunizados) de él por las simples bardas en las que se vitorean, con derroche de pintura y de superlativos, las insuperables realizaciones del monarca imperante.

Otro mundo: un mundo arrinconado, que consta de parias sin estado civil, sin protección judicial, sin asistencia médica, sin agua potable, sin sustento, sin bienes propios (materiales ni culturales), sin acceso a la vida social normal, sin voz y sin defensores, sin oportunidades profesionales, sin posibilidades de diálogo, sin perspectiva de madurez, sin esperanza de promoción, incapaces de leer o firmar su nombre.

Esclavo, mero objeto o bestia de carga, el ilota de la antigüedad no tenía más derechos que el subproletario de hoy. Pero aquél

¹¹³ Cf. Jean Labbens: *Le Quart Monde*, Ed. Science et Service, Pierre-laye, 1969. — Este libro es fruto de varios años de labor en medio del subproletariado, en el seno del equipo del "Père Joseph", compañero y defensor de los *marginados* de la región parisiense. El padre Joseph Wresinski anima el movimiento *Aide à toute détresse* ("ayuda a todo apuro"), que se dedica al conocimiento de los *marginados*, con miras a elaborar con ellos una "*pedagogie de la résorption*" (pedagogía de la reabsorción o incorporación de los *marginados* a la sociedad). La asociación *Aide à toute détresse* publica la revista *Igloos* (jacales).

no estaba condenado a la peor desgracia de éste: la inacción. Nuestros ilotas son seres inaprovechados, inservibles y ociosos. Ni siquiera disponen de un rincón donde meterse para matar el tiempo.

Hay negros expuestos a la discriminación y las sevicias de los blancos, pero el antagonismo racial les lleva a descubrir sus riquezas culturales propias y a luchar para hacerlas respetar. Reivindican con orgullo las prerrogativas de la *negritud*. Nuestros *marginados* no tienen nada que reivindicar.

Sobre los judíos han llovido las persecuciones, pero nada pudo borrar la conciencia étnica, la herencia espiritual, el patrimonio cultural del linaje de Abraham. Al *Cuarto Mundo* no se le reconocen rasgos positivos ni valores particulares.

El proletariado industrial está animado por el sentido de su magnitud numérica y la fuerza de su cohesión y organización. Tiene tras de sí una larga y gloriosa historia de luchas y conquistas, y por delante una poderosa esperanza de liberación. Por eso mismo, en la mayoría de los estados del continente el poder público pacta con él y lo consiente para mediatizarlo. Así es como ciertos regímenes prohijan poderosas redes "sindicales" en las que se evidencia la inspiración del corporativismo fascista de Mussolini como la imitación del *racket* norteamericano. La clase obrera latinoamericana figura así a veces entre las fuerzas menos revolucionarias, e incluso puede constituir uno de los pilares del *establishment*. Al gozar ya de ventajas materiales y privilegios sociales, trata de incrementarlos por las vías legales. Una "Revolución de Mayo", una sublevación simultánea de intelectuales y obreros es por el momento inconcebible en tales condiciones. Un Estado puede manifestar por un tiempo cierta indulgencia hacia la inconformidad estudiantil, pero no tardará en reaccionar con mano dura al primer indicio de una conexión entre intelectualidad y clase obrera. De por sí los universitarios, casi todos hijos de privilegiados y los más beneficiados por el actual estado de cosas, no suelen inquietar demasiado a los gobernantes. A lo sumo éstos los vigilan, manejan y dividen entre sí, manteniendo dentro de sus filas sus propios grupos de presión y agentes provocadores. Pero, ¿qué Estado resistiría en el continente a un verdadero frente revolucionario común de las aulas y las fábricas?

Al contrario del proletariado, el subproletariado se caracteriza por su extrema diseminación, su inconsistencia sociológica y su incomunicación. A nadie se le ocurre reconocerle un papel en la

sociedad. Nadie cuenta con su masa amorfa. Nadie le hace caso. Vive replegado sobre sí mismo, inmerso en la hondura de su impotencia e insignificancia, condenado sin apelación a la condición de mero desecho.

El *Cuarto Mundo* constituye realmente una humanidad aparte. Porción sobrante de la colectividad. Residuo inaprovechable. Perpetuamente traumatizado por su conciencia de estar de más. Encerrado en un callejón sin salida. Encarcelado dentro de su penuria, más implacablemente que en un campo de concentración. Peor que unos alambres de púas, la carencia de vestido "decente", de cultura convencional y de higiene lo constriñe a no abandonar nunca sus hacinamientos, con las bebidas y drogas excitantes, la embriaguez sexual o la agresividad por toda evasión.

Una humanidad aparte, sí, un tipo de seres fundamentalmente distintos de los demás. Porque no cabe reducirlos a ningún denominador común con hombres de cualquier otra categoría.

Desde un punto de vista humano, el problema planteado por el *Cuarto Mundo* no es el de su asimilación, incorporación o integración al modelo de sociedad que hemos concebido y realizado. Si tratamos sinceramente de acabar con el *apartheid*, sólo lo lograremos abriéndonos a la idiosincrasia de los olvidados para estar en condición de aceptarles tal como son, respetando su fisonomía propia, reconociéndoles el derecho absoluto de ser profundamente diferentes.

El negro no es un blanco que dejó de lavarse.

El subproletario no es un burgués que dejó de ganar dinero.

No se resuelve el problema negro enjalbegando de blanco a los hombres de color.

No se pone fin a la existencia del *Cuarto Mundo* con sólo "socorrer" a los olvidados, y especialmente dentro de esta nuestra sociedad capitalista en que tal obsequiosidad actúa esencialmente con fines lucrativos y demagógicos.

Las dos peores maldiciones que acechan al *Cuarto Mundo*: la "beneficencia" y la *cocacolicización*.

Por una parte el paternalismo pegajoso y enajenante, con la intrusión indiscreta de sus "buenas" intenciones.

Por otra parte, la *comercialización de las carencias* y la ingerencia de incentivos obsesivos que enredan a los desprovistos en las mallas engañosas de la sociedad de consumo.

El derramamiento dadivoso o la invasión de *gadgets* entre los *marginados* no hace más que atizar su desequilibrio básico, dan-

do rienda suelta a sus sentimientos de frustración. “*Atole con el dedo*”, que diría el mexicano.

Desde semejante punto de vista, la forma de alfabetización y de *escolarización* que brindamos al pueblo constituye una perversión y una barbaridad. Vamos multiplicando y eternizando los complejos de los desvalidos.

¡Dios libre a los *marginados* de cuantos “amigos” se proponen “ayudarles”, de cuantos “bienhechores” pretenden resolverles sus problemas desde fuera, *desde lo alto* y sin contar con ellos mismos!

Recordemos otra vez el caso de Argelia: los últimos colonialistas e imperialistas se oponían ferozmente a la independencia enarbolando el lema de la *integración*. Se avenían finalmente a otorgar sin reserva a los norafricanos la ciudadanía francesa. Sólo que los argelinos ya no pedían más que ser argelinos y gozar de los derechos humanos.

Con mantener por generaciones a las masas subproletarias al margen de nuestra sociedad las condenamos a seguir una trayectoria que acaba volviéndolas inasimilables e irrecuperables. Paralelamente, nosotros nos condenamos a no poder endosarles nunca, sin detrimento para ellas, nuestros modos de vivir, nuestros patrones sociales, nuestros principios éticos y nuestras normas legales. Bien podemos ponerles un disfraz e imaginar que así se nos parecerán: para siempre seguirán siendo fundamentalmente OTROS, reflejando una sicología diferente y perteneciendo a un mundo distinto.

La *marginación*, la desnudez, la postración física y moral a lo largo de generaciones crean lo irreversible. Reducen a nuestros parias al nivel de seres que no se pertenecen, de cosas sin interés, como polvo al viento, rama suelta que se lleva el arroyo. Un destino inmemorial los ha ido desnaturalizando, deshumanizando y despersonalizando, privados de aquel bien que define al hombre: *la libertad interior*.

¡Es tan natural que la sensibilidad de los olvidados, sus reacciones íntimas y su conducta exterior les impidan conformarse a lo que se esperaría de cualquier otro tipo de hombre!

Uno nace subproletario, *marginado*, paria, desprovisto de libertad personal, *como otro nace negro*: de nada sirve escamotear semejante realidad antropológica.

Quien impugna el socialismo en nombre de la libertad sólo da la medida de su egocentrismo y falta de honradez o bien de su ceguera respecto a la suerte de las mayorías. Hace hincapié

en su libertad y no quiere o sabe percatarse de que el *Cuarto Mundo*, el más numeroso, ignora cualquier forma de libertad y vive bajo el yugo de la necesidad más abrumadora e inexorable.

Precisamente el objetivo fundamental del socialismo es facilitar, según la expresión de Engels en el *Anti-Dühring*, "el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad."

Al rechazar el socialismo en aras de *nuestra* libertad, demostramos *nuestra indiferencia por las masas que carecen de toda especie de libertad* y contribuimos así a mantenerlas fuera del alcance de la libertad más esencial: la libertad moral.

"Soy libre en la medida en que soy humano", escribía Guardini,¹¹⁴ "soy libre en la medida en que puedo hacer sin trabas lo que corresponde a mi naturaleza humana."

Mientras permanezcan reducidos a su condición infrahumana, los subproletarios no serán libres, *no podrán ser libres*.

No teniendo acceso a la libertad interior, ¿de qué valen las libertades exteriores?

Las libertades cívicas y democráticas no interesan a los *marginados*. No les dicen nada. Ni las reivindican. La única libertad que conocen responde a su misma *marginación*: ausencia de cualquier freno legal o moral, vía abierta para cualquier exceso individual. Resulta realidad entre ellos, en su incomunicación geográfica, cultural y social, la *anomía* de que hablaba Durkheim: inexistencia de cualquier tipo de regla u obligación.

Ignorados por el Estado y la ley como por la Iglesia y su mensaje de amor y justicia, los olvidados no conocen a su vez más limitación, más norma ni otro imperativo que la brutal necesidad.

Libertad de zafarse de cualquier compromiso personal, familiar o social, de beber, drogarse, matar y robar, de fornicar a su antojo, incluso con su propia madre o hija.

Tal *anomía*, tal inexistencia de las convenciones o instituciones que sirven de base a la convivencia humana conduce por fuerza a una deshumanización progresiva y a una creciente incapacidad de intentar algo para salir al encuentro de una verdadera libertad interior y exterior.

¹¹⁴ Romano Guardini: "Quand suis-je libre?", *Janus*, París, abril de 1965 (Ed. Nouvelle Librairie de France et Robert Laffont).

26. "¡NO SE BAÑAN!"

ESTAMOS tres pasajeros en un taxi colectivo de itinerario fijo, de esos famosos "carros de a peso" o "peseros". En una bocacalle un hombre alza la mano con insistencia. El conductor no le hace caso. Trescientos metros adelante, otra mano, otra mano suplicante. La misma negativa. El hecho no tenía nada de insólito, pero como conocíamos al digno taxista (por lo demás, nos consta que alardea de su militancia en el Movimiento Familiar Cristiano) nos permitimos preguntarle discretamente si no había reparado en los dos clientes potenciales, siendo así que en el coche cabían otras tres o cuatro personas por lo menos. Sí se había fijado. Pero nuestro buen apóstol prefiere privarse diariamente de unos cuantos pesos a admitir clientes de determinada catadura. ¿Razón? Nos la dio después de echar una mirada furtiva hacia los otros ocupantes del vehículo. Tres palabras que restallaron como una ráfaga: "¡No se bañan!"

Da la casualidad de que conocemos a uno de los dos desdeñados. No se trata de un subproletario, ni mucho menos. Ni siquiera de un proletario. Es un obrero capacitado. Vive con los suyos en una casita modesta pero de una limpieza irreprochable. Podemos atestiguar que, por lo menos en lo que a él respecta, era calumnioso ese "¡No se bañan!" Su única infamia consiste en vivir en una colonia humilde y vestirse modestamente.

No podíamos quedarnos con la breve respuesta de aquel conductor. Investigamos. Un taxista más confiado y más locuaz nos lo aclaró más y mejor: precisamente un aspecto muy ingrato de su oficio es el tener que escoger a los clientes, excluir a uno para no perder a otros. "—No imagina usted a qué punto la gente se pone exigente. ¿Habrà más espíritu de casta en la India (el periódico del mismo día evocaba los esfuerzos de Indira Gandhi para acabar con dichas castas) que entre mis pasajeros? Observe usted las caras alrededor suyo, y vea si cargo a un obrero. Habrà quienes no le dejen lugar y quienes de plano prefieran bajar. Nos perjudicaría menos llevar a un apestado que a un pobre."

Si puede ocurrir eso con quienes son relativamente privilegiados en el continente, los obreros especializados y "sindicalizados", ¿qué será de los proletarios? ¿Y qué de los subproletarios?

Ningún negro puede sentirse tan aconplejado por su negritud como un habitante de los jacaes a causa de su vestido y su apariencia, frente a gente menos desheredada. Tanto la vergüenza

del subproletario ante sí mismo y ante la sociedad como su postergación por parte de las otras categorías sociales ahondan cada día más la zanja entre nuestra esfera confortable y el *Cuarto Mundo*, aunque entrambos colinden por muchos lados debido a los caprichos de la topografía.

Muy a menudo quienes más ignoran a los parias de nuestra sociedad no tienen empacho en discurrir magistralmente sobre ellos, pronunciando fallos inapelables y censurando sus lacras con severidad, sin atender a la menor circunstancia atenuante.

Hasta quienes hacen alarde de interés y simpatía hacia los olvidados se revelan en su inmensa mayoría incapaces de penetrar en una psicología tan singular y formular juicios equitativos. En cualquier conversación un tanto prolongada sobre este particular, aun con los interlocutores de más documentación, experiencia y sentido de la justicia social, estamos casi seguros de que caerán tarde o temprano las sentencias fatídicas:

“—Pero son ellos los que no quieren cambiar. No intentan progresar. Desaprovechan todas las oportunidades que se les presentan”.

—No quieren cambiar, es cierto —contestamos nosotros—, simplemente porque *no pueden cambiar*.

Apartheid físico y moral; privación de horizontes que no sean de caos, polvo, lodo, mugre, estrechez y decaimiento; ambiente deprimente, sin escape exterior o interior hacia un aire más respirable; inestabilidad familiar; carencia de verdaderos vínculos humanos en medio de una insufrible promiscuidad; falta de contactos y experiencias estimulantes; desnutrición cuantitativa y cualitativa, con la consecuente astenia fisiológica y mental, y la tentación de pedir al alcohol y la droga un poco de suplemento alimenticio, de nervio, de arranque interior y perspectivas de evasión; tiranía de lo inmediato sin margen para iniciativa o responsabilidad alguna; acoso de las circunstancias traumatizantes, accidentes, fallecimientos, enfermedades, desavenencias y choques entre familiares o vecinos locamente hacinados; arrogancia esclavizante de traficantes, caciques, “líderes” y otros piratas de tierra firme. En verdad todo tiende a plasmar un tipo de hombres (o de subhombres) profundamente enajenados, degradados y supeditados, desprovistos de madurez y energía. Su raquitismo corporal y espiritual no les deja otra salida que la apatía, el conformismo y la fatalidad. Quien les reproche su indolencia, abulia y desconfianza, su desajuste afectivo, su imprevisión e inconstancia,

sus inconsecuencias y escapatorias sólo pondrá en evidencia su obcecada cerrazón mental. Ésta no le impedirá, por supuesto, debatir doctamente sobre otros temas, pero le descalifica sin más para opinar autorizadamente en este campo.

Cierto que en cada uno de nosotros dormita un racista y neo-colonialista, presto a despertar y ponerse en pie de guerra a poco que se agudicen las punzaduras de la mala conciencia. Viene a cuento la reflexión del marqués de Vauvenargues:¹¹⁵ “*Regañamos a los infelices para no tener que compadecerlos.*”

Hay un hombre, un artista, un profeta que a nuestro juicio manifiesta una percepción excepcional de la mentalidad de los desvalidos: Luis Buñuel. Una larga serie de películas da prueba de que no se trata para él de un tema entre otros, sino de su preocupación dominante, una obsesión que le posee día y noche. Su lenguaje y estilo revelan una real e incesante convivencia psicológica con el mundo de los parias, porque sólo así es posible alcanzar un grado de *sensibilización* como para lograr introducirnos en el seno de una realidad casi universalmente desconocida.

Mientras andamos atareados en estos últimos capítulos vuelve a proyectarse en México la película *Los olvidados*. Obra maestra de un poder sugestivo irresistible. Como que no ha envejecido en veintiún años.

Naturalmente, nos sume en un barrio cuya pobreza no llega, ni con mucho, al infierno de las *ciudades perdidas* y las alucinantes barrancas del *cinturón de miseria* que rodea hoy esta capital como precio de su desarrollo y a consecuencia del éxodo rural y la explosión demográfica. Sin embargo los datos fundamentales y hasta los aspectos anecdóticos conservan en general plena vigencia.

Atmósfera tétrica, insalubridad, carencia de oportunidades, ociosidad y vagancia; concatenación de la indigencia y el delito; estado de desamparo y *modus vivendi* al margen de toda ley; fechorías a cargo de pandillas manipuladas por el cinismo desenfadado de sus cabecillas; lacerantes frustraciones y desequilibrio emotivo; ansias de ternura y de intercambio afectivo; vulnerabilidad frente a la fuerza pública, siempre propensa a considerar a cualquier pobre como delincuente mientras no pruebe lo contrario; prácticas supersticiosas; nostalgia de los ancianos por los “buenos tiempos” de don Porfirio; etc.

¹¹⁵ Luc de Vauvenargues: *Maximes*.

El espeluznante episodio del cadáver tirado a la basura sigue siendo de rigurosa actualidad. En zonas donde la policía no se mete y que escapan a toda vigilancia oficial, el caso, por supuesto, no ofrece mayores complicaciones: zopilotes, perros y ratas se muestran siempre dispuestos a cargar con todos los gastos de sepultura, sin dejar huellas. Pero también en plena ciudad y en caso de fallecimientos absolutamente "normales" ocurre eso de escamotear al muerto en forma subrepticia, por puro temor a que intervengan las autoridades. Si a lo largo y ancho de la república ustedes, señores distinguidos y poderosos, al atropellar a alguien con su coche, se escabullen para esquivar las arbitrariedades de los representantes del orden público, imagínense el pánico de los desamparados cuando se encuentran con un cadáver en su choza. Y como en las familias sin recursos, confinadas en un espacio exiguo y atestado, no necesitan pasar muchos años para que se extinga un niño por anemia, intoxicación, asfixia, quemaduras, ahogamiento, etc., la tragedia se repite a menudo. Cuántas veces, al asistir a un deceso entre la gente humilde, incluso de cierto nivel social, la primera reacción de los familiares en medio de su aflicción es dictarnos la respuesta que tendremos que dar a quien preguntare por las circunstancias del fallecimiento: "¡No queremos complicaciones!" "¡Que no se meta la policía!" "¡Que no nos vayan a acusar de hacerlo matado!" Explicaciones a menudo muy pueriles, más propicias para despertar sospechas que para conjurarlas, pero únicamente inspiradas por el temor de quienes saben que en todo "problema" eludirlo es el mejor medio de no salir perdedores.

La secuencia final del costal con el cadáver del niño despeñándose hasta el fondo del tiradero de basura es todavía más significativa en este México tan religioso y tan necrófilo por atavismo milenario. Conocemos a no pocos padres de familia a quienes atormentará hasta su última hora el remordimiento por haber privado de sepultura decente y de ritos fúnebres a un niño muerto del modo más natural: el pequeño cuerpecito fue a dar a un terreno baldío, a una alcantarilla, cloaca o fosa séptica. Sin embargo, ninguna tortura de conciencia impedirá que la próxima vez suceda lo mismo.

Lo que más nos impresionó en la reposición de *Los olvidados* fue la participación tan inteligente y sensitiva del público que nos rodeaba. ¡A qué punto se reveló accesible al mensaje de Buñuel! ¡A qué punto se entregaba al poder del arte y la magia de la

creación dramática! ¡Cuán pronto lo subyugó el ascendiente humano del medio social evocado en la pantalla!

Al principio, cuando la pandilla de jóvenes bribones maltratan al anciano ciego, los espectadores dejan estallar su horror y su protesta. Pero un momento después, cuando ya Buñuel nos impregnó del ambiente desnaturalizado en que viven estos olvidados, en vez de reprobación sólo hay lugar para un silencio dramático al ver al pobre lisiado sin piernas tendido de espaldas, despojado y desvestido por los mismos pandilleros.

Ahora el joven Pedro acusado injustamente y encerrado en el penal se encuentra con un funcionario más preocupado de educar que de castigar. Éste le brinda gratuitamente su estima y, con ganas de redimirle, jugándose el todo por el todo, le da un billete de cincuenta pesos para que le compre cigarrillos afuera. Todo el público está fascinado por la mirada irradiante de un muchacho descarriado que se está rehabilitando a los ojos propios y ajenos. Cuando ya regresa libre y orgullosamente al encierro, con los cigarrillos y el dinero en la mano, topa con quien va a despojarlo, y nuestra tensión alcanza un clímax: la dignidad de Pedro no permite más alternativa que matar al pillo o ser muerto por él.

Ya sin el dinero, ¿podría Pedro presentarse ante el funcionario? Pero, entonces, éste pierde la apuesta hecha en pro de su honradez y el chico se hunde para siempre, defraudando a quien le entregó su confianza.

Por parte de la concurrencia, ¿quién negaría al mozalbete destrozado el derecho de blandir el puñal? Mas: ¿quién le aprobaría si se hubiese cruzado de brazos renunciando a reivindicar su honor?

¡No! Nada tiene de ladrón ese Pedro cuyo cuerpo se tira a la basura. Pero al salir silenciosamente del cine pocos dejarán de acusarse en su interior por haber *robado* al muchacho y a todos sus compañeros *la libertad de no matar* y la posibilidad de no malearse. El solo hecho de callar ante la ignominia de un mundo que olvida a sus mayorías nos convierte a todos en delincuentes.

Lo más probable es que los cinevidentes hayan sospechado un instante a qué punto los abismos de la indigencia dejan de un modo irremediable *más despedazadas todavía las almas que los cuerpos*.

Por lo demás, aun sin penetrar en los infiernos del *Cuarto Mundo*, cualquier hombre, por rico que sea, puede notar alrededor

suyo y a veces dentro de sí mismo las huellas indelebles de la estrechez.

Nada escandaliza tanto a los naturales de países ricos como la insolencia ultrajante con que la clase favorecida de las naciones subdesarrolladas exhibe su opulencia. "Los latinoamericanos son a menudo atrocemente injustos con los Estados Unidos", lamentaba un día el *New York Times*.¹¹⁶ "Tienen tendencia a exigir de los Estados Unidos una responsabilidad y una generosidad que no reclamarán o no podrán reclamar de sus minorías acaudaladas." Ahora bien, semejante queja refleja a su manera la incurable incomprensión del rico y el colonialista respecto al pobre y el oprimido de hoy o de ayer. En efecto, el atavismo de las privaciones padecidas durante siglos deja improntas duraderas. No bastan dos o tres generaciones de prosperidad para borrarlas del todo. Resulta demasiado patente que los adinerados de este continente son casi todos poco más o menos *nuevos ricos*, con los complejos y las lacras que eso implica.

Un día, al preguntar a uno de los políticos latinoamericanos que más riquezas acumularon durante su estancia en el poder por qué no ponía límites a su insaciabilidad, se obtuvo la siguiente respuesta:

"—¡Comprenda! *Tengo hambre de siglos.*"

No podemos buscar otra explicación al caso, tan paradójico, del magnate Carlos Trouyet. "Filántropo", "modelo de caridad", asiduo proveedor de fondos del *establishment* católico. Murió en marzo de 1971 rodeado de la adulación de banqueros, clérigos, industriales y políticos. Había nacido pobre y conoció apuros en la niñez. Poco a poco, por su virtuosismo en las operaciones bursátiles, en el manejo de los negocios y las grandes empresas, alcanzó una de las fortunas más fabulosas. Sin embargo, cargó hasta más allá de la muerte con la herencia psicológica de su humilde origen. Por eso su desmedido afán de ostentación. Por eso, frente al océano, en la cima del cerro más alto y espectacular de Acapulco, despilfarró dos millones de dólares en la construcción de un mausoleo para sus cenizas. Obra faraónica, visible desde lejos por una cruz de cuarenta y ocho metros de altura. El hombre que nació apartado de los beneficios de la sociedad queda para siempre con el ansia de evidenciar a tiempo y a contratiempo la

¹¹⁶ Editorial del *New York Times*, 8 de enero de 1970.

realidad de su propia existencia. Conserva imborrablemente algo de los estigmas de la miseria pasada.

En octubre de 1970 unos ladrones echaron mano, en Nueva York, de las joyas de Sofía Loren, que valían más de medio millón de dólares. Cuando al volver la actriz a Roma los periodistas le preguntaron por qué se le ocurría viajar con joyas de tanta monta, dijo: “—Nací pobre y las joyas me han dado siempre una sensación de seguridad.”

¡Confesión algo inesperada por parte de una estrella en la cumbre del éxito!

¿Por qué reprochar entonces a los ilotas del *Cuarto Mundo* una indigencia moral que va en ellos al par de su indigencia física?

27. NUESTROS SEÑORES LOS OLVIDADOS

La señora xxx “nos recibe en la puerta de su quinta *Divina Providencia*. . . Veinte mil metros de jardín, un verdadero bosque al cuidado de 17 jardineros. Por todo el parque, estatuas de famosos escultores. Hay varios *bungalows* para sus hijos y amigos, y se construye una casa muy amplia, con grandes salones, que estará destinada a recepciones. . .”

La señora xxx “vive en constante actividad; la mitad del año la pasa en Europa, donde sigue trabajando. Dirige con habilidad a más de cincuenta sirvientes que cuidan del mantenimiento de las casas que tiene en Londres, París, Sevilla, Acapulco, Cuernavaca y la ciudad de México. . .”

La señora xxx “no se conforma con hacer recorridos por el mundo, lucir preciosas alhajas, ofrecer recepciones. Ella tiene un interés ante todo: ha dedicado su vida a las obras sociales. Su primer trabajo fue convertir al catolicismo a su esposo, lo que logró en el momento de casarse, y siguió catequizando a numerosas personas más. . .”

La señora xxx “fundó en México la Orden de Voluntarias de María —llamada también Damas Azules— para ayudar a los menesterosos. . .”

La señora xxx “personalmente sirve a los necesitados. No hay una amiga, un sirviente, un enfermo, un huérfano o un pobre que no haya recibido la ayuda material o moral que le haya solicitado. «Creo que es obligación de todos ayudar en cualquier

forma a quien lo necesite, y yo estoy dispuesta a hacerlo. Somos administradores de lo que Dios nos da... En cada uno de los enfermos y los necesitados está la imagen de Dios», dijo la señora...

“Y alegre, dinámica y sencilla”, la señora xxx “nos muestra los rosales y otras plantas que ella misma ha sembrado. «Espero que no las descuiden; dentro de un mes mi esposo y yo haremos un viaje por Sudamérica y Europa».”

Precisemos sin más tardar que la señora xxx no es invención nuestra. El texto precedente, con su ensaladilla de rosales y menesterosos, de mochería frívola y devota cursilería, por inverosímil que lo juzgue cualquier lector con la cabeza bien puesta, no es ni ficción ni caricatura ni broma pesada. Estamos recopilando parte de un reportaje aparecido en julio de 1969 en el más importante diario de habla castellana, ilustrado con fotografías de la señora xxx en su capilla privada, en la cripta de su capilla privada, en su bautisterio privado, etc. Sólo nos hemos permitido omitir el verdadero nombre de la doña de marras, porque si bien todo lo expresado en el reportaje sufre de rigurosa autenticidad, nos parece demasiado ignominioso para la interesada como para la fe que pretende representar.

Pero eso sí, agradezcamos a la señora xxx el favor de hacernos palpar hasta qué punto Cristo daba en el blanco cuando aseveraba a los fariseos de todos los tiempos: “*Las prostitutas os precederán en el reino de Dios*”.¹¹⁷

A la señora xxx no le falta ni siquiera una gran cultura libresca. No puede ignorar, por supuesto, las maldiciones del Nazareno y de los Padres de la Iglesia contra los ricos y las riquezas. Ha tenido que oír alguna vez el antiguo adagio cristiano: “*Todo rico es inicuo o heredero de una iniquidad*”. Por lo tanto le preocupa la tranquilidad de su conciencia. Bien parece haberla logrado. Hasta ponerse como ejemplo.

Comprendemos sin dificultad que los pobres estén destinados a servir para todo y que los ricos puedan valerse de ellos a fin de asegurar en este mundo y en forma barata su comodidad espiritual y su autocanonización. Pero es algo más dudoso que los ricos puedan ser útiles a los pobres sin previo trastrocamiento de sus estructuras mentales e inversión de su escala de valores. De todos modos nos parece muy remota la eventualidad de que la

¹¹⁷ Mateo, **xxi**, 31.

señora xxx esté en condición de no perjudicar a los infelices que caen en sus filantrópicas manos.

Cuando Dios quiso redimir a los hombres, aunque fuera tan capaz como la señora xxx de actuar desde lo alto, se sumergió en el mundo de los más humildes, se hizo *uno de ellos*:

“—¿No es ése *el carpintero*?”¹¹⁸

“Ha tenido que hacerse *semejante en todo* a sus hermanos.”¹¹⁹

¿Cómo se manifiesta “la liberalidad de nuestro señor Jesucristo” según Pablo? “*Se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza.*”¹²⁰

Conste que con eso el Nazareno no se granjeó los favores de la gente acomodada y del alto clero. La única capilla privada que dejaron a su disposición los príncipes de los sacerdotes de aquel tiempo fue el pesebre y, más tarde, el patíbulo.

San Vicente de Paúl, “celestes patrón de las obras caritativas”, cuando quiso redimir a los galeotes no encontró otro camino que formar parte de la chusma, calzando sus grilletes y bogando con ellos hasta la extenuación.

A lo largo de dos mil años de cristianismo todos los que entendieron algo del Evangelio y quisieron en nombre de Cristo actuar en favor de los desheredados empezaron por *confundirse con ellos*, haciéndose más pobres que los más pobres.

Dejemos pues a la señora xxx con sus obras pías, con su capilla, su cripta y su bautisterio privados, sus palacios y parques, sus estatuas y pinturas famosas, sus recorridos por el mundo, sus preciosas alhajas y brillantes recepciones, sus plantas exóticas y sus pobres. Porque ya es hora de volver a cosas serias.

Hablemos claro de una vez. Basta de místicos autoengaños. Basta de disfraces caritativos. Basta de “ayuda” a los necesitados. Basta de sueños y quimeras.

¿Aspiramos sinceramente a cambiar la condición de los desfavorecidos? No lo lograremos sin cambiar radicalmente nosotros mismos, pues, lo queramos o no, resultamos constantemente cómplices de la injusticia imperante.

El abrazar la causa de los pobres entraña un tremendo compromiso y constituye un peligroso reto.

Por definición nuestra sociedad capitalista, al reducirlo todo

¹¹⁸ Marcos, vi, 3.

¹¹⁹ *Cartas a los Hebreos*, II, 17.

¹²⁰ Segunda Carta de Pablo *A los Corintios*, VIII, 9.

al único criterio del lucro y el dinero, desecha a los desposeídos. ¿Cómo podríamos “ayudar” honradamente a éstos a menos de entrar resueltamente en una lucha sin cuartel contra el sistema económico-social que los pisotea?

Además, si repudiamos francamente todo racismo, toda segregación, nuestro primer deber será el de anular realmente las distancias que nos separan de los discriminados. Un acercamiento que no consiste en distribuir apretones de manos, sonrisas y limosnas. Muchos pasos de los privilegiados hacia los desvalidos ensanchan más bien la brecha entre éstos y aquéllos.

Suprimir el *apartheid* quiere decir incorporararnos a la tragedia de los postergados, presenciar sus humillaciones y frustraciones, percibir los traumas más hondos que la segregación social infiere a sus víctimas.

¿Cuáles son esos traumas? Vamos a intentar señalar algunos en forma sucinta, poniendo de relieve el comportamiento que nos dictan.

1. A los *marginados* les agravia interior y exteriormente su relegación e incomunicación. Por eso es que se privan de comer para conseguir un aparato de radio que les permita sintonizar con el ancho mundo. El muy desgastado lugar común de “la televisión en las *ciudades perdidas*” se vuelve en contra de nuestra sociedad segregacionista más que en contra del indigente que hace locuras para introducir la pequeña pantalla en su choza. La antena sobre el jacal no expresa el culto del *gadget* o la insensata sustitución de lo necesario por lo superfluo, sino el afán de entrar de plano en la corriente de la colectividad humana y de ponerse en la órbita de la vida moderna. Sin embargo, todo contacto con otra esfera que la suya agudiza entre los olvidados la conciencia de su abandono y su *insalvable insularidad*. Aun el forastero que les visita tiene que parecerles una especie de aventurero que sólo aborda su islote desolado en busca de exotismo, mirándoles de paso como animales raros. Nadie puede acercarse a ellos sin hacer todavía más mortificante su sentimiento de inferioridad. A menos que lo vean realmente dispuesto a compartir en todo el peso de su existencia para verificar en carne propia su amargo destino. Alguien capaz de identificarse con ellos en lo físico y en lo moral, con las implicaciones espeluznantes que eso acarrea.

2. Los *marginados* sienten profundamente su inutilidad e insignificancia social. Nadie les necesita, nadie espera de ellos nin-

guna aportación. El postergado se considera esencialmente *un hombre inservible*. Nada tiene que ofrecer. En la mejor hipótesis, acontecerá que reciba algo de los demás, pero bien sabe él que jamás conocerá la satisfacción del *dar* algo. Inclusive las ondas radiofónicas le impiden ignorar que los favorecidos quieren quitarle el derecho mismo y aun el poder físico de transmitir la vida, reprochándole hasta el haber nacido. Puro parásito e intruso a los ojos de los repletos, se ve privado de toda oportunidad. Aun sus cualidades le parecen despreciables. Se da cuenta de que la sociedad juzga con severidad sus lados menos censurables. Le consta que alabamos en otros lo que en él reprobamos. Conforme al refrán, “*en el rico es alegría y en el pobre es borrachera*”. Por lo tanto no le queda un solo rasgo del que no se avergüence. Entre los desheredados se comprueba a diario el dicho del marqués de Vauvenargues:¹²¹ *La pobreza humilla a los hombres hasta el punto de que aun sus virtudes los ruborizan*”.

En tales condiciones, quienquiera que aborde a los olvidados para aleccionarles o para “socorrerles” les hiere íntimamente, sin sospecharlo en la mayoría de los casos. Asediar las zonas *marginadas* en calidad de “padre”, de “perito” o de propagandista, inundarlas con lemas políticos, religiosos o comerciales, regarlas con limosnas o dádivas, implantar en medio de ellas patronos y soluciones que no han brotado de su ambiente: he aquí los modos más seguros de hundirlas más profundamente.

Si es verdad, como lo dijo el Nazareno, que “*hay mayor felicidad en dar que en recibir*”, si la grandeza de la persona humana reside en su capacidad de ser útil a sus semejantes, sólo podemos devolver a los postergados su honor de hombres proporcionándoles oportunidades de servir a la sociedad y de enriquecer a los demás. Ante todo, posibilitándolos para hacerse oír.

Eso quiere decir que las almas “caritativas” sólo tienen una alternativa: o dejar que los olvidados chapoteen para siempre en las cloacas de nuestra sociedad acomodada, o presentarse a ellos como mendigos, como de rodillas, moralmente *desnudos*, con las manos vacías y concientes del gran vacío de su corazón. Mírenles no desde arriba, sino desde lo hondo de su vergonzosa impotencia burguesa. Preocupándose únicamente de recibir algo de ellos. Escuchando su mensaje humano. Abiertos a su sabiduría. Permaneciendo totalmente pendientes de ellos, dispuestos de ante-

¹²¹ Luc de Vauvenargues: *Maximes*.

mano a tributarles un eterno agradecimiento por el solo favor de no ser echados a patadas ni tan despreciados como se merecen.

3. No se concibe la persona humana sin *autodeterminación*. El hombre goza de libertad en la medida en que puede asumir responsabilidades, obrar por propia iniciativa, crear, inventar y forjar. Es lo que más falta hace a los *marginados*. Por eso, *el mayor atentado a su dignidad humana es tratarles como menores o seres primitivos*. No hay derecho a prever y actuar en su lugar y sin consultarles. Aplicarles normas ajenas e imponerles soluciones *prefabricadas* viene a ser, otra vez, una forma de enajenación.

Hemos visto una colonia popular de una capital latinoamericana invadida por bandadas de jóvenes arquitectos instalados con sus tableros de dibujo en medio de las chozas, bajo la mirada estupefacta de niños y adultos. Participaban en un concurso nacional de proyectos de viviendas para sustituir los hacinamientos de casuchas. Ahora bien, nos fue fácil enterarnos de que ninguno de los proyectistas había tomado contacto con la población local. Claro que distribuyeron algunos dulces y centavos a la chiquillería. Pero no visitaron una familia ni charlaron con un solo adulto. Los selectos hijos de papá no tenían nada que aprender de los incultos que les rodeaban. Al contrario, eran éstos quienes debían sentirse muy agradecidos porque iban a ser para ellos tan geniales proyectos habitacionales.

Era aquella una de esas colonias "proletarias" en que se concentra la falta de imaginación de cuantas almas buscan edificantes satisfacciones personales. Reductos de "caridad", mimados por multitud de "buenas conciencias"; su destino supremo: concurrir al alivio moral de la mejor burguesía; pozos donde van a caer todas las "buenas" obras concebidas por los grupos políticos y las iglesias, el *Opus Dei*, los Voluntarios del Papa contra el Comunismo, el Movimiento Familiar Cristiano, Los Vicentinos y las Vicentinas, los Caballeros de Colón, etc.

Una colonia tan privilegiada, que hasta unos estudiantes de Harvard habían encontrado allí su camino y el modo de hacerse perdonar la guerra de Vietnam, la Alianza para el Progreso y otras hazañas del imperialismo de su país. Luego de instalar el inevitable "dispensario" se les ocurrió crear una esplendorosa cooperativa. Les sobraban para eso dólares y buena voluntad. ¡Menos mal que alguien logró interponerse! Después de un inexorable lavado de cerebro, quedaron saludablemente acomplejados. Dejaron callada su monstruosa "buena voluntad" y quietos sus

importunos dólares. Se dedicaron únicamente a observar y escuchar a los vecinos. Pocas semanas les bastaron para percatarse de que habían estado a punto de perpetrar una barbaridad. La colonia tenía su propio circuito comercial y a los "altruistas" universitarios les pareció al fin sumamente ingenioso y funcional para compradores y vendedores.

¿Quién será el bienhechor de la humanidad y el salvador de los desvalidos que logre lanzar en los medios burgueses una campaña de abstención, pasividad y renuncia a las "buenas obras"? O, si no, organizar entre los damnificados de nuestra "beneficencia", víctima de nuestras malas conciencias en busca de reconfortantes coartadas, una paciente campaña de inmunización.

Por ser hombres, a los *marginados* les asiste el derecho de trazar su propio camino y de encauzar ellos mismos su marcha hacia adelante. Deben ser dueños de sus iniciativas, inspiradores de su desarrollo y responsables de las realizaciones que les conciernen. Sólo podemos unirnos a ellos en calidad de *subordinados*.

Como todos los que conquistan su *autodeterminación*, igual que la juventud que se emancipa o las ex colonias que logran acceso a la independencia, el *Cuarto Mundo* no podrá hacerse cargo de su suerte sin conocer titubeos y fracasos. Edificará su porvenir mediante experiencias más o menos positivas. Pero hasta sus tanteos contraproducentes y sus esfuerzos menos acertados servirán de jalones que le llevarán a discernir poco a poco las vías de su verdadero progreso.

La sinceridad nos obliga a confesar que en los barrios populares y las zonas desheredadas se repite a cada paso la misma actitud que originó la guerra de Vietnam o de Argelia. Empeño colonialista. Voluntad de promover el destino de una entidad humana sin el mínimo respeto a su *autodeterminación*.

Pagaremos muy caro algún día un desarrollo de los indígenas y del *Cuarto Mundo* concebido y realizado al margen de los propios interesados. Se comprobará, cuando sea demasiado tarde, que sólo se fomentó la *peligrosa e irreparable desnaturalización* de aquellos a quienes se pretendía llevar hacia el progreso. Un progreso que no corresponde a su personalidad.

No puede confundirse impunemente la auténtica promoción humana con un indiscreto acondicionamiento impuesto desde fuera y desde lejos. No puede, con pretexto de "civilizar", introducirse una brutal *cocacolonización*.

El querer hacer el bien en contra de la voluntad y el espíritu de los seudobeneficiados genera todavía más estragos que las fechorías de los peores maleantes. Como que se pervierten *las almas mismas*.

No existe más presencia ajena válida que la que se sitúa en la órbita misma de los supuestos beneficiarios, exaltando sus iniciativas, dando resonancia a su voz, eco a sus aspiraciones y proyección a sus logros. Por encima de todo se trata de que se sientan cada vez más hombres, más adultos, más libres, más rectores de su trayectoria y más modeladores de su propia fisonomía.

La primera virtud del verdadero promotor del desarrollo es la obediencia. *Ob-audire*: prestar oídos con toda docilidad a la voz profunda de aquellos a quienes queremos redimir. Seguir sus derroteros. Sujetarnos a las exigencias de su genuina conveniencia.

4. El *marginado* tiene *conciencia de su abyección*. Sólo podemos acercarnos a él con la obsesión de su dignidad de hombre, honrándole tal como es, buscándole por el enriquecimiento que su compañía nos reserva, llevándole a descubrirse a sí mismo, a afirmar sus dotes y virtualidades propias. Tenderle la mano, sin hacerle sentir muy concretamente que él es quien manda, el artífice de su suerte, un hombre clave, sería otra vez hacerle desandar el camino de su verdadero desarrollo.

Es tiempo de que no se maneje ya a los desheredados como meros objetos o bien como masa receptiva para todas las propagandas, materia de retórica electoral y de patetismo demagógico. También es tiempo de que se renuncie a considerar como un ideal transformarles poco a poco en pequeños capitalistas o burgueses advenedizos y clientes de la sociedad de consumo.

Desear la liberación y el bienestar de los oprimidos es querer que sean ellos mismos quienes tomen en sus manos su propio destino, que se hagan dueños y señores de un mundo construido por ellos y para ellos.

Todo cuanto estamos expresando aquí no va más allá de la peregrinación. Sin embargo, aun entre los más convencidos de lo bien fundado de verdades tan irrefutables, ¡cuán pocos saben atenerse a ellas en la práctica! Y es que el colonialista, paternalista y racista que se agazapa tras de nuestra buena conciencia no se resigna tan fácilmente a abdicar.

28. BLACK LIKE ME

EN octubre de 1959, el novelista blanco John Howard Griffin provocó, mediante tratamiento médico, la pigmentación de su piel, y hecho todo un negro se internó en el Sur segregacionista. El patetismo de tan inaudita aventura podemos revivirlo leyendo su diario titulado, con máxima propiedad, *Black like me*, "Negros como yo".¹²²

En 1968, Grace Halsell, agregada de prensa en la Casa Blanca, impresionada por la lectura de tal relato, quiso repetir la prueba. Vivió tres meses en tres *ghettos*, principalmente en el de Harlem, y ha narrado su experiencia en su libro *Soul Sister*, "Hermana de alma".¹²³

¿Cuándo tendremos similares testimonios sobre la vida de los negros blancos de nuestros países? ¿Quién editará un *Desvalidos como yo*?

Se escriben, por supuesto, muchos reportajes o ensayos de periodistas y estudiosos que visitaron o frecuentaron colonias proletarias y zonas olvidadas. Pero se trata casi siempre de tomas de vistas truncas. Sólo dan una idea episódica y superficial de una realidad humana demasiado desafiante y huidiza para que pueda ser alcanzada en toda su profundidad sin haberse uno sumergido en ella por lo menos durante cierto tiempo. Tal realidad humana revela su genuina fisonomía únicamente a quien la aborda como enamorado, a quien se entrega a ella por completo.

De poco sirven unas visitas de paso. Ni bastan simples documentos antropológicos, por auténticos e incontrovertibles que sean. La dignificación misma de los olvidados requiere que los expositores de sus problemas vitales moren o hayan morado dentro de su ámbito. El verdadero testigo tiene que adentrarse en su existencia diaria *en un plan de rigurosa igualdad*.

El *Cuarto Mundo* nos pone ante un caso paradójico. Las condiciones individuales y sociales, físicas y mentales que privan en él condenan a sus integrantes al silencio, el marasmo y la resignación pasiva. Los subproletarios son mudos para definirse ante sí mismos y ante los demás. Incapaces de concebir, formular y concretar aspiraciones, designios o propósitos, *los subproletarios no pueden*

¹²² John Howard Griffin: *Black Like Me*, A Signet Book, New American Library, Nueva York, 1960.

¹²³ Grace Halsell: *Soul Sister*, 2ª ed., Fawcett Crest Book, Greenwich (Conn.), 1970.

proyectarse hacia el futuro. Lo que dicta su conducta de cada momento es un simple instinto de supervivencia vegetativa o animal y de aprovechamiento del instante presente. La vida les acostumbró a callar y aguantar.

Por consiguiente, en tanto no encuentren *fuera de su círculo* quienes estén dispuestos a prestarles su voz, los postergados permanecerán sin medios de expresión, desconocidos de todos e impenetrables para cualquiera. Pero ¿quién puede presentarse como intérprete valedero de un grupo humano sin compartir su suerte por completo? *¿Quién puede hablar en nombre del Cuarto Mundo sin pertenecer a él en cuerpo y alma?*

Al querer redimir desde fuera el infierno de los desposeídos volvemos a una forma de colonialismo, tanto más avasallador cuanto más ingenuamente paternalista. ¿Hemos de recordar una vez más cómo las peores abominaciones del colonialismo fueron posibles por haberse perpetrado al amparo de la “buena conciencia” y las más intachables intenciones de sus autores? Por ejemplo, ¿qué país en mejores condiciones para llevar a cabo la inmolación de Hiroshima y Nagasaki, o la defoliación de los campos vietnamitas, que un país que se considera “el buen Samaritano del mundo”?

Nadie como los *funcionarios* y tecnócratas más “humanitarios” mutilará a los subproletarios en su propia alma con la pretensión de fijar el destino *ajeno* permaneciendo confortablemente instalados en lo alto de sus torres de marfil y acometiendo de vez en cuando excursiones oficiales.

Para muchos, los desvalidos son objetos y no sujetos.

Cualquier ganadero atiende cuidadosamente a las exigencias propias de sus animales. En cambio, cuantos por el ancho mundo presumen de *reabsorber* al subproletariado “integrándolo” o “incorporándolo” a la sociedad o a la “civilización” piensan poder prescindir de las aspiraciones de los interesados y hacer caso omiso de su personalidad.

Todo labrador se hace esclavo de la naturaleza y pendiente de las reacciones específicas de las plantas que confía al terruño. El artesano se somete al ritmo de sus máquinas e instrumentos. La objetividad es la ley de toda empresa humana no condenada al fracaso. Nosotros, sin embargo, nos ponemos a determinar la trayectoria futura de las mayorías según nuestra real gana, ateniéndonos a normas teóricas o a principios subjetivos que no tienen nada que ver con los datos humanos respectivos. Infligimos a las

masas nuestros criterios, amputándoles el derecho de prever y decidir sobre lo suyo. Bien sabemos, por supuesto, que una consulta apresurada y por compromiso no tiene sentido, pues una de las impotencias básicas de los desvalidos se sitúa precisamente en el campo de la expresión: los privamos desde siempre de toda posibilidad de tomar la palabra.

Realmente se diría que estamos en un callejón sin salida.

Por un lado, si no reservamos el papel de portavoces del *Cuarto Mundo* a sus auténticos integrantes, aun con las mejores intenciones nos haremos cómplices de verdaderas *hecatombes en el plano moral*. Por otro, es evidente que tales portavoces no existen ni van a brotar por generación espontánea.

No queda, entonces, otra solución: voceros foráneos, sí; pero que vivan en su seno en forma tan auténtica que lleguen a *injer-tarse* poco a poco en la sustancia viva de la masa humana a la que tendrán que encarnar y reflejar.

Necesitamos hombres, jóvenes especialmente, bien dotados moral e intelectualmente, con serio adiestramiento técnico y dispuestos a *naturalizarse* con el subproletariado a fin de constituir *el fermento que, desde dentro, hará levantar toda la masa*.

No turistas sociológicos. Ni aventureros. Ni aficionados al exotismo. Ni distribuidores de recetas o fórmulas mágicas. Ni propagandistas. Testigos. *Mártires* (tal es el equivalente griego de *testigo*). *Mártires* de la causa de los más olvidados. Confundidos y comprometidos con ellos. Hasta *ser* ellos.

Sólo podrá erigirse como árbitro entre nosotros y el *Cuarto Mundo* el hombre de nuestra sociedad que haya asumido tan en carne propia la suerte de los desheredados que venga a ser representante copartícipe de su destino. El hombre que esté en condiciones de decir no sólo "desvalido como ellos" sino, al personificar espontánea y concientemente la pasión de todos sus compañeros de desnudez, "*desvalidos como yo*".

No se trata, pues, de simple coexistencia o de mera solidaridad, sino de *convivencia hasta la estricta identificación*. Se necesita no sólo hermanarse con los réprobos, asociarse a ellos, sino *unirse* totalmente, mezclarse sin reserva y llegar a no diferenciarse ya de ellos. Venir a ser *uno de ellos*. *Sentirse* uno de ellos. *Ser admitido* a su lado como uno de ellos. Con todo lo que eso implica, en las duras y en las maduras.

Quien no se decida a ir tan lejos y tan adentro, que se abs-

tenga de hablar de los *marginados* y renuncie a la ilusión de ser útil.

No hay duda que serán pocas las almas "caritativas", "filantrópicas" o "humanitarias" capaces o dispuestas a enfocar el descubrimiento del *Cuarto Mundo* en semejante perspectiva. No tanto por falta de generosidad, que ya sobra en este campo, sino por *ceguera paternalista*.

Intente cualquiera de nuestros lectores sugerir a un grupo de amigos un contacto con la población de una *ciudad perdida*. Inmediatamente surgirá la pregunta: "—¿Qué vamos a llevarles?" ¿Qué?... ¿Dinero? ¿Ropa? ¿Juguetes? ¿Diversiones? ¿Consejos?

Inútil que nos esforcemos por explicar cómo frente a los humildes somos nosotros los desprovistos, los míseros, los pordioseros; nosotros quienes saldremos beneficiados al escucharles, entender su lenguaje, sensibilizarnos a sus realidades, enriquecernos con su experiencia y sus peculiaridades, impregnarnos de su estilo humano y, sobre todo, recibir, asimilar el choque del encuentro con un medio traumatizante y un destino agobiador. Se nos repetirá: "¿Cómo vamos a presentarnos ante esa pobre gente con las manos vacías?"

Así como un tío no visita a sus sobrinitos sin regalarles dulces, nosotros nos dignamos inclinarnos hacia nuestros hermanos inferiores sólo para otorgarles una propina como muestra de nuestra alta condescendencia.

Habrán quienes accedan a guardar para sí sus limosnas de dinero o de palabras, pero sin saber o poder mantenerse en su papel de receptores. Entonces, especialmente si son intelectuales, no querrán perder la ocasión de llevar al cabo en medio de esos ocasionales conejillos de Indias una investigación en regla. ¡Así! ¡Sin más preparación! Sin conocimiento previo de la "materia" de sus indagaciones. Asaltarán de sopetón a sus víctimas con cuestionarios, cámaras fotográficas, grabadoras, etc. Como si un proyecto de encuesta pudiera tener validez científica sin acoplarse a la realidad objetiva para poder *desentrañarla tal como se presenta en y por sí misma*. No lograremos resultados consistentes si previamente no nos vamos empapando del ambiente local, dejando a un lado las ideas preconcebidas.

¿Quién alardeará de analizar con seriedad fenómenos sociales tan ingentes e inexplorados como los del *Cuarto Mundo*, a menos que los aborde con el pudor y la disposición del sabio? Blandir nuestros esquemas prefabricados no es más sensato que dibujar des-

de el escritorio un mapa de la selva virgen sin previo reconocimiento del terreno, o trazar un itinerario para una zona totalmente comunicada y desconocida sin saber nada de hipotéticas vedas de acceso y medios de penetración.

Pensamos en muchos hombres, en muchos jóvenes que en un momento dado dedicaron a zonas proletarias o indígenas todas sus horas libres. Años después no les queda de tal experiencia sino el recuerdo de una especie de remota y austera temporada turística. Hoy lograrán eventualmente, en selectas tertulias, impresionar narrando con amenidad ciertos episodios de sus pasadas andanzas en medio del exotismo subproletario, exactamente como otros al evocar con éxito su pasada afición por el alpinismo o la espeleología. Lo que parecía intensa entrega a los desgraciados se descubre finalmente que no fue más que un pasatiempo novedoso y excitante.

Naturalmente, una franca inmersión en los abismos infrahumanos de los rezagados que no sea somera y efímera no constituye un deporte muy tónico que digamos para la salud física y mental. Nadie puede jactarse de salir inmune e indemne de semejante aventura. El ambiente de la indigencia contamina a los más equilibrados. Si John Howard Griffin carga con un cáncer del páncreas y una degeneración osteopática a consecuencia de su asimilación exterior a los negros, quienquiera que se identifique profundamente con el *Cuarto Mundo* no escapará a cierto cáncer y degeneración del alma misma. Y aun llegados a tal extremo sólo habremos captado algunos aspectos, un tanto superficiales, de la vida subproletaria: nunca iremos al fondo de la tragedia. Por lo mismo que semejante inmolación, aunque sincera y cabal, tiene la gratuidad de lo libre, lo voluntario y, lo decidamos o no así, de lo transitorio. Lo peor del aplastamiento de las masas es *el peso de su ineluctable fatalidad y perpetuidad*.

Quien se hace espontáneamente súbdito del *Cuarto Mundo* puede, cuando le venga en gana, reintegrarse a su estado anterior y su marco burgués, en tanto que sus compañeros permanecerán sumidos en su infierno para siempre. Inclusive si se entregó sin ánimos de regreso, ni él ni nadie podrá impedir que un pariente o amigo le vaya a rescatar en caso de accidente, enfermedad grave, encarcelamiento o peligro de muerte. Cada vez que, al igual de sus vecinos, su pobreza lo señale como delincuente y lo lleve a prisión, saldrá con la cabeza alta y con los esbirros puestos a sus pies cuando al cachearlo le encuentren documentado, titulado y

retratado con corbata. Puede incluso, como ya lo hemos experimentado, suceder que, entre excusas rastreras y cumplidos, se les escapen algunas confidencias. "Comprenda, señor profesor, póngase en nuestro lugar. ¿Cómo podíamos adivinar que estábamos en presencia de un respetable personaje? A cada paso topamos con gente ignara y peligrosa, sin documentación, sin domicilio, oficio ni dinero y con cara malvada. Todavía la semana pasada entregamos uno a la autoridad y allí, por las dudas, lo han quitado de enmedio... ¡Esta gente sólo entiende a balazos! Señor profesor, comprenda; no es como para andarse con buenos sentimientos."¹²⁴

Aunque el hijo burgués naturalizado en el *Cuarto Mundo* se granjee aquel "no se bañan" de la gente que pone cara de asco ante los humildes, no conocerá nunca lo más agobiante para sus compañeros. Criado en una familia más o menos normal, dotado de una cultura y un concepto personal de la vida, teniendo perspectiva para juzgar a hombres y cosas, capacidad para arrostrar los embates de la suerte y los agravios de la sociedad, en una palabra, siendo amo de su propio destino, el que nació privilegiado seguirá siendo eternamente un privilegiado.

Un burgués venido a menos podría darse el caso extremo de que no encontrara más remedio que ir a parar a una *ciudad perdida*. Le será imposible no conservar algo de sus anteriores recursos psicológicos: libertad interior, dominio de su condición de vida, soltura, capacidad de aprovechar las menores oportunidades. Pues bien, ya así estará muy por encima de quienes vinieron al mundo condenados a vivir y morir como parias. No cabe medir por el mismo rasero al indigente de nacimiento y al indigente por reveses de fortuna. Éste superará a menudo la estrechez. Aquél muy raras veces.

Puede haber ciertos campos en que el recién llegado al mundo de los olvidados (por decaimiento o por desprendimiento voluntario) se sienta en situación de real inferioridad frente a sus

¹²⁴ En cualquier país la pobreza es presunción de culpabilidad, pero esto se agrava allí donde la corrupción impide que la justicia ponga límites a la arbitrariedad y ampare a los inocentes desposeídos. En México mismo, el gran criminólogo doctor Alfonso Quiroz Cuarón deploró en el Seminario de Prevención y Rehabilitación en el campo de la delincuencia, celebrado en marzo de 1971, el hecho de que el castigo penal siga reservado a los pobres, mientras el 50% de los delitos no llegan al conocimiento de las autoridades judiciales y permanecen por lo tanto impunes.

nuevos vecinos. Al distanciarse de las esferas acomodadas para ingresar en el círculo de la miseria sin fondo abrirá los ojos sobre otra forma de miseria, no menos trágica: *la insondable miseria del mundo burgués*; vacuidad de nuestra formación libresca, sordidez de nuestro materialismo, nuestro culto del dinero; esclavitud de la sociedad de consumo y degeneración psicológica por falta de *densidad humana*. El egoísmo, la arrogancia y la avaricia de los satisfechos irán perdiendo poco a poco sus máscaras hasta dejar al descubierto toda su sórdida realidad. Y al revés: entre las profundas lacras y los estigmas de la pobreza sin límite irá discerniendo rasgos de verdadero humanismo, cierta delicadeza de sentimiento y expresión, espíritu de altruismo y solidaridad, despego del dinero. También, sobre todo en México, una dosis insospechada de hidalguía, hasta de quijotismo.

Reconocerá la existencia de una cultura del *Cuarto Mundo*, con sus valores propios. Y por contraste, se avergonzará cada día más de la mezquindad mental y moral del universo burgués. Con los valores humanos quizá le suceda lo que se ha dicho del color: *los blancos son negros desteñidos*.

Incluso las adquisiciones personales en que más confiaba anteriormente nuestro hombre tan copiosamente *escolarizado* le irán pareciendo oropes. Por ejemplo, las dotes intelectuales: cuando las diarias circunstancias le pongan en el brete de tener que recurrir al uso de las manos, le sorprenderá ver cómo sus compañeros atribuyen su inveterada e incurable torpeza no a la poca práctica, sino a una falta de *ingenio*.

Antes que en América Latina ya habíamos llegado a la misma comprobación al trabajar en los arrozales de Camarga (Francia) al lado de peones italianos, españoles y portugueses analfabetos: “—*Un peu plus d'idée, professeur!*” (¡Un poco más de *ingenio!*) El compañero encargado de iniciar fraternalmente a un intelectual tan inepto no le daba lecciones de destreza física, sino que le enseñaba a medir y armonizar sus gestos en forma *racional*: “—¡Demasiado esfuerzo, demasiado sudor, profesor... , por falta de *cabeza!*”

La cultura del *Cuarto Mundo* y el respeto que se merece pese a sus aspectos sombríos, he aquí algo que no logra concebir el raquitismo psicológico de nuestro *establishment*, ni tampoco la suficiencia de la Iglesia de los ricos.

“*La verdadera cultura obrera sigue siendo desconocida en la cumbre de la Iglesia*”, aseveró R. de Gendt, secretario general

del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos (MMTC), al evocar ante la III Asamblea general¹²⁵ la audiencia que Paulo VI le concedió junto a sus compañeros del Consejo Central.

Si con su cohesión, su dinamismo, sus antecedentes, sus organizaciones y la lucidez de sus portavoces la clase obrera no pudo imponer en la Iglesia el sentido de su idiosincrasia y de su herencia cultural propia, ¿cómo esperar la menor atención para los valores del mundo de los olvidados?

Aun en el campo estrictamente religioso resulta patente, y más aún en este continente, la incompreensión de la jerarquía y las élites católicas con respecto a la mentalidad de los humildes. Mientras dentro de los "templos" se cultiva un boato sacrílego para halagar a las familias acaudaladas y brindarles ocasiones de ensalzarse, el clero anatematiza varias formas de la piedad popular que, pese a ciertas dudosas apariencias, envuelven a veces un profundo contenido espiritual. Esos mismos cristianos selectos que van a "ofrecer un cirio a la Guadalupana" por el éxito de un examen o de una operación bursátil, escarnecen el "masoquismo" y el "fetichismo" de los indígenas que avanzan de rodillas hacia los altares para besar las imágenes.¹²⁶

¹²⁵ Ostende, 4-11 de octubre de 1970.

¹²⁶ Tal parece que varios episcopales caciques de este continente, poco propensos a entrar en la vía de la renovación especialmente en lo que toca a los privilegios y malos hábitos de los opulentos, intentan salvar la cara con coartadas a costa de los desheredados. Piostean entonces sin miramientos las tradiciones plebeyas, sin querer advertir que el respeto debido a los infelices aconseja considerar con indulgencia ciertas prácticas de suyo reprobables, pero que son producto de la desesperanza humana en busca de un último recurso. Verbigracia, no puede aclararse la decadencia de las instituciones y las órdenes religiosas a partir del siglo XIV sin recordar la *Gran Peste* que se llevó en sólo siete años en la mitad de dicha centuria, a una cuarta parte de la población de Europa. Un ejemplo iconográfico francés resulta muy ilustrativo: la sustitución del Santiago Peregrino (conductor de las multitudes rumbo a la "Jerusalén del Poniente", el cabo Finisterre y la "Costa de la Muerte", en la extremidad occidental del universo conocido) por el San Roque, también peregrino, igual en todo al santo compostelano, con excepción de la pierna que ostenta la cicatriz de una peste milagrosamente curada. Paso del culto teocéntrico al egocéntrico, de la tensión mística a la religiosidad utilitaria, del sentido agudo de la trascendencia a la búsqueda del interés inmediato. Una de las más tremendas calamidades de la historia explica fácilmente semejante degeneración, si bien no la justifica. Por lo demás, aun deplorando tantos yerros de la piedad popular, nos resistimos a equipararlos a ciertas distorsiones

Pero, al fin y al cabo, no es sorprendente la incapacidad de hacerles caso a los desheredados por parte de un sistema católico aferrado desde tantos siglos atrás al poder y la gloria. En cambio, sí nos asombra en lo personal la falta de sensibilidad por parte de la juventud inconforme de hoy.

cultivadas a ciencia y conciencia por parte del clero y la burguesía "practicante". Nos escandalizan mucho menos los indios hincados de rodillas que quienes aprovechan la religión para erguirse e inflar su cartera o su vanidad. Durante la Semana Santa de 1971, por ser tiempo de penitencia y también pensando enriquecer nuestra propia documentación respecto del pequeño mundo de la mochería cursi, soportamos una larga serie de *mesas redondas* televisadas bajo el lema "Cristo en 1971". Para desahogar pronto, digamos que la cosa consistió en un aprovechamiento con fines comerciales del tan rentable sentimiento religioso mexicano. Se nos instruyó, así por las buenas, sobre cómo "Evangelio" significa "Buena noticia", y se nos hizo ver cómo, hoy por hoy, buena noticia es tal insecticida, cual compañía de seguros, esta marca de café y aquella otra de chocolate (por un milagro digno de la Semana Mayor, esta vez se nos libró de la sempiterna cerveza y la fatídica *cocacola*). No insistamos en la prodigiosa incultura, frivolidad y estrechez de horizontes exhibidas por la mayoría de los graves clérigos participantes (hasta el superior mayor de una orden religiosa que dentro de la propia España se muestra relativamente abierta condenó, sin andarse con matices y distingos, como no cristiana la existencia de *sacerdotes obreros*. Si bien blandía apuntes minuciosamente prefabricados a base de textos conciliares, se le habían escapado las tomas de posición del Vaticano II y Pablo VI al respecto). Tampoco vamos a insistir en la fatuidad de casi todos los pontífices laicos (y ¡las santas matronas!) de los "Cursillos de Cristiandad", el "Movimiento Familiar Cristiano" y otras capillas, que nos recitaron el entero catálogo de los clisés cultivados en sus grupitos. Lo que sí nos hizo brincar fue la pedante suficiencia con que, a propósito del culto mariano y guadalupano, los participantes se pusieron de acuerdo en atribuir a la incultura los usos populares. Justamente por haber tomado a la villa de Guadalupe, Chalma, San Juan de los Lagos, Zapopan, Juquila, Astata, Petatlán o Esquipulas, Suyapa, etc., y sus vías de acceso (con sus multitudes caminantes) como laboratorio antropológico y etnológico, sabemos qué autenticidad espiritual y qué lucidez de fe se expresan, en forma sublime o torpe, en el curso de tales peregrinaciones. Los retóricos ignaros de las aludidas *mesas redondas*, al señalar con petulante conmisericordia la incultura del populacho, nos parecían elefantes bailando en medio de una exposición de finas porcelanas. Una de las carencias más inexplicables de esta opulenta "Iglesia en estado de pecado mortal" es la miseria psicológica, sociológica, etnológica y teológica con que aborda o *posterga* el problema de una proyección autóctona de la fe cristiana y de una *naturalización* de los enfoques evangélicos en el seno de poblaciones marcadas con el sello indeleble de culturas milenarias que cuentan entre las más profunda-

Una generación que pretende rechazar la sociedad de consumo debería estar en condiciones de congeniar con los desprovistos. Ahora bien, sucede a menudo lo contrario. Gran parte de nuestros jóvenes burgueses, más burgueses de espíritu acaso que sus padres y abuelos, sólo encuentran modo de humillar más aún a las otras clases.

Hubo en Estados Unidos, y en otros países ricos, cierta corriente *jipi* que parecía una promesa de frescura y autenticidad. Actualizaba una vena evangélica y franciscana. Frente a nuestra sociedad sofisticada impuso a muchas conciencias rectas una cabal revisión de su escala de valores. Por desgracia se desvirtuó luego a manos del *esnobismo* y el *bluf*. Degradación que se hace todavía más repugnante en su versión dentro de los países subdesarrollados.

¡Nunca se les ha ocurrido a nuestros *mocozuelos costosamente disfrazados de pelagatos* pensar que sus principales distintivos diz que *jipis* (greña, mugre, andrajos, pies descalzos y droga), lejos de acercarlos a los desvalidos, constituyen un insulto para ellos? ¡Tanto como batallan los desprovistos para encontrar medios de asearse, afeitarse y cortarse el cabello, de llevar zapatos y vestirse con cierto decoro! ¡Vaya que sus penurias son todo menos divertidas!

Por parte de holgazanes y vagos repletos, se simula pobreza y desaliño para poder dedicarse más libremente a la bohemia y encanallarse. ¡Elegante manera de acortar la distancia entre las clases! Quienes realmente no tienen para comer y vestirse anhelan, al contrario y por encima de todo, encontrar un trabajo que les permita vivir decentemente. El culto de la ociosidad se les hace inconcebible y asqueroso.

¡Qué farsa insolente la de los coches de lujo que descargan constantemente en los bares y centros nocturnos de la ciudad a opulentos juerguistas de apariencia silvestre y estrafalaria! O bien los *jets* de la *Panam* apeando a mancebos tan bien alimentados como mal ataviados en busca de mariguana u hongos alucinógenos, con suciedad en las manos y dólares en los bolsillos. Chicos

mente religiosas de la historia humana. Quiquiera que busque una bibliografía sobre este punto comprobará muy pronto en qué desierto vive mentalmente el pueblo cristiano de América Latina. ¡Cuánto camino se ha desandado desde los tiempos de Montesinos, Las Casas, Vasco de Quiroga y otros!

mimados que confunden sencillez o naturalidad con *relajo* y *ibertinaje*. Igual que los niños nunca parecen más ridículamente niños que cuando juegan a gendarmes, jamás se muestran los burgueses tan hediondamente burgueses como cuando juegan a proletarios.

Nunca a los menesterosos les parece chistoso el estilo desarreglado, y en todo caso no pueden ni quieren permitírselo. Saben que es privilegio exclusivo de otra clase que la suya.

Los empresarios que prohíben las melenas a sus obreros mientras les parecen cosa normal en sus propios hijos saben bien lo que hacen: no toleran a los proletarios adjudicarse lo que es emblema de los hijos de la burguesía.

También es atributo propio de los mozalbetes afortunados el no bañarse, en oposición a quienes, bañándose con tanto esmero como sacrificios, se ven sin embargo discriminados en nombre de aquel "no se bañan".

¡Tantas colonias proletarias sin agua colindan con colonias residenciales en que cada familia despilfarra el agua para su alberca, para limpiar sus varios coches, para mantener fresco y fragante el césped versallesco de sus jardines, etc.! Los habitantes de la aridez se humillarán mendigando un poco de agua a sus fértiles vecinos, tanto para asearse como para beber. Sin embargo, hasta en la iglesia del lugar el propio clérigo regañará a los niños humildes con el sempiterno "no se bañan", mientras hará la vista gorda ante el desaliño y suciedad de los mocosos acomodados que van a misa haciendo alarde de sus carrazos, manejando como salvajes y aterrorizando a ancianos, mujeres y niños.

Una madrugada invernal vimos a un grupo de hijos de papá saliendo de un bar distinguido, todos medio borrachos o drogados, mugrientos y descalzos. Las muchachas exhibían en las manos sus lindos, preciosos calzados enjoyados. De paso iban atropellando a las pobres indígenas, ellas también descalzas, que, con sus criaturas al brazo, permanecen toda la noche acostadas en la acera, temblando de frío. Éstas y sus niños se quedaron boquiabiertos al ver los pies descalzos de las princesas y las caras patibularias de sus cortejadores. Todavía quedaron más atónitos y escandalizados los obreros que acudían a su trabajo.

Un día los proletarios encolerizados violarán a las descalzas niñas bien, con el mismo ardor que Eldridge Cleaver a las muchachas blancas. *"También la gente del pueblo tiene su corazón-*

cito.” La falta de recato en las niñas opulentas despierta los instintos animales en quienes nunca tienen derecho a la sonrisa de una mujer guapa. Madre, hermana, hija o compañera, la mujer del *Cuarto Mundo* es una bestia de carga encorvada y deforme.

“*La violación era un acto de insurrección*”, escribió el mismo líder negro:¹²⁷ “*me complacía también en deshonrar a mujeres blancas...*” “*Me encontraba exaltadísimo y la violación fue simplemente una de las extravagantes formas que mi rebelión cobró en esa época.*”¹²⁸

Resulta un desquite previsible el frenesí de muchos revolucionarios contra las hembras burguesas, en la medida en que muchas de éstas, con su poca dignidad y sus dispendiosas extravagancias, exacerbaban en extremo a los desposeídos y hacen más hirientes para éstos su condición de inferioridad, su segregación y frustración.

Cuando eso ocurra en América Latina, asistiremos a una orgía delirante de destrucción física y moral. Pues los oprimidos sublevados se acordarán de los caballeretes y mujercuelas que hoy se divierten engalanándose con los estigmas de la indigencia.

Protestar en contra de la sociedad de consumo viviendo como puros parásitos de la misma y causando sensación mediante excentricidades grotescas y asquerosas, ¡qué heroica militancia! ¡Vaya modo ejemplar de dar la mano a los olvidados!

Que el joven privilegiado, deseoso de abogar francamente y fuera de todo autoengaño por la redención de los oprimidos y la liberación moral de los opresores, se resuelva a escupir los dólares de papá. No hay necesidad de vestir harapos ni descalzarse; basta con ir a vivir y trabajar en medio de los desposeídos, pero uniéndose a ellos en pie de igualdad. Quizá acabe andando sin zapatos, pero entonces no será en plan de juego, sino porque realmente no le quede una suela que ponerse.

No hay modo más lógico y convincente de repudiar la sociedad de consumo e impugnar la esclavización de las masas que éste: negarse a ser beneficiario de una riqueza acaparada por unos

¹²⁷ Eldridge Cleaver: *Soul on Ice*, Nueva York, 1968. Primera ed. castellana; *Alma encadenada*, Ed. Siglo XXI, México, 1970.

¹²⁸ Eldridge Cleaver: *Post-Prison Writings and Speeches*, Nueva York, 1969. Primera edición castellana, *Panteras Negras*, Ed. Siglo XXI, 1970. — Eldridge Cleaver, “ministro de Información y Prensa” de los Panteras Negras refugiado en Argelia, dirige él mismo al partido desde el encarcamiento de Bobby Seale.

pocos, renunciar a disfrutar de una libertad y una comodidad de vida denegadas a las mayorías y sustituir la cultura del *gadget* y la *cocacolización* por el humanismo del *Cuarto Mundo*.

Sólo así tendremos la traducción al "español", conforme a las realidades de América Latina, del *Black Like Me*.

29. MATANZA DE INOCENTES

A PRINCIPIOS de abril de 1970, la ejecución del embajador de la República Federal Alemana en Guatemala, conde Karl von Spreti, por las Fuerzas Armadas Rebeldes que lo habían secuestrado como rehén (para obtener la liberación de compañeros detenidos y torturados), ha provocado una extraordinaria conmoción a través del mundo entero.

Mientras, mueren millones de seres humanos cuya inocencia resulta absolutamente incuestionable, y ¿quién se conmueve?

En los tugurios de los países subdesarrollados, entre otros los de este continente, ¿cuántos son los niños condenados a muerte por el solo crimen de haber nacido sin el beneplácito de la clase privilegiada? Ni la prensa, ni la radio, ni la televisión se sirven dedicarles la menor atención; ni nadie de los que protestaron tan vehementemente contra los ejecutores del conde Karl von Spreti.

¿En virtud de qué desorbitada arbitrariedad puede toda una sociedad decidir que la vida de millones de criaturas cándidas e indefensas dentro de su seno cuenta menos que la del conde Karl von Spreti?

El 7 de febrero de 1970, el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, U Thant, reveló datos alucinantes de un informe preparado con la cooperación del Fondo Especial de las Naciones Unidas para la Niñez (UNICEF), de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), de la Organización Mundial de la Salud (OMS), de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), etc. Éste, por ejemplo:

"En los países subdesarrollados, el promedio de mortandad en el grupo de edad de 1 a 5 años es entre diez y cincuenta veces mayor que en los países desarrollados."

Calcúlense las dimensiones de la inmolación colectiva evocada al través de esta simple comprobación. Pues bien: ¿qué hombre

en toda la extensión de la palabra puede considerarse totalmente exonerado de la responsabilidad de semejante matanza de inocentes?

Unos dieciséis meses antes del secuestro del conde Karl von Spreti tuvo lugar en México el XII Congreso mundial de Pediatría (diciembre de 1968). Se informó a los 5 500 delegados de 87 países que *en este continente fallecen cada día por desnutrición 1 550 menores de 4 años*.

Al inaugurar el mismo congreso, el presidente ejecutivo de la Asociación Internacional de Pediatría, médico norteamericano, revelaba: "por cada peso invertido en el mundo para resolver *el creciente problema de la desnutrición infantil*, las grandes potencias invierten dos mil pesos en armamentos." ¿Qué ciudadano de aquellas grandes potencias no tiene alguna parte de culpa en tan monstruosa desproporción? A menos que hubiese merecido la cárcel por objeción de conciencia...

Según un documento elaborado por la Organización Panamericana de la Salud (ops), dependencia de la Organización Mundial de la Salud (oms), con base en el último informe de un grupo internacional de expertos, en América Latina *"la malnutrición mata a más de dos mil niños al día, unos 750 000 al año y poco más de 83 por hora."* El doctor Abraham Horwitz, director de la Oficina Sanitaria Panamericana (ops) y representante de la ops y la oms en visita oficial a México, evocando, el 18 de diciembre de 1970, en una entrevista para *Excélsior*,¹²⁹ a estos 750 000 pequeños sacrificados cada año, precisó que en la misma región *"treinta y cinco de cada cien recién nacidos no llegan al primer año de vida."*

En México, la Dirección General de Estadística entregó en 1969 a los medios de difusión el dato siguiente:¹³⁰ *"en la Repú-*

¹²⁹ ... "35 de cada 100 bebés mueren en Hispanoamérica", *Excélsior*, México, 19 de diciembre de 1970.

¹³⁰ Es de notar que en los países subdesarrollados las estadísticas de la miseria están fácilmente por debajo de la sombría realidad, pues prescinden inevitablemente de los casos extremos: zonas incomunicadas u olvidadas, colonias o aldeas en las que ningún funcionario penetra, familias demasiado humildes y acomplejadas para atreverse a tomar contacto con la autoridad y declarar nacimientos y fallecimientos, gente que evade cualquier trámite oficial y hasta el recurso a las agencias funerarias por miedo a las exacciones, etc. Entre los desamparados que frecuentamos, son millares los que nunca figuraron en las estadísticas, los que, incluso en las capitales, nacen, viven y mueren (sepultados de

blica casi el treinta por ciento de las defunciones es de menores de un año."

En una entrevista con *Últimas Noticias de Excélsior*,¹³¹ el doctor Adolfo Chávez, jefe de la división de Nutrición del Instituto Nacional de la Nutrición, "pintó este panorama": "*De dos millones de niños que anualmente nacen en México, más de un millón padecen carencias nutritivas importantes. Cien mil de ellos mueren por desnutrición. Los que no fallecen tienen una existencia llena de limitaciones físicas y mentales; su desarrollo se aetiene por falta de alimentos.*"

¿Quién les dedica siquiera un pensamiento fugaz a estos cien mil inocentes que mueren anualmente en México sin haber celebrado su primer cumpleaños?

El doctor Jesús Gómez Pagola, jefe de Infectología del Hospital 20 de Noviembre del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, científico mexicano que se dedica con pasión a investigaciones y planes concretos en materia de nutrición infantil, proporcionó en el XII Congreso mundial de Pediatría ya citado "cifras increíbles", y entre otras la siguiente:

"El sesenta y dos por ciento de los mexicanos que fallecen son menores de cinco años". Por tanto, más de un cuarto de millón al año, más de 700 cada día. ¿Cuántos deben a las privaciones el no alcanzar la edad de razón? Para imaginarlo basta tener en cuenta que en los Estados Unidos la proporción de fallecimientos de menores de cinco años es del 6% de la mortalidad general en vez del 62% de aquí.

Los 250 aviones que pasan diariamente por el aeropuerto intercontinental de México despegan o aterrizan muy cerca de Ciudad Netzahualcóyotl, inmenso arrabal de 640 000 habitantes según el censo oficial de 1970, o de 800 y tantos mil según estimaciones mejor fundadas. Catorce profesores del Colegio de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, bajo

noche como perros en terrenos baldíos) sin estado civil. Los censos nacionales, por adolecer de esas y otras limitaciones (verbigracia, la inmensa población flotante), carecen de valor científico, por mucha que sea la competencia de los organizadores y la buena voluntad de los ejecutores. Basta para comprobarlo con ojear, por ejemplo, en los documentos del Censo, los índices de desocupación, y compararlos con la realidad que salta a la vista de todos.

¹³¹ *Últimas Noticias de Excélsior*, México, 16 de octubre de 1970.

la dirección del doctor José Cueli, coordinador de dicha escuela, hicieron en 1970 una exploración sicosocial dentro de este hacinamiento popular. Una de sus comprobaciones:

“De cada cuatro niños que nacen, sólo tres sobreviven.”

¡Tantos niños que nuestra sociedad sentencia en todas partes a muerte sin que hayan perpetrado contra ella otro delito que el haber sido engendrados fuera de las confortables residencias de la minoría adinerada!

Como miembros que somos de naciones que mantienen en el mundo el capitalismo, como instrumentos de esta sociedad que elimina a los recién nacidos, todos cargamos con la responsabilidad de tal monstruosidad, mientras no repudiamos con actos expresos nuestra solidaridad con el sistema opresor y sus sevicias de miseria física y moral, de agonía y de muerte para la multitud de los desposeídos.

Para quienes alimenten dudas de que el sistema imperante sea causa de la matanza de inocentes que estamos evocando, o para quienes se vean tentados a creer en la posibilidad de enmienda y de humanización del capitalismo, cabe citar una declaración de un alto funcionario del gobierno mexicano, sin olvidar que este es el país latinoamericano que conoce el mayor éxito capitalista, como que suscita admiración y ditirambos a través del orbe por su crecimiento económico —“milagroso”, al decir de muchos observadores—. He aquí las palabras textuales del doctor Pedro Daniel Martínez, entonces subsecretario de Salubridad de la secretaría de Salubridad y Asistencia (es decir, el ministerio de Salud Pública), en una entrevista con *El Día*:¹³²

“Es bien sabido que nuestra mortalidad infantil es todavía tres o cuatro veces más alta que la que se registra en países adelantados. En el caso de la mortalidad preescolar, la situación es mucho más grave: la pérdida de vidas de niños en edad preescolar es por lo menos diez veces más alta que la que se registra en los Estados Unidos o en Europa. *En comparación con los demás países latinoamericana-*

¹³² *El Día*, México, 25 de junio de 1970. Según otros datos proporcionados por el mismo portavoz, en México la tasa de mortalidad por gastroenteritis y colitis es casi de uno por mil habitantes (veintidós veces más elevada que en EE.UU.). “*La mala nutrición, llámémosla sin eufemismos hambre, la falta de saneamiento y de atención médica y la falta de educación, o sea la pobreza, son los verdugos*”.

nos, la mortalidad preescolar en México es una de las más altas.

El capitalismo mexicano engendra fortunas y produce dividendos comparables¹³³ o superiores a los de los países más desarrollados, al amparo de un régimen fiscal sumamente benigno. Al mismo tiempo, mata por desnutrición a un número de criaturas comparable o superior al de los países más subdesarrollados. Tal es la macabrá realidad. Una realidad que se va agravando cada día. Sucede, en efecto, algo de lo más insólito e increíble. Con total desconcierto de los bioestadísticos y los medios médicos directamente interesados, desde hace algunos años se comprueba en México que la mortalidad infantil, lejos de retroceder, *va en aumento*.

Todos cuantos nos valemos de la iniquidad del capitalismo para vivir holgadamente por encima de los cadáveres de millares de párvulos ¿no somos más culpables que quienes, privados de cualquier educación, de todo ambiente humano y de posibilidad alguna de promoción social, expían ahora en el presidio, quizá hasta la muerte, la culpa de haber herido letalmente a un compañero de borrachera o un rival en asunto de faldas?

Todos somos culpables y no obstante mantenemos alta la cabeza e intacta la respetabilidad ante nosotros mismos y a los ojos ajenos.

Todos somos culpables: al cardenal Suenens le bastó una breve visita a este continente para llegar a la misma conclusión. He aquí su declaración a Robert Serrou, de *Paris-Match*, a fines de junio de 1969:

“He quedado traumatizado por el espectáculo de estas inverosímiles miserias infrahumanas. *Estamos todos en estado de pecado mortal*, desde el punto de vista social, si toleramos esta situación increíble. Los países pobres enriquecen a los países ricos: tal es la ley cruel del comercio internacional.”¹³⁴

¹³³ Uno de los principales portavoces de la economía mexicana nos aseguró personalmente que ciertas empresas de este país pagan a sus accionistas dividendos hasta de *doscientos por ciento*.

¹³⁴ El 18 de marzo de 1970, un economista mexicano comentaba en la revista *Siempre!*: “Durante 1968, nuestro continente recibió nuevas inversiones norteamericanas por valor de 461 millones de dólares, y en cambio remitió 1,070 millones de dólares por concepto de utilidades, lo que significa una extracción de 609 millones... *Los pobres financian a*

Los poderosos de este mundo se estremecieron ante lo acaecido al conde Karl von Spreti. Tienen toda la razón para temblar, pues se enteraban por primera vez de lo que puede ocurrirles también un día quizá no tan lejano ni tan hipotético. A ellos y a cuantos no hayan renegado en forma efectiva y sin ambigüedad de cualquier complicidad abierta o *tácita* con un sistema que está en guerra permanente contra las masas necesitadas, quitándoles lo poco que les queda, su débil respiro. *Un sistema que, por el hambre y la desnutrición, siega cada año tantas vidas como la segunda guerra mundial a lo largo de seis años.*

Un hombre, y con mayor razón un cristiano, que detente alguna función dentro de esta sociedad destructora y *no grite incansablemente su inconformidad* con la postergación de las masas desvalidas, con la segregación racista (negros en América del Norte, indios en la América Latina) y con las impúdicas injusticias que imperan en todas las esferas, debe saber que traiciona a la humanidad y prostituye el Evangelio.

Ante las hecatombes del hambre, *ya el mero silencio es reo de homicida culpabilidad.*

Frente a los combates de retaguardia del capitalismo, al fin desenmascarado, y la represión encarnizada, puede llegar en América Latina el momento en que no quede otra perspectiva al cristiano y a todo hombre verdaderamente solidario de los explotados que la clandestinidad, el calabozo, la tortura y el paredón.

los ricos: las divisas extraídas de América Latina sirven para que los monopolios aumenten sus inversiones en el mundo, especialmente en Europa, por lo que, de manera indirecta, la América Latina está financiando el desarrollo de países ricos." —Véanse los textos de la enciclica *Populorum progressio* que denuncian "la dura realidad de la economía moderna. Dejada a sí misma, su mecanismo conduce al mundo hacia una agravación, y no una atenuación, en la disparidad de los niveles de vida" (Nº 8); "disparidades hirientes no solamente en el goce de los bienes, sino todavía más en el ejercicio del poder" (9); "*el imperialismo del dinero*" (26); "ciertas manifestaciones, disimuladas bajo la ayuda financiera o la asistencia técnica, de lo que se ha llamado el *neocolonialismo*, bajo forma de presiones políticas y de sujeción económica encaminadas a defender o conquistar una hegemonía dominadora" (52); "los esfuerzos, aun considerables, que se han hecho para ayudar en el plan financiero y técnico a los países en vías de desarrollo, serían ilusorios si sus resultados fuesen parcialmente anulados por el juego de las relaciones comerciales entre países ricos y países pobres. La confianza de estos últimos se quebrantaría si tuviesen la impresión de que *una mano les quita lo que la otra les da*". (56). (56).

En su mayoría, los guerrilleros de América Central y del Sur no son aventureros, sino jóvenes que aspiran a la paz y anhelan dedicarse a una carrera personal. No eligieron la lucha: las circunstancias se la impusieron a pesar suyo. La violencia de gobiernos que pisotean al pueblo indefenso no les dejó otra salida que el levantamiento en armas. No fue por gusto que se rindieron a la convicción de que *el peor de los males posibles es el permanente aplastamiento y envilecimiento de las mayorías*, de millones de hombres, mujeres y niños. Fue la bárbara realidad la que les obligó a reconocer que *no hay existencia tolerable para las masas sin la previa aniquilación del sistema vigente*.

Muchos de ellos son hijos de familias que les garantizaban un cómodo bienestar y un porvenir halagüeño. Renunciaron a su propia conveniencia, sacrificaron la tranquilidad y de antemano la vida misma, para tomar en sus manos la suerte de los discriminados y tratar de derrumbar las estructuras de opresión y de muerte.

Ponen en peligro por los desheredados hasta el *honor*, pues prevén con toda lucidez que se les va a difamar y ensuciar sin tregua, incluso en los templos dedicados al pobre de Nazaret y a su buena nueva de liberación para los oprimidos.

No luchan por una causa personal, ni militan por una ideología que ellos se forjaron. Abrazan simplemente la causa de los desamparados, pues saben que por definición los desterrados de la sociedad, los *marginados* de la cultura, los subproletarios, los olvidados son física y moralmente incapaces de reivindicar por sí mismos sus derechos, como tampoco pueden encontrar portavoces en sus propias filas. Bien saben hasta qué punto las inhibiciones, la timidez, la pasividad, el fatalismo constituyen la comitiva inseparable de la miseria infrahumana. *Enajenación* no sólo es una palabra.

Si no hay quien se lo juegue todo por los expoliados, éstos seguirán degenerando y muriendo por millones.

Pueden los *diletantes* de los países ricos hablar de *teología de la violencia*, discutiendo interminablemente sobre la licitud moral del recurso a la fuerza. Los guerrilleros de América Central y del Sur son hombres que se dieron cuenta de que la violencia actúa en este continente en forma tangible: reina e impera, acabando física y moralmente con multitud de niños y adultos desamparados. El problema para ellos sólo es de RESISTENCIA, de LIBERACIÓN y no de elección entre *violencia y no violencia*.

Según el sarcasmo de Bertrand Russell, en Europa puede discutirse sobre el león y su peligrosidad, se puede inquirir si su dieta es carnívora o herbívora. Pero si uno se encuentra a pocos metros de un león, o el hombre mata al león o el león devora al hombre.

Para la conciencia cristiana, en los países subdesarrollados se da además esta situación de apremio: que mientras los bien provistos pueden holgadamente quedar a salvo frente al león capitalista, éste sigue devorando a los menesterosos.

Durante la ocupación hitleriana en Europa no había ni teología, ni filosofía, ni ética, ni casuística *de la violencia*. No se formulaban frases sobre la legitimidad o la ilegitimidad de la insurrección armada: simplemente apoyábamos a la *Resistencia*, al *Movimiento de Liberación*, al *maquis*, sabiendo que de no hacerlo seríamos cómplices de la violencia hitleriana y traidores a las víctimas de ésta y a la patria misma. El resistir a Hitler no planteaba problemas de conciencia para nadie.

Ahora parece que el resistir a la matanza de millones de inocentes sí es problemático. ¿Por qué tal diferencia?

Sencillamente porque la violencia de Hitler era espectacular y se imponía a la atención de todos; amenazaba indistintamente a ricos y pobres. *Cada hombre se veía personalmente amenazado*. Nadie podía considerarse a cubierto de los futuros desmanes del tirano nazi.

En cambio la violencia actual del sistema imperante, todavía más mortífera y más inagotable, sólo inmolaba por desnutrición a los pobres, los desvalidos, y los elimina en forma discreta. Para los privilegiados no hay motivo de alarma, ni nada que les ofenda la vista. Se trata de una violencia que no les alcanza directamente. Ni siquiera se la menciona en las pantallas de televisión o en los comentarios periodísticos. No les puede afectar en lo mínimo. Les deja, pues, profundamente insensibles e indiferentes. Pueden ignorarla con plena serenidad. Esa violencia hiere *a otros*, que por añadidura son seres sin grado ni título ni lugar propio en la sociedad. Gente sin importancia. ¡Allá ellos!

Ya lo decía el duque de La Rochefoucauld:¹³⁵

"Todos tenemos bastante fortaleza para soportar las desdichas de los demás."

¹³⁵ La Rochefoucauld: *Maximes*, 19.

En definitiva, sólo despierta nuestro interés aquella miseria con la cual tropezamos. Únicamente así suscita nuestra lástima.

El sufrimiento ajeno nos impresiona en la medida en que nos hiere la vista, el oído, el olfato o la imaginación *al punto de convertirse en sufrimiento propio*. Cualquier desgracia, aun muy lejana, puede conmovernos si los medios de comunicación logran imponerla a nuestros sentidos y hacerla inmediatamente perceptible para nosotros. Entonces nuestra conmiseración no es altruismo, sino estremecimiento ante un dolor próximo que llega a traspasarnos personalmente. En suma, *nos compadecemos de nosotros mismos. Nuestro egoísmo se apiada exclusivamente de lo que tiene proyección subjetiva dentro de nosotros*.

“Hambre. Tras la palabra, un mundo de horror que mata, hiere y mutila cuerpos”, escribía en febrero de 1970 Guillermo Jordán.¹³⁶ “El hambre no se ve... Puesto que no la vemos como, por ejemplo, vemos llegar los ciclones, no causa espanto; ya que no mata espectacularmente, como un cataclismo, no nos atrevemos a señalar zonas de desastre ni a censar damnificados.

“Sin embargo, sólo en América Latina muere un millón de niños cada año «por miseria». Hambre es la palabra.

“Un terremoto que causara cien mil víctimas nos conmovería, provocaríamos nuestra solidaridad y enviaríamos víveres y ropas a los sobrevivientes de la tragedia. Pero muere un millón de niños al año y permanecemos quietos, en muchos casos insensibles.”

Cuatro meses después de publicarse estas reflexiones del relevante periodista ocurre el temblor en el Perú (31 de mayo, 50 000 muertos y otros tantos desaparecidos). A pocas horas de trascender la noticia a través del mundo, los aeropuertos de los cinco continentes ven despegar aviones rebosantes de alimentos, medicinas, vestidos y hasta vehículos y helicópteros para socorrer a los damnificados. En todos los templos del mundo se multiplican las colectas por el mismo concepto. Centenares de médicos y enfermeras se ponen personalmente a disposición del gobierno peruano para asistir a los heridos. La opinión mundial se moviliza espontáneamente. Un arranque de generosidad universal.

Indudablemente el desastre resultaba sobremanera excitante. Nadie quedó indiferente. Todos se interesaron en la suerte de las poblaciones afectadas. Sin embargo, la catástrofe cobró apenas

¹³⁶ Guillermo Jordán: “Del estómago al cerebro —Mil millones de débiles mentales”, *Excelsior*, México, 21 de febrero de 1970.

cien mil muertos. Estamos lejos de las cifras anuales de la mortalidad por el hambre y la desnutrición, ni hay comparación entre la muerte repentina por el temblor y la agonía lenta, interminable, de millones de desvalidos.

Cuatro factores explican la emoción general frente al terremoto:

1. Por sí mismo el cataclismo es espectacular.
2. El sensacionalismo de los medios de difusión lo pone al alcance de toda la opinión mundial.
3. Podemos detenernos hasta el sadismo en la visión de la tragedia sin exponernos al menor complejo de culpabilidad, pues bien sabemos que todo se debe únicamente a las fuerzas telúricas.
4. Presentimos que lo acaecido hoy en otra parte del orbe puede repetirse mañana en cualquier país, acaso en el nuestro. Por lo tanto, cada uno se considera aludido.

Los mismos factores militan en forma exactamente opuesta cuando se trata de los millones de desnutridos que nuestra sociedad encamina hacia una muerte prematura. En tal caso los cuatro factores concurren al silencio y al olvido general.

1. Aun siendo extrema, la penuria no ofrece nada de espectacular.

2. No brinda ningún alimento al sensacionalismo de los informadores.

3. Nadie puede considerarse exento de culpabilidad, por cuanto toleramos todos el sistema que secreta miseria y hambre a través del mundo. Este es el elemento decisivo. ¿A quién le gustan la autocrítica y las punzadas de una mala conciencia? Lo más adecuado para calmar escrúpulos y remordimientos es apartar la vista y el pensamiento de todo cuanto evoca realidades que nos responsabilizan. Son muchos quienes advierten con plena claridad que frente al mundo del hambre no cabe otra disyuntiva que: o la guerra declarada al capitalismo expoliador, o cerrar los ojos y el corazón y acallar la voz de la conciencia hasta el extremo de ignorar y aun negar pura y sencillamente la existencia de masas exhaustas.

4. Las carencias de las mayorías, lejos de inquietarnos, constituyen el precio y el resguardo de nuestro sacrosanto bienestar. Mientras consigamos borrar del horizonte social cualquier mención de la miseria, quedaremos a salvo de toda exigencia de reparto.

La única reserva relativa a este último punto procedería del caso en que las masas depauperadas, tomando conciencia de su fuerza numérica y su poder reivindicador, se pusieran a actuar con vistas a su liberación. Por supuesto, la desnutrición, con la consiguiente debilitación física y psicológica, les impide ordinariamente alcanzar tal grado de madurez y tal margen de iniciativa.

Empero no queda excluido que el espectro de la revolución sea apto para sensibilizar la opinión pública respecto de la indigencia de las multitudes rezagadas. Vemos a americanos filantrópicos y cristianos de diversas denominaciones usar simultáneamente semejante argumento con la intención de transformar los corazones de piedra de los explotadores en corazones tiernamente altruistas.

Como quiera que el egoísmo de los opulentos resulta a veces menos ciego que la conciencia de muchos pretendidos cristianos, puede ocurrir que los hombres más atentos a las protestas contra el *establishment* y más accesibles a las motivaciones de la rebelión y las guerrillas sean precisamente quienes mayor empeño ponen en eliminar a éstas.

Dos ejemplos significativos:

Al principio del año 1970, una novela sobre las guerrillas obtuvo en Bogotá un gran éxito de librería. ¿Autor? El general Álvaro Valencia Tovar, ex comandante del cuerpo expedicionario colombiano que luchó al lado de los norteamericanos en la guerra imperialista de Corea, y actual director de la academia militar de Colombia. El general Valencia se hizo famoso al organizar las contraguerrillas. Fue, en efecto, comandante en jefe de las fuerzas terrestres que combatieron al Ejército de Liberación Nacional. A él corresponde por lo tanto la "gloria" de haber provocado la muerte de Camilo Torres.

La tesis de la novela es que no pueden liquidarse las guerrillas mediante la represión. "No hay poder en el mundo capaz de luchar contra la voluntad de un pueblo, no importa hasta qué punto se lleve adelante la represión", recalca el héroe de la obra; "...las mentes no se ganan a fuerza de bayonetas."

"La moraleja del libro", expresó personalmente el novelista uniformado, "es que *en tanto no haya solución a los problemas sociales, la violencia perdurará.*"

Por otra parte, a un George Woods, presidente del Banco Mundial hasta 1968, asesor de Nelson Rockefeller en su gira latinoamericana de 1969, le bastó sobrevolar en avión las serranías

de América del Sur y oír a algunos funcionarios gubernamentales para encontrar “*la respuesta a interrogantes que le planteaban el brote guerrillero, la decisión de Camilo Torres de dejar los hábitos y lanzarse, rifle en mano, a la montaña colombiana, la quema de una bandera norteamericana por los estudiantes, o las luchas callejeras entre policías y universitarios*”, según declaró al enviado especial de *Excélsior*.¹³⁷

Dejamos la palabra al banquero y experto norteamericano:

“*Ahora comprendo a esos que hablan de revolución...*

“¿Cómo puede la gente vivir así tanto tiempo?...”

“Estoy plenamente convencido de que hemos sido [los Estados Unidos] el hermano más injusto en esta familia [americana]...”

“Obviamente, a los bolivianos *no les queda otro camino*: o morir a los 37 años en un agujero, o *morir quizá más jóvenes en una selva, con un rifle en la mano...*

“Si yo, que tengo poco tiempo aquí, estoy impresionado por lo poco que he visto, por lo que me han dicho los funcionarios del gobierno, *creo que Guevara sabía mucho más. Él tenía sus razones...*

“Yo no podría justificar la violencia. Me aterra, aunque la comprenda ahora y la pueda ver, pero *justifico las razones de Guevara...*

¿Cómo puede uno vivir así sin protestar? Si esto ocurriese en los Estados Unidos, creo que nadie lo habría soportado tanto tiempo.”

En eso último se equivoca el capitalista yanqui, pues los especialistas norteamericanos atestiguan que hay miserias similares en su propia nación, con las correspondientes protestas.¹³⁸ Pero

¹³⁷ “Asesores de Rocky hablan a *Excélsior*”, *Excélsior*, México, 3 de junio de 1969.

¹³⁸ Baste recordar algunas de las conclusiones del informe Mc Cone sobre el levantamiento del *ghetto* negro de Watts (Los Ángeles), en agosto de 1965: 14% de la población totalmente analfabeta; también analfabeta la totalidad de los niños menores de 12 años, y sólo una parte de éstos conseguirá algo de instrucción entre los 12 y los 15 años; el desempleo en Watts *tres veces superior* al de la comunidad blanca de Los Ángeles; la población se sentía herida a fondo por la violencia de las instituciones que la “marginan”; etc. Nos place citar al señor Mc Cone por lo mismo que no acostumbra denigrar a los Estados Unidos, ni está

ya notamos suficientemente cómo cada pueblo está más entorpecido de las carencias extranjeras que de las que se perpetúan en su propio seno.¹³⁹ En los Estados Unidos, como en Bolivia o en cualquier otro país, a los oprimidos sólo les queda aguantarse. Sumergidos en su desesperación, los desamparados no pueden sublevarse por sí solos contra su suerte y enfrentarse a los responsables. Por lo menos hasta que las circunstancias les fijen la hora de pedir cuentas.

La propia Conferencia general del Episcopado latinoamericano de Medellín, inaugurada por el papa en agosto de 1968, no pudo excusarse de designar a *los verdaderos autores de la violencia*. Después de dar en su *Documento-base* "un reflejo de la realidad latinoamericana, que es trágica y pide una respuesta rápida y eficaz", puntualiza:

"Es innegable que el continente se encuentra, en muchas partes, en actitud revolucionaria, que exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras.

"No ha de sorprendernos que se implanten así los términos de la violencia, porque las situaciones antes mencionadas *ya son violentas*, pues contradicen la dignidad humana y oprimen la libertad. Hay que sorprenderse, más bien, de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una

considerado como criptocomunista: él fue durante años ¡director de la CIA!

¹³⁹ Con respecto a tan sempiterna comprobación se impone una vez más la misma explicación. Gusta a todos los gobiernos y los personajes oficiales señalar en forma fragmentaria y episódica *algunas* de las carencias que afectan a las capas humildes de la población: pretenden probar así la atención que les brindan. Pero ningún gobierno se atreve a hacer la adición y establecer un balance completo de las necesidades no satisfechas. Por lo tanto, ¡ay de quien se arriesgue a intentar el inventario! Todo intento de consignar globalmente en un mismo cuadro los diversos semblantes de la miseria que oprime a las masas vale a su autor la abominación general. Nadie quiere encarar la cruda realidad. Aun muchos espíritus ordinariamente lúcidos y progresistas gritarán que se está desprestigiando, perturbando y echando por tierra a la patria (se presupone que la patria sólo la integran las minorías explotadoras; ¡cuán cierto que "los proletarios no tienen patria!"). En balde se negará, en efecto, que cualquier visión de la indigencia en su conjunto tenga realmente *efectos subversivos*. Puestos de plano frente a la amplitud, la intensidad y la hondura de la inopia que ahoga a multitud de seres indefensos, ¿cómo podríamos evitar el ir a la raíz del mal y poner en tela de juicio *el sistema mismo*? ¡Ni lo permita Dios!

condición difícilmente aceptable por quienes tuvieran una conciencia desarrollada de los derechos humanos.

“La falta de desarrollo técnico, las clases oligárquicas obcecadas, los grandes capitalismos extranjeros, obstaculizan las transformaciones necesarias y ofrecen una resistencia activa a todo lo que pueda atentar contra sus intereses y crean, por consiguiente, *una situación de violencia.*”

Hasta un episcopado tan retrógrado en su inmensa mayoría y tan solidario de los explotadores como el latinoamericano tiene que confesarlo: la violencia no la inventan las rebeliones ni la desencadenan las guerrillas. Al contrario, la mayoría de rebeldes y guerrilleros intervienen para *acabar con la forma de violencia más escandalosa e implacable*, la que está consagrada por las normas oficiales y las estructuras vigentes, la violencia hecha sistema, *la violencia hecha legalidad*, la violencia promovida como base de la convivencia social y resorte de las relaciones entre clases, *la violencia asentada y legitimada como estado de derecho*. Las acciones de fuerza para redimir a las víctimas de un *establishment* aplastante no son más que una CONTRAVIOLENCIA.

El terrorismo mismo lo engendra el círculo infernal de la opresión y la represión. Así lo demostró por su lado y a propósito de los Tupamaros el Consejo Central de la Universidad de Montevideo, en una declaración adoptada unánimemente por sus quince miembros el 18 de agosto de 1970:

“... Ante los hechos que conmueven al país [la Universidad] entiende como su cometido específico efectuar su aporte con la intención de promover la reflexión serena y exhaustiva que permita entender cada acontecimiento como *una parte de la crisis histórica y social que padecemos.*

“Esta actitud contrasta con el objetivo deliberado de *un aparato propagandístico dedicado tan sólo a conmover la fibra sentimental de nuestro pueblo* y operado con una intención que es muy otra que la búsqueda de un esclarecimiento auténtico de los hechos y sus causas. En efecto, a la Universidad de la República le sería fácil hacer meramente una declaración de congoja por la pérdida de vidas humanas...”

“La violencia no irrumpe caprichosamente, sino que es la expresión más dolorosa de una crisis económica y social que no logra disimular ninguna clase de propaganda por más perfecta que sea su organización y montaje.

“Falso e hipócrita es aducir como explicación de la violencia la incapacidad de la ciudadanía para subordinarse a un estado de derecho que quienes ahora lo invocan fueron los primeros en subvertir.

“Históricamente, la violencia opresiva ha engendrado siempre la resistencia a la opresión, también trágica e inevitablemente violenta . . .

“La muerte angustiosa del asesor norteamericano de las fuerzas de represión policíacas —arribado al país al amparo del rótulo de la Ayuda para el Desarrollo—, así como la muerte no menos angustiante de los humildes agentes de policía que cayeron en la defensa de intereses que no eran los suyos, constituyen una deplorable pérdida de vidas humanas. Al trágico desenlace de estos hechos recientes no es ajena la dureza del Poder Ejecutivo, cuya actitud negativa y reiterada a toda posibilidad de mediación pacífica en la situación planteada culminó con la detención de religiosos que, por respetabilísimas razones humanitarias, arriesgaban gestiones en tal sentido.”

Imposible comparar semejante declaración con las intervenciones públicas del episcopado de casi todos los países en circunstancias idénticas, y no enrojecer de vergüenza como cristiano por la falta de sentido profético de una jerarquía habitualmente incapacitada para ir más allá de vagas palabras de congoja.

El caso de los religiosos mencionados al final del citado documento resulta significativo. Incumbía a la Iglesia compartir las angustias y privaciones de los necesitados y sus anhelos liberadores. Por desgracia, los testigos de Cristo han traicionado continuamente el papel que les dictaba el Evangelio. Y es así como los clérigos se han ido metiendo en un callejón sin salida, granjeándose a la vez el desprecio de los oprimidos y la desfachatez de los opresores. Con tales antecedentes, cualquier esfuerzo, cualquier intento mediador de su parte tropieza con el recelo y la suspicacia general. Por no haber abrazado a tiempo la causa de

los desamparados, sólo les queda ahora sufrir por ellos en el silencio y la impotencia más desesperantes.

Quizá mañana a la vocación religiosa en el mundo del hambre sólo quede una perspectiva convincente: la de una muerte oscura en aras de la justicia.

30. ESTADO DE URGENCIA

EN una región particularmente dinámica de la República Mexicana, un grupo de universitarios fue llamado durante el año 1969 a participar en una mesa redonda sobre el problema de la natalidad, acto organizado en plan puramente cultural, fuera de toda implicación política, por la juventud del partido gubernamental (PRI), la única organización juvenil local.

Alguien decidió que tal mesa redonda no tendría lugar. Además de una campaña vehemente y difamatoria contra los intelectuales invitados y la difusión de volantes ofensivos, se movilizó, alcoholizó y pistolizó a ex cristeros, sinarquistas, panistas, militantes del Movimiento Familiar Cristiano, etc. Como que las autoridades tuvieron que proceder al desarme de parte de la concurrencia a la entrada de la sala.

Las investigaciones señalaron al propio párroco del lugar como instigador de semejante provocación en contra de un acto público que no tenía ninguna mira ideológica o partidista. Uno de los ponentes era sacerdote, y de los demás nadie podía ser considerado sospechoso de agresividad con respecto a la Iglesia o las posiciones religiosas. Para justificar su anatema, la Santa Inquisición del señor cura tuvo que inventar contra ellos grotescas calumnias.

Al día siguiente el mismo grupo de intelectuales, atravesando la plaza central de una ciudad cercana, observó en el aparador de una importante tienda una custodia monumental. La "obra de arte", de sesenta mil pesos (4 800 dólares), había sido costeadada mediante colectas bajo la iniciativa del clero.

Tal exposición publicitaria y mercantil de un objeto destinado a la adoración de la eucaristía no debía de suyo sorprender: el mismo Evangelio evoca la colusión entre el culto y el comercio. Si ese día el grupo de intelectuales sintió náuseas ante la devota y lucrativa exhibición fue porque dos de ellos acababan de presenciar, por mera casualidad, la agonía de un niño de ocho años,

víctima de la desnutrición. Un niño favorecido entre millares, pues falleció en una confortable cama del moderno Hospital Regional.

“—¿No hubo modo de salvar a este niño?”— preguntaron los dos profesores a la enfermera, una monja.

“—¡Oh, sí! Es un caso de pura anemia: una transfusión de sangre lo hubiera podido salvar. Pero sus padres, demasiado pobres, no tenían para pagar los sesenta pesos al donante.”

Nuestros universitarios, aunque no fueran matemáticos, pronto hicieron la cuenta:

Una transfusión de sangre igual a sesenta pesos.

Una custodia de sesenta mil pesos igual a mil transfusiones...

Los feligreses de la iglesia que ostentará la mentada custodia adorarán al Nazareno entre piedras y metales preciosos que representarán la vida de mil niños. No adorarán al Cristo que derramó su propia sangre por la liberación de los pobres, sino al Cristo que succiona la sangre de multitud de inocentes.

Los aludidos intelectuales tuvieron la idea de plantear tan grave caso de conciencia al cardenal primado de México, a quien el clero local había invitado para la bendición de la custodia. Uno de ellos, natural de la ciudad y conocido como cristiano ferviente, le escribió en los siguientes términos:

“Eminencia:

“El día 14 de junio murió en el Hospital Regional de esta ciudad un niño de ocho años. Murió de hambre, de avitaminosis. Murió por ser pobre, porque no tenían sus padres para comprar la sangre de la transfusión que urgentemente necesitaba.

“El mismo día era exhibida en un escaparate comercial la *custodia monumental* que S.E. vendrá a bendecir el día 3 de diciembre; custodia que es el vestigio del triunfalismo obsoleto de la Iglesia antes de que el impulso vital del Espíritu realizara el *aggiornamento* del Concilio... Custodia hecha con dinero del pueblo, del pueblo pobre principalmente...

“Señor: Le invito humildemente a reconsiderar su participación en la bendición de la custodia, acto por el cual recibirá usted diez mil pesos como estipendio (la suma de los salarios de más de un año de un jornalero). Su recepción

incluye un banquete cuyo cubierto individual costará cien pesos; por lo cual se realizará allí lo que dice Santiago en su epístola (II, 3): "Dirigís vuestra mirada al que lleva vestido espléndido y le decís: Tú, siéntate aquí en un buen lugar; y en cambio al pobre le decís: Tú, quédate ahí de pie". Sí, los pobres que contribuyeron para la custodia, centavo a centavo, quedarán excluidos, y ellos —custodias vivas— seguirán pasando hambre de pan y sed de justicia.

"La bendición será en un estadio deportivo público, con violación de las leyes civiles que los cristianos debemos respetar si no queremos continuar la dicotomía entre ley y vida. Su presencia no se explica aquí, donde hay un obispo diocesano, sino por su calidad de cardenal, de «purpurado», de «príncipe» de la Iglesia, es decir, de elemento de boato de un acto triunfalista. Los cristianos quisiéramos verle mejor como un pastor..."

La bendición de la "custodia" se efectuó en un gran acto público, bajo la presidencia del cardenal. Hubo un banquete digno de Camacho que costó *cien mil pesos* (1 666 transfusiones de sangre). El único resultado de la súplica dirigida al purpurado fue el desencadenamiento de una odiosa persecución contra el universitario que, con todo respeto, se había atrevido a presentar una sugestión evangélica al primer pastor de la Iglesia mexicana. La insensatez y la ceguera de la vindicta eclesiástica alcanzaron tal grado que nuestros modernos inquisidores pretendieron abrir una acción judicial en contra del intelectual, como reo de "homicidio por abandono", reo de la muerte del niño.

Basta meditar en hechos de este tipo, con sus implicaciones, para descartar toda probabilidad de un cambio decisivo de la suerte de las mayorías por vía de persuasión y simple evolución.

La comparación entre países ricos y pobres permite comprobar que, en general, la inconciencia de los repletos y de las clases dirigentes, civiles o eclesiásticas, resulta tanto más exorbitante cuanto más cunde en su derredor la indigencia.

Y se explica. Si los desheredados representan la mayoría, a cuantos estén confortablemente instalados en la opulencia no les queda otra alternativa: o cerrar obstinadamente los ojos ante las multitudes postergadas y negar en plena noche la existencia

de las tinieblas, o bien reconocer la inevitabilidad de un trastocamiento radical de los fundamentos mismos de la sociedad.

En efecto, cuando una situación de flagrante injusticia agobia a la mayor parte de la población, refleja con toda certidumbre un desequilibrio imputable no tanto a individuos, grupos e instituciones particulares u orientaciones contingentes, sino *a la sociedad misma en sus aspectos esenciales*. Una sociedad que secreta la miseria de las masas es una sociedad fundamentalmente inicua en sus bases, sus estructuras y su escala de valores. Ahora bien, un estado de cosas globalmente inmoral en virtud de sus propios elementos constitutivos no admite paliativos, no se mejora con el tiempo, no se rectifica con simples retoques, no se transforma por evolución: hay que derrumbarlo de arriba abajo, dejando el terreno libre para una proyección más humana y más armoniosa. *Nos guste o no, la historia muestra que esto nunca sucede de otro modo que por la vía de revolución y de imposición.*

Sería grave ilusión imaginar que nuestra religión capitalista del crecimiento del producto nacional bruto y del incremento de la renta per-cápita puede contrarrestar la *marginación* de las masas. Tal religión de los privilegiados puede beneficiar ocasionalmente, de un modo indirecto, a ciertos sectores pobres cuando así lo aconseja el interés de las clases dirigentes. Pero al mismo tiempo rezaga a otros. Y es así como, mientras los acaudalados de los países pobres resultan cada vez más opulentos que sus congéneres de países ricos, los pobres se van volviendo más pobres de día en día.

Nunca descubre mejor el capitalismo su perfidia que cuando establecemos, por cada una de sus prestigiosas realizaciones, ese *martirologio oculto* que constituye, con los humildes como testigos y víctimas, el revés de la medalla.

Lo mismo que los grandes bulevares del barón Haussmann en París, cuántas autopistas, cuántas construcciones suntuosas y suntuarias, cuántas nuevas industrias, cuántas presas hidroeléctricas, cuántas "promociones turísticas" enriquecen a empresarios, funcionarios y caciques y benefician a los sectores más favorecidos de la economía nacional o extranjera, *discriminando todavía más a la gente humilde.*

Muy cerca de donde estamos escribiendo este penúltimo capítulo vemos cómo más de dos años después de los Juegos Olímpicos se sigue y sigue despojando y desalojando colonias proletarias que pudieran ofender la vista o enternecer el alma de los

visitantes de los conjuntos monumentales y las deslumbrantes vías dedicadas por México a los atletas y turistas del universo.¹⁴⁰

Quien sepa ver más allá de sus narices encontrará a cada paso ejemplos de este desarrollo que sacrifica a los desvalidos en aras del provecho de una minoría.

Ciertos casos son ya clásicos: multiplicación de las plantas embotelladoras de refrescos de origen extranjero particularmente nocivos para la salud de la gente desnutrida que, por lo demás, no sabe de leche, carne, huevos, fruta y legumbres; inversiones extranjeras consagradas a la fabricación de aparatos de radio y televisión, refrigeradores, estufas, lavadoras, etc., de alto precio y baja calidad, mientras las industrias básicas y las realizaciones más urgentes no interesan a los inversionistas.

Uno de los delitos que más escandalizan a la gente "honrada" es el de los "alambristas": gente que corta y vende como alambre los cables eléctricos o telefónicos que están a su alcance. El escándalo disminuiría si se tuviera en cuenta que se trata con frecuencia de hombres sin trabajo ni recursos para alimentar a sus hijos. Sólo intentan sacar algo de dinero por los únicos medios disponibles. Saben que la corriente fluye hacia gente más favorecida que ellos, gente que de todos modos no se quedará mucho tiempo a oscuras. Para los mentados "alambristas", esos cables que vuelan por encima de sus barracas son el emblema de un

¹⁴⁰ Entre las víctimas de semejante concepto capitalista de desarrollo no podemos dejar de incluir a militares, granaderos, policías y otros funcionarios, obligados a cumplir órdenes que violan a menudo su propia conciencia, y destinados al mismo tiempo al papel de chivos expiatorios si surgen problemas con la opinión pública. Algunos meses antes de los Juegos Olímpicos empezó una campaña de "limpia" de la capital en forma de cacería de vendedores ambulantes. Fuimos testigos presenciales del desgarramiento interior de no pocos de tales verdugos a la fuerza. Bien saben ellos cómo muy a menudo las pobres indígenas descalzas que, rodeadas de sus niños, viven en la calle y venden lo que pueden, explotadas por traficantes, son esposas de rancheros despojados de su tierra por los caciques locales. El 22 de marzo de 1968 una humilde mujer con su hijo en brazos, que había cometido la indecencia inexpiable de internarse en la Zona Rosa, santuario tabú del turismo norteamericano y de los niños bien de la capital, prohibido a las personas de condición humilde, fue atropellada por un coche cuando trataba de escapar de un policía. Varios de los testigos se presentaron en la delegación de policía para declarar. Coincidieron todos en dos puntos: 1) Habían oído al agente repetir mientras perseguía a la mujer: "*Yo únicamente obedezco órdenes*". 2) Exigían un severo castigo ... ¡para el agente!

desarrollo altivo que no se digna rebajarse hasta los de su humilde nivel.

Con vistas a realizar en zonas totalmente comunicadas una hazaña tan acrobática como instalar sobre las montañas esas colosales torres metálicas y los conductores del fluido eléctrico, tienen primero que hacer unas calzadas de prodigiosa anchura y de una estabilidad a toda prueba, obra de romanos, como para soportar el peso de la maquinaria más voluminosa y pesada. Poblados antes totalmente aislados se ven de repente introducidos en el círculo de la vida nacional. —Sí, por algunos meses... Una vez retirada la maquinaria, se quedarán no sólo con las ganas de energía eléctrica, sino que su sueño de conservar la posibilidad de acceso a centros, escuelas, hospitales y comercios se esfumará pronto. La misma carretera que les vinculaba con el exterior será abandonada al libre arbitrio de los elementos. Primera lluvia, primer derrumbe, primera obstrucción: ya no pasarán coches ni carretas. Más lluvias, más derrumbes, más obstrucciones: ya no pasarán ni las mulas, y la zona conocerá de nuevo el abandono absoluto. Claro que la calzada sigue ahí, quizá resistirá años, pero taponada poco a poco en varios lugares por corrientes de agua, lodo y rocas, finalmente no se la podrá transitar ni a pie. Por supuesto, todos los hombres de las cercanías estarían interesados y dispuestos a mantener día tras día la viabilidad de la ruta, sin la menor retribución. Sólo esperan que alguna autoridad se lo pida. En tal caso, con una vigilancia asidua, algunos brazos ocasionales serían más que suficientes. Pero ¿quién se atreve a tomar la iniciativa sin previa decisión superior? Entre la gente humilde el miedo manda aún más que una urgente necesidad.

Por las mismas razones, ¡cuántos caminos reales, cuántas calzadas porfirianas se vuelven inservibles cada año! Para salvarlas de los rigores naturales hubieran bastado algunas paletadas. Pero, una vez sucedido lo peor, sólo quedaría el recurso de gigantescas excavadoras, lanzamiento de puentes metálicos y otras costosas superplaneaciones. Los grandes ejes, la circulación de turistas, hombres de negocios, camiones de cerveza y *cocacola* absorben la mayor parte de las disponibilidades técnicas y financieras...

Al igual que una casa desocupada se deteriora antes y peor que una habitada, así ocurre con una calzada sin mantenimiento. Una leve grieta fácil de tapar en cinco minutos, con el primer

aguacero se transformará en un embudo por donde se precipitarán las aguas hasta abrir un tajo ancho; después, la primera tormenta arrastrará al abismo un largo tramo de la calzada y varios poblados quedarán incomunicados quizá por años y años. ¿Qué gobierno, qué ingeniería, qué maquinaria podría ocuparse en la obra ciclópea de construir por encima de los precipicios una nueva calzada colgante que, de todos modos, sólo serviría a gente descalza, analfabeta e ... improductiva?

Estamos aduciendo ejemplos *pedestres*, para mejor atenernos a nuestra propia y constante experiencia andariega, pero idénticos procesos trascienden en todas las esferas de la vida colectiva.

Entre tanto las estadísticas gritarán con letras mayúsculas los progresos de la industrialización y la electrificación, del turismo y de la enseñanza superior. La renta per-cápita seguirá subiendo cada año de un modo espectacular y "milagroso". No se precisan tantas alharacas para demostrar que los ricos se están volviendo más ricos.

"La mayoría del territorio nacional no se ha beneficiado en lo absoluto por los resultados de la industria en el país", declaró el 26 de junio de 1970 uno de los pilares del régimen mexicano, el senador Fidel Velázquez, sumo dirigente de la muy oficial Confederación de Trabajadores de México (CTM), ante la Asamblea Nacional para el Desarrollo Industrial efectuada en Naucalpan y en presencia del presidente Echeverría.

Son multitud los peones del campo, especialmente, por supuesto, los indígenas, que cuando tienen trabajo ganan menos de dos dólares a la semana, mientras grandes terratenientes amasan fortunas hasta de cien millones de dólares e instalan impudicamente en sus extensiones de veinte o treinta mil hectáreas potentes radioemisoras y pistas de aterrizaje para sus aviones particulares.

Las inversiones reservadas con prioridad a las zonas ricas (por "rentables"), los progresos del neolatifundismo, ostentoso o disfrazado, la "racionalización" de las empresas agrícolas y el motocultivo, lejos de aliviar la suerte de los ilotas del campo precipitan una vez más, en forma masiva e incoherente, el éxodo rural, generando así en las urbes el abominable cáncer de las *ciudades perdidas* (hay un total de 462 en la capital mexicana, según cifra oficial de abril de 1971).

Vuelve a imponerse la cruel verdad: al sistema capitalista, con su suprema ley del *lucro*, no le interesa tener en cuenta la

dignidad humana, sino la productividad, la *rentabilidad*. Y los pobres, de por sí, *no son rentables*. O lo son ocasionalmente como objetos, como útiles, nunca como sujetos. Al contrario, su promoción humana puede resultar una amenaza para los monopolios oligárquicos.

Frente a frutos tan maléficos del desarrollo capitalista, las ingenuidades de los reformistas nos parecen sueños, mitos, quimeras mucho más perjudiciales que los endurecimientos de los más empedernidos conservadores. Éstos sostienen escaramuzas de retaguardia que no engañan a nadie, mientras aquéllos ofrecen *tentadoras coartadas* a quien trata de salvar sus privilegios tras de una pantalla engalanada con muestras de buenos sentimientos, proclamaciones justicieras, *slogans* humanitarios y programas tanto más atractivos cuanto más irrealizables en el cuadro del sistema actual.

A no dudarlo, por conservadurismo conciente o inconciente, es en los ambientes cristianos donde más proliferan los seudoprogresistas, dispuestos a todos los cambios con tal que se limiten al plano de la verborrea y las pulcras declaraciones de intención.

Un ejemplo muy sintomático.

Estamos ante cierto publicista, muy reaccionario ayer, demócrata "cristiano" hoy, hombre de intachable honradez, galardonado con medallas de plata y oro por un sinnúmero de capillitas periodísticas católicas. Su modo agresivo y simplista de torear con la pluma a los conservadores, propugnando incansablemente "cambios radicales de estructuras", es para dar al más revolucionario ganas de declararse partidario de Franco o de Somoza.

Ahora bien, durante el verano de 1967 un polémico tradicionalista intimó a nuestro perdonavidas a que aclarara de una vez por todas *cuáles estructuras quiere sustituir y por cuáles otras*.

El digno apologista de las "soluciones cristianas" le contestó primero que consultara "las grandes encíclicas", "las proposiciones doctrinarias y técnicas que, para el cambio, han presentado egregios autores cristianos mucho más avanzados y realistas que los autores marxistas en este punto", "las numerosas obras e investigaciones del estupendo grupo de escritores y técnicos que son miembros de *Economía y Humanismo*, los "principios de ética natural", etc.

El interrogador insistió, "pidió nombres": no que nombrase autores, sino que llamara por su nombre a las estructuras anatematizables.

“Ignorancia supina”, respondió el otro, “porque pese a la Carta Pastoral sobre el Desarrollo,¹⁴¹ pese al documento de Mar del Plata, pese a las declaraciones de Río de Janeiro, ellos parecen no haberse enterado.”

Finalmente, no pudiendo recurrir eternamente a escapatorias, nuestro audaz propugnador del “cambio de estructuras” se dignó precisar desde lo alto de su serenidad: “cambio de estructuras” no significa cambio *de* estructuras, sino cambio *en las* estructuras. Vale decir, no se trata de sustituir las estructuras existentes, sino de enmendarlas.

¿Exageramos? ¿Parodiamos? Juzgue el lector. Véase el texto mismo de la respuesta:

“¿Cuáles son las estructuras que van a cambiarse y por cuáles serán sustituidas? Descartando con buena voluntad la hipótesis de la mala fe, no nos queda más que pensar en una grave ingenuidad unida a la ignorancia. Porque hablar de sustitución de estructuras como única posibilidad de cambio, es no saber de la misa la media (*sic*)... En general, cambio de estructuras significa hacer que cada estructura se modifique favorablemente para cumplir mejor su misión...”

“Pero lo que, sobre todo, debe ser cambiado —ya lo dice la Carta Pastoral— es la mentalidad y la actitud ante los valores.”

Así es como hay tantos cristianos que bien podrían ser excelentes monaguillos, hijas de María o caballeros del Santo Sepulcro, según la edad o el sexo, pero mejor harían dejando que se ocupen otros de cambiar o mantener las estructuras capitalistas.

Todo ello resultaría muy divertido si no se tratara de una cuestión de vida y muerte para millones de seres.

Por eso, la necesidad de un cierto número de experiencias en la línea de *Black Like Me* en América Latina, de *testimonios*

¹⁴¹ Alusión a la *Carta pastoral del Episcopado mexicano sobre el Desarrollo e integración del país*, del 26 de marzo de 1968. La propaganda eclesial mexicana la encomió como “el más importante documento de este tipo que haya producido jamás el idioma castellano”. Los representantes prominentes del capitalismo en esta república aplaudieron clamorosamente, satisfechísimos de no encontrar, en texto tan abundoso, el menor eco de la maldición de Cristo a los ricos. Una publicación semioficial que lo calificó de “papasal infumable” resultó aún menos severa que el propio cardenal Garibi, cuya firma encabezaba las de sus setenta y ocho colegas en el documento y que confesó sin ambages, ante la prensa, que no conocía el texto completo, pues lo único que había leído era el resumen de los periódicos.

vívidos y concretos tanto sobre las dimensiones de la indigencia y la *marginación* como sobre sus consecuencias físicas, morales, intelectuales y espirituales, nos parece absolutamente imprescindible.

Fuera de algunos casos aislados, la inmensa mayoría de los hombres más sinceros y lúcidos están visceralmente convencidos, pese a sus propias afirmaciones en contrario, de que, al fin y al cabo, el problema del hambre no resulta tan apremiante en el plano de las grandes opciones políticas y socioeconómicas y que se irá resolviendo poco a poco por sí solo.

Las mismas víctimas del hambre se mueven muy a menudo en igual sentido. Como su hambre es crónica, *no se sienten privadas* de lo indispensable, por lo menos en el campo de la nutrición. Al contrario, sucede con el hambre crónica lo que con la falta de sueño. Quien se habitúa a desvelarse acaba por no acusar la necesidad de acostarse a la hora normal: más bien le pesa la cama. Quien se acostumbró a "acallar su estómago" con un dulce, una *cocacola* o una copa de aguardiente, pierde progresivamente el apetito y su organismo ya no desea, y ni siquiera soporta, una alimentación consistente. No *siente* el hambre y, cuando una muerte prematura le salga al paso, tampoco irá a investigar la causa ni a quejarse de su dieta.

En semejantes circunstancias, las más aterradoras estadísticas y la abundante literatura sobre el mundo del hambre, igual que los congresos y conferencias internacionales para conjurar la desnutrición, tienen más bien un efecto *anestésico*, por saturación. Ya no impresionan a nadie. Ya nadie les hace caso. Sólo mecen la somnolencia de las conciencias tranquilas: después de todo, "no arde París".

Lo mismo en el campo de la tiranía política. En tanto no nos duela en carne propia de un modo u otro, directa o indirectamente, nos quedamos instintivamente con la impresión: "mucho ruido y pocas nueces". Incluso sospechamos que los profesionales del pesimismo pretenden alarmarnos, o que estamos asediados por una turbia campaña de propaganda y agitación "comunista".

Si sólo un pequeño número de hombres concientes tuviesen una idea bastante precisa de las atroces realidades del *Cuarto Mundo*, muy pronto nuestros países se declararían en *estado de urgencia* y subordinarían todos sus planes a la redención de las masas. Sí, *todo*, como en tiempos de guerra.

Cuando se trata de conjurar un peligro exterior y participar en una guerra ofensiva o defensiva, cualquier Estado puede sin más trámites suspender las garantías constitucionales (si existían) y suprimir las libertades individuales y colectivas (donde tenían lugar). Ya no cuentan el libre albedrío, la autodeterminación, tampoco el bienestar del ciudadano, su familia, su carrera, sus perspectivas y actividades personales de cualquier índole. ¿El sacrosanto “derecho de propiedad privada”? Se le sustituye por un derecho estatal o militar ilimitado de requisición o embargo. Hasta se sacrifican bienes muebles e inmuebles si así lo sugieren las “necesidades bélicas”. Es lícito imponer cualquier restricción: racionamiento de alimentos, medicamentos, tabaco, calefacción, agua, electricidad, gasolina; se legitima el toque de queda, la supresión de todos los alumbrados nocturnos, la prohibición de circular sin pase oficial, la *congelación* de salarios y precios, la censura irrestricta de prensa, la cancelación del secreto postal o telefónico, aun en los países en los que se acostumbra respetarlo, y cualquier otra medida que sugieran las circunstancias o imponga el capricho de funcionarios u oficiales. Cabe incluso disponer de la vida de los nacionales sin reserva ni control. Para los recalcitrantes ahí está el paredón, con o sin juicio sumario o sumarísimo.

¿Qué sucede en caso de una aventura imperialista como la invasión del lejano Vietnam? Se considera normal el impuesto de sangre y el sacrificio de la misma conciencia de los llamados a filas, forzados a perpetrar barbaridades que ninguna moral justifica. A los objetores les espera el peso de la “justicia” castrense.

Así en todos los conflictos armados, foráneos o interiores.

Sin embargo, en tratándose de oponer un dique a la deshumanización de las mayorías dentro de las fronteras nacionales y evitar la muerte por desnutrición de millones de seres humanos, ningún país no socialista está en condición de decretar un *estado de urgencia*, de poner en pie y galvanizar a su pueblo, gravando a los opulentos con serias restricciones.

Si fue posible un despliegue titánico de masas humanas, fuerzas materiales y morales, genio organizador y coordinador, inventos técnicos sin número con vistas al desembarco de Normandía y la liberación de Europa, ¿por qué no toma cuerpo un empuje concertado de cierta amplitud para salvar la vida de las mayorías desnutridas?

Nos vemos obligados a contestar machaconamente: porque no estamos convencidos de la magnitud del mal, porque nosotros, en lo que nos corresponde personalmente, no sabemos nada de desnutrición, de degradación psicológica a causa de la indigencia, de pérdida de la libertad exterior e interior debida a una vida subhumana, de cárcel y tortura por haber intentado abrir paso a la justicia social.

Todo un Pablo vi nos ofrece una muestra de la misma mentalidad. Durante más de dos años su principal preocupación respecto de América Latina pareció centrarse en la condenación de la violencia defensiva de los oprimidos y de la resistencia revolucionaria, a tal punto que muchos daban ya por caduco el inciso de la *Populorum progressio*¹⁴² en el que, conforme a toda la tradición teológica, se admitía la “*insurrección revolucionaria*”, “*en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente contra los derechos fundamentales de la persona humana y damnificase peligrosamente el bien común del país*”.

¿Hay tiranía más evidente y más prolongada que la del sistema que, desde siglos, posterga a las mayorías y las condena a una existencia *vegetativa* o bestial?

¿Hay derechos más fundamentales que el derecho a la vida y el derecho a una alimentación suficiente para no morir?

De repente, el 21 de octubre de 1970,¹⁴³ el papa volvió a abrir la puerta en este sentido, con términos todavía más actuales y concretos que los de la citada encíclica.

Después de censurar “*la violencia y el terrorismo como medios normales para derribar el orden establecido*”, acotaba: “*cuando éste no reviste en sí mismo la forma abierta, violenta e injusta de una opresión insoportable e irreformable por otros medios*”.

Pablo vi no ignoraba entonces que son muchos los que afirman la existencia en América Latina de un “orden establecido” que constituye para masas ingentes una opresión violenta, insoportable e irreformable por otros medios que la insurrección. Con todo, no tuvo empacho en aludir en alta voz a una posibilidad tan clara y tan grave.

¿Qué habría cruzado por la mente de Pablo vi para explicar tal cambio de énfasis?

¹⁴² Encíclica *Populorum progressio*, No. 31.

¹⁴³ Paulo vi, Alocución en la basílica de San Pedro durante la audiencia general semanal del miércoles 21 de octubre de 1970.

Sencillamente, el gobierno brasileño había cometido el disparate de encarcelar y torturar algunas semanas antes no sólo a militantes políticos de izquierda, a cristianos cualesquiera, a religiosos dominicos o sacerdotes comunes y corrientes, sino que se había metido con los asesores eclesiásticos y los dirigentes nacionales de la JOC (Juventud Obrera Cristiana, o *Jocismo*).

Como la JOC es un movimiento internacional sólidamente implantado en los más diversos países, las protestas afluyeron al Vaticano, resonaron poderosamente en la prensa mundial y hasta motivaron mítines en varias ciudades del orbe. En Europa, ciertas manifestaciones de solidaridad se celebraron con el lema "*También nosotros iríamos a parar en la cárcel si estuviésemos en el Brasil*".

De golpe y porrazo las ignominias de la dictadura brasileña se convertían en asunto propiamente eclesiástico: la gran maquinaria romana tenía que ponerse en movimiento.

Hasta entonces el papa había callado obstinadamente, fuera de algunas alusiones lenitivas, aunque en su escritorio se acumulaban los expedientes, documentos y testimonios directos que no dejaban lugar a duda respecto al recurso habitual a la tortura más espeluznante por parte del régimen brasileño. Pero cuando el encarcelamiento de los jocistas desencadenó una protesta en las filas católicas de los dos hemisferios, cuando el 7 de octubre un arzobispo fue detenido por la policía durante unas horas, y cuando el 15 de octubre la JOC de Bélgica (país cuna y sede de la organización mundial) reclamó del papa una denuncia pública de arrestos y torturas, Pablo VI no tuvo más remedio que salir de su silencio. Fue así como obtuvimos la declaración del 21 de octubre.

Violencia institucionalizada, arbitrariedad represiva, prisión, tormentos, asesinatos oficiales no sonaban ya como lejanos sucesos del exótico Brasil, sino que interpelaban la conciencia de los católicos del orbe. No podía, pues, eludirse el problema de la legítima defensa y del derecho de resistencia a la opresión. Ya no se trataba sólo de "agitadores comunistas" perseguidos, sino de "derechos humanos" pisoteados. Entonces resonó la voz de Roma... Sólo entonces.

Más vale tarde que nunca, dirán algunos. Sí, pero con los tumores malignos desatendidos sucede que el tiempo no corre en balde, sino que provoca consecuencias irremediables. La pasividad de las buenas conciencias frente a la opresión explica la

extrema radicalización de quienes se habían adelantado a percibir la gravedad de la situación.

El egocentrismo y la falta de visión por parte de la minoría favorecida en todos los países, y el carácter monolítico, cerrado e irreformable de nuestro sistema socioeconómico inducen a cuantos combatían contra una opresión determinada a reaccionar ampliando cada vez más sus objetivos, *hasta hacer coincidir su lucha con la revolución mundial.*

De la conciencia de raza, región, grupo o colectividad de cualquier género, los que emprenden una lucha de liberación parcial tienen que ir pasando poco a poco, como ya lo observamos anteriormente, a la conciencia de clase: clase oprimida frente a la clase opresora. Habiendo iniciado la reivindicación de una igualdad de derechos, se hallan metidos gradualmente en una batalla emancipadora que se extiende a todos los campos y se aprestan a conquistar la dignidad humana en sus formas más diversas. A partir de un particularismo se orientan hacia una perspectiva universal que pronto cristalizará en una militancia *socialista.*

El ejemplo más significativo nos lo ofrecen los negros de los Estados Unidos.

Los conformistas occidentales siempre en busca de figuras mediatizadoras y de coartadas exaltan a Martin Luther King. Por eso llegó a otorgársele la más alta de las recompensas destinadas a los hombres comedidos: el premio Nobel de la Paz. Para nada queremos minimizar los méritos del luchador no violento. Sin embargo Martin Luther King sólo evoca en nosotros la etapa *folclórica y racista* del movimiento negro. Tal etapa ha sido superada gracias al más auténtico representante de la causa, Malcolm X. Combatiente excepcional. Profeta y mártir. Alma de magnitud, temple y limpieza. Asesinado en 1965. A salvo del Premio Nobel.

Martin Luther King. Malcolm X.

Alternativa.

Militancia racista en pro de los derechos civiles. Reivindicación de las libertades dentro del sistema capitalista, al margen de la igualdad económica y social: acabó sin conseguir ninguna libertad. Fracaso rotundo. La batalla de Selma, la marcha hacia Montgomery: callejones sin salida para Martin Luther King y sus seguidores.

Lucha por la liberación cabal, la justicia social y los derechos humanos: enfrentamiento *con el sistema opresor*. Anticapitalismo, con el consiguiente rechazo del racismo. La igualdad antes que una borrosa y engañosa libertad cívica. “No se trata para nosotros”, repetía Malcolm X a sus compañeros, “de lograr la ciudadanía norteamericana, sino de *llegar a ser plenamente seres humanos.*”

“Para la juventud revolucionaria negra de hoy”, escribe Eldridge Cleaver en *Post-Prison Writings and Speeches*, “la historia ha empezado su marcha adelante con Malcolm X.” Y en *Soul on Ice*: “El despertar de la conciencia de veinte millones de negros es el hecho impresionante. Malcolm X dio expresión a sus aspiraciones mejor que cualquier otro hombre de nuestro tiempo... Después de *repudiar firmemente el racismo* y de cortar sus vínculos con la organización de los musulmanes negros, el finado Malcolm X emprendió una campaña para transformar la lucha del negro norteamericano, limitada a la petición de “derechos civiles”, en una *reivindicación universal de derechos humanos.*” Finalmente: “*La revolución de los negros llega a identificarse con la revolución mundial.*”

Tal será también la meta en la lucha de las masas latinoamericanas contra la opresión.

En el curso de esta obra hemos intentado poner en evidencia que se impone de un modo imperioso a la conciencia de cuantos se pretenden cristianos la participación en el combate liberador en todos los niveles.

Al identificarse con los hambrientos, Cristo condena sin paliativos a los hombres que no les den de comer. En nuestra era planetaria las telecomunicaciones hacen de cada ser humano un prójimo nuestro; dar de comer al Nazareno, sostener a sus miembros desvalidos quiere decir esencialmente: abatir un sistema económicosocial que sólo genera hambre y deshumanización por todo el orbe.

“Da de comer al que muere de hambre”, reza un adagio de los Padres de la Iglesia revivido por el Concilio:¹⁴⁴ “*si no se lo diste, SABE QUE LO MATASTE.*”

El hambre de millones de hombres en el mundo tiene hoy un culpable bien definido: el capitalismo estructurado sobre el di-

¹⁴⁴ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre *La Iglesia en el mundo de este tiempo*, No. 69.

nero y el provecho de unos pocos, con postergación de las masas. Pues bien, quien rehuse el compromiso revolucionario SEPA QUE MATÓ en gran escala.

“El sentido bíblico del pecado ha sido falsificado y *se lo ha reducido a un aspecto meramente individual*”, dijo el teólogo conciliar González Ruiz;¹⁴⁵ “para luchar eficazmente contra el pecado hemos de *eliminar ciertas estructuras* históricas, porque éstas resultan moralmente pecadoras y, como cristianos, debemos comprometernos a la conversión de las estructuras.”

Tanto la moral universal como las instituciones judiciales de casi todas las naciones admiten el delito de “no asistencia a personas en peligro”. ¿Cómo disculparnos ante nuestra conciencia y ante la sociedad cuando llegue la hora de las cuentas, si la ofensiva mundial en contra del sistema explotador, acaparador y hambreador no encuentra nuestro apoyo decidido y efectivo?

Por el secuestro de un ministro provincial de Quebec (a quien, por otra parte, el gobierno federal del Canadá no dio muchas pruebas de querer salvar) se impuso al segundo país más grande del orbe, en octubre de 1970, un *estado de urgencia* de un rigor sin precedente, con suspensión de las libertades y garantías más elementales. Para rescatar de una vida infrahumana y una muerte prematura a millones de hombres ninguna nación, fuera del mundo comunista, se ha revelado capaz de hacer otro tanto. ¿No será que la conciencia de los cristianos está profundamente dormida?

31. MATERIALISMO

HACE más de un siglo que Marx publicó *El Capital*. La *Rerum Novarum* tiene ochenta años. Hoy por hoy, de cada tres hombres dos viven en países capitalistas y el tercero pertenece a un régimen socialista. Hubo en este siglo algunos intentos de oponer una disyuntiva simultáneamente al capitalismo y al socialismo. Sus campeones se llamaban, por ejemplo, Mussolini o Hitler. La Democracia “Cristiana” ha ejercido el poder en unos cuantos países de los dos hemisferios y nunca se apartó verdaderamente de los derroteros capitalistas.

¹⁴⁵ José María González Ruiz: “Jésus était subversif”, *Témoignage Chrétien*, París, 6 de agosto de 1970.

Frente a semejante cuadro ya no queda en el mundo un solo hombre sincero, un solo hombre lúcido, un solo hombre con los pies en la tierra, el corazón en su lugar y la cabeza clara que pueda soñar con unas perspectivas concretas y efectivas de "tercera vía" entre capitalismo y socialismo. Aun cuando se tratara de una posibilidad seria y no de una escapatoria, lo menos que podría decirse es que seguiría siendo una eventualidad sumamente remota.

Hay gente que todo lo tiene y que con facilidad se refugia en el pensamiento de un futuro lejano e irreal. Hay quienes pueden esperar un porvenir mejor sin que les duela el presente. No cuesta mucho tener paciencia con las carencias de los demás cuando se tiene personalmente el estómago satisfecho. Pero en medio de las masas desprovistas *el hambre no espera. Y tampoco la muerte.*

Enfrentado a la única alternativa realista: capitalismo-socialismo, el cristiano que elige el segundo término y quiere comprometerse con los promotores de la causa socialista que dan prueba de más preparación, método y eficacia, se verá casi siempre obligado a asociarse a un movimiento de inspiración marxista.

Ahora bien, el marxismo es materialista y ateo.

Eso plantea ciertamente un problema, pero ya pasó el tiempo en que el creyente renunciaba por tal motivo a una concreta militancia revolucionaria.

¿Cabe siquiera imaginar un sistema más materialista que el capitalismo?

Recuérdese el famoso artículo del conde Della Torre, redactor jefe de *L'Osservatore Romano*,¹⁴⁶ precisamente sobre el capitalismo:

"...Reino del capital, ... capital inicuo por su origen, monstruoso por su función y nocivo en sus efectos..."

"El capitalismo se apodera, sustrae, agota la riqueza, impide el aumento del número de los que disfrutan de ella, impide que se multiplique su distribución y que se consiga el reparto equitativo de los bienes. Así el capitalismo pone en jaque a la Providencia misma de Dios, que ha creado los bienes terrenos *para todos los hombres...*

¹⁴⁶ Conde della Torre: "La Chiesa cattolica e il capitalismo", *L'Osservatore Romano*, 8 de mayo de 1949.

“El comunismo en cuanto tal, es decir, como sistema económico, dejando al lado su filosofía, *no va contra la naturaleza misma del cristianismo tanto como el capitalismo*; no representa tanto la antítesis, lo opuesto del cristianismo.

“El comunismo cae también en este extremo cuando profesa y aplica el ateísmo. Pero esto constituye una incrustación ideológica que lo recubre de orín y desfigura la raíz y el contenido económico de su pensamiento y de su función histórica.

“El capitalismo, por el contrario, carece de pensamiento. No tiene orín o incrustación atea: *es ateo en su misma estructura*. Su Dios es el dinero y no Aquel que proclamó que el dinero, venga de donde venga, sea del campo o de las fábricas, sea de la propiedad o del trabajo, debe ser accesible a todos.

“El ateísmo no le viene al capitalismo de su filosofía (no la tiene), le viene de su práctica, la cual constituye —y no se trata de un juego de palabras— toda su filosofía: práctica de codicia insaciable, de rapiña, de avaricia, de opresión y de dominación. . .

“La Iglesia ha combatido siempre al capitalismo, *mal social semejante al cáncer*.

“Es en verdad un cáncer de la economía y de la sociedad, cuyo diagnóstico es exactamente el del cáncer de los seres vivos: una proliferación celular anormal con crecimiento continuo y progresivo; proliferación movida y regida por leyes propias, otras que las de un tejido normal; proliferación independiente del organismo en el que se forma y se desarrolla; por esta independencia misma y esta *expansibilidad*, resulta *parasitario y homicida*.”

El propio Pablo VI subrayó con dureza, ante la Asociación de jefes de empresa cristianos de Italia, el 8 de junio de 1964, a qué punto el capitalismo es “una concepción materialista de la vida”.¹⁴⁷

¹⁴⁷ Por supuesto, el fasto de la Iglesia, sus riquezas acumuladas, sus recursos de tipo capitalista (“el Vaticano, el más grande accionista del mundo”), las componendas con los pudientes, las joyas y los ropajes ostentosos con que revisten al que promulgó semejante enseñanza, anulan ésta ante la opinión pública y permiten a cualquiera burlarse cínicamente de la autoridad “pontificia”. Un ejemplo significativo: el supercatólico

El materialismo práctico del capitalismo aplasta a las mayorías y les quita la posibilidad de preservar su vida espiritual. El materialismo dialéctico del marxismo prescinde de toda perspectiva espiritual, niega toda realidad religiosa, pero, al promover material y culturalmente a las mayorías, acabando con su enajenación, aparta por lo mismo los obstáculos que les impedían elevarse en el campo espiritual.

Cabe recordar aquí con qué tono perentorio Santo Tomás de

ABC de Madrid evocó el citado discurso de Paulo VI en la pluma de José María Pemán, de la Real Academia Española, bajo el título "Capitalismo y paternalismo". Después de transcribir "*las palabras contundentes*" del papa, el escritor concluyó: "Paliar o disimular que esto es una diatriba contra el capitalismo puro, apenas puede hacerse. Aunque todo se intentará o ya se intente, por la evasiva o la ocultación del texto." Ahora bien, el artículo editorial en cuestión ocupaba toda la primera plana menos un cuadro central con el texto siguiente: "¡¡CAPITALISTAS, OBTENGAN MAGNÍFICOS BENEFICIOS!! Brindamos la oportunidad de colocar sus capitales con garantía... Consúltenos e informaremos gratuitamente..." Los dos signos titulares de burlona exclamación son del mismo periódico. En la columna editorial inmediatamente paralela, a la misma altura que este título, figuraba precisamente la invitación de J. M. Pemán a la seriedad: "Dos postulados, pues. El primero, tomar con absoluta seriedad radical las palabras de Paulo VI..." Ninguna inconsecuencia de tal índole nos puede sorprender, si recordamos cómo los ejemplos más escandalosos nos vienen de la cumbre misma. Cuando se piensa que, incluso en las zonas de hambre, los obispos en su inmensa mayoría son incapaces de repudiar los signos exteriores de riqueza, hasta lo más inverosímil deja de asombrarnos. En la patria misma de los papas, cinco años después de la publicación de la *Quadragesimo anno*, la gran "encíclica social", los prelados italianos, de acuerdo con la Santa Sede, ofrecieron a Mussolini, en ceremonias públicas y solemnes, sus cruces pectorales. Era para costear la matanza de Etiopía. Los mismos prelados, diez años más tarde, durante la segunda guerra mundial, no lograron sacrificar sus alhajas para socorrer a los niños a quienes oímos personalmente gritar su hambre en las calles de Roma y otras ciudades de la península. ¡Cuántos príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos de hoy parecen empeñarse en merecer para sí la terrible increpación de Cristo: "*Dicen y no hacen!*" En tal situación queda bien claro que cualquier capitalista "católico" se siente plenamente autorizado a no hacerle caso a la Iglesia en todo lo que dice respecto de la riqueza. Fue también en una revista madrileña, *Índice*, donde Rafael Durbán escribió, a propósito del libro de Jacques Ellul *El hombre y el dinero*: "El grado de sinceridad con que un hombre está en sus actividades básicas orientado hacia un Dios verdaderamente cristiano puede medirse «adecuadamente» por el grado de sinceridad con que trata de encontrar y vivir los caminos de la pobreza."

Aquino¹⁴⁸ afirmó que para estar en condición de practicar la virtud necesitamos gozar de una cantidad suficiente de bienes *materiales*.

El doctor Quiroz Cuarón, prominente criminólogo mexicano, expresaba por su lado exactamente la misma verdad en el Seminario de Prevención y Rehabilitación en el campo de la Delincuencia (México, marzo de 1971), al declarar que *el primer factor preventivo del delito es la distribución equitativa de la riqueza*.

Los cristianos que reprochan a los marxistas su materialismo no deben cerrar los ojos ante cierto "angelismo" muy frecuente entre los creyentes, una tendencia a enfocar el destino religioso del hombre prescindiendo del cuerpo, como si fuésemos puros espíritus, a semejanza de los ángeles.

¿Son muchos los teólogos, filósofos y predicadores cristianos que no sucumben un momento u otro al *dualismo*, considerando el alma y el cuerpo poco más o menos como enemigos? Sin embargo toda la antropología de un Tomás de Aquino está fundada sobre la *unidad sustancial* del hombre y el carácter *sicosomático* de todas las estructuras y funciones del ser humano. Puede haber ángeles, puede haber cadáveres, pero no hay cuerpo humano sin alma, ni alma humana sin cuerpo. Nada dignifica más la materia que su referencia al alma espiritual. Tal alma espiritual, de su parte, está *profundamente integrada en el universo material* por su referencia al cuerpo. Aunque para el ser humano todo ocurra en el plano propiamente espiritual como si no hubiera realidades fisicoquímicas, *no se da ningún aspecto espiritual que no refleje algo material*. Al revés, aunque para el ser humano todo ocurra en el plano propiamente fisicoquímico como si no hubiera alma, no se dan aspectos corpóreos que no reflejen algo espiritual. Nada más ajeno a una verdadera antropología cristiana que un antagonismo cuerpo-alma o materia-espíritu. Cualquier conflicto entre el espíritu y la carne constituye para el creyente un síntoma de desequilibrio.¹⁴⁹

Apelemos de nuevo aquí a la autoridad teológica de González Ruiz.¹⁵⁰

¹⁴⁸ Véase Santo Tomás de Aquino: *De regimine principum*, lib. I, cap. xv; *Summa Theologica*, II-II, q. 117, art. 1 ad 2; II-II, q. 32, a. 3.

¹⁴⁹ Claude Tresmontant ha tratado este tema con lucidez en su libro *Comment se pose aujourd'hui le problème de Dieu?*, Ed. du Seuil, París, 1966 (especialmente los tres últimos capítulos).

¹⁵⁰ José María González Ruiz: "Jésus était subversif", *Témoignage Chrétien*, París, 6 de agosto de 1970.

“Esta dicotomía o separación alma-cuerpo es ajena al mundo bíblico. Dios salvará al hombre total, no al alma sola. Históricamente, el cristianismo se ha degradado hasta convertirse en una especie de platonismo para el pueblo; pero en su origen podemos hablar de una especie de *materia-lismo cristiano*. . . El cristianismo consagra la materia, perpetuándola. Por consiguiente, mi salvación no puede entrar en conflicto con la evolución humana. El esperar que Dios me salve después de la muerte no me hace olvidar la realidad en la que vivo. Lo que Dios salvará no es la nada, ni tampoco el alma, sino *toda la realidad material e histórica*, y esta realidad debo vivirla con todos los hombres.”

Para el creyente conciente, la materia, con sus leyes y sus imperativos, es obra divina. Condiciona la trayectoria eterna del hombre. “*No se debe huir la materia*”, decía el poeta Ramuz en su *Diario*, “*sino al contrario, sumirse en sus profundidades, si se quiere percibir al fin la cercanía de la espiritualidad*.” Lo que corresponde a la famosa consigna de la *Regla* de San Benito, fundador y legislador de la vida monástica en Occidente, de tratar los instrumentos de trabajo con el mismo respeto que los vasos sagrados del altar.¹⁵¹

Ha sido un sacerdote, contemplativo y místico a la par que científico, el gran jesuita Teilhard de Chardin, quien compuso el más hermoso *Himno a la Materia*.¹⁵²

*Bendita seas, áspera Materia,
gleba estéril, dura roca.
Tú que sólo cedes a la violencia
forzándonos a trabajar si queremos comer.*

*Bendita seas, peligrosa Materia,
mar violenta, indomable pasión,
Tú que nos devoras si no te encadenamos.*

*Bendita seas, poderosa Materia,
evolución irresistible, Realidad siempre naciente,
Tú que haciendo estallar en todo momento nuestros límites
nos obligas a ir tras la verdad cada vez más lejos.*

¹⁵¹ San Benito de Nursia (primera mitad del siglo VI): *Regla*, c. 31.

¹⁵² Pierre Teilhard de Chardin: “Hymne a la Matière” (Jersey, 8 de agosto de 1919), en *Ecrits des temps de guerre (1916-1919)*, Ed. Grasset, París, 1965.

*Bendita seas, universal Materia,
Duración sin término, éter sin riberas,
Triple abismo de las estrellas, los átomos y las generaciones.
Tú que desbordando y disolviendo nuestras estrechas medidas
nos revelas las dimensiones de Dios.*

*Bendita seas, impenetrable Materia,
Tú que tendida por doquier entre nuestras almas
y el mundo de las esencias,
nos haces desfallecer por el deseo de traspasar
el velo inconsútil de los fenómenos.*

*Bendita seas, mortal Materia,
Tú que disociándote un día dentro de nosotros
nos introducirás por fuerza
en el corazón mismo del Ser.*

*Sin tí, Materia, sin tus embates, sin tus arranques,
viviríamos inertes, estancados, pueriles,
ignorantes de nosotros mismos y de Dios.*

*Tú que vulneras y tú que curas,
Tú que resistes y tú que cedés,
Tú que trastornas y tú que construyes,
Tú que encadenas y tú que liberas,
savia de nuestras almas, Mano de Dios, Carne de Cristo,
Materia, yo te bendigo. . .*

El mismo Teilhard¹⁵³ habla de la "santa materia".¹⁵⁴ Gracias a ella "nos alimentamos, nos sublevamos, nos ligamos a los demás, somos invadidos por la vida. . . La Materia, ante todo, no es sólo el peso que arrastra, el fango que hunde, la zarza espinosa que cierra el paso. Tomada en sí, anteriormente a nuestro enfoque y nuestra opción, es sencillamente la pendiente en la cual nos elevamos tanto como bajamos, el medio que sostiene tanto como arrebata."

¿Cómo pueden los discípulos del Dios hecho *carne* menospreciar el valor de las realidades tangibles?

Una concepción auténticamente cristiana de la vida asume sin dificultad la insistencia de Marx en la presión de los factores

¹⁵³ *Oeuvres de Pierre Teilhard de Chardin*, T. IV, *Le Milieu Devín*, Ed. du Seuil, París, 1957.

¹⁵⁴ Subrayado por el propio autor.

materiales sobre la historia y el destino de la sociedad. Pero, por desgracia, no son muchos los creyentes que han superado el infantilismo y alcanzado una visión de adultos.

¿Quién negará la persistencia en las filas cristianas de una propensión a escamotear los imperativos materiales?

¿Cuántos cristianos esperan de la oración e incluso de una intervención milagrosa de Dios lo que el Creador mismo confió al esfuerzo y el ingenio del hombre?

En este campo los cristianos tienen mucho que aprender de Marx. El materialismo marxista les podrá llevar a una visión más correcta del universo y de la actividad humana, a una toma de conciencia más aguda de la autonomía de las realidades terrestres. Escuchemos a este propósito la voz del Vaticano II:¹⁵⁵

“Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer una vinculación un tanto estrecha entre la actividad concreta y la religión: ven en ella un peligro para la autonomía de los hombres, las sociedades y las ciencias.

“Si por *«autonomía de las realidades terrestres»* se quiere decir que las cosas creadas y las sociedades mismas tienen *sus leyes y valores propios*, y que el hombre debe irles conociendo, empleando y organizando paulatinamente, tal exigencia es plenamente legítima. No sólo la reclaman los hombres de nuestro tiempo, sino que responde a la voluntad del Creador. En virtud de la creación misma, *todas las cosas están establecidas según su consistencia, su verdad y su excelencia propias, con su ordenamiento y sus leyes específicas*. El hombre debe acatar todo eso y *reconocer los métodos particulares de cada una de las ciencias o técnicas...*

“Permítasenos deplorar sobre este punto ciertas actitudes que a veces se han manifestado entre los mismos cristianos, por no haber entendido suficientemente *la legítima autonomía de la ciencia.*”

Aquí una nota oficial del texto conciliar nos remite explícitamente al caso de Galileo. Retracción meritoria, pero tardía...

A causa misma de tristes precedentes, el Vaticano II hizo tal hincapié en la necesidad de *“respetar las leyes propias de cada*

¹⁵⁵ Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de este tiempo*, No. 36, par. 1-2.

*disciplina*¹⁵⁶ que la edición de la Constitución conciliar sobre *La Iglesia en el mundo de este tiempo* publicada por el episcopado francés pudo notar:¹⁵⁷ “*La insistencia en las «leyes propias» de las disciplinas y las actividades humanas... es extrema en los documentos del Concilio Vaticano II, casi obsesiva dirían algunos. Hay que ver en eso el eco de sobradas transgresiones incompetentes de autoridades eclesiásticas que intervienen a troche y moche en nombre de la fe y la moral.*”

En virtud del respeto mismo que el creyente debe al Creador, las leyes de la materia han de entenderse según su rigor propio, sin interferencia de otros planos, sin mezcla de perspectivas religiosas, sin que se apele a la intervención divina. Ésta se desarrolla en otro nivel y supone y abarca el juego de las fuerzas de la naturaleza y los principios que las rigen.

El científico cristiano, al entregarse a su actividad específica, procede rigurosamente como un *materialista* e incluso como un *ateo*, en el sentido de que se atiene exclusivamente a las nociones y normas que corresponden a su disciplina, sin evocar en ningún momento, en su calidad de investigador, la presencia de un Dios en el que sin duda cree, pero que no se manifiesta en el campo de su búsqueda.

Para el cristiano enterado, la frase famosa de Bichat, “*no he encontrado a Dios en la punta de mi escalpelo*”, o la del cosmónauta Titov, “*no he encontrado a Dios en el cosmos*”, expresan sencillamente una incontrovertible evidencia. Él no caería en la tentación de buscar a Dios en el laboratorio o en el espacio mediante sus sentidos o instrumentos.

Porque admite la existencia de un ser supremo, autor de la naturaleza y de sus leyes, el cristiano maduro se siente impulsado a indagar estas mismas leyes con la escrupulosa preocupación de no soslayar el carácter específico y el alcance propio de cada una de ellas.

Tomás de Aquino estudia la naturaleza, la vida física, la estructura del hombre, por ejemplo, según los mismos criterios que un *materialista* y un *ateo*. Ni tiene empacho en ampararse con la autoridad de pensadores no cristianos. Considera cada realidad

¹⁵⁶ *Ibid.*, No. 43, par. 2.

¹⁵⁷ Vaticano II: *Constitution pastorale Gaudium et Spes, L'Eglise dans le monde de ce temps, Traduction élaborée par les soins de l'épiscopat français*, Ed. Spes, París, 1966, nota 77 p. 173.

terrestre según el rigor de los principios que la rigen. Nunca se permite confundir los planos.

Hay, incluso en la *Suma Teológica* (y “teología” quiere decir “ciencia de Dios”), secciones completas en que no aparece Dios, secciones completas inspiradas por Aristóteles y otros autores “paganos”. Sin embargo, sabemos que Aristóteles era entonces, al igual que Karl Marx hasta hace poco, anatematizado por la autoridad eclesiástica como el gran peligro intelectual de la época.

Por las mismas razones, en el análisis de la sociedad y la elaboración de un proyecto económico-social hoy no le importa al cristiano la fe o la incredulidad religiosa de sus interlocutores: sólo cuentan las leyes que rigen el campo al que dedica su actividad.

No se organiza la sociedad con misas y sacramentos. La religión bien puede animar e inspirar interiormente a políticos, sociólogos y economistas, pero no interviene como tal en las normas de gobierno y de acción pública. *La política sacada de las propias palabras de la Sagrada Escritura*, del genial Bossuet, nos demuestra precisamente lo contrario de lo que el autor procuraba evidenciar: cómo, al proyectar indebidamente una creencia interior sobre la perspectiva exterior de los acontecimientos, se tergiversa simultáneamente a ambas.

Los asuntos humanos se manejan según sus exigencias respectivas, y cualquier ingerencia religiosa en política resulta tan dañina como las intromisiones políticas en el campo religioso. Por más sublimes que sean las disposiciones interiores de los estadistas, no pueden hacer las veces de la metodología, la técnica y la praxis. Como lo afirmaba Barrès,¹⁵⁸ “*la política no es asunto propio ni de filósofos ni de moralistas; la política es el arte de sacar de una situación determinada el mejor partido posible.*”

A este respecto, la misma honradez obliga al autor del presente ensayo a prevenir malentendidos demarcando los límites que no le incumbía franquear.

Por una parte escribimos como cristianos y nos mantenemos deliberada y obstinadamente en una perspectiva ética.

Escribimos al mismo tiempo como estudiosos de las ciencias del hombre, y por eso prestamos atención especial a las aportaciones de la antropología, como se nos impusieron después de una repetida convivencia con capas de la población más desheredada

¹⁵⁸ Maurice Barrès: *Los desarraigados*, cap. xi.

de este continente, e incesantes investigaciones de campo en materia de ecología humana.

Lo que expresamos desde el doble punto de vista de la ética y de la antropología tiene su traducción técnica en términos políticos y socioeconómicos. ¿Cómo callar entonces que las vías de análisis abiertas en esta dirección por Marx nos parecen actualmente insustituibles? Según la definición de Lenin que tanto inspiró a Mao Tse Tung, "la sustancia misma y el alma viva del marxismo es *el análisis concreto de una situación concreta.*"

Queremos, pues, poner en claro que cuando apelamos, por ejemplo, insistentemente a una sociedad fundada sobre *el hombre*, que no sobre el dinero, y a una sociedad que atienda más a las mayorías desvalidas que a las minorías encumbradas, para nosotros en lo personal, como para Marx, eso no se concibe sin proyecciones estructurales: verbigracia, una propiedad colectiva de los medios de producción. Al no recalcarlo en forma explícita no estamos pecando por omisión o preterición; sencillamente acatamos los límites que nos hemos asignado y nos remitimos a quienes, por su especialidad y competencia, corresponde concretar en un proyecto adecuado los principios generales y los imperativos superiores que retuvieron aquí nuestra atención.

Pero que a todos conste que no vacilamos en refrendar con otros muchos cristianos la toma de posición del teólogo conciliar hispánico ya citado.¹⁵⁹

"Creo que hemos de distinguir entre el marxismo como ideología, como visión del mundo, y el marxismo como *técnica científica de análisis*, sobre todo de análisis *operacional* y funcional. A este respecto, *hay muchos cristianos y católicos que son marxistas*, es decir, que han adoptado un análisis marxista y trabajan más o menos en el mismo sentido. Naturalmente, queda la divergencia en el campo ideológico, pero es un campo (por lo menos así lo entiendo yo) de *opción personal.*"

Ni siquiera el ateísmo de los marxistas puede afectar profundamente al creyente, pues lo sostienen en un plano que no corresponde al de la profesión de fe. Por otra parte, ¿cómo podríamos olvidar las enormes responsabilidades de los católicos en el desorden y la injusticia de nuestra sociedad, sobre todo en este continente?

¹⁵⁹ José María González Ruiz: "Jésus était subversif", *Témoignage Chrétien*, París, 6 de agosto de 1970.

La religión ha sido utilizada realmente como *opio del pueblo*. La Iglesia constituye todavía aquí uno de los principales y más poderosos pilares del capitalismo opresor. El hecho es tan patente y escandaloso que entre los propios creyentes, entre los más fervientes, hay quienes no vacilan en sostener que debe dudarse de la sinceridad o la lucidez de un revolucionario latinoamericano no resuelto a hacerlo todo para despojar a la actual Iglesia institucional de sus medios de acción e influencia exterior.

Ante mil ochocientos miembros católicos de la enseñanza pública de Francia reunidos en congreso en Metz, monseñor Schmitt, obispo de la gran ciudad lorenesa, declaró el 25 de marzo de 1970:

“Si hoy se comprueba en Occidente un miedo tan generalizado hacia el comunismo, la razón histórica se encuentra *menos en su ateísmo que en el inconciente complejo de culpabilidad* que Marx nos ha infundido. Nuestro individualismo teme y se subleva: se niega a aceptar un orden de relaciones (tanto en el plan económico como en el plan religioso) que devolvería a la noción de fraternidad el lugar que le corresponde.”

Incumbirá por cierto al cristiano entregado a la causa revolucionaria el mantener a salvo los valores que el Evangelio le manda promover. Quizá se encontrará, en la vida cotidiana, con la sorpresa de verlos encarnados a veces de un modo más espontáneo y más ejemplar en muchos de sus compañeros marxistas que entre la mayoría de sus correligionarios. . .

El propio prelado brasileño Helder Cámara reconoció públicamente¹⁶⁰ (al mismo tiempo que, por lo demás, arremetía contra comunistas y guerrilleros) que “el marxismo siembra mayor espíritu religioso que la Iglesia, por lo menos en el mundo subdesarrollado”, y que “es más fácil encontrar a un marxista dispuesto a hacer sacrificios que a un católico dispuesto a hacerlos.”

Desde luego, nadie duda que la posición del cristiano en medio de los marxistas no será nada cómoda. Se verá sometido a un doble reto. Por una parte tendrá que dar pruebas de su sinceridad revolucionaria y le corresponderá, por otra, salvaguardar su fe sin cuadros protectores y sin ningún incentivo. Su testimonio evangélico deberá ser esencialmente silencioso. La discreción será su norma constante. Pero el Evangelio es vida antes de ser pala-

¹⁶⁰ En una entrevista que apareció en el diario *La Stampa*, Turín, 30 de enero de 1970.

bra. De los auténticos discípulos de Cristo se espera una plenitud humana antes y más que gestos y frases.

“La Iglesia debe presentar un rostro, o mejor *unos rostros nuevos*”, escribía en ocasión de la Navidad de 1969 el padre François Biot,¹⁶¹ quien proseguía: “inclusive, a no dudarlo, esta forma aparentemente desconcertante del cristianismo *«incógnito»*... De todos modos se percibe la importancia del *recato verbal: los cristianos han hablado de sobra...*”

Como quiera que ello sea, pese a los tabúes y los anatemas, vuelve a verificarse la gran solidaridad humana evocada por Aragon, comunista ejemplar y ateo convencido, en un bellissimo poema dedicado a los mártires comunistas y cristianos de la Resistencia antihitleriana: unión, en aras de una misma lucha liberadora, del creyente y el ateo:¹⁶²

“.....
Celui qui croyait au ciel
Celui qui n’y croyait pas
Tous les deux étaient fidèles
Des lèvres, du coeur, des bras...
Celui qui croyait au ciel
Celui qui n’y croyait pas
Quand les blés sont sous la grêle
Fou qui fait le délicat
Fou qui songe à ses querelles
Au coeur du commun combat...
Celui qui croyait au ciel
Celui qui n’y croyait pas
Ils sont en prison. Lequel
A le plus triste grabat
Lequel plus que l’autre gèle
Lequel préfèrent les rats
Celui qui croyait au ciel
Celui qui n’y croyait pas
Un rebelle est un rebelle
Nos sanglots font un seul glas
Et quand vient l’aube cruelle

¹⁶¹ *Témoignage Chrétien*, 25 de diciembre de 1969.

¹⁶² Louis Aragon: “La Rose et le Réséda”, en *La Diane Française*, 1944.

*Passent de vie à trépas
 Celui qui croyait au ciel
 Celui qui n'y croyait pas
 Répétant le nom de celle
 Qu'aucun des deux ne trompa
 Et leur sang ruisselle
 Même couleur, même éclat
 Celui qui croyait au ciel
 Celui qui n'y croyait pas
 Il coule, il coule et se mêle
 A la terre qu'il aime
 Pour qu'à la saison nouvelle
 Mûrisse un raisin muscat
 Celui qui croyait au ciel
 Celui qui n'y croyait pas...¹⁶³*

El mismo escritor comunista (todavía el 6 de febrero de 1970 presidió una de las sesiones del XIX Congreso del Partido Comunista Francés), recordando en 1947 a sus “*compañeros de armas y de conjuración que llevan una cruz grande en el corazón*”, escribía:¹⁶⁴

¹⁶³ Traducción del poema de Aragón:

El que creía en el cielo,	El que no creía,
El que no creía,	Un rebelde es un rebelde.
Uno y otro eran fieles	Nuestros llantos lloran igual luto
De labios, corazón y brazos...	Y, cuando viene el alba cruel
El que creía en el cielo,	Dejan esta vida
El que no creía.	El que creía en el cielo,
Cuando el granizo azota la mies,	El que no creía,
Loco quien anda con miramientos.	Repitiendo el nombre de la esposa
Loco quien sueña en sus querellas	A quien ni uno ni otro engañó.
En el fragor del combate	Y su sangre chorrea
[común...]	Idéntico color, idéntico destello,
El que creía en el cielo,	El que creía en el cielo,
El que no creía,	El que no creía,
Ambos están presos. ¿Quién	Corre, corre, se mezcla
Tiene el más sórdido camastro?	A la tierra amada
¿Quién es el más aterido de los	Y en la primavera
[dos?]	Florecerá cual uva moscatel,
¿A quién prefieren las ratas?	El que creía en el cielo,
El que creía en el cielo,	El que no creía...

¹⁶⁴ Louis Aragón, “De l’exactitude historique en poésie”, introducción de *En étrange Pays dans mon Pays lui-même*.

“No me avergüenza decir que hoy día respeto, que he aprendido a respetar esta fe suya que no compartiré jamás. Lo que hay de generoso, de humano en esa fe divina... Lo que antes el enemigo de mi nación cantaba al unísono con mi incredulidad: *una concepción del hombre que pueden tener el comunista y el cristiano, pero el nazi jamás...*

“Poco me importaba, a fin de cuentas, que del cuello de uno colgase la medalla del bautismo, mientras que en el brazo desnudo del otro pudiera leerse en letras tatuadas el *Ni Dios ni señor* de Blanqui...

“*Nada me hará perder de vista la jerarquía de los peligros y la fraternidad de los combates.*”

Se terminó de imprimir este libro de la EDITORIAL NUESTRO TIEMPO, S. A., el día 31 de agosto de 1971, en los talleres de la EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. La edición estuvo al cuidado de Rosendo Gómez Lorenzo. La impresión quedó a cargo de Cayetano Pérez Camacho, y se imprimieron 3 000 ejemplares.

Nº 1965

**¡POR LA TOMA DEL PODER
PARA LA CLASE POPULAR!
HASTA LA MUERTE,
PORQUE ESTAMOS DECIDIDOS
A IR HASTA EL FINAL.
¡HASTA LA VICTORIA,
PORQUE UN PUEBLO
QUE SE ENTREGA HASTA LA MUERTE
SIEMPRE LOGRA LA VICTORIA!**

CAMILO TORRES

LA IGLESIA CONTRA LA PARED

Tomás G. Allaz

BLIBLIOTECA "MTR. JESUS SIL

IN37.C3 A5



10156



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

